



El Hombre Espiritual

Wachman Nee

EL HOMBRE ESPIRITUAL

ÍNDICE

Primer prólogo.....	1
Segundo prólogo.....	4

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN SOBRE ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO

1. Espíritu, alma y cuerpo.....	8
2. El espíritu y el alma.....	13
3. La caída del hombre.....	19
4. La salvación.....	25

SEGUNDA PARTE: LA CARNE

1. La carne y la salvación.....	32
2. El creyente carnal.....	39
3. La cruz y el Espíritu Santo.....	45
4. La jactancia de la carne.....	51
5 La actitud definitiva del creyente con la carne.....	56

TERCERA PARTE: EL ALMA

1. La liberación del pecado y la vida del alma.....	63
2. La experiencia de los creyentes anímicos.....	73
3. Los peligros de la vida anímica.....	80
4. La cruz y el alma.....	85
5. Los creyentes espirituales y el alma.....	92

Primer Prólogo

Doy gracias de todo corazón al Señor, al que sirvo, porque me ha dado el privilegio de poder escribir este libro. Siempre había esperado que alguien más capacitado que yo se encargaría de hacerlo, pero el Señor se ha complacido en llamarme para que lo hiciese yo. Si la elección hubiera dependido de mí, habría sido el último en escribirlo, porque tengo muy pocos deseos de escribir un libro así. Mi vacilación no depende de que rehúya hacer mi deber, sino del hecho de que un libro como éste, que trata del camino de la vida espiritual y de la estrategia de la guerra espiritual, sin duda alguna está por encima de las posibilidades de una persona que tiene menos de 10 años de experiencia en la vida del Señor. Ya sabemos que la Biblia permite a un creyente que explique su experiencia, y el Espíritu Santo incluso le guía a hacerlo. ¡Cuánto mejor es, sin embargo, si tales experiencias como el «ser llevado al tercer cielo» son contadas «catorce años después»! Ahora bien, yo no tengo ninguna experiencia del «tercer cielo», ni tampoco he recibido ninguna gran revelación, pero por su gracia he aprendido a seguir al Señor en las cosas pequeñas. Así pues, mi intención en esta obra sólo es comunicar a los hijos de Dios lo que he recibido del Señor durante estos años.

Fue hace unos cuatro años que me sentí llamado a escribir un libro semejante. En aquel entonces estaba descansando, recuperando fuerzas, en una pequeña cabaña junto al río, orando y leyendo la Palabra. Sentí la urgente necesidad de un libro ô basado en la Palabra y en la experienciaô que diese a los hijos de Dios una clara comprensión de la vida espiritual, a fin de que el Espíritu Santo pudiese usarlo para guiar a los santos en su avance y para librarles de tener que andar palpando en la oscuridad. Fue

entonces que vi que el Señor me había designado para realizar esta tarea. Empecé a componer los capítulos que tratan de la diferenciación del espíritu, el alma y el cuerpo, un capítulo sobre el cuerpo, y también la primera parte del capítulo que habla de la vida del alma. Pero pronto dejé de escribir. Había muchas otras cosas que hacer además de ésta. Sin embargo, esto no era el principal obstáculo, porque aún podía encontrar oportunidades de escribir. La principal razón fue que en aquel entonces yo no había comprobado totalmente en mi experiencia personal muchas de las verdades sobre las que tenía que escribir. Yo sabía que esto reduciría el valor y también la fuerza del libro. Preferí aprender más en el Señor y probar sus verdades a través de mi experiencia. De este modo lo que escribiría serían realidades espirituales en lugar de meras teorías espirituales. Así pues, suspendí el trabajo durante tres años.

Puedo afirmar que durante estos tres años tuve el libro en mi corazón diariamente. Aunque algunos, quizá, considerasen que este libro debería haberse publicado hace tiempo, yo podía ver claramente la mano del Señor. En estos años las verdades contenidas en este libro, especialmente las que están en el último tomo, han librado a muchos del poder de las tinieblas, demostrando que habíamos tocado la realidad espiritual. Por la gracia extraordinaria del Señor pude comprender más sobre el propósito de la redención de Dios al separar la creación nueva y la vieja. Alabo al Señor por eso. El Señor también me dio la oportunidad de conocer a muchos de sus elegidos más extraordinarios durante mis viajes. Esto aumentó mi observación, mi conocimiento y mi experiencia. En mis contactos con las personas, el Señor no sólo me mostró aquello de lo que carecen de veras sus hijos, sino también cuál es el remedio revelado en su Palabra. Así pues, permitidme decir a mis lectores que éste es un manual sobre la vida espiritual y que se puede probar por la experiencia cada uno de sus puntos.

Debido a mi particular experiencia en el cuerpo físico durante los últimos años, me ha sido concedido saber más de la realidad de la eternidad y también de la gran deuda que tengo con la iglesia de Dios. Por tanto, esperé poder terminar este libro en poco tiempo. Gracias a Dios el Padre y a algunos de mis amigos en el Señor tuve un lugar tranquilo para descansar y escribir. En pocos meses había terminado desde la Primera parte hasta la Cuarta. Aunque aún no he empezado las otras partes, estoy seguro que Dios el Padre me proveerá de la gracia necesaria en el momento oportuno.

Ahora que este tomo se publicará en breve y que pronto le seguirán los otros tomos, permitidme que os hable con franqueza: aprender las verdades de este libro no fue fácil, y escribirlas fue todavía más difícil. Puedo decir que durante dos meses viví diariamente entre las garras de Satanás. ¡Qué lucha! ¡Qué oposición! Convoqué a todas las potencias de mi espíritu, mi alma y mi cuerpo para luchar contra el infierno. Ahora se han suspendido temporalmente las batallas, pero aún hay que escribir más partes. Vosotros que sois Moisés en la montaña, por favor, no os olvidéis de Josué en el valle. Sé que el enemigo odia profundamente esta obra. Intentará por todos los medios impedir que llegue a las manos de la gente y les impedirá que la lean. ¡Oh, no permitáis que el enemigo se salga con la suya!

Este libro, que contendrá tres tomos, no está escrito en forma de sermón o de exposición. Hay diferencias a lo largo del tratamiento de distintos temas, y esto deben verlo los lectores. Aunque todos los tomos tratan de la vida y la guerra espirituales, algunas secciones quizás hacen más hincapié en la vida espiritual, mientras que otras lo hacen en la guerra espiritual. El libro en conjunto está preparado para servir como guía; de ahí que su énfasis esté principalmente en cómo andar por este camino, más que en persuadir a la gente para que lo siga. Está escrito más para ayudar a los que procuran saber cómo andar en el camino espiritual, que para persuadir a la gente que procura conocer el camino. Que puedan hallar ayuda en sus páginas todos los que tienen el corazón dispuesto para el Señor.

Me doy perfecta cuenta de que la vida espiritual de los lectores puede variar tremendamente. Por eso, si os encontráis con puntos difíciles de comprender, os ruego que ni los rechazéis ni intentéis desentrañarlos mentalmente. Esas verdades deben reservarse para una vida más madura. Más adelante (por ejemplo, dos semanas o un mes), al releer esta parte difícil, quizá la comprendáis mejor. A pesar de todo, este libro trata totalmente de la vida espiritual como experiencia. No se puede comprender de

ninguna otra forma. Lo veréis cuando lleguéis a esa etapa. Pero ¿hace falta esperar hasta llegar a esa etapa? En caso de ser así, ¿qué utilidad tiene un libro? La experiencia espiritual de un creyente está rodeada de un gran misterio. El Señor siempre le da una muestra de lo que es una vida más profunda, antes de guiarlo a una experiencia plena. Muchos creyentes confunden la muestra con el todo y no se dan cuenta de que el Señor sólo empieza a guiarlos hacia la plenitud. La enseñanza de este libro satisfará la necesidad de los que han probado la muestra pero que aún no han absorbido lo completo.

Hay una cosa que debemos evitar: no usemos jamás el conocimiento que saquemos de este libro para analizarnos. Si a la luz de Dios vemos luz, nos conoceremos sin perder nuestra libertad en el Señor. Pero si pasamos el día analizándonos, disecando nuestros pensamientos y sentimientos, esto nos impedirá profundizar en Cristo. A menos que el creyente sea enseñado profundamente por el Señor no puede conocerse. La introspección y el ser conscientes de nosotros mismos son perjudiciales para la vida espiritual.

Sería bueno reflexionar sobre el plan redentor de Dios. El propósito de Dios es que por medio de la nueva vida que nos da al regenerarnos Él pueda librarnos de: 1) el pecado, 2) lo natural, y 3) lo sobrenatural, es decir, el poder satánico del mal en el reino invisible. Se necesitan estos tres pasos de liberación; no podemos omitir ninguno de ellos. Si un cristiano limita la obra redentora de Dios por contentarse simplemente con vencer el pecado, se queda corto del propósito de Dios. Hay que vencer a la vida natural (el yo) y también hay que vencer al enemigo sobrenatural. Por supuesto, es bueno vencer al pecado, pero la obra no está completa si quedan sin conquistar el yo natural y el mal sobrenatural. La cruz puede conseguirnos esta victoria. Espero que por la gracia de Dios pueda poner énfasis sobre estos puntos en el momento oportuno.

Excepto la última parte del tomo final, que hablará del cuerpo, se puede considerar que este libro es psicología bíblica. Lo basamos todo en la Biblia y lo demostramos todo con la experiencia espiritual. El resultado de nuestros hallazgos, tanto en el estudio de la Palabra como en la experiencia, nos dice que con cada experiencia espiritual (por ejemplo, el nuevo nacimiento) se realiza un cambio especial en nuestro hombre interior. Llegamos a la conclusión de que la Biblia divide al hombre en tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. Más adelante veremos lo diferentes que son las funciones y la esfera del territorio de estas tres partes, en especial las del espíritu y del alma. En referencia a esto, hay que decir unas palabras sobre la Primera parte de este primer tomo. La diferenciación del espíritu y del alma, así como la diferencia en sus funciones, son un conocimiento necesario para los que intentan crecer en la "vida espiritual". Sólo después de saber lo que es el espíritu y lo que es espiritual se podrá andar en el espíritu. Debido a la gran falta de estas enseñanzas he procurado explicarlas detalladamente. A los creyentes con cierta preparación, esta Primera parte no les resultará difícil de entender, pero los que no están familiarizados con estudios semejantes únicamente tienen que recordar las conclusiones y con ello pueden proseguir con la Segunda parte. La Primera parte, pues, no trata específicamente de la vida espiritual, sólo nos proporciona unos conocimientos necesarios básicos para la vida espiritual. Esta parte se puede entender mejor si se relee una vez se ha terminado todo el libro.

No soy el primero en abogar por la enseñanza de la división en espíritu y alma. En una ocasión, Andrew Murray dijo que a lo que deben tener pánico las iglesias y las personas es a la actividad excesiva del alma con su poder sobre la mente y la voluntad. F. B. Meyer afirmó que si no hubiera conocido la división del espíritu y el alma no podría imaginarse lo que habría sido su vida espiritual. Muchos otros, como Otto Stockmayer, Jessie Penn-Lewis, Evan Roberts, Madame Guyon, han dado el mismo testimonio. He utilizado libremente sus escritos puesto que todos hemos recibido la misma orden del Señor; así pues, he decidido no señalar sus muchas citas. *(Se añadirán las citas donde se puedan encontrar. El traductor.)*

Este libro no sólo está escrito para los creyentes como tales, sino también para ayudar a los que son más jóvenes que yo en el servicio del Señor. Los que somos responsables de la vida espiritual de los demás deberíamos saber de qué y a qué los guiamos: de dónde y adonde. Si nosotros ayudamos a la gente, negativamente para que no pequen y positivamente para que sean celosos, ¿será eso todo lo que

el Señor quiere que hagamos? ¿O quizás hay algo más profundo? Personalmente creo que la Biblia lo dice terminantemente. El propósito de Dios es que sus hijos tienen que librarse por completo de la vieja creación y que tienen que pasar por completo a la nueva creación. Nada importa lo que le pueda parecer al hombre la vieja creación; está totalmente condenada por Dios. Si los obreros sabemos lo que hay que destruir y lo que hay que construir, entonces no somos ciegos que guían a otros ciegos.

El nuevo nacimiento o recibir la propia vida de Dios es el punto de arranque de toda vida espiritual. ¡Qué inútil es si el resultado final de toda nuestra exhortación, persuasión, argumentación, explicación y estudio es únicamente producir cierto entendimiento en la mente, cierta determinación en la voluntad y cierto sentimiento en la emoción! Esto no ha servido a la gente para recibir la vida de Dios en su espíritu. Pero si los que somos responsables de predicar el evangelio comprendemos de verdad que si la gente no recibe la vida de Dios en las profundidades de su ser no habremos hecho nada de provecho, entonces ¡qué reforma tan radical habrá en nuestra obra! Por supuesto que este conocimiento nos llevará a ver que muchos que profesan creer en el Señor Jesús nunca lo han hecho realmente. Lágrimas, penitencia, reforma, celo y trabajo; éstas no son las marcas esenciales del cristiano. Bienaventurados somos si sabemos que nuestra responsabilidad es llevar al hombre a recibir la vida increada de Dios.

Cuando recuerdo cómo ha intentado el enemigo impedirme aprender las verdades escritas en el último volumen, no puedo evitar tener miedo de que a algunos, aunque tengan el libro, Satanás les impedirá leerlo. O, si lo leen, hará que pronto lo olviden. Así pues, permitidme que advierta a mis lectores: deberíais pedirle a Dios que no deje que Satanás os impida leerlo. Orad mientras leáis. Convertid en oración lo que leáis. Orad que Dios os cubra con el yelmo de la salvación para que no os olvidéis de lo que leáis o simplemente os llenéis la cabeza de innumerables teorías.

Unas breves palabras para los que ya poseen las verdades contenidas en las páginas siguientes. Si Dios en su misericordia os ha librado de la carne y del poder de las tinieblas, vosotros, por vuestra parte, deberíais llevar estas verdades a los demás. Así, cuando hayáis asimilado totalmente el libro y hayáis hecho vuestras las verdades, reuniréis a unos cuantos santos y les enseñaréis las verdades. Si es excesivo usar todo el libro, entonces se podrían aprovechar una o dos partes. Mi esperanza es que estas verdades no permanezcan ignoradas. Incluso sería provechoso dejar el libro a otros para que se lo lean. Ahora que este pequeño tratado está en las manos del Señor, si es de su agrado, que lo bendiga para crecimiento espiritual y victoria espiritual en mí, así como en muchos de mis hermanos y hermanas. Que se haga la voluntad de Dios. Que su enemigo sea derrotado. Que nuestro Señor Jesús vuelva pronto para reinar. Amén.

Shanghai 4 de junio de 1.927 Watchman Nee

Segundo Prólogo

Estoy contentísimo porque he terminado la última parte del libro. Recuerdo que cuando escribí el primer prólogo había completado sólo las cuatro primeras partes. Teniendo ya hechas estas seis últimas, me encuentro con que aún tengo mucho que compartir con mis lectores. De ahí este segundo prólogo.

Han pasado muchos meses desde que empecé a escribir esta parte final del libro. Puedo decir sin temor a mentir que he llevado la carga de esta obra día tras día. Es natural que el enemigo odie la propagación de la verdad de Dios. En consecuencia, me ha atacado y asaltado sin cesar. Gracias a Dios que su gracia me ha sostenido hasta ahora. Muchas veces pensé que era imposible seguir escribiendo debido a que la presión que soportaba mi espíritu era demasiado fuerte y que la resistencia de mi cuerpo era demasiado débil. Sí, incluso llegué a desesperar de la vida. Sin embargo, todas las veces que me sentí abatido me fortaleció el Dios a quien sirvo, según su promesa y por medio de las oraciones de muchos. Hoy he terminado la tarea y me he librado de la carga. ¡Qué alivio siento!

Hoy ofrezco reverentemente este libro a nuestro Dios. Puesto que ha llevado a cabo lo que Él empezó, mi oración ante El es que bendiga estas páginas para que cumplan su misión en su iglesia. Pido a Dios que bendiga a todos los lectores para que puedan encontrar el camino recto y aprendan a seguir al Señor totalmente. A partir de ahora mi espíritu, junto con mi oración, sigue el curso posterior de esta obra. Que Dios la use según su perfectísima voluntad.

Hermanos, se considera prudente que un escritor no muestre demasiado entusiasmo por su propia obra, pero ahora voy a ignorar este precedente. Lo hago no por haber escrito el libro, sino por el depósito de verdad que hay en él. Si el libro lo hubiera escrito otro, creo que me sentiría más libre para atraer la atención de la gente hacia él. Así pues, debo pedirles perdón por tener que hablar como si no fuera mío. Conozco la importancia de las verdades contenidas en este libro, y por el conocimiento que tengo de la voluntad de Dios creo que van a satisfacer las urgentes necesidades de esta era. De una cosa estoy seguro, por más que esté equivocado en otras cosas: no tenía la más mínima intención de realizar esta tarea, y si la escribí fue únicamente porque el Señor me ordenó hacerlo. Las verdades de estas páginas no son mías, me las dio Dios. Incluso mientras lo escribía, Dios me bendijo con muchas bendiciones nuevas.

Deseo que mis lectores entiendan claramente que no tienen que considerar esta obra en absoluto como un tratado sobre la teoría de la vida y la campaña de guerra espirituales. Yo mismo puedo atestiguar que he aprendido estas verdades a través de mucho sufrimiento, pruebas y fracasos. Casi se puede decir que cada una de estas enseñanzas han sido marcadas con fuego. Y no digo estas palabras a la ligera: salen de lo profundo del corazón. Dios sabe bien de dónde proceden estas verdades.

Al componer los tomos no intenté agrupar los principios similares o relacionados entre sí. Simplemente los mencionaba cuando surgía la necesidad. En consideración a su extrema importancia quizás he tocado una o más verdades muchas veces, esperando que de este modo los hijos de Dios las recuerden mejor. Sólo por medio de la repetición se retendrán las verdades y sólo se aprenderán estudiándolas. «La palabra, pues, de Dios les será: mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; de modo que vayan a caerse de espaldas, y sean quebrantados, caigan en la trampa y queden apresados los burladores... Por cuanto habéis dicho: Tenemos hecho un pacto con la muerte, e hicimos un convenio con el Seol; cuando pase el turbión del azote, no llegará a nosotros, porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira, y en la falsedad nos esconderemos» (Isa. 28:13, 15).

Me doy cuenta de que hay muchas contradicciones aparentes en la obra, pero el lector debería recordar que son de veras aparentes, no reales. Como este libro trata de asuntos del reino espiritual, está expuesto a muchas contradicciones teóricas aparentes. A menudo las cosas espirituales parecen contradictorias (2ª Cor. 4:8,9). No obstante, todas encuentran su perfecta armonía en la experiencia. Por esta razón, aunque hay cosas que parecen imposibles de comprender, os pido que pongáis todo vuestro empeño en comprenderlas. Si alguien desea hacer una interpretación errónea, sin duda alguna que podrá sacar de estas páginas cosas diferentes de las que he querido comunicar.

Tengo la impresión de que sólo un tipo de personas comprenderá de veras este libro. Mi propósito original era proveer a las necesidades de muchos creyentes. Está claro que sólo los que tengan necesidad podrán apreciar el libro. Éstos encontrarán aquí una guía. Otros considerarán que estas verdades son ideales, o las criticarán por encontrarlas inadecuadas. El creyente comprenderá lo que está escrito aquí según la medida de su necesidad. Si el creyente no tiene una necesidad personal, no resolverá ningún problema con la lectura de estas páginas. Esto es lo que el lector debe evitar.

Cuanto más profunda es la verdad, más fácil es acabar teorizando. Sin la obra del Espíritu Santo nadie puede alcanzar verdades profundas. De este modo algunos tratarán estos principios como una especie de ideal. Así pues, tengamos cuidado de no aceptar nuevamente estas enseñanzas del libro en la mente

y engañarnos pensando que ya las hemos hecho nuestras. Esto es peligrosísimo, porque el engaño que viene de la carne y el espíritu maligno irá en aumento de día en día.

El lector también debería vigilar para no usar el conocimiento que obtenga de estas páginas en criticar a otros. Es muy fácil decir que esto es del espíritu y que aquello es de la carne, pero ¿no sabemos acaso que nosotros mismos no somos ninguna excepción? Recibimos la verdad para liberar a la gente, no para encontrar defectos. Al criticar nos demostramos a nosotros mismos que somos menos anímicos o carnales que los que criticamos. El peligro es gravísimo, y en consecuencia debemos ser muy prudentes.

En mi primer prólogo mencioné un asunto que merece ser repetido y ampliado aquí. Es de la mayor importancia que jamás intentemos analizarnos. Al leer un tratado como éste, sin darnos cuenta podemos estar haciendo activamente autoanálisis. Al observar el estado de nuestra vida interior tendemos a analizar en exceso nuestros pensamientos y sentimientos y los movimientos del hombre interior. Esto puede resultar en mucho progreso aparente, aunque en realidad sólo consigue que el tratamiento de la vida del yo sea mucho más difícil. Si persistimos en inspeccionarnos, perderemos nuestra paz por completo, porque de pronto descubrimos la discrepancia existente entre lo que esperamos y nuestro estado real. Esperamos estar llenos de santidad, pero encontramos que nos falta santidad. Esto nos inquieta y nos preocupa. Dios no nos pide nunca que hagamos este exceso de introspección. El hacerlo constituye una de las principales causas del estancamiento espiritual. Nuestro descanso está en mirar al Señor, no a nosotros mismos. Seremos libres de nuestro yo en el grado en que miremos al Señor. Descansamos en la obra terminada del Señor Jesucristo, no en nuestra experiencia cambiante. La verdadera vida espiritual no depende de continuos exámenes de sentimientos y pensamientos sino de mirar al Salvador.

Que ningún lector se confunda y piense que debe oponerse a todo acontecimiento sobrenatural. Mi intención es simplemente que os quede bien grabada la necesidad de comprobar si algo es o no es de Dios. Creo muy sinceramente que muchas experiencias sobrenaturales vienen de Dios. He sido testigo de gran número de ellas. Sin embargo, debo reconocer que, en la actualidad, muchos fenómenos sobrenaturales son falsos y engañosos. No tengo la más mínima intención de convencer a nadie de que rechace todo lo sobrenatural. Simplemente señalo en este libro las diferencias básicas de principio entre estas dos clases de manifestación. Cuando un creyente se enfrenta con cualquier fenómeno sobrenatural, debería examinarlo cuidadosamente según los principios revelados en la Biblia, antes de decidir si lo acepta o lo rechaza.

En cuanto al tema del alma, sinceramente creo que la mayoría de los cristianos oscilan de un extremo al otro. Por un lado acostumbramos a considerar que la emoción es anímica, y en consecuencia rápidamente catalogamos de anímicos a los que se emocionan o se entusiasman con facilidad. Por otro lado olvidamos que el ser racional no le hace a uno en absoluto espiritual. Este juicio erróneo de espiritualizar una vida racional debe ser evitado, de la misma manera que también hay que evitar el juicio erróneo de confundir con espiritualidad una vida predominantemente emocional. Y otra cosa más: no debemos jamás reducir la función de nuestra alma a una inactividad mortal. Antes, quizá, nunca habíamos contemplado nuestro sentimiento y nuestra emoción anímica con algo de interés y hemos vivido acordes con este hecho. Sin embargo, más adelante nos hemos dado cuenta de nuestro error y ahora suprimimos estas emociones por completo. Una actitud semejante puede parecer muy buena pero no nos hará más espirituales. Si mi lector entiende erróneamente este punto o y poco importa si poco o mucho, sé que su vida «se secará». ¿Por qué? Porque su espíritu, sin ninguna oportunidad de expresarse, quedará aprisionado por una emoción amortiguada. Y después de esto hay otro peligro: es decir, que al suprimir en exceso su emoción el creyente terminará convirtiéndose en un hombre racional, no espiritual, y de esta manera seguirá siendo anímico, aunque de una forma diferente. Sin embargo, la emoción del alma, si expresa el sentimiento *del espíritu*, es valiosísima, y a su vez el pensamiento del alma, si revela el pensamiento *del espíritu*, puede ser muy instructivo.

Me gustaría decir algo sobre la parte final del libro. Teniendo en cuenta la fragilidad de mi cuerpo, parecería el menos adecuado para escribir sobre este asunto, pero quizás esta dolorosa fragilidad me permite una mayor penetración puesto que sufro más debilidad, enfermedad y dolor que la mayoría de la gente. En incontables ocasiones parecía que iba a desanimarme, pero gracias a Dios he podido terminar de escribir esta parte. Espero que los que hayan tenido experiencias similares en sus tiendas terrenales aceptarán lo que he escrito como un ofrecimiento de la luz que he conseguido en las tinieblas en que he andado. Por supuesto, son innumerables las controversias que se han suscitado por todas partes sobre la curación divina. Puesto que éste es un libro que trata básicamente de principios, rehúso entrar en discusión con otros creyentes sobre detalles. He dicho en el libro lo que me sentí guiado a decir. Lo que ahora le pido al lector es que en los fenómenos de enfermedad discierna y distinga lo que es de Dios y lo que es del yo.

Confieso que hay muchas cosas incompletas en este libro. Sin embargo, he puesto todo mi empeño en él y os lo ofrezco.

Conociendo la seriedad del mensaje contenido le pedí a Dios con temor y temblor que me guiase en todo. Lo que aquí hay escrito lo presento a la conciencia de los hijos de Dios; a ellos les corresponde meditar lo que he dicho.

Reconozco que una obra que intenta desvelar las estratagemas del enemigo provocará, sin duda alguna, la hostilidad del poder de las tinieblas y la oposición de muchos. No he escrito con la idea de buscar la aprobación de los hombres. En consecuencia, no me afecta esta oposición. También comprendo que si los hijos de Dios obtienen ayuda de la lectura de este libro pensarán en mí más de lo conveniente. Permittedme decir sinceramente que sólo soy un hombre, el más débil de los hombres. Las enseñanzas de estas páginas revelan las experiencias de mis debilidades.

Hoy el libro está en las manos de los lectores. Esto es totalmente debido a la misericordia de Dios. Si tenéis el valor y la perseverancia de leer la Primera parte y de continuar luego con las demás quizá Dios os bendiga con su verdad. Si ya habéis terminado de leer toda la obra, os suplico que la volváis a leer al cabo de un tiempo. Amados, volvamos una vez más nuestros corazones a nuestro Padre, alleguémonos a su seno por fe y saquemos de Él vida. Confesemos de nuevo que somos pobres, pero que Él es rico; que no tenemos nada, pero que Él lo tiene todo. Sin su misericordia somos pecadores indefensos. Démosle gracias con gratitud en nuestros corazones porque el Señor Jesús nos ha dado gracia.

Padre Santo, lo que tú me has confiado ahora está aquí en este libro. Si te parece bueno, bendícelo. ¡En estos últimos días guarda a tus hijos de la carne corrupta y de los espíritus malignos! ¡Padre, edifica el Cuerpo de tu Hijo, destruye al enemigo de tu Hijo y apresura la venida del Reino de tu Hijo! ¡Dios Padre, te miro, me entrego a Ti y te deseo!

Shanghai 25 de junio de 1928 Watchman Nee

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN SOBRE ESPÍRITU, ALMA Y CUERPO

- 1. El espíritu, alma y cuerpo**
- 2. El espíritu y el alma**
- 3. La caída del hombre**
- 4. La salvación**

CAPITULO 1

Espíritu, alma y cuerpo

El concepto corriente de la constitución de los seres humanos es dualista: alma y cuerpo. Según este concepto el alma es la parte interior espiritual invisible, mientras que el cuerpo es la parte corporal externa visible. Aunque hay algo de cierto en esto, con todo, es inexacto. Esta opinión viene de hombres caídos, no de Dios. Aparte de la revelación de Dios no hay ningún concepto seguro. Que el cuerpo es la cubierta externa del hombre es, sin duda alguna, correcto, pero la Biblia jamás confunde el espíritu y el alma como si fueran la misma cosa. No sólo son diferentes en condiciones, sino que sus mismas naturalezas difieren una de otra. La Palabra de Dios no divide al hombre en las dos partes de alma y cuerpo. Al contrario, trata al hombre como un ser tripartito: espíritu, alma y cuerpo. Primera Tesalonicenses 5:23, 24 dice: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.» Este versículo muestra claramente que el hombre está dividido en tres partes. El apóstol Pablo se refiere aquí a la santificación total de los creyentes: «*santificaos totalmente*». Según el apóstol, ¿cómo se santifica una persona por completo? Guardando su espíritu, alma y cuerpo. Es fácil comprender con esto que *el conjunto* de la persona comprende estas tres partes. Este versículo también hace una distinción entre espíritu y alma, pues de otro modo Pablo habría dicho simplemente «vuestra alma». Puesto que Dios ha distinguido el espíritu humano del alma humana, concluimos que el hombre está compuesto, no de dos, sino de tres partes: espíritu, alma y cuerpo.

¿Tiene alguna importancia dividir en espíritu y alma? Es un asunto de primordial importancia porque afecta tremendamente a la vida espiritual de un creyente. ¿Cómo puede comprender un creyente la vida espiritual si no conoce el alcance del mundo espiritual? Sin comprender esto ¿cómo puede crecer espiritualmente? El fracaso en distinguir entre el espíritu y el alma es fatal para la madurez espiritual. Con frecuencia los cristianos consideran espiritual lo que es anímico (o sea, del alma), y de esta manera permanecen en un estado anímico y no buscan lo que es espiritual de veras. ¿Cómo podremos escapar del fracaso si confundimos lo que Dios ha dividido?

El conocimiento espiritual es muy importante para la vida espiritual. Añadamos, no obstante, que para un creyente es de igual importancia o más ser humilde y estar dispuesto a aceptar la enseñanza del Espíritu Santo. Si lo es, el Espíritu Santo le concederá la experiencia de dividir en espíritu y alma, aunque quizá no tenga demasiado conocimiento sobre esta verdad. Por un lado, el creyente más ignorante, sin la más mínima división de espíritu y alma, puede, sin embargo, experimentar esta división en la vida real. Por el otro, el creyente más informado, conocedor por completo de la verdad sobre espíritu y alma, puede, sin embargo, no vivirla en su experiencia. Mucho mejor es el caso de la persona que puede tener tanto el conocimiento como la experiencia. No obstante, la mayoría carecen de esta experiencia. En consecuencia, es bueno empezar por guiarlos a que conozcan las diferentes funciones del espíritu y del alma y luego animarlos a buscar lo que es espiritual.

Otras porciones de la Biblia hacen la misma diferenciación entre espíritu y alma. «Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb. 4:12). En este versículo el escritor divide los elementos no corporales del hombre en dos partes, «alma y espíritu». Aquí se menciona la parte corporal a través de las coyunturas y los tuétanos ô órganos motores y sensorialesô .

Cuando el sacerdote utiliza el cuchillo para cortar y dividir totalmente el sacrificio, no puede quedar nada oculto. Incluso se separan las coyunturas y los tuétanos. De la misma manera el Señor Jesús usa la Palabra de Dios sobre su pueblo para separarlo todo, para penetrar incluso hasta la división de lo espiritual, lo anímico y lo físico. Y de aquí se deduce que puesto que se puede *dividir* el alma y el

espíritu, deben ser diferentes en su naturaleza. Así pues, es evidente aquí que el hombre es un compuesto de tres partes.

La creación del hombre

«Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gen. 2:7). Cuando Dios creó al hombre en el principio lo formó con el polvo de la tierra, y luego sopló «el aliento de vida» en su nariz. En cuanto el aliento de vida, que se convirtió en el espíritu del hombre, entró en contacto con el cuerpo del hombre, tuvo origen el alma. De ahí que el alma es la combinación del cuerpo y el espíritu del hombre. Por eso la Biblia llama al hombre «una alma viviente». El aliento de vida se convirtió en el espíritu del hombre, es decir, el principio de vida en él. El Señor Jesús nos dice que «es el espíritu el que da vida» (Jn. 6:63). Este aliento de vida viene del Señor de la Creación. Sin embargo, no debemos confundir el espíritu *del hombre* con el Espíritu Santo de Dios. Este difiere de nuestro espíritu humano. Romanos 8:16 explica su diferencia al afirmar que «el Espíritu mismo da juntamente testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios». El original de la palabra «vida» en «aliento de vida» es *chay* y está en *plural*. Esto puede referirse al hecho de que el soplar realizado por Dios produjo una vida doble, anímica y espiritual. Cuando el aliento de Dios entró en el cuerpo del hombre se convirtió en el espíritu del hombre, pero cuando el espíritu reaccionó con el cuerpo se creó el alma. Esto explica el origen de nuestras vidas espiritual y anímica. Debemos reconocer, sin embargo, que este espíritu no es la *propia* vida de Dios, porque «el aliento del Todopoderoso me da vida» (Job 33:4). No es la entrada en el hombre de la vida increada de Dios, como tampoco es la vida de Dios que recibimos en la regeneración. Lo que recibimos en el nuevo nacimiento es la propia vida de Dios simbolizada por el árbol de la vida. Pero nuestro espíritu humano, aunque existe permanentemente, está vacío de «vida eterna».

«Formó al hombre del polvo de la tierra» se refiere al cuerpo del hombre; «sopló en su nariz el aliento de vida» se refiere al espíritu del hombre al venir de Dios; y «el hombre se convirtió en un alma viviente» se refiere al alma del hombre cuando el cuerpo fue avivado por el espíritu y convertido en un hombre vivo y consciente de sí mismo. Un hombre completo es una trinidad: el compuesto de espíritu, alma y cuerpo. Según Génesis 2:7, el hombre fue hecho de sólo dos elementos independientes, el corporal y el espiritual. Pero cuando Dios puso el espíritu dentro del armazón de tierra se creó el alma. El espíritu del hombre, al entrar en contacto con el cuerpo muerto, produjo el alma. El cuerpo separado del espíritu estaba muerto, pero con el espíritu el hombre recibió la vida. El órgano así vivificado fue llamado alma.

«El hombre se convirtió en un alma viviente» expresa, no meramente el hecho de que la combinación de espíritu y cuerpo produjo el alma, también sugiere que el espíritu y el cuerpo fueron totalmente fusionados en esta alma. En otras palabras, el alma y el cuerpo se combinaron con el espíritu, y el espíritu y el cuerpo se fusionaron en el alma. Adán, «antes de la caída no sabía nada de estas incesantes luchas del espíritu y la carne que son ya algo cotidiano para nosotros. Había una perfecta mezcla de sus tres naturalezas en una, y el alma, como medio unificador, se convirtió en la causa de su individualidad, de su existencia como ser distinto» (Earth's Earliest Age, de Pember). El hombre fue diseñado como alma viviente porque era allí donde el espíritu y el cuerpo se encontraron y es a través de ella que se conoce su individualidad. Quizá podríamos usar una ilustración imperfecta: echad unas gotas de tinte en un vaso de agua. El tinte y el agua se combinarán produciendo una tercera substancia llamada tinta. De igual manera los dos elementos independientes del espíritu y el cuerpo se combinan para convertirse en un alma humana. (La analogía falla en que el alma producida por la combinación del espíritu y el cuerpo se convierte en un elemento independiente e insoluble como lo son el espíritu y el cuerpo.)

Dios consideró el alma humana como algo único. Como los ángeles fueron creados como espíritus, el hombre fue creado de manera predominante como alma viviente. El hombre no sólo tenía un cuerpo, un cuerpo con el aliento de vida; también se convirtió en un alma viviente. Por eso veremos más adelante en la Biblia que Dios a menudo se refiere a los hombres como «almas». ¿Por qué? Porque lo que es el

hombre depende de cómo es su alma. Su alma le representa y expresa su individualidad. Es el órgano de la libre voluntad del hombre, el órgano en el cual el espíritu y el cuerpo están totalmente fusionados.

Si el alma del hombre quiere obedecer a Dios, permitirá que el espíritu gobierne al hombre según lo ordenado por Dios. El alma, si lo decide, también puede reprimir al espíritu y tomar algún placer como señor del hombre. Se puede ilustrar en parte esta trinidad de espíritu, alma y cuerpo con una bombilla eléctrica. Dentro de la bombilla, que puede representar al conjunto del hombre, hay electricidad, luz y alambre. El espíritu es como la electricidad, el alma es la luz y el cuerpo es el alambre. La electricidad es la causa de la luz, mientras que la luz es el efecto de la electricidad. El alambre es la substancia material para transportar la electricidad, así como para manifestar la luz. La combinación del espíritu y el cuerpo produce el alma, que es única del hombre. De la manera que la electricidad, transportada por el alambre, es expresada en la luz, así también el espíritu actúa sobre el alma, y el alma a su vez se expresa por medio del cuerpo.

Sin embargo, debemos recordar bien que mientras el alma es el punto de encuentro de los elementos de nuestro ser en esta vida presente, el espíritu será el poder dominante en nuestro estado de resurrección. Porque la Biblia nos dice: «Se siembra cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual. Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual» (1 Cor. 15:44). Sin embargo, aquí hay un punto vital: los que hemos sido unidos al Señor resucitado podemos conseguir incluso ahora que nuestro espíritu gobierne todo nuestro ser. No estamos unidos al primer Hombre, que fue hecho un alma viviente, sino al segundo Hombre, que es un espíritu vivificante («o que da vida») (v. 45).

Las funciones respectivas del espíritu, el alma y el cuerpo

Es por medio del cuerpo que el hombre entra en contacto con el mundo material. De aquí que podamos calificar al cuerpo como la parte que nos hace *conscientes del mundo*. El alma está formada por el intelecto, que nos ayuda en el presente estado de existencia, y las emociones, que proceden de los sentidos. Puesto que el alma pertenece al propio yo del hombre y revela su personalidad, se le llama la parte que tiene *consciencia de uno mismo*. El espíritu es la parte mediante la cual nos comunicamos con Dios, y sólo por ella podemos percibir y adorar a Dios. Como nos habla de nuestra relación con Dios, al espíritu se le llama el elemento que tiene *consciencia de Dios*. Dios vive en el espíritu, el yo vive en el alma, mientras que los sentidos viven en el cuerpo.

Como ya hemos mencionado, el alma es el punto de encuentro del espíritu y el cuerpo, porque allí están los dos fusionados. Mediante su espíritu el hombre mantiene relación con el mundo espiritual y con el Espíritu de Dios, recibiendo y expresando ambos el poder y la vida del mundo espiritual. El hombre está en contacto con el mundo externo sensual a través de su cuerpo, influenciándolo y recibiendo sus influencias. El alma se encuentra entre estos dos mundos, aunque pertenece a ambos. Está ligada al mundo espiritual a través del espíritu, y al mundo material a través del cuerpo. También posee el poder de la libre voluntad y por eso puede escoger entre sus influencias ambientales. El espíritu no puede actuar directamente sobre el cuerpo. Necesita un medio, y ese medio es el alma creada por el contacto del espíritu con el cuerpo. Así pues, el alma se encuentra entre el espíritu y el cuerpo, manteniéndolos unidos. El espíritu puede someter al cuerpo a través del alma para que obedezca a Dios. De la misma manera el cuerpo, mediante el alma, puede atraer al espíritu a amar al mundo.

De estos tres elementos el espíritu es el más noble porque está unido a Dios. El cuerpo es el más humilde porque está en contacto con la materia. El alma, al estar entre ellos, los une y también toma el carácter de ambos y lo hace suyo. El alma posibilita que el espíritu y el cuerpo se comuniquen y colaboren. El trabajo del alma es mantener a estos dos en su lugar adecuado para que no pierdan su correcta relación: es decir, que el más humilde, el cuerpo, pueda estar sujeto al espíritu, y que el más elevado, el espíritu, pueda gobernar al cuerpo por medio del alma. El factor fundamental del hombre es, sin duda alguna, el alma. Está pendiente de que el espíritu le dé lo que éste ha recibido del Espíritu Santo y, así, después de haber sido perfeccionada, poder transmitir al cuerpo lo que ha recibido.

Entonces el cuerpo también puede compartir la perfección del Espíritu Santo y convertirse así en un cuerpo espiritual.

El espíritu es la parte más noble del hombre y ocupa el área más profunda de su ser. El cuerpo es la más humilde y toma el lugar más exterior. Entre estos dos vive el alma, sirviendo como su medio. El cuerpo es la cubierta externa del alma, mientras que el alma es el envoltorio externo del espíritu. El espíritu transmite su pensamiento al alma y el alma utiliza al cuerpo para obedecer la orden del espíritu. Éste es el significado del alma como medio. Antes de la caída del hombre el espíritu controlaba todo el ser por medio del alma.

El poder del alma es el más importante, puesto que el espíritu y el cuerpo están fusionados allí y la tienen como sede de la personalidad e influencia del hombre. Antes de que el hombre pecase el poder del alma estaba por completo bajo el dominio del espíritu. En consecuencia, su fuerza era la fuerza del espíritu. El espíritu no puede actuar sobre el cuerpo por sí mismo, sólo hacerlo a través del medio del alma. Esto podemos verlo en Lucas 1:46, 47: «Y dijo María: Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu ha saltado de gozo en Dios mi Salvador.» -Aquí el cambio del tiempo verbal muestra que primero el espíritu produjo gozo en Dios, y entonces, comunicándose con el alma, hizo que expresase el sentimiento por medio del órgano corporal» (*Earth's Earliest Age*, de Pember). Lo repito: el alma es la sede de la personalidad. La voluntad, intelecto y emociones del hombre están allí. Mientras que el espíritu es usado para comunicar con el mundo espiritual y el cuerpo con el natural, el alma se mantiene entre ambos y utiliza su poder para discernir y decidir si debe predominar el mundo espiritual o el natural. Algunas veces también la misma alma toma el control del hombre por medio de su intelecto, creando de esta manera un mundo de ideas que predomina. Para que el espíritu gobierne, el alma tiene que dar su consentimiento, pues de otro modo el espíritu es incapaz de regular al alma y al cuerpo. Pero esta decisión es cosa del alma, porque en ella es donde reside la personalidad del hombre.

Verdaderamente, el alma es el eje de todo el ser, porque la voluntad del hombre le pertenece. Únicamente cuando el alma está dispuesta a asumir una posición humilde puede el espíritu dirigir a todo el hombre. Si el alma se niega a tomar esta posición el espíritu quedará impotente. Esto explica el significado de la libre voluntad del hombre. El hombre no es un autómatas que se mueve según Dios quiera. Al contrario, el hombre posee un total poder soberano para decidir por sí mismo. Posee el órgano de su propia capacidad volitiva y puede escoger seguir la voluntad de Dios u oponersele y seguir la voluntad de Satanás. Dios desea que el espíritu, al ser la parte más noble del hombre, controle todo el ser. Sin embargo, la voluntad o la parte crucial de la individualidad pertenece al alma. Es la voluntad la que determina si debe gobernar el espíritu, el cuerpo o incluso ella misma. En vista del hecho de que el alma posee semejante poder y que es el órgano de la individualidad del hombre, la Biblia llama al hombre «alma viviente».

El templo santo y el hombre.

El apóstol Pablo escribe: «¿No sabéis que sois santuario de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios, el cual sois vosotros, es sagrado» (1 Cor. 3:16, 17). Ha recibido revelación para comparar al hombre con el templo. De la manera que antes Dios vivía en el templo, ahora el Espíritu Santo vive en el hombre. Comparándole con el templo podemos ver cómo se manifiestan claramente los tres elementos del hombre.

Sabemos que el templo está dividido en tres partes. La primera es el patio exterior, que todos pueden ver y visitar. Aquí se ofrece toda la adoración externa. Más adelante está el Lugar Santo, en el que sólo pueden entrar los sacerdotes y donde se ofrece a Dios aceite, incienso y pan. Están muy cerca de Dios, pero aún les falta porque están todavía fuera del velo y, en consecuencia, no pueden estar ante su misma presencia. Dios reside en lo más profundo, en el Lugar Santísimo, donde la oscuridad queda eclipsada por la luz brillante y donde ningún hombre puede entrar. Aunque el Sumo Sacerdote lo hace

una vez al año, esto indica, no obstante, que hasta que el velo no sea desgarrado no puede haber ningún hombre en el Lugar Santísimo.

El hombre también es el templo de Dios y también tiene tres partes. El cuerpo es como el patio exterior, y ocupa una posición externa con su vida visible para todos. Aquí el hombre debería obedecer toda orden de Dios. Aquí el Hijo de Dios sirve como sustituto y muere por la humanidad. Dentro está el alma del hombre, que constituye la vida interior del hombre y abarca la emoción, la voluntad y el pensamiento. Así es el Lugar Santo de una persona regenerada, porque su amor, voluntad y pensamiento están plenamente iluminados para que puedan servir a Dios como lo hacía el sacerdote en la antigüedad. En la parte más interna, detrás del velo, está el Lugar Santísimo, en el que no ha penetrado jamás ninguna luz humana y que ningún ojo ha visto. Es el «lugar secreto del Altísimo», el lugar donde vive Dios. El hombre no tiene entrada allí a menos que Dios esté dispuesto a desgarrar el velo. Es el espíritu del hombre. El espíritu se encuentra más allá de la consciencia del hombre y por encima de su sensibilidad. Aquí el hombre se une y se comunica con Dios.

No hay lámpara o luz alguna en el Lugar Santísimo, porque Dios vive allí. En el Lugar Santo hay el candelabro de siete brazos. Y el patio exterior recibe la luz del día. Todos éstos sirven de imágenes y sombras para una persona regenerada. Su espíritu es como el Lugar Santísimo, donde vive Dios, donde todo se hace por fe, más allá de la vista, sentido o comprensión del creyente. El alma se parece al Lugar Santo en que está abundantemente iluminado con muchos pensamientos y preceptos racionales, mucho conocimiento y comprensión sobre las cosas del mundo material y el de las ideas. El cuerpo es comparable al patio exterior, claramente visible para todos. Las acciones del cuerpo las pueden ver todos.

El orden que Dios nos presenta es inequívoco: «vuestro espíritu y alma y cuerpo» (1 Tes. 5:23). No es «alma y espíritu y cuerpo», ni tampoco es «cuerpo y alma y espíritu». El espíritu es la parte preeminente y por eso se menciona en primer lugar. El cuerpo es la más humilde y en consecuencia es mencionada al final. Y el alma está en medio y por eso se la menciona entre las otras dos. Habiendo visto ahora el orden de Dios, podemos apreciar la sabiduría de la Biblia al comparar al hombre con un templo. Podemos reconocer la perfecta armonía que existe, entre el templo y el hombre en cuanto al orden y al valor.

El servicio del templo funciona según la revelación en el Lugar Santísimo. Todas las actividades del Lugar Santo y del patio exterior están reguladas por la presencia de Dios en el Lugar Santísimo. Éste es el sitio más sagrado, el lugar en el que convergen y se apoyan las cuatro esquinas del templo. Nos puede parecer que en el Lugar Santísimo no se hace nada porque está completamente a oscuras. Todas las actividades se realizan en el Lugar Santo, e incluso las actividades del patio exterior las controlan los sacerdotes del Lugar Santo. Sin embargo, todas las actividades del Lugar Santo en realidad son dirigidas por la revelación en el absoluto silencio y paz del Lugar Santísimo.

No es difícil percibir la aplicación espiritual de esto. El alma, el órgano de nuestra personalidad, se compone de pensamiento, voluntad y emoción. Parece como si el alma fuera el director de todas las acciones, porque el cuerpo sigue su dirección. Antes de la caída del hombre, sin embargo, a pesar de sus muchas actividades, el alma era gobernada por el espíritu. Y éste es el orden que Dios quiere todavía: primero el espíritu, después el alma, y finalmente el cuerpo.

CAPITULO 2

El espíritu y el alma

El espíritu

Es imperativo que un creyente sepa que tiene un espíritu, puesto que, como pronto veremos, toda comunicación con Dios tiene lugar allí. Si el creyente no discierne su propio espíritu, siempre ignorará la manera de comunicarse con Dios en el espíritu. Fácilmente sustituye las obras del espíritu con los pensamientos y emociones del alma. De esa manera se autolimita al mundo exterior, incapaz para siempre de alcanzar el mundo espiritual.

1 Corintios 2:11 habla de «el espíritu del hombre que está en él».

2 Corintios 5:4 menciona «mi espíritu». Romanos 8:16 dice «nuestro espíritu».

1 Corintios 14:14 utiliza «mi espíritu». 1 Corintios 14:32 habla de los «espíritus de los profetas». Proverbios 25:28 se refiere a «su propio espíritu». Hebreos 12:23 consigna «los espíritus de los justos». Zacarías 12:1 afirma que «el Señor... formó al espíritu del hombre dentro de él».

Estos versículos demuestran claramente que los seres humanos poseen, en efecto, un espíritu humano. Este espíritu no es sinónimo de nuestra alma ni es tampoco lo mismo que el Espíritu Santo. Adoramos a Dios en este espíritu.

Según las enseñanzas de la Biblia y la experiencia de los creyentes, se puede decir que el espíritu humano comprende tres partes. O, expresado de otro modo, se puede decir que tiene tres funciones principales. Éstas son la conciencia, la intuición y la comunión. La *conciencia* es el órgano que discierne; distingue lo bueno y lo malo. Sin embargo, no lo hace por medio de la influencia del conocimiento almacenado en la mente, sino con un espontáneo juicio directo. A menudo nuestro razonamiento justifica lo que nuestra conciencia juzga. El trabajo de la conciencia es independiente y directo, pues no se somete a las opiniones del exterior. Si el hombre obra mal, la conciencia levantará su voz acusatoria. La *intuición* es el órgano sensitivo del espíritu humano. Es tan diametralmente diferente del sentido físico y del sentido anímico que se le llama intuición. La intuición conlleva una sensibilidad directa independiente de cualquier influencia exterior. Ese conocimiento que nos llega sin ninguna ayuda del pensamiento, la emoción o la voluntad es intuitivo. «Sabemos» por medio de nuestra intuición, y nuestra mente nos ayuda a «comprender». Las revelaciones de Dios y todos los movimientos del Espíritu Santo son perceptibles para el creyente a través de la intuición. En consecuencia, un creyente debe tener en cuenta estos dos elementos: la voz de la conciencia y la enseñanza de la intuición. La *comunión* es la adoración a Dios. Los órganos del alma son incompetentes para adorar a Dios. No podemos percibir a Dios con nuestros pensamientos, sentimientos o intenciones, porque únicamente podemos conocerle *directamente* en nuestros espíritus. Nuestra adoración a Dios y las comunicaciones de Dios con nosotros se llevan a cabo directamente en el espíritu. Tienen lugar en «el hombre interior», no en el alma o en el hombre exterior.

Así pues, podemos concluir que estos tres elementos de conciencia, intuición y comunión están profundamente interrelacionados y funcionan coordinados. La relación entre conciencia e intuición es que la conciencia juzga según la intuición; condena toda conducta que no siga las directrices dadas por la intuición. La intuición está relacionada con la comunión o adoración en que Dios se da a conocer al hombre por la intuición y le revela su voluntad también por medio de la intuición. Ni la expectativa ni la deducción nos dan el conocimiento de Dios.

En los versículos siguientes, separados en tres grupos, se puede observar rápidamente que nuestros espíritus poseen la función de la conciencia (nótese que no decimos que el espíritu es la conciencia), la función de la intuición (o sentido espiritual) y la función de la comunión (o adoración).

A) La función de la conciencia en el espíritu del hombre

- «El Señor tu Dios endureció su espíritu» (Deut. 2:30).
- «Salva a los abatidos de espíritu» (Sal. 34:18).
- «Pon un espíritu nuevo y justo dentro de mí» (Sal. 51:10).
- «Cuando Jesús hubo hablado de esa manera se sintió inquieto en espíritu» (Jn. 1*3:21).
- «Se le encendió el espíritu dentro de él al ver que la ciudad estaba llena de ídolos» (Hch. 17:16).
- «Es el Espíritu mismo que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (Ro. 8:16).
- «Estoy presente en espíritu, y como si estuviera presente ya he pronunciado un veredicto (1 Co. 5:3).
- «No tuve reposo en mi espíritu» (2ª Cor. 2:13).
- «Porque Dios no nos dio el espíritu de timidez» (2ª Tim. 1:7).

B) La función de la intuición en el espíritu del hombre

- «El espíritu está dispuesto de veras» (Mat. 26:41).
- «Jesús, sabiendo en su espíritu» (Mr. 2:8).
- «Suspiró profundamente en su espíritu» (Mr. 8:12).
- «Se conmovió profundamente en espíritu» (Jn. 11:33).
- «Pablo estaba constreñido en el espíritu» (Hch. 18:5).
- «Siendo fervientes en espíritu» (Hch. 18:25).
- «Voy a Jerusalén, atado en el espíritu» (Hch. 20:22).
- «Qué persona conoce los pensamientos de un hombre salvo el espíritu del hombre que está en él» (1 Cor. 2:11).
- «Reconfortaron mi espíritu y también los vuestros» (1 Cor. 16:18).
- «Todos vosotros reconfortasteis su espíritu» (2 Cor. 7:13).

C) La función de la comunión en el espíritu del hombre

- «Mi espíritu se complace en Dios mi Salvador» (Le. 1:47).
- «Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn. 4:23).
- «Al cual sirvo con mi espíritu» (Rom. 1:9).
- «Servimos... en la nueva vida del espíritu» (Ro. 7:6).
- «Habéis recibido el espíritu de adopción cuando clamáis Abba Padre» (Rom. 8:15).
- «El espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu» (Rom. 8:16).
- «El que está unido al Señor se vuelve un espíritu con él» (1 Cor. 6:17).
- «Cantaré con el espíritu» (1 Cor. 14:15).
- «Si bendices con el espíritu» (1 Cor. 14:16).
- «Me transportó en el espíritu» (Ap. 21:10).

Por estos versículos podemos saber que nuestro espíritu posee por lo menos estas tres funciones. Aunque los hombres no regenerados aún no tienen vida, incluso así poseen estas funciones (pero su adoración va dirigida a espíritus malignos). Algunas personas manifiestan más que estas funciones, mientras que otras manifiestan menos. Esto, sin embargo, no implica que no estén muertos en pecados y transgresiones. El Nuevo Testamento no considera a los poseedores de una conciencia sensible, una gran intuición o una tendencia o un interés espirituales como salvos. Estas personas sólo nos demuestran que, aparte del pensamiento, la emoción y la voluntad de nuestra alma, también tenemos un espíritu. Antes de la regeneración el espíritu está separado de la vida de Dios. Sólo después de aquélla vivirá en nuestros espíritus la vida de Dios y del Espíritu Santo. Y entonces serán vivificados para ser instrumentos del Espíritu Santo.

Nuestra meta al estudiar la importancia del espíritu es capacitarnos para comprender que como seres humanos poseemos un espíritu independiente. Este espíritu no es la mente del hombre, su voluntad o su emoción. Al contrario, abarca las funciones de la conciencia, la intuición y la comunión. Es aquí en el espíritu donde Dios nos regenera, nos enseña y nos guía a su reposo. Pero es triste tener que decir que, debido a los largos años de dominio del alma, muchos cristianos saben muy poco de su espíritu.

Deberíamos temblar ante Dios y pedirle que nos enseñara a través de la experiencia lo que es espiritual y lo que es anímico.

Antes de que el creyente nazca de nuevo su espíritu queda tan sumergido y envuelto por su alma que le es imposible distinguir si algo sale del alma o del espíritu. Las funciones de éste se han mezclado con las de aquélla. Además, el espíritu ha perdido su función original o su relación con Dios porque está muerto para Dios. Podría parecer que se ha convertido en un accesorio del alma. Y al crecer y fortalecerse el pensamiento, emoción y la voluntad, las funciones del espíritu quedan tan eclipsadas que son casi ignoradas. Es por esto que hay que hacer una obra de separación entre alma y espíritu cuando el creyente ha sido regenerado.

Al investigar las Escrituras parece de veras que un espíritu regenerado funciona de la misma manera que lo hace el alma. Los siguientes versículos lo ilustran:

«Su espíritu estaba inquieto» (Gen. 41:8).

«Entonces sus espíritus se tranquilizaron por él» (Jue. 8:3).

«El que es imprudente de espíritu exalta la locura» (Pro. 14:29).

«Un espíritu abatido seca los huesos» (Pro. 17:22).

«Los que yerran en espíritu» (Isa. 29:24).

«Y gemirán por la angustia de espíritu» (Isa. 65:14).

«Su espíritu se endureció» (Dan. 5:20).

Estos versículos nos muestran las obras del espíritu *no regenerado* y nos indican lo parecidas que son sus obras con las del alma. El motivo de no mencionar al alma sino al espíritu es utilizar lo que ha ocurrido en lo más profundo del hombre. Descubre de qué manera el alma del hombre ha llegado a influir y a controlar completamente a su espíritu, logrando que éste manifieste las obras del alma. Aun así el espíritu todavía existe, porque estas obras salen del espíritu. Aunque sigue gobernado por el alma el espíritu no deja de ser un órgano.

El alma

Además de poseer un espíritu que le permite tener una comunicación íntima con Dios, el hombre también tiene un alma, y la consciencia de sí mismo. La operación del alma le hace ser consciente de su existencia. Es la sede de nuestra personalidad. Los elementos que nos hacen humanos pertenecen al alma. El intelecto, los ideales, el amor, la emoción, el discernimiento, la capacidad de elegir, la decisión, etc., no son sino diferentes experiencias del alma.

Ya se ha explicado que el espíritu y el cuerpo están fusionados en el alma, la cual, a su vez, forma el órgano de nuestra personalidad. Es por esto que en ocasiones la Biblia llama al hombre «alma», como si el hombre sólo poseyera este elemento. Por ejemplo, Génesis 12:5 habla de las personas como «almas». Y cuando llevó a toda su familia a Egipto, dice que «todas las almas de la casa de Jacob que entraron en Egipto eran setenta» (Gen. 46:27). En el original de la Biblia hay numerosos casos en los que se usa «alma» en lugar de «hombre». Esto se debe a que la sede y la esencia de la personalidad es el alma. Comprender la personalidad de un hombre es comprender su persona. La existencia, las características y la vida de un hombre se encuentran todas en el alma. En consecuencia la Biblia llama al hombre «un alma».

Lo que constituye la personalidad del hombre son las tres facultades principales de voluntad, pensamiento y emoción. La voluntad es el instrumento de nuestras decisiones y revela nuestro poder de elección. Expresa nuestro consentimiento o nuestra negativa, nuestro «sí» o nuestro «no». Sin él el hombre queda reducido a un autómatas. La mente, el instrumento de nuestros pensamientos, manifiesta nuestro poder intelectual. Es la fuente de la sabiduría, el conocimiento y el razonamiento. Su ausencia hace que un hombre sea tonto e inepto. El instrumento de nuestras simpatías y antipatías es la facultad

de la emoción. Por medio de ella podemos expresar amor u odio y sentirnos alegres, enojados, tristes o felices. Su escasez hará al hombre insensible como la madera o la piedra.

Un cuidadoso estudio de la Biblia nos llevará a la conclusión de que estas tres facultades básicas de la personalidad pertenecen al alma. Hay demasiados pasajes bíblicos para citarlos todos. De aquí que sólo podemos enumerar una breve selección de los mismos.

A) *La facultad de la voluntad del alma*

«No me abandones a la voluntad (original, "alma") de mis adversarios» (Sal. 27:12).

«No le abandonas a la voluntad (original, "alma") de sus enemigos» (Sal. 41:2).

«Te entregó a la codicia (original, "alma") de tus enemigos» (Ezq. 16:27).

«La dejarás que vaya donde quiera (original, "alma")» (Deut. 21:14).

«Ah, tenemos el deseo de nuestro corazón (original, "alma")» (Sal. 35:25).

«O hace un juramento para atarse él mismo (original, "alma") con una promesa» (Núm. 30:2).

«Ahora disponed vuestra mente y vuestro corazón (original, "alma") para buscar al Señor vuestro Dios» (1ª Cro. 22:19).

«Ellos anhelan y *alzan* su alma por volver a vivir allí» (Jer. 44:14).

«Mi alma *se niega* a pasar estas aflicciones» (Job 6:7).

«Mi alma *prefiere* la estrangulación, la muerte, más que mis huesos» (Job 7:15).

Aquí «voluntad» o «corazón» señalan a la voluntad humana. -Disponer el corazón», «alzar su alma», «negarse», «preferir», son, todas, actividades de la voluntad y tienen su origen en el alma.

B) *La facultad del intelecto o la mente del alma*

«Y después *alzaron* su alma sus hijos e hijas» (Ezq. 24:25).

«Que un alma sin *conocimiento* no es bueno» (Prov. 19:2).

«¿Cuánto tiempo debo sufrir la pena (siríaco, hebreo: *soportar los consejos*^) en mi alma?» (Sal. 13:2).

«Tus obras son maravillosas y mi alma las *conoce* bien» (Sal. 139:14).

«Mi alma *piensa* en eso constantemente» (Lam. 3:20).

«El *conocimiento* complacerá a tu alma» (Prov. 2:10).

«Conserva una sana *sabiduría* y discreción... y serán vida para tu alma» (Prov. 3:21, 22).

«Sepas que la *sabiduría* es así para tu alma» (Prov. 24:14).

Aquí «conocimiento», «consejo», «alzar», «pensar», etc., existen como actividades del intelecto o la mente del hombre, las cuales la Biblia nos dice que provienen del alma.

C) *La facultad de la emoción del alma*

1) **Emociones de afecto**

«El alma de Jonatán *se unió* al alma de David, y Jonatán *le amó* como a su propia alma» (1 S. 18:1).

«Tú a quien *ama* mi alma» (Cant. 1:7).

«Mi alma *engrandece* al Señor» (Le. 1:46).

«Su vida *detesta* el pan, y su alma la comida exquisita» (Job 33:20).

«Los que el alma de David *odia*» (2 S. 5:8).

«Mi alma *se enojó* con ellos» (Zac. 11:8).

«*Amarás* al Señor tu Dios... con toda tu alma» (Deut. 6:5).

«Mi alma *está cansada* de la vida» (Job 10:1).

«Su alma *detesta* toda clase de comida» (Sal. 107:18).

2) **Emociones de deseo**

«Porque todo lo que desee tu alma... o todo lo que te pida tu alma» (Deut. 14:26).

«Lo que pueda decir tu alma» (1 Sam. 20:4).

«Mi alma anhela, sí, se desmaya por los patios del Señor» (Sal. 84:2).

«El anhelo de tu alma» (Eze. 24:21).
«Tanto te anhela mi alma, oh Dios» (Sal. 42:1).
«Mi alma suspira por ti por la noche» (Isa. 26:9).
«Mi alma está contenta» (Mat. 12:18).

3) Emociones de sentimientos y sensaciones

«Además una espada traspasará tu propia alma» (Luc. 2:35).
«Todo el pueblo estaba amargado en el alma» (1 Sam. 30:6).
«Su alma está amargada y atormentada en su interior» (2 Reyes 4:27).
«Su alma estaba apenada por la miseria de Israel» (Jue. 10:16).
«Cuánto tiempo atormentarás mi alma» (Job 19:2).
«Mi alma exultará en mi Dios» (Isa. 61:10).
«Alegra el alma de tu siervo» (Sal. 86:4).
«Su alma se desmayó en su interior» (Sal. 107:5).
«Por qué estás abatida, oh alma mía» (Sal. 42:5).
«Vuelve, oh alma mía, a tu descanso» (Sal. 116:7).
«Mi alma se consume de anhelo» (Sal. 119:20).
«Dulzura para el alma» (Pro. 16:24).
«Deja que tu alma se deleite en la gordura» (Isa. 55:2).
«Mi alma se desmayó dentro de mí» (Jonás 2:7).
«Mi alma estaba muy apenada» (Mat. 26:38).
«Ahora mi alma está inquieta» (Jn. 12:27).
«Estaba atormentado en su justa alma día tras día» (2 P. 2:8).

En estas observaciones sobre las diversas emociones del hombre podemos descubrir que nuestra alma es capaz de amar y de odiar, de desear y de aspirar, de sentir y de percibir.

De este breve estudio bíblico se hace evidente que el alma del hombre posee la parte conocida como voluntad, la parte conocida como mente o intelecto y la parte conocida como emoción.

La vida del alma

Algunos eruditos bíblicos nos señalan que en el griego se emplean tres palabras diferentes para designar «la vida»: 1) *bios*, 2) *psyche*, 3) *zoe*. Todas describen la vida, pero comunican significados muy diferentes. *Bios* hace referencia al medio de vida o sustento. Nuestro Señor Jesús usó esta palabra cuando elogió a la mujer que echó en el tesoro del templo todo su sustento. *Zoe* es la vida más elevada, la vida del espíritu. Siempre que la Biblia habla de la vida eterna utiliza esta palabra. *Psyche* se refiere a la vida animada del hombre, a su vida natural o vida del alma. La Biblia emplea este término cuando describe la vida humana.

Observemos ahora que las palabras «alma» y «vida del alma» en la Biblia son una y la misma en el original. En el Antiguo Testamento la palabra hebrea para «alma» *ô nepheshô* se utiliza también para «vida del alma». Por consiguiente, el Nuevo Testamento usa la palabra griega *psyche* para «alma» y «vida del alma». Por eso sabemos que «el alma» no sólo es uno de los tres elementos del hombre, sino que también **es la vida del hombre**, su vida natural. En muchos lugares de la Biblia se traduce «alma» por «vida».

«Solamente que no comáis la carne con su vida, es decir, su sangre» (Gen. 9:4, 5).
«La vida de la carne está en la sangre» (Lev. 17:11).
«Los que han buscado la vida del hijo han muerto» (Mat. 2:20).
«¿Es lícito en el sábado salvar la vida o destruirla?» (Luc. 6:9).
«Los que han arriesgado sus vidas por nuestro Señor Jesucristo» (Hch. 15:26). «No le doy ningún valor a mi vida» (Hch. 20:24).
«Para dar su vida como un rescate por muchos» (Mat. 20:28).
«El buen pastor sacrifica su vida por las ovejas» (Jn. 10:11, 15,17).

La palabra «vida» en estos versículos es «alma» en el original. Se ha traducido así porque de lo contrario sería difícil comprenderla. Verdaderamente el alma es la misma vida del hombre.

Como ya hemos mencionado, «el alma» es uno de los tres elementos del hombre. «La verdad del alma» es la vida natural, el hombre, la que le hace existir y le vivifica. Es la vida por la que vive el hombre actualmente, es el poder por el cual el hombre es lo que es. Como la Biblia aplica *nepesh* y *psyche* al alma y a la vida del hombre, es evidente que aunque distinguibles no son separables. Son distinguibles dado que en ciertos lugares *psyche* (por ejemplo) hay que traducirlo por «alma» o «vida». No se pueden intercambiar las traducciones. Por ejemplo, «alma» y «vida» en Lucas 12:19-23 y en Marcos 3:4 son en realidad la misma palabra en el original, pero traducirlas con la misma palabra a otras lenguas no tendría sentido. Sin embargo son inseparables porque las dos están por completo unidas en el hombre.

Un hombre sin alma no vive. La Biblia nunca nos dice que un hombre natural posea otra vida que no sea la del alma. La vida del hombre sólo es el alma, que impregna al cuerpo. Puesto que la vida está unida al cuerpo, pasa a ser la vida del hombre. La vida es el fenómeno del alma. La Biblia consideró al cuerpo presente del hombre como un «cuerpo anímico» (1ª Cor. 15:44 original), porque la vida del cuerpo que tenemos ahora es la del alma. Así pues, la vida del hombre es simplemente una expresión del compuesto de sus energías mentales, emocionales y volitivas. En el mundo natural la «personalidad» abarca estas diferentes partes del alma, pero nada más. La vida del alma es la vida natural del hombre.

Reconocer que el alma es la vida del hombre es un hecho importantísimo porque tiene mucho que ver con la clase de cristianos que lleguemos a ser: espirituales o anímicos. Esto lo explicaremos más adelante.

El alma y el yo del hombre

Dado que hemos visto que el alma es la sede de nuestra personalidad, el órgano de la voluntad y la vida natural, podemos deducir fácilmente que esta alma es también el «auténtico yo», yo mismo. Nuestro yo es el alma. Esto también se puede demostrar con la Biblia. En Números 30, la frase «atarse» sale diez veces. En el original es «atar su alma». Esto nos lleva a comprender que el alma es nuestro propio yo. En muchos otros pasajes de la Biblia encontramos la palabra «alma» traducida por «yo». Por ejemplo:

«No os ensuciaréis con ellos» (Lev. 11:43).

«No os ensuciaréis» (Lev. 11:44).

«Los que os desgarráis de ira» (Job 18:4).

«Se justificó» (Job 32:2).

«Pero ellos mismos caen cautivos» (Isa. 46:2).

«Lo que todos (original, "toda alma") deban comer, eso sólo lo puedes preparar tú» (Éxodo. 12:16).

«Quien mata a alguna persona (original, "alguna alma") sin intención» (Núm. 35:11,15).

«Dejadme (original, "dejad a mi alma") morir la muerte de los justos» (Núm. 23:10).

«Cuando cualquiera (original, "cualquier alma") lleve una ofrenda de cereales» (Lev. 2:1).

«Me he... tranquilizado» (Sal. 131:2).

«No penséis que en el palacio del rey vais (original, "vuestra alma va") a escapar» (Ester. 4:13).

«El Señor Dios ha jurado por Él mismo» (original, "jurado por su alma") (Amós. 6:8).

Estos textos del Antiguo Testamento nos dicen de diferentes maneras que el alma es el propio yo del hombre.

El Nuevo Testamento nos transmite la misma impresión. - «Almas», en el original, se ha traducido por «ocho personas» en 1 Pedro 3:20 y como «doscientas setenta y seis personas» en Hechos 27:37. La frase de Romanos 2:9, traducida como «todo ser humano que hace el mal», en el original es «toda alma de hombre que hace el mal». Por eso, advertir al alma de un hombre que hace el mal es advertir al malvado. En Santiago 5:20 se considera salvar un alma como salvar a un pecador. Y Lucas 12:19 habla

de las palabras de satisfacción que el necio rico dirigía a su alma como si estuviese hablando consigo mismo. Así pues, está claro que la Biblia en conjunto contempla el alma del hombre o a la vida del alma como al hombre mismo.

Podemos encontrar una confirmación de esto en las palabras de nuestro Señor Jesús consignadas en dos diferentes Evangelios. Mateo 16:26 dice: «Porque ¿qué beneficio consigue un hombre si gana el mundo entero y pierde su vida (psyche) ¿O qué dará un hombre a cambio de su vida (psyche)?» Mientras que Lucas 9:25 lo explica así: «Porque ¿de qué le servirá a un hombre si gana el mundo entero y se pierde él mismo» Ambos escritores del Evangelio dejan constancia de lo mismo, pero uno usa «vida» (o «alma») mientras que el otro usa «él mismo». Esto significa que el Espíritu Santo está utilizando a Mateo para explicar el significado de «él mismo» en Lucas y a Lucas para explicar el significado de «vida» en Mateo. El alma o la vida del hombre en el hombre mismo, y al revés.

Este estudio nos permite deducir que para ser un hombre debemos poseer lo que hay en el alma del hombre. Todo hombre natural posee este elemento y lo que contiene, porque el alma es la vida común compartida por todos los hombres naturales. Antes de la regeneración, todo lo que forma parte de la vida o sea el yo, la vida, la fuerza, el poder, la decisión, el pensamiento, la opinión, el amor, el sentimiento o pertenece al alma. En otras palabras, la vida del alma es la vida que un hombre hereda al nacer. Todo lo que esta vida posee y todo lo que pueda llegar a ser se encuentra en el reino del alma. Si reconocemos claramente lo que es anímico, entonces nos será más fácil reconocer más adelante lo que es espiritual. Será posible separar lo espiritual de lo anímico.

CAPITULO 3

La caída del hombre

El hombre que Dios formó era notablemente diferente de todos los demás seres creados. El hombre poseía un espíritu similar al de los ángeles y al mismo tiempo tenía un alma parecida a la de los animales inferiores. Cuando Dios creó al hombre le dio una libertad total. No hizo al hombre un autómata, controlado automáticamente por la voluntad de Dios. Esto es evidente en Génesis 2 cuando Dios instruyó al hombre original sobre cuál fruta podía comer y cuál no. El hombre que Dios creó no era una máquina dirigida por Dios, al contrario, tenía una total libertad de elección. Si escogía obedecer a Dios, podía hacerlo, y si decidía rebelarse contra Dios, también podía hacerlo. El hombre poseía una soberanía por la que podía ejercer su voluntad al escoger entre obedecer o desobedecer. Este punto es importantísimo, puesto que debemos ver claramente que en nuestra vida espiritual Dios jamás nos priva de nuestra libertad. Dios no llevará a cabo nada sin nuestra colaboración activa. Ni Dios, ni el demonio pueden hacer nada a través de nosotros sin antes haber obtenido nuestro consentimiento, porque la voluntad del hombre es libre.

Originariamente el espíritu del hombre era la parte más noble de todo su ser, y el alma y el cuerpo le estaban sujetos. En condiciones normales el espíritu es como un amo, el alma es como un mayordomo y el cuerpo es como un criado. El amo encarga asuntos al mayordomo, quien a su vez ordena al criado que los lleve a cabo. El amo da órdenes al mayordomo en privado. El mayordomo parece ser el dueño de todo, pero en realidad el dueño de todo es el amo. Por desgracia, el hombre ha caído, ha sido derrotado y ha pecado, y en consecuencia se ha tergiversado el orden correcto del espíritu, el alma y el cuerpo.

Dios otorgó al hombre un poder soberano y concedió numerosos dones al alma humana. Los más prominentes son el pensamiento y la voluntad o el intelecto y la intención. El propósito original de Dios es que el alma humana reciba y asimile la verdad y la substancia de la vida espiritual de Dios. Dios dio dones a los hombres para que el hombre pudiera recibir el conocimiento y la voluntad de Dios como

suyos. Si el espíritu y el alma del hombre hubieran mantenido su perfección, sanidad y vigor, su cuerpo habría sido capaz de mantenerse sin cambio para siempre. Si hubiera decidido en su voluntad tomar y comer la fruta de la vida, es indudable que la propia vida de Dios habría entrado en su espíritu, habría impregnado su alma, habría transformado todo su hombre interior y habría pasado su cuerpo a la incorruptibilidad. Entonces habría estado literalmente en posesión de «la vida eterna». En estas circunstancias su vida anímica se hubiera llenado por completo de vida espiritual y todo su ser se habría transformado en algo espiritual. Contrariamente, si se invierte el orden del espíritu y el alma, el hombre se sumerge en las tinieblas y el cuerpo humano no puede durar mucho, sino que pronto se pudre.

Sabemos que el alma del hombre escogió el árbol del conocimiento del bien y del mal en lugar del árbol de la vida. No obstante, ¿no está claro que la voluntad de Dios para Adán era que comiese la fruta del árbol de la vida? Porque antes le había prohibido a Adán que comiese la fruta del árbol del bien y del mal y le advirtió que el día que la comiese moriría (Gen. 2:17). Primero ordenó al hombre que comiera libremente de todo árbol del jardín, y adrede mencionó el árbol de la vida en medio del jardín. ¿Quién puede decir que no es así?

«La fruta del conocimiento del bien y del mal» eleva al alma humana y suprime al espíritu. Dios no prohibió al hombre que comiera de esta fruta simplemente para probar al hombre. Se lo prohíbe porque sabe que comiendo de esta fruta la vida del alma del hombre será tan estimulada que la vida de su espíritu quedará ahogada. Esto significa que el hombre perderá el auténtico conocimiento de Dios y en consecuencia estará muerto por El. La prohibición de Dios muestra el amor de Dios. El conocimiento del bien y del mal en este mundo es malo en sí mismo. Este conocimiento surge del intelecto del alma del hombre. Hinchaba la vida del alma y por consiguiente rebaja la vida del espíritu hasta el punto que ésta pierde todo conocimiento de Dios, hasta el punto que queda como muerto.

Un gran número de siervos de Dios ven en este árbol de la vida a Dios ofreciendo vida al mundo en su Hijo el Señor Jesús. Esto es la vida eterna, la naturaleza de Dios, su vida increada. Por eso tenemos aquí dos árboles: uno produce vida espiritual, mientras que el otro genera vida anímica. En su estado original el hombre no es ni pecador ni santo y justo. Se encuentra entre los dos. Puede aceptar la vida de Dios, convirtiéndose así en un hombre espiritual y partícipe de la naturaleza divina, o puede hinchar su vida creada hasta volverla anímica, matando así su espíritu. Dios dio un equilibrio perfecto a las tres partes del hombre. Siempre que una de las partes se desarrolla demasiado las otras sufren.

Nuestra experiencia espiritual saldrá muy beneficiada si comprendemos el origen del alma y su principio de vida. Nuestro espíritu viene directamente de Dios puesto que es un don de Dios (Núm. 16:22). Nuestra alma no tiene esta procedencia tan directa, fue producida después que el espíritu entró en el cuerpo. Por eso está vinculada al ser creado de una manera característica. Es la vida creada, la vida natural. El valor que tiene el alma es realmente grande si mantiene su papel de mayordomo y permite que el espíritu sea el amo. El hombre puede entonces recibir la vida de Dios y estar en conexión con Dios en la vida. Si, en cambio, este mundo anímico se hincha, consecuentemente el espíritu queda reprimido. Todos los actos del hombre quedarán limitados al mundo natural de lo creado, incapaz de unirse a la vida sobrenatural e increada de Dios. El hombre original sucumbió a la muerte porque comió de la fruta del conocimiento del bien y del mal, desarrollando así de manera anormal su vida anímica.

Satanás tentó a Eva con una pregunta. Sabía que su pregunta estimularía el pensamiento de la mujer. Si Eva hubiera estado bajo el completo control del espíritu habría rechazado estas preguntas. Al intentar responder utilizó su mente en desobediencia al espíritu. Es indudable que la pregunta de Satanás estaba llena de errores, puesto que su motivo principal era simplemente incitar la actividad mental de Eva. Era de esperar que Eva corregiría a Satanás, pero, ¡ay!, Eva se atrevió a cambiar la Palabra de Dios en su conversación con Satanás. En consecuencia, el enemigo se envalentonó y la tentó a que comiera, sugiriéndole que al comer se le abrirían los ojos y sería como Dios, conociendo el bien y el mal. «Así pues, cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer y que era una delicia para los ojos, y que

el árbol era deseable para ser sabio, tomó de su fruto y comió» (Gén. 3:6). Así fue como Eva vio el asunto. Satanás provocó primero su pensamiento anímico y luego avanzó hasta apoderarse de su voluntad. El resultado: Eva cayó en el pecado.

Satanás siempre utiliza la necesidad física como primer objetivo a atacar. Simplemente le hizo mención a Eva del acto de comer fruta, un asunto totalmente físico. A continuación intentó seducir su alma, dándole a entender que haciendo lo que él le decía se le abrirían los ojos para conocer el bien y el mal. Aunque esta búsqueda del conocimiento era totalmente legítima, su consumación llevó a su espíritu a una abierta rebeldía contra Dios porque tergiversó la prohibición de Dios atribuyéndole un propósito malo. La tentación de Satanás alcanza primeramente al cuerpo, luego al alma y finalmente al espíritu. Después de haber sido tentada Eva dio su opinión. Para empezar, «el árbol era bueno para comer». Esto es «lujuria de la carne». La carne de Eva fue la primera en ser estimulada. Segundo, «era una delicia para los ojos». Esto es «la lujuria de los ojos». Ahora ya estaban estimulados su cuerpo y su alma. Tercero, «el árbol era deseable para los sabios». Esto es «el orgullo de la vida». Este deseo revelaba la vacilación entre su emoción y su voluntad. La agitación de su alma era ya incontrolable. Ya no se mantenía al margen como un espectador sino que había sido espoleada a desear la fruta. ¡Qué peligrosa es una emoción humana cuando es dueña de las circunstancias!

¿Por qué Eva deseó la fruta? No fue simplemente por la lujuria de la carne y la lujuria de los ojos, sino también por su curiosidad incontenible por la sabiduría. En la búsqueda de sabiduría y de conocimiento, incluso del llamado «conocimiento espiritual», con frecuencia se pueden echar de ver actividades del alma. Cuando una persona intenta aumentar su conocimiento practicando gimnasia mental con libros sin esperar en Dios ni pedir la guía del Espíritu Santo, es evidente que su alma se encuentra en plena oscilación. Esto agotará su vida espiritual. Como la caída del hombre fue ocasionada por la búsqueda de conocimiento, Dios utiliza la «insensatez de la cruz» para «destruir la sabiduría de los sabios». El intelecto fue la causa principal de la caída; por eso para salvarse hay que creer en la locura de la Palabra de la cruz en lugar de depender del intelecto. El árbol del conocimiento hace que el hombre caiga, y por eso Dios emplea el «madero de la locura» (1 Pedro. 2:24) para salvar almas. «Si alguno entre vosotros piensa que es sabio en este tiempo, que se vuelva ignorante para poder ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para Dios» (1 Cor. 3:18-20; ver también 1:18-25).

Habiendo repasado cuidadosamente el relato de la caída del hombre, podemos ver que, al rebelarse contra Dios, Adán y Eva desarrollaron sus almas hasta el extremo de desplazar a sus espíritus y sumergirse en la oscuridad. Las partes prominentes del alma son la mente, la voluntad y la emoción del hombre. La voluntad es el órgano de la decisión y en consecuencia el dueño del hombre. La mente es el órgano del pensamiento, mientras que la emoción es el del afecto. El apóstol Pablo nos dice que «Adán no fue engañado», indicando que la mente de Adán no estaba en confusión en aquel día fatídico. La que flaqueó en su mente fue Eva: «la mujer fue engañada y pecó» (1 Tim. 2:14). Según el relato del Génesis, está escrito que «la mujer dijo: "La serpiente me engañó y comí"» (Gén. 3:13). Pero «el hombre dijo: "La mujer me dio (no me engañó) fruta del árbol y comí"» (Gén. 3:12). Es evidente que Adán no fue engañado. Su mente estaba despejada y sabía que la fruta era del árbol prohibido. Comió a causa de su efecto por la mujer. Adán comprendió que lo que había dicho la serpiente no era nada más que el engaño del enemigo. De las palabras del apóstol vemos que Adán pecó deliberadamente. Amaba a Eva más que a sí mismo. La hizo su ídolo y por ella fue capaz de revelarse contra la orden de su Creador. ¡Qué lástima que su emoción dominara a su mente! Su efecto superó a su razón. ¿Por qué los hombres «no creían la verdad»? Porque «se complacían en la injusticia» (2 Tes. 2:12). No es que la verdad no sea razonable sino que no se la ama. Por eso cuando alguien verdaderamente va al Señor «cree con el corazón (no la mente) y es justificado» (Rom. 10:10).

Satanás llevó a Adán a pecar apoderándose de su voluntad a través de su emoción, mientras que tentó a Eva a que pecase dominando su voluntad por el conducto de una mente oscurecida. Cuando la voluntad y la mente y la emoción del hombre fueron envenenadas por la serpiente y el hombre siguió a Satanás

en lugar de seguir a Dios, su espíritu, que podía tener comunión íntima con Dios, recibió un golpe mortal. Aquí podemos ver la ley que gobierna la obra de Satanás. Usa las cosas de la carne (comer fruta) para atraer el alma del hombre hacia el pecado. En cuanto el alma peca, el espíritu queda sumido en una oscuridad absoluta. El orden de su método siempre es el mismo: de fuera hacia dentro. Si no empieza por el cuerpo, entonces empieza trabajando con la mente o la emoción para apoderarse de la voluntad del hombre. En el momento en que el hombre cede ante Satanás, éste posee todo el ser del hombre y mata al espíritu. Pero no es así con la obra de Dios: Dios siempre trabaja de dentro hacia fuera. Dios empieza trabajando con el espíritu del hombre y prosigue iluminando su mente, estimulando su emoción y llevándole a ejercer su voluntad sobre su cuerpo para llevar a cabo la voluntad de Dios. Toda obra satánica se realiza de fuera hacia dentro y toda obra divina se realiza de dentro hacia fuera. En esto podemos distinguir lo que viene de Dios y lo que viene de Satanás. Todo esto nos enseña, además, que una vez que Satanás se apodera de la voluntad del hombre controla a ese hombre.

Debemos tener presente que el alma es donde el hombre expresa su libre voluntad y ejerce su autoridad. Por eso la Biblia frecuentemente deja constancia de que es el alma la que peca. Por ejemplo, Miqueas 6:7 dice «el pecado de mi alma». Ezequiel 18:4, 20 dice «el alma que peca». Y en los libros Levítico y Números se menciona frecuentemente que el alma peca. ¿Por qué? Porque es el alma la que decide pecar. Nuestra descripción del pecado es: «La voluntad de su consentimiento en la tentación.» Pecar es cosa de la voluntad del alma y en consecuencia debe haber una expiación por el alma. «Dad ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras almas» (Éxodo. 30:15). «Porque el alma de la carne está en la sangre, y te la he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras almas, porque es la sangre lo que hace expiación por el alma» (Lev. 17:11). «Para hacer expiación por vuestras almas delante de Jehová» (Núm. 31:50).

Como es el alma la que peca, se desprende que el alma es la que tiene que recibir expiación. Y además la expiación debe proceder de un alma: «Le agradó a Dios magullarle; le ha sometido a sufrimiento... le harás a su alma una ofrenda por el pecado... Él verá el fruto de los dolores de su alma y estará satisfecho... ha derramado su alma hasta la muerte... y llevó el pecado de muchos, e hizo intercesión por los transgresores» (Isa. 53:10-12).

Al examinar la naturaleza del pecado de Adán descubrimos que además de la rebelión también hay una cierta clase de independencia. Aquí no debemos perder de vista la voluntad libre. Por un lado el árbol de la vida implica un sentido de dependencia. En aquel tiempo el hombre no poseía la naturaleza de Dios, pero si hubiera participado de la fruta del árbol de la vida habría obtenido la vida de Dios y el hombre habría podido alcanzar su cumbre: poseer la misma vida de Dios. Esto es dependencia. Por otro lado, el árbol del conocimiento del bien y del mal sugiere independencia, porque el hombre procuró por medio del ejercicio de su voluntad obtener el conocimiento que no le había sido prometido, algo que Dios no le había concedido. Su rebelión declaraba su independencia. Rebelándose no tenía que depender de Dios. Además, su búsqueda del conocimiento del bien y del mal también mostraba su independencia porque no estaba satisfecho con lo que Dios ya le había concedido. La diferencia entre lo espiritual y lo anímico es clara como el cristal. Lo espiritual depende totalmente de Dios, está plenamente satisfecho con lo que Dios ha dado. Lo anímico evita cualquier contacto con Dios y ambiciona lo que Dios no ha concedido, en especial «el conocimiento». La independencia es una marca especial de lo anímico. Esto «no importa lo bueno que sea, incluso cuando adora a Dios» es indudablemente cosa del alma si no requiere una confianza completa en Dios y en cambio exige dependencia de la propia fuerza. El árbol de la vida no puede crecer dentro de nosotros junto con el árbol del conocimiento. La rebelión y la independencia explican todo pecado cometido tanto por los pecadores como por los santos.

El espíritu, el alma y el cuerpo después de la caída

Adán vivía por el aliento de vida que se hizo espíritu en él. Por medio del espíritu percibía a Dios, conocía la voz de Dios y tenía comunión íntima con Dios. Era profundamente consciente de Dios.

Pero después de la caída su espíritu murió.

Cuando Dios habló con Adán, antes que nada le dijo: «el día que comas de ella (la fruta del árbol del bien y del mal) morirás» (Gén. 2:17). Aun así, Adán y Eva vivieron cientos de años después de haber comido la fruta prohibida. Evidentemente, esto indica que la muerte que Dios había anunciado no era física. La muerte de Adán empezó en su espíritu.

¿Qué es realmente la muerte? Según la definición científica la muerte es «el cese de la comunicación con el medio ambiente». La muerte del espíritu es el cese de su comunicación con Dios. La muerte del cuerpo es la interrupción de la comunicación entre el espíritu y el cuerpo. Así pues, cuando decimos que el espíritu está muerto no implica que ya no haya espíritu. Sólo queremos decir que el espíritu ha perdido su sensibilidad hacia Dios y por eso está muerto para Él. La situación exacta es que el espíritu está incapacitado, es incapaz de tener comunión íntima con Dios. Vamos a ilustrarlo. Una persona muda tiene boca y pulmones, pero hay algo que falla en sus cuerdas vocales que le impide hablar. Para todo lo que se refiere al lenguaje humano su boca puede ser considerada muerta. De igual manera el espíritu de Adán murió a causa de su desobediencia a Dios. Aún tenía su espíritu, pero estaba muerto para Dios porque había perdido su instinto espiritual. Y sigue siendo así. El pecado ha destruido el profundo conocimiento intuitivo que el espíritu tenía de Dios y ha hecho al hombre espiritualmente muerto. Puede ser religioso, moral, erudito, capaz, fuerte y sabio, pero está muerto para Dios. Incluso puede hablar de Dios, razonar acerca de Dios y predicar a Dios, pero sigue estando muerto para Él. El hombre no puede oír o percibir la voz del Espíritu de Dios. En consecuencia, Dios, en el Nuevo Testamento, llama a menudo muertos a los que están vivos en la carne.

La muerte que empezó en el espíritu de nuestro antepasado se extendió gradualmente hasta alcanzar a su cuerpo. Aunque vivió muchos años después de haber muerto su espíritu, aun así la muerte trabajó sin cesar en él hasta que murieron su espíritu, su alma y su cuerpo. Su cuerpo, que podría haber sido transformado y glorificado, en lugar de eso volvió al polvo. Como su hombre interior había caído en el caos, su hombre exterior debía morir y ser destruido.

Desde entonces el espíritu de Adán (así como el espíritu de todos sus descendientes) cayó bajo la opresión del alma, hasta que poco a poco se fusionó con el alma y las dos partes quedaron fuertemente unidas. El escritor de Hebreos afirma en 4:12 que la Palabra de Dios traspasará y separará el alma y el espíritu. La separación es necesaria porque el espíritu y el alma se han vuelto uno. Mientras están íntimamente unidos, sumergen al hombre en un mundo físico. Todo se hace siguiendo los dictados del intelecto o del sentimiento. El espíritu ha perdido su poder y su sensibilidad, como si estuviera totalmente dormido. El instinto que aún tenga para conocer y servir a Dios está completamente paralizado. Permanece en coma como si no existiera. Es a esto que se refiere Judas 19 cuando dice «natural, sin espíritu» (literal).¹ Claro está que esto no significa que el espíritu humano deje de existir, porque Números 16:22 afirma claramente que Dios es «el Dios de los espíritus de toda carne». Todo ser humano sigue poseyendo un espíritu, aunque está oscurecido por el pecado y es impotente para tener comunión con Dios.

Aunque este espíritu esté muerto para Dios, puede permanecer tan activo como la mente o el cuerpo. Dios lo considera muerto, pero todavía es muy activo en otros aspectos. En ocasiones el espíritu de un hombre caído puede incluso ser más fuerte que su alma o su cuerpo y puede conseguir el dominio sobre todo el ser. Estas personas son «espirituales», de la misma manera que la mayoría de las personas son anímicas o físicas en su mayor parte porque sus espíritus son más grandes que los de la gente corriente. Éstos son las brujas y los hechiceros. Es cierto que mantienen contacto con el mundo espiritual, pero lo hacen por medio de espíritus diabólicos, no por el Espíritu Santo.

(Nota. Aquí el espíritu no es el Espíritu Santo sino el espíritu humano, porque va precedido de la palabra «natural», que literalmente es «anímico». Como «anímico» corresponde al hombre, entonces aquí «espíritu» también corresponde al hombre.)

De este modo, el espíritu del hombre caído se alía con Satanás y sus espíritus diabólicos. Está muerto para Dios, pero ciertamente muy vivo para Satanás y sigue a los espíritus diabólicos que trabajan en él.

Al ceder a las exigencias de sus pasiones y deseos carnales el alma se ha convertido en esclava del cuerpo, de manera que el Espíritu Santo no tiene oportunidades para luchar con miras a recuperarla para Dios. Por eso la Biblia afirma: «Mi Espíritu no instará al hombre siempre, porque ciertamente es carne» (Gén. 6:3). La Biblia dice de la carne que es el compuesto del alma no regenerada y de la vida física, aunque la mayoría de las veces señala al pecado que está en la carne. Una vez que el hombre está bajo el dominio de la carne no tiene ninguna posibilidad de liberarse. El alma ha sustituido a la autoridad del espíritu. Todo se hace independientemente y según los dictados de su mente. Incluso en asuntos religiosos, en la más apasionada búsqueda de Dios, todo se lleva a cabo con la fuerza y la voluntad del alma del hombre, carente de la revelación del Espíritu Santo. El alma no es simplemente independiente del espíritu, sino que además está bajo el control del cuerpo. Se le pide que obedezca, que ejecute y que satisfaga los deseos carnales, las pasiones y las demandas del cuerpo. Así pues, todo hijo de Adán no sólo está muerto en su espíritu, sino que también es «de la tierra, un hombre de polvo» (1 Cor. 15:47). Los hombres caídos están bajo el dominio total de la carne, actuando en respuesta a los deseos de su vida anímica y de sus pasiones físicas. Son incapaces de tener comunión íntima con Dios. A veces desarrollan su intelecto, en otras ocasiones su pasión, pero lo más frecuente es que desarrollen tanto su intelecto como su pasión. Sin estorbos, la carne controla firmemente a todo el hombre.

Esto es lo que se expone en Judas 18 y 19: «burladores, persiguiendo sus propias lujurias e impiedades. Éstos son los que se han apartado, hombres naturales, sin espíritu». Ser anímico es contrario a ser espiritual. El espíritu, nuestra parte más noble, la parte que puede unirse a Dios y que debería gobernar al alma y al cuerpo, ahora está bajo el dominio del alma, esa parte de nosotros que es mundana en sus motivos y en sus metas. El espíritu ha sido desposeído de su posición original. La condición actual del hombre es anormal. Por eso se le describe como si no tuviera espíritu. El resultado de ser anímico es volverse escarnecedor, perseguir pasiones impías y crear divisiones.

1ª Corintios 2:14 habla de estas personas no regeneradas de la siguiente manera: «El hombre natural (anímico) no recibe los dones espirituales de Dios porque para él son locura, y no puede comprenderlos porque se disciernen espiritualmente.» Estos hombres se encuentran bajo el control de sus almas y con sus espíritus reprimidos contrastan totalmente con las personas espirituales. Pueden ser portentosamente inteligentes, capaces de presentar ideas y teorías con autoridad, pero no admiten las cosas del Espíritu de Dios. No están capacitados para recibir la revelación del Espíritu Santo. Esta revelación es absolutamente diferente de las ideas humanas. Los hombres pueden pensar que el intelecto y el razonamiento humanos son todopoderosos, que el cerebro puede comprender todas las verdades del mundo, pero el veredicto de la Palabra de Dios es: «vanidad de vanidades».

Mientras el hombre está en su estado anímico a menudo percibe la inseguridad de esta vida y en consecuencia busca la vida eterna del mundo venidero. Pero incluso si lo hace sigue sin poder desvelar la Palabra de vida con sus muchos razonamientos y teorías. ¡Qué poco dignos de confianza son los razonamientos humanos! Con frecuencia observamos cómo personas muy inteligentes chocan en sus diferentes opiniones. Las teorías conducen fácilmente al hombre al error. Son castillos en el aire que lo hundan en la oscuridad eterna. Qué cierto es que sin la guía del Espíritu Santo el intelecto no solamente es poco de fiar sino que es extremadamente peligroso, porque frecuentemente confunde lo bueno y lo malo. Un ligero descuido puede provocar, no simplemente una pérdida temporal, sino incluso un daño eterno. La mente oscurecida del hombre frecuentemente le lleva a la muerte eterna. Si las almas no regeneradas pudieran verlo, ¡qué bueno sería!

En tanto que el hombre es carnal lo puede controlar otra cosa además del alma: también puede estar bajo la dirección del cuerpo, porque el alma y el cuerpo están fuertemente entrelazados. Como el cuerpo de pecado abunda en deseos y pasiones, el hombre puede cometer los pecados más espantosos. El cuerpo está hecho del polvo de la tierra y por eso su tendencia natural es hacia la tierra. La introducción del veneno de la serpiente en el cuerpo del hombre convierte todos sus deseos legítimos en deseos carnales. Una vez que el alma ha cedido ante el cuerpo al desobedecer a Dios, se encuentra obligada a ceder siempre. Los bajos deseos del cuerpo pueden de ese modo expresarse a través del alma. El poder del cuerpo se vuelve tan abrumador que el alma no puede hacer otra cosa que convertirse en una esclava obediente.

El plan de Dios para el espíritu era que tuviese la preeminencia, que gobernase nuestra alma. Pero una vez que el hombre se vuelve carnal su espíritu queda esclavizado al alma. La degradación aumenta cuando el hombre se vuelve «corporal» (del cuerpo), porque el cuerpo, que es más bajo, asciende hasta ser el soberano. Entonces el hombre ha descendido del «control del espíritu» al «control del alma», y del «control del alma» al «control del cuerpo». Cada vez se hunde más y más. Qué lamentable ha de ser cuando la carne consigue el dominio.

El pecado ha dado muerte al espíritu: por eso la muerte espiritual alcanza a todos, porque todos están muertos en pecados y transgresiones. El pecado ha vuelto independiente al alma: en consecuencia la vida anímica no es más que una vida egoísta y obstinada. Finalmente el pecado ha dado plenos poderes al cuerpo: por consiguiente, la naturaleza pecadora reina por medio del cuerpo.

CAPÍTULO 4

La salvación

El juicio del Calvario

La muerte entró en el mundo por medio de la caída del hombre. Aquí se hace referencia a la muerte espiritual que separa al hombre de Dios. Entró por medio del pecado al principio y ha seguido haciéndolo desde entonces. La muerte siempre llega a través del pecado. Fijémonos en lo que nos dice Romanos 5:12 sobre este asunto. En primer lugar, que «el pecado entró en el mundo por medio de un hombre». Adán pecó e introdujo el pecado en el mundo. Segundo, que «la muerte (entró en el mundo) a través del pecado». La muerte es el resultado invariable del pecado. Y, finalmente, que como consecuencia «la muerte se extendió a todos los hombres porque todos los hombres pecaron». La muerte no «se extendió a» o «pasó a» los hombres simplemente, sino que literalmente «pasó por todos los hombres». La muerte ha impregnado el espíritu, el alma y el cuerpo de todos los hombres. No hay ninguna parte de un ser humano por la que no haya pasado. Por eso es indispensable que el hombre reciba la vida de Dios. La salvación no puede llegar por una reforma humana porque «la muerte» es irreparable. El pecado tiene que ser juzgado antes de que pueda haber rescate de la muerte para los hombres. Esto es exactamente lo que ha hecho la salvación del Señor Jesús.

El hombre que peca debe morir. Esto está anunciado en la Biblia. Ningún animal ni ningún ángel pueden sufrir el castigo del pecado en lugar del hombre. Es la naturaleza del hombre la que peca, por eso es el hombre el que debe morir. Sólo lo humano puede expiar por la humano. Pero como el pecado está en su humanidad, la muerte del mismo hombre no puede expiar por su pecado. El Señor Jesús vino a tomar la naturaleza del hombre para poder ser juzgado *Él* en lugar de la humanidad. No corrompida por el pecado, su santa naturaleza humana pudo de este modo expiar por la humanidad pecadora por medio de la muerte. Murió como sustituto, sufrió todo el castigo del pecado y ofreció su vida como rescate por muchos. Como consecuencia, todo el que cree en *Él* ya no será juzgado (Jn. 5:24).

Cuando el Verbo se hizo carne, El llevaba consigo a toda carne. Así como la acción de un hombre, Adán, representa la acción de toda la humanidad; la obra de un hombre, Cristo, representa la obra de todos. Tenemos que ver lo completa que es la obra de Cristo antes de poder comprender lo que es la redención. ¿Por qué el pecado de un hombre, Adán, es juzgado como el pecado de todos los hombres pasados y presentes? Adán es la cabeza de la humanidad de la que han venido al mundo todos los demás hombres. De una forma similar, la obediencia de un hombre, Cristo, se hace justicia de muchos, pasados y presentes, puesto que Cristo constituye la cabeza de una nueva humanidad originada por un nuevo nacimiento.

Hebreos 7 puede ilustrar este punto. Para demostrar que el sacerdocio de Melquisedec es mayor que el sacerdocio de Leví, el escritor recuerda a sus lectores que una vez Abraham ofreció un diezmo a Melquisedec y recibió una «bendición de él y por eso concluye que la bendición y la ofrenda del diezmo de Abraham eran de Leví. ¿Cómo? Porque él (Leví) aún estaba en los lomos de su antepasado (Abraham) cuando Melquisedec le conoció» (v. 10). Sabemos que Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob y Jacob a Leví. Leví era el bisnieto de Abraham. Cuando Abraham ofreció el diezmo y recibió una bendición, Leví aún no había nacido, ni siquiera su padre ni su abuelo. No obstante, la Biblia considera que el diezmo y la bendición son de Leví. Puesto que Abraham es inferior a Melquisedec, Leví también es de menor importancia que Melquisedec. Este hecho puede ayudarnos a comprender por qué se interpreta el pecado de Adán como pecado de todos los hombres y por qué se considera la sentencia hecha sobre Cristo como sentencia sobre todos. Es simplemente porque cuando Adán pecó todos los hombres estaban en sus lomos. De la misma manera, cuando Cristo fue juzgado, todos los que serán regenerados estaban presentes en Cristo. Por eso se considera la sentencia de Cristo como la sentencia de ellos, y todos los que han creído en Cristo ya no serán juzgados.

Como la humanidad tiene que ser juzgada, el Hijo de Dios ô el hombre Jesucristoô sufrió en su espíritu, alma y cuerpo sobre la cruz por los pecados del mundo.

Examinemos primero sus sufrimientos físicos. El hombre peca por medio de su cuerpo, y en éste disfruta el placer temporal del pecado. En consecuencia, el cuerpo tiene que ser el destinatario del castigo. ¿Quién puede sondear los sufrimientos físicos del Señor Jesús en la cruz? ¿Acaso los sufrimientos de Cristo en el cuerpo no están claramente predichos en los textos mesiánicos? «Me han traspasado las manos y los pies» (Sal. 22:16). El profeta Zacarías llamó la atención sobre «el que ha sido traspasado» (12:10). Sus manos, sus pies, su frente, su costado, su corazón, todos fueron traspasados por los hombres, traspasados por la humanidad pecadora y traspasados para la humanidad pecadora. Muchas fueron sus heridas y mucho le subió la fiebre, porque con el peso de todo su cuerpo colgando en la cruz sin ningún apoyo su sangre no podía circular libremente. Pasó mucha sed y por eso gritó: «La lengua se me pega a la boca.» «Como tenía sed me dieron vinagre para beber» (Sal. 22:15; 69:21). Las manos tienen que ser clavadas porque se van tras el pecado. La boca tiene que sufrir porque se complace en pecar. Los pies tienen que ser traspasados porque pecan a gusto. La frente tiene que ser coronada con una corona de espinas porque también quiere pecar. Todo lo que el cuerpo humano tenía que sufrir se cumplió en su cuerpo. De esta manera sufrió físicamente hasta la muerte. Estaba en su mano librarse de estos sufrimientos, pero voluntariamente ofreció su cuerpo para soportar todas las insondables pruebas y dolores sin acobardarse ni un momento hasta que supo que «ya todo estaba consumado» (Jn. 19:28). Sólo entonces entregó su espíritu.

No sólo su cuerpo; también sufrió su alma. El alma es el órgano de la consciencia de uno mismo. Antes de ser crucificado, a Cristo le dieron vino mezclado con mirra como calmante para mitigar el dolor, pero Él lo rechazó porque no estaba dispuesto a aceptar ningún sedante sino a ser plenamente consciente del sufrimiento. Las almas humanas han disfrutado plenamente del placer de los pecados; por consiguiente, Jesús iba a soportar en su alma el dolor de estos pecados. Prefirió beber la copa que le dio Dios que la copa que le obnubilaría su consciencia.

¡Qué vergonzoso era el castigo de la cruz! Se utilizaba para ejecutar a los esclavos huidos. Un esclavo no tenía propiedades ni derechos. Su cuerpo pertenecía a su dueño, y en consecuencia podía ser castigado con la cruz más vergonzosa. El Señor Jesús tomó el lugar de un esclavo y fue crucificado. Isaías le llamó «el siervo», y Pablo dijo que tomó la forma de un esclavo. Sí, vino como un esclavo a rescatarnos a los que estamos bajo la esclavitud perpetua del pecado y de Satanás. Somos esclavos de la pasión, del temperamento, de las costumbres y del mundo. Estamos a merced del pecado. Sin embargo, El murió por nuestra esclavitud y cargó con todo nuestro oprobio.

La Biblia deja constancia de que los soldados se quedaron la ropa del Señor Jesús (Jn. 19:23). Estaba casi desnudo cuando le crucificaron. Ésta es una de las vergüenzas de la cruz. El pecado nos quita nuestro vestido radiante y nos deja desnudos. Nuestro Señor fue desnudado ante Pilato y luego de nuevo en el Calvario. ¿Cómo reaccionó su santa alma ante semejante maltrato? ¿Acaso no era un insulto a la santidad de su personalidad y una vergüenza? ¿Quién puede sondear sus sentimientos en aquel trágico momento? Como todos los hombres habían disfrutado de la gloria aparente del pecado, el Salvador tenía que soportar la auténtica vergüenza del pecado. Verdaderamente «Tú (Dios) me has cubierto de vergüenza... con la cual mis enemigos se burlan, oh Señor, ridiculizan los pasos de tus unguidos»; aun así «soportó la cruz, despreciando la vergüenza» (Sal. 89:45, 51; Heb. 12:2).

Nadie podrá jamás constatar lo mucho que sufrió el alma del Salvador en la cruz. Contemplamos a menudo sus sufrimientos físicos, pero pasamos por alto los sentimientos de su alma. Una semana antes de Pascua se le oyó decir: «Ahora mi alma está turbada» (Jn. 12:27). Esto señala a la cruz. En el Jardín de Getsemaní se le oyó de nuevo decir: «Mi alma está muy afligida, hasta la muerte» (Mat. 26:38). Si no fuera por estas palabras apenas podríamos pensar que su alma había sufrido. Isaías 53 menciona tres veces que su alma fue ofrecida por el pecado, que su alma sufrió y que derramó su alma hasta la muerte (vs. 10-12). Puesto que Jesús soportó la maldición y la vergüenza de la cruz, el que cree en Él ya no será maldito ni avergonzado.

Su espíritu también sufrió terriblemente. El espíritu es la parte del hombre que le equipa para comunicarse íntimamente con Dios. El Hijo de Dios era santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores. Su espíritu estaba unido al Espíritu Santo en perfecta unidad. Nunca tuvo su espíritu un momento de perturbación ni de duda, porque siempre tuvo la presencia de Dios con Él. Jesús dijo: «No soy yo solo, sino yo y el que me envió... Y el que me envió está conmigo» (Jn. 8:16, 29). Por eso pudo orar: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Sé que siempre me escuchas» (Jn. 11:41,42). Mientras colgaba de la cruz \hat{o} y si hubo algún día que el Hijo de Dios necesitase desesperadamente la presencia de Dios debe haber sido ese día \hat{o} gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mat. 27:46). Su espíritu estaba separado de Dios. ¡Qué intensamente sintió la soledad, el abandono, la separación! El Hijo aún estaba cediendo, el Hijo aún estaba obedeciendo la voluntad del Padre-Dios; sin embargo, el Hijo había sido abandonado: no por causa de Él, sino por causa de los demás.

El pecado afecta muy profundamente al espíritu y, por consiguiente, aunque el Hijo de Dios era santo, tenía que ser arrancado del Padre porque llevaba el pecado de los demás. Es cierto que desde los incontables días de la eternidad «yo y el Padre somos uno» (Jn. 10:30). Incluso durante su estancia en la tierra eso siguió siendo cierto, porque *su* humanidad no podía ser una causa de separación de Dios. Sólo el pecado podía separarlos, aunque ese pecado sea de los demás. Jesús sufrió esta separación espiritual por nosotros para que nuestro espíritu pudiera volver a Dios.

Al contemplar la muerte de Lázaro, quizá Jesús estaba pensando en su propia muerte cercana y por eso «estaba profundamente conmovido en espíritu y preocupado» (Jn. 11:33). Al anunciar que sería traicionado y que moriría en la cruz estaba otra vez «inquieto en espíritu» (Jn. 13:21). Esto nos explica por qué cuando recibió la sentencia de Dios en el Calvario gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Porque: «Pienso en Dios, y gimo; medito, y mi espíritu se desmaya» (Mat. 27:46, citando Sal. 22:1; Sal. 77:3). Se le privó del poderoso fortalecimiento del Espíritu Santo en su espíritu

(Ef. 3:16) porque su espíritu había sido arrancado del Espíritu de Dios. Por eso suspiró: «Me derramo con el agua, y todos mis huesos están descoyuntados; mi corazón es como cera, se ha derretido en mi pecho; mi fuerza se ha secado como el serrín y la lengua se me pega a la boca; me has dejado en el polvo de la muerte» (Sal. 22:14,15).

Por un lado, el Espíritu Santo de Dios le abandonó. Por el otro, el espíritu diabólico de Satanás le ridiculizó. Parece que el Salmo 22:11-13 se refiere a esta fase: «No te alejes de mí... no hay nadie que me ayude. Me rodean muchos toros, fuertes toros de Basan me cercan; abrieron la boca sobre mí, como un león salvaje y rugiente.»

Por un lado su espíritu soportó el abandono de Dios y por el otro resistió la burla del espíritu diabólico. El espíritu humano del hombre se ha separado tanto de Dios, exaltándose a sí mismo y siguiendo el espíritu diabólico, que el espíritu del hombre tiene que ser quebrantado del todo para que no pueda seguir oponiéndose a Dios y estando aliado con el enemigo. El Señor Jesús se hizo pecado por nosotros en la cruz. Su santa humanidad interior fue completamente aniquilada al juzgar Dios a la humanidad impía. Abandonado por Dios, Cristo sufrió, pues, el más amargo dolor del pecado, soportando en la oscuridad la ira castigadora de Dios sobre el pecado sin el apoyo del amor de Dios o la luz de su rostro. Ser abandonado por Dios es la consecuencia del pecado.

Ahora nuestra humanidad pecadora ha sido juzgada totalmente porque fue juzgada en la humanidad sin pecado del Señor Jesús. En Él la humanidad santa ha ganado su victoria. Toda sentencia sobre el cuerpo, el alma y el espíritu de los pecadores ha sido arrojada sobre Él. Él es nuestro representante. Por fe estamos unidos a Él. Su muerte es considerada como nuestra muerte, y su sentencia como nuestra sentencia. Nuestro espíritu, alma y cuerpo han sido juzgados y castigados en Él. Sería lo mismo que si hubiésemos sido castigados en persona. «Así pues, ahora no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús» (Rom. 8:1).

Esto es lo que Él ha hecho por nosotros y ésta es ahora nuestra posición ante Dios. «Porque el que ha muerto está libre del pecado» (Rom. 6:7). Nuestra posición real es que ya hemos muerto en el Señor Jesús, y ahora sólo falta que el Espíritu Santo traslade este hecho a nuestra experiencia. La cruz es donde el pecador o su espíritu, alma y cuerpo es juzgado. Es por medio de la muerte y la resurrección del Señor que el Espíritu Santo de Dios puede transmitirnos la naturaleza de Dios. La cruz ostenta el juicio del pecador, proclama la ausencia de valor del pecador, crucifica al pecador y proporciona la vida del Señor Jesús. Desde entonces, cualquiera que acepta la cruz nacerá de nuevo por el Espíritu Santo y recibirá la vida del Señor Jesús.

La regeneración

El concepto de regeneración según lo encontramos en la Biblia habla del proceso de pasar de muerte a vida. El espíritu de un hombre antes de la regeneración está alejado de Dios y es considerado muerto, porque la muerte es la disociación de la vida y de Dios, que es la fuente de la vida. En consecuencia, la muerte es la separación de Dios. El espíritu del hombre está muerto y por consiguiente es incapaz de tener comunión íntima con Él. O su alma lo controla y lo sumerge en una vida de ideas e imaginaciones, o los deseos carnales y las costumbres de su cuerpo le estimulan y reducen a su alma a la esclavitud.

El espíritu del hombre tiene que ser avivado porque ha nacido muerto. El nuevo nacimiento del que habló el Señor Jesús con Nicodemo es el nuevo nacimiento del espíritu. Por supuesto que no es un nacimiento físico como creía Nicodemo, ni tampoco anímico. Debemos fijarnos cuidadosamente en que el nuevo nacimiento transmite la vida de Dios al *espíritu* del hombre. Puesto que Cristo ha expiado por nuestra alma y ha destruido el principio de la carne, los que estamos unidos a Él participamos en su vida de resurrección. Hemos sido unidos a Él en su muerte; por consiguiente, es en nuestro espíritu donde cosechamos primero el cumplimiento de su vida de resurrección. El nuevo nacimiento es algo que sucede totalmente en el espíritu: no tiene ninguna relación con el alma o el cuerpo.

Lo que hace que el hombre sea único en la creación de Dios no es que posee un alma, sino que tiene un espíritu que, unido al alma, constituye al hombre. Esta unión hace al hombre un ser extraordinario en el universo. El alma del hombre no está relacionada directamente con Dios. Según la Biblia es su espíritu el que tiene relación con Dios. Dios es Espíritu, y en consecuencia todos los que le adoran deben adorarlo en espíritu. Sólo el espíritu puede tener comunicación íntima con Dios. Sólo el espíritu puede adorar al Espíritu. Por eso encontramos en la Biblia frases como: «sirviendo con mi espíritu» (Rom. 1:9; 7:6; 12:11); «conociendo por medio del espíritu» (1 Cor. 2:9-12); «adorando en espíritu» (Jn. 4:23, 24; Fil. 3:3); «recibiendo en espíritu la revelación de Dios» (Ap. 1:10; 1 Cor. 2:10).

En vista de este hecho, recordemos que Dios ha decretado que tratará con el hombre únicamente por medio de su espíritu y que hay que llevar a cabo sus consejos por medio del espíritu del hombre. Si así tiene que ser, qué necesario es para el espíritu del hombre continuar en constante y viva unión con Dios, sin caer ni por un momento en la desobediencia a las leyes divinas, siguiendo los sentimientos, deseos e ideales del alma externa. De lo contrario se impondrá la muerte de modo inmediato, y el espíritu será privado de su unión con la vida de Dios. Esto no significa que el hombre ya no tenga un espíritu. Simplemente quiere decir, como ya hemos indicado anteriormente, que el espíritu renuncia a su elevada posición en favor del alma. Siempre que el hombre interior de una persona presta atención a los dictados del hombre exterior, pierde contacto con Dios y se vuelve espiritualmente muerto. «Estabais muertos por las transgresiones y pecados en los que en un tiempo andabais» al «seguir los deseos del cuerpo y de la mente» (Ef. 2:1-3).

La vida de una persona no regenerada está casi por entero gobernada por el alma. Puede estar viviendo con temor, curiosidad, alegría, orgullo, piedad, placer, delicia, extrañeza, vergüenza, amor, remordimiento, gozo. O puede estar llena de ideales, imaginaciones, supersticiones, dudas, suposiciones, interrogantes, inducciones, deducciones, análisis, introspecciones. O puede ser impulsada o por el deseo de poder, reconocimiento social, riqueza, libertad, posición, fama, alabanza, conocimiento o a tomar decisiones atrevidas, a entrar personalmente en compromisos, a expresar opiniones obstinadas, o incluso a resistir pruebas pacientemente. Todas estas cosas y otras similares son simplemente manifestaciones de las tres principales funciones del alma, que son la emoción, la mente y la voluntad. ¿Acaso la vida no se compone pre eminentemente de estas cosas? Pero nunca podrán llevar a la regeneración. Hacer penitencia, sentirse afligido por el pecado, derramar lágrimas, incluso hacer decisiones, no lleva a la salvación. La confesión, la decisión y muchos otros actos religiosos nunca pueden ni tienen que ser interpretados como un nuevo nacimiento. El juicio racional, la comprensión inteligente, la aceptación mental, o la búsqueda de lo bueno, de lo bello y de lo auténtico, son simplemente actividades anímicas mientras no se alcance y se sacuda al espíritu. Aunque puedan servir bien como criados, las ideas, sentimientos y decisiones del hombre no pueden servir como dueños y por eso son secundarios en este asunto de la salvación. De aquí que la Biblia nunca considera que el nuevo nacimiento sea tratar con severidad al cuerpo, un sentimiento impulsivo, la exigencia de la voluntad o una reforma a través de la comprensión mental. El nuevo nacimiento bíblico sucede en una área mucho más profunda que el cuerpo o el alma humana, sí, es en el espíritu del hombre donde recibe la vida de Dios por medio del Espíritu Santo.

El escritor de Proverbios nos dice que «el espíritu del hombre es la lámpara del Señor» (20:27). En la regeneración el Espíritu Santo entra en el espíritu del hombre y lo aviva como si encendiera una lámpara. Este es el «espíritu nuevo» mencionado en Ezequiel 36:26. El viejo espíritu muerto es avivado cuando el Espíritu Santo le transmite la vida increada de Dios.

Antes de la regeneración el alma del hombre controla a su espíritu, mientras su propio «yo» gobierna a su alma y su pasión gobierna a su cuerpo. El alma se ha convertido en la vida del cuerpo. En la regeneración el hombre recibe la vida propia de Dios en su espíritu y nace de Dios. A consecuencia de eso, ahora el Espíritu Santo gobierna el espíritu del hombre, que a su vez es equipado para recuperar el control sobre su alma y, por medio del alma, gobernar su cuerpo. Como el Espíritu Santo se convierte en la vida del espíritu del hombre, éste se convierte en la vida de todo el ser del hombre. El espíritu, el

alma y el cuerpo son restaurados según el propósito original de Dios para toda persona nacida de nuevo.

Entonces ¿qué hay que hacer para nacer de nuevo en espíritu? Sabemos que el Señor Jesús murió en lugar del pecador. Sufrió en su cuerpo en la cruz por todos los pecados del mundo. Dios considera la muerte del Señor Jesús como la muerte de todas las personas del mundo. Su humanidad santa sufrió la muerte por toda la humanidad impía. Pero hay algo que tiene que hacer el hombre mismo. Tiene que usar su fe para comprometerse ô su espíritu, alma y cuerpoô en la unión con el Señor Jesús. Es decir, tiene que considerar la muerte del Señor Jesús como su propia muerte y la resurrección del Señor Jesús como su propia resurrección. Éste es el significado de Juan 3:16: «Todo el que cree dentro de (literal) él no tiene que perecer sino que tiene vida eterna.» El pecador debe tener fe y creer en el Señor Jesús. Al hacerlo se une a Él en su muerte y resurrección y recibe vida eterna (Jn. 17:3) ô que es la vida espiritualô para su regeneración.

Tengamos cuidado de no separar la muerte del Señor Jesús como nuestro sustituto y nuestra muerte con Él. Seguramente que lo harán los que ponen énfasis en la comprensión mental, pero en la vida espiritual estos dos hechos son inseparables. La muerte sustitutoria y la muerte con Él se distinguen pero no se pueden separar. Quien cree en la muerte del Señor Jesús como su sustituto ha sido unido al Señor Jesús en su muerte (Rom. 6:2). Para mí, creer en la obra sustitutoria del Señor Jesús, es creer que ya he sido castigado en el Señor Jesús. El castigo de mi pecado es la muerte, pero el Señor Jesús sufrió la muerte por mí; por consiguiente he muerto en Él. No puede haber salvación de otro modo. Decir que Él murió por mí es decir que yo ya he sido castigado y he muerto en Él. Todo el que cree en este hecho experimentará su realidad.

Así pues, debemos decir que la fe por la que un pecador cree en la muerte del Señor Jesús como sustituto es «creer por dentro» en Cristo y como consecuencia es la unión con Él. Aunque una persona pueda estar preocupada sólo por el castigo del pecado y no por el poder del pecado, aun así su unión con el Señor es la posesión común que comparte con todos los que creen en Cristo. El que no está unido al Señor aún no ha creído y en consecuencia no tiene parte con el Señor.

Al creer, el que cree es unido al Señor. Estar unido con El quiere decir experimentar todo lo que Él ha experimentado. En Juan 3 nuestro Señor nos explica cómo somos unidos a El. Somos unidos a El en su crucifixión y muerte (w. 14,15). Como mínimo, la posición de todo creyente es que ha sido unido al Señor en su muerte, pero es evidente que «si hemos sido unidos a Él en una muerte como la suya, naturalmente seremos unidos a Él en una resurrección como la suya» (Rom. 6:5). Por eso para el que cree en la muerte del Señor Jesús como sustituto, su posición es igualmente la de haber resucitado con Cristo. A pesar de que quizá no experimente aún plenamente el significado de la muerte del Señor Jesús, aun así Dios le ha hecho vivir juntamente con Cristo y él ha obtenido una nueva vida en el poder de la resurrección del Señor Jesús. Éste es el nuevo nacimiento.

Debemos guardarnos de insistir en que un hombre no ha nacido de nuevo si no ha experimentado la muerte y la resurrección con el Señor. La Biblia declara ya regenerado a todo el que cree en el Señor Jesús. «Todo los que le recibieron, los que creyeron en su nombre... nacieron de Dios» (Jn. 1:12, 13). Quede entendido que ser resucitado juntamente con el Señor no es una experiencia previa al nuevo nacimiento. Nuestra regeneración es nuestra unión con el Señor en su resurrección y también en su muerte. Su muerte ha terminado con nuestra vida pecaminosa, y su resurrección nos ha dado una vida nueva y nos ha iniciado en la vida de un cristiano. El apóstol nos asegura que «hemos nacido de nuevo a una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo de los muertos» (1 Pedro. 1:3). Indica que todo cristiano nacido de nuevo ya ha sido resucitado en el Señor. Sin embargo, el apóstol Pablo en Filipenses todavía nos insta a experimentar «el poder de su resurrección» (3:10). Muchos cristianos han nacido de nuevo y en consecuencia han sido resucitados con el Señor, aunque se quedan cortos en la manifestación del poder de la resurrección.

Así pues, no confundáis la posición con la experiencia. En el momento en que una persona cree en el Señor Jesús, puede ser muy débil e ignorante, pero, aun así, Dios le ha colocado en la perfecta posición de ser considerado muerto, resucitado y ascendido con el Señor. El que es aceptado *en* Cristo es tan aceptable *como* Cristo. Esto es la posición. Y su posición es: todo lo que Cristo ha experimentado es suyo. Y la posición le hace experimentar el nuevo nacimiento, porque no depende del grado de su conocimiento experimental de la muerte, la resurrección y la ascensión del Señor Jesús, sino de si ha creído en Él o no. Incluso si un creyente es en su experiencia totalmente ignorante del poder de resurrección de Cristo (Fil. 3:10), se le ha hecho vivir juntamente con Cristo, se le ha resucitado con Él y se le ha sentado con Él en lugares celestiales (Ef. 2:5, 6).

Aún hay otro tema con respecto a la regeneración al que debemos prestar mucha atención; es decir, que tenemos mucho más de lo que teníamos en Adán antes de la caída. En aquel día Adán poseía un espíritu, pero era creado por Dios. No era la vida increada simbolizada por el árbol de la vida. No había en absoluto ninguna relación vital entre Adán y Dios. El que fuera llamado «el hijo de Dios» era similar a la manera en que lo son los ángeles, porque fue creado directamente por Dios. El que cree en el Señor Jesús, sin embargo, «nace de Dios» (Jn. 1:12,13). En consecuencia, hay una relación vital. Un hijo hereda la vida de su padre. Nosotros hemos nacido de Dios, y por consiguiente tenemos su vida (2 Pedro 1:4). Si Adán hubiese recibido la vida que Dios ofrecía en el árbol de la vida, inmediatamente habría obtenido la vida eterna increada de Dios. Su espíritu vino de Dios y por eso es eterno. La manera en que este espíritu eterno vivirá depende de cómo considere la persona el orden de Dios y de la elección que haga. La vida que los cristianos obtenemos en la regeneración es la misma que Adán podría haber tenido pero que nunca tuvo: la vida de Dios. La regeneración no solamente rescata de la oscuridad el orden del espíritu y del alma del hombre; también proporciona al hombre la vida sobrenatural de Dios.

El espíritu caído y oscurecido del hombre es avivado por el fortalecimiento del Espíritu Santo al aceptar la vida de Dios. Esto es el nuevo nacimiento. La base sobre la que el Espíritu Santo puede regenerar al hombre es la cruz (Jn. 3:14, 15). La vida eterna anunciada en Juan 3: 16 es la vida de Dios que el Espíritu Santo planta en el espíritu del hombre. Puesto que esta vida es de Dios y no puede morir, se desprende que todo nacido de nuevo que posee esta vida se puede decir que posee la vida eterna. Como la vida de Dios desconoce por completo la muerte, la vida eterna en el hombre no muere jamás.

Se establece una relación vital con Dios en el nuevo nacimiento. Se parece al antiguo nacimiento de la carne en que es una vez y para siempre. Una vez que el hombre ha nacido de Dios, Dios nunca podrá considerarlo como no nacido de Él. Por infinita que sea la eternidad, esta relación y esta posición no pueden ser anuladas. Esto es porque lo que un creyente recibe en el nuevo nacimiento no depende de una búsqueda progresiva, espiritual y santa sino que es puro don de Dios. Lo que Dios otorga es la vida eterna. No hay ninguna posibilidad de que esta vida y esta posición sean abrogadas.

Recibir la vida de Dios en el nuevo nacimiento es el punto de arranque del andar con Cristo, un mínimo absoluto para un creyente. Los que aún no han creído en la muerte del Señor Jesús ni han recibido la vida sobrenatural (que no pueden poseer de manera natural) están muertos a los ojos de Dios, por muy religiosos, morales, eruditos o celosos que puedan ser. Los que no tienen la vida de Dios están muertos. Para los que han nacido de nuevo hay una gran potencialidad para el crecimiento espiritual. La regeneración es el primer paso evidente en un desarrollo espiritual. Aunque la vida recibida es perfecta espera ser madurada. En el momento del nuevo nacimiento la vida no puede estar ya plenamente desarrollada. Es como una fruta recién formada: la vida es perfecta, pero aún es inmadura. Por eso hay una ilimitada posibilidad de crecer. El Espíritu Santo puede llevar a la persona a una victoria total sobre el cuerpo y el alma.

Dos clases de cristianos

El apóstol, en 1 Corintios 3:1, divide a todos los cristianos en dos clasificaciones. Son los espirituales y los carnales. Un cristiano espiritual es aquel en quien el Espíritu Santo vive en su espíritu y controla todo su ser. Entonces, ¿qué significa ser carnal? La Biblia usa la palabra «carne» para describir la vida y el valor de un hombre no regenerado. Comprende todo lo que surge de su alma y su cuerpo pecaminoso (Rom. 7:19). Por eso un cristiano carnal es uno que ha nacido de nuevo y que tiene la vida de Dios, pero en lugar de vencer a su carne es vencido por ella. Sabemos que el espíritu de un hombre caído está muerto y que este hombre está dominado por su alma y su cuerpo. En consecuencia, un cristiano carnal es aquel cuyo espíritu ha sido avivado, pero que aún sigue a su alma y a su cuerpo para pecar. Si un cristiano permanece en un estado carnal mucho tiempo después de haber experimentado el nuevo nacimiento, impide que la salvación de Dios lleve a cabo su completa manifestación y su potencial. Sólo si crece en la gracia, constantemente gobernado por el espíritu, puede la salvación manifestarse totalmente en él. Dios ha provisto una salvación completa en el calvario para la regeneración de los pecadores, y una victoria total sobre la vieja creación por parte de los creyentes.

SEGUNDA PARTE

LA CARNE

- 1. La carne y la salvación**
- 2. El creyente carnal**
- 3. La cruz y el Espíritu Santo**
- 4. La jactancia de la carne**
- 5. La actitud fundamental del creyente hacia la carne**

CAPITULO 1

La carne y la salvación

La palabra «carne» es *basar* en hebreo y *sarx* en griego. Es usada con frecuencia en la Biblia y de diversas maneras. El sentido más significativo, observado y aclarado en los escritos de Pablo, hace referencia a la persona no regenerada. Hablando de su viejo «yo» dice en Romanos 7: «soy carnal» (v. 14). No simplemente es carnal su naturaleza o una determinada parte de su ser. El «yo» ô todo el ser de Pablo ô es carnal. Subraya este pensamiento en el versículo 18 al afirmar: «dentro de mí, es decir, en mi carne». Se deduce claramente que «carne» en la Biblia señala a todo lo que es una persona no regenerada. En relación con este uso de «carne» hay que recordar que en el principio mismo el hombre fue hecho espíritu, alma y cuerpo. Como es la sede de la personalidad y la consciencia del hombre, el alma está relacionada con el mundo espiritual por medio del espíritu del hombre. El alma debe decidir si tiene que obedecer al espíritu, y por consiguiente estar unido a Dios y a su voluntad, o si tiene que ceder ante el cuerpo y todas las tentaciones del mundo material. En la caída del hombre el alma se opuso a la autoridad del espíritu y quedó esclavizada al cuerpo y sus pasiones. De este modo el hombre se convirtió en un hombre carnal, no en un hombre espiritual. El espíritu del hombre fue despojado de su noble posición y fue rebajado a la de un prisionero. Puesto que ahora el alma está bajo el poder de la carne, la Biblia considera que el hombre es carnal. Todo lo que es anímico se ha vuelto carnal.

Además de «carne» para designar a todo lo que es una persona no regenerada, a veces también se usa para denotar la parte blanda del cuerpo humano como distinta de la sangre y de los huesos. También puede ser usada para referirse al cuerpo humano. Puede ser usada en otras ocasiones significando la

totalidad de la humanidad. Estos cuatro significados están estrechamente relacionados. Así pues, deberíamos destacar brevemente estas tres otras maneras de usar «carne» en la Biblia.

Primera, «carne» refiriéndose a la parte blanda del cuerpo humano. Sabemos que un cuerpo humano está compuesto de carne, huesos y sangre. La carne es la parte del cuerpo por medio de la cual percibimos el mundo que nos rodea. Por consiguiente una persona carnal es una que sigue al mundo. Va más allá de tener simplemente carne, va tras la sensación de su carne.

Segunda, «carne» refiriéndose al cuerpo humano. En términos muy amplios significa el cuerpo humano tanto vivo como muerto. Según la última parte de Romanos 7 el pecado de la carne está relacionado con el cuerpo humano: «veo en mis miembros otra ley en guerra con la ley de mi mente que me hace cautivo de la ley del pecado que vive en mis miembros» (v. 23). Luego, el apóstol sigue en el capítulo 8 explicando que si queremos vencer a la carne debemos «dar muerte a las acciones del cuerpo» por medio del Espíritu (v. 13). Por eso la Biblia usa la palabra *sarx* para indicar no sólo la carne psíquica sino también la carne física.

Tercera, «carne» refiriéndose a la totalidad de la humanidad. Todos los hombres de este mundo han nacido de la carne, y por consecuencia son carnales todos. Sin ninguna excepción la Biblia considera a todos los hombres carne. Todo hombre es controlado por el compuesto del alma y del cuerpo que llamamos carne, y sigue los pecados de su cuerpo y del yo de su alma. Por eso siempre que la Biblia habla de todos los hombres, su frase característica es «toda carne». En consecuencia, *basar* o *sarx* se refieren a los seres humanos en su totalidad.

¿Cómo se vuelve carne el hombre?

«Lo que nace de la carne es carne.» Así lo afirmó Jesús a Nicodemo hace mucho tiempo (Jn. 3:6). Hay tres preguntas que quedan contestadas con esta concisa afirmación: 1) qué es la carne; 2) cómo se vuelve carne el hombre; y 3) cuál es su categoría o naturaleza.

1) ¿Qué es la carne? «Lo que nace de la carne es carne.» ¿Qué nace de la carne? El hombre. Por consiguiente el hombre es carne, y todo lo que el hombre hereda de sus padres pertenece a la carne. No se hace distinción de si el hombre es malo, impío, estúpido, inútil y cruel. El hombre es carne. Todo lo que tiene el hombre al nacer pertenece a la carne y se encuentra dentro de ese mundo. Todo aquello con que nacemos y lo que desarrollamos posteriormente queda incluido en la carne.

2) ¿Cómo se vuelve carne el hombre? «Todo lo que *nace* de la carne es carne.» El hombre no se vuelve carnal aprendiendo a ser malo con una práctica progresiva del pecado, ni abandonándose a actos licenciosos, ávido de seguir el deseo de su cuerpo y de su mente hasta que finalmente todo él es vencido y controlado por las malas pasiones de su cuerpo. El Señor Jesús afirmó con énfasis que una persona es carnal en cuanto nace. Esto no es determinado ni por su conducta ni por su carácter. Hay una cosa que es decisiva en este punto: ¿de quién nació? Todo hombre de este mundo ha sido engendrado de padres humanos y por consiguiente Dios lo considera que es de la carne (Gén. 6:3). ¿Cómo puede alguien que nace de la carne no ser carne? Según la palabra de nuestro Señor, un hombre es carne porque nace de sangre, de la voluntad de la carne y de la voluntad del hombre (Juan. 1:13) y no por la forma en que viva él o sus padres.

3) ¿Cuál es la naturaleza de la carne? «Lo que nace de la carne *es* carne.» No existe ninguna excepción ni distinción. Ni la educación, ni las mejoras, ni la cultura, ni la moralidad o la religión pueden hacer que el hombre deje de ser carnal. Ninguna acción o poder humano puede modificarlo. Si no es regenerado, permanecerá como carne. Ningún sistema humano puede hacer que deje de ser lo que era al nacer. El Señor Jesús dijo «es», con lo cual este asunto quedó decidido para siempre. La carnalidad de un hombre no va determinada por él mismo sino por su nacimiento. Si nace de carne, todos los planes para su transformación serán infructuosos. No importa cómo cambie externamente; sea

a través de un cambio diario o de cambios bruscos, el hombre sigue siendo carne tan firmemente como siempre.

El hombre no regenerado

El Señor Jesús ha afirmado que cualquier persona no regenerada que sólo haya nacido una vez (es decir, nacida sólo de hombre) es carne y por consiguiente vive en el mundo de la carne. Cuando no éramos todavía regenerados vivíamos «en las pasiones de nuestra carne, siguiendo los deseos del cuerpo y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de la ira, como el resto de la humanidad», porque «los hijos de la carne no son los que son hijos de Dios» (Ef. 2:3; Rom. 9:8). Un hombre cuya alma puede ceder a las pasiones del cuerpo y cometer muchos pecados indescriptibles puede estar tan muerto para Dios (Ef. 2:1) ô «muerto en transgresiones y en la circuncisión de... la carne» (Col. 2:13) ô que puede no tener conciencia de su pecaminosidad. Al contrario, puede incluso estar orgulloso, considerándose mejor que los demás. Hablando francamente, «mientras vivíamos en la carne, nuestras pasiones pecaminosas, despertadas por la ley, trabajaban en nuestros miembros para llevar fruto para muerte» por la simple razón de que éramos «carnales, atados al pecado». Por eso con nuestra carne «servíamos a la ley del pecado» (Rom. 7:5,14, 25).

Aunque la carne es en extremo fuerte pecando y siguiendo el deseo egoísta, es extremadamente débil respecto a la voluntad de Dios. El hombre no regenerado es incapaz de cumplir la voluntad de Dios, siendo «debilitado por la carne». Y la carne es «hostil a Dios; no se somete a la ley de Dios, de veras que no puede» (Rom. 8:3, 7). Sin embargo, esto no quiere decir que la carne es ajena por completo a las cosas de Dios. En ocasiones los carnales hacen todo el esfuerzo posible para observar la ley. Además, la Biblia nunca habla de los carnales como sinónimos de infractores de la ley. Simplemente determina que «por las obras de la ley ninguna carne será justificada» (Gál. 2:16). Por supuesto que para los carnales el no observar la ley no es nada insólito. Simplemente prueba que son de la carne. Pero **ahora** que Dios ha decretado que el hombre no será justificado por las obras de la ley sino por la fe en el Señor Jesús (Rom. 3:28), los que intentan seguir la ley sólo revelan su desobediencia a Dios, procurando establecer su propia justicia en lugar de la justicia de Dios (Rom. 10:3). Además, esto revela que pertenecen a la carne. Para resumir, «los que están en la carne no pueden agradar a Dios» (Rom. 8:8), y *este* «no pueden» sella el destino de los carnales.

Dios considera a la carne totalmente corrompida. Está tan estrechamente ligada con las pasiones que la Biblia frecuentemente se refiere a «las pasiones de la carne». Aunque su poder es grande, aun así Dios no puede transformar la naturaleza de la carne en algo que le agrade. Dios mismo afirma: «Mi espíritu no luchará en el hombre para siempre, porque es carne» (Gén. 6:3). La corrupción de la carne es tal que incluso el Espíritu Santo de Dios no puede, por mucho que luche contra la carne, conseguir que deje de ser carnal. Lo que nace de la carne es carne. Desgraciadamente, el hombre no comprende la Palabra de Dios y por eso trata continuamente de mejorar y reformar su carne. Sin embargo, la Palabra de Dios permanece para siempre. A causa de la tremenda corrupción de la carne, Dios advierte a sus santos que odien «incluso el vestido manchado con la carne» (Judas. 23).

Como Dios sabe valorar la auténtica condición de la carne declara que es incambiable. Cualquier persona que intenta mejorarla con actos de humillación personal o trato severo al cuerpo fracasará por completo. Dios reconoce la imposibilidad de que la carne sea cambiada o mejorada. Por eso, al salvar al mundo no intenta modificar la carne del hombre. En lugar de eso le da al hombre una vida nueva para ayudarlo a dar muerte a la carne. La carne tiene que morir. Esto es la salvación.

La salvación de Dios

El apóstol afirma que «Dios ha hecho lo que la ley, debilitada por la carne, no podía hacer: enviando a su propio Hijo en la semejanza de la carne de pecado, y en lo concerniente al pecado, condenó al pecado en la carne» (Rom. 8:3). Esto revela la situación real de la clase moral de los carnales que quizás están muy resueltos a observar la ley. Es verdad que pueden estar observando algunos de sus puntos. Sin embargo, debilitados por la carne, no pueden observar toda la ley. Porque la ley deja muy

claro que «el que las hace vivirá por ellas» (Gál. 3:12 mencionando a Lev. 18:5) o si no será condenado a la perdición. Alguien puede preguntar: ¿Cuánto, de la ley, ha de observar? Toda la ley, porque «el que observa toda la ley, pero falla en un punto, se hace culpable de toda» (Stg. 2:10). «Porque ningún ser humano será justificado a sus ojos por las obras de la ley, puesto que de la ley viene el conocimiento del pecado» (Rom. 3:20). Cuanto más uno desea observar la ley, más descubre lo pecador que es y lo imposible que es observarla.

La reacción de Dios a la pecaminosidad de todos los hombres es ocuparse Él mismo de la tarea de la salvación. Su método es «enviar a su propio Hijo a la semejanza de la carne pecaminosa». Su Hijo es sin pecado, por eso es el único calificado para salvarnos. La expresión: «A la semejanza de la carne pecaminosa» describe su encarnación: cómo toma un cuerpo humano y se une con la humanidad. El único Hijo de Dios es mencionado en otro sitio como «el Verbo» que «se hizo carne» (Juan. 1:14). Su venida a la semejanza de la carne pecaminosa es el «se hizo carne» de ese versículo. Por eso nuestro versículo en Romanos 8:3 nos explica también de qué manera se hizo carne la Palabra. El énfasis, aquí, es que Él es el Hijo de Dios, y por consiguiente es sin pecado. Incluso cuando viene en la carne, el Hijo de Dios no se hace «carne pecaminosa». Solo viene a «la semejanza de la carne pecaminosa». Mientras vivió en la carne, permaneció como Hijo de Dios y sin pecado. Sin embargo, como posee la semejanza de la carne pecaminosa, está estrechísimamente unido a los pecadores del mundo que viven en la carne.

Entonces ¿cuál es el propósito de su encarnación? La explicación que nos da la Biblia es «el sacrificio por los pecados» (Heb. 10:12), y ésta es la obra de la cruz. El Hijo de Dios tiene que expiar nuestros pecados. Todos los carnales pecan contra la ley, no pueden establecer la justicia de Dios y están condenados a la perdición y al castigo. Pero el Señor Jesús al venir al mundo toma esta semejanza de la carne pecaminosa y se une tan completamente a los carnales, que éstos son castigados por su pecado en la muerte de Cristo en la cruz. Él no tiene que sufrir, porque es sin pecado, pero sufre porque tiene la semejanza de la carne pecaminosa. En la posición de una nueva cabeza corporativa, el Señor Jesús incluye a todos los pecadores en su sufrimiento. Esto explica el castigo por el pecado.

Como sacrificio por el pecado, Cristo sufre por todos los que están en la carne. Pero ¿y el poder del pecado que llena a los carnales? «Condenó al pecado en la carne.» El, que es sin pecado, es hecho pecado por nosotros para que muera por el pecado. Él es «muerto en la carne» (1ª Pedro 3:18). Al morir en la carne lleva a la cruz el pecado en la carne. Esto es lo que quiere decir la frase «condenó el pecado en la carne». Condenar es juzgar o imponer un castigo. El juicio y el castigo del pecado es la muerte. Por eso el Señor Jesús de veras da muerte al pecado en su carne. Por consiguiente, podemos ver en su muerte que no sólo son juzgados nuestros *pecados* sino que incluso es juzgado *el pecado mismo*. Desde entonces el pecado ya no tiene ningún poder sobre los que se han unido a la muerte del Señor y en consecuencia tienen al pecado condenado en su carne.

La regeneración

La liberación que da Dios del castigo y del poder del pecado se realiza en la cruz de su Hijo. Ahora pone esta salvación delante de todos los hombres para que todo el que quiera aceptarla sea salvo.

Dios sabe que en el hombre no hay nada bueno. Ninguna carne puede agradarle. Está corrompida sin posibilidad de reparación. Puesto que es tan irremediable, ¿cómo puede el hombre agradar a Dios después de haber creído si Él mismo no le da algo nuevo? Gracias a Dios que ha otorgado una vida nueva, su vida no creada, a los que creen en la salvación del Señor Jesús y le reciben como su Salvador personal. Esto se llama «regeneración» o «nuevo nacimiento». Aunque Dios no puede modificar nuestra carne nos da su vida. La carne del hombre permanece tan corrupta en los que han nacido de nuevo como en los demás. La carne de un santo es la misma que la de un pecador. En la regeneración la carne no se transforma. El nuevo nacimiento no ejerce ninguna influencia sobre la carne. Permanece tal como es. Dios no nos transmite su vida para educar o adiestrar a la carne. Al contrario, nos la da para vencer a la carne.

En la regeneración el hombre pasa a estar vinculado a Dios por el nuevo nacimiento. La regeneración significa nacer de Dios. De la manera que nuestra vida carnal nace de nuestros padres, nuestra vida espiritual nace de Dios. El significado del nacimiento es «transmitir vida». Cuando decimos que nacemos de Dios significa que recibimos una vida nueva de Él. Lo que hemos recibido es una vida auténtica.

Hemos visto anteriormente de qué manera somos carnales los seres humanos. Nuestro espíritu está muerto y nuestra alma dirige totalmente todo el ser. Andamos según las pasiones del cuerpo. No hay nada bueno en nosotros. Al venir a liberarnos, Dios debe primeramente restaurar la posición del espíritu para que podamos volver a tener comunión con El. Esto sucede cuando creemos en el Señor Jesús. Dios pone su vida en nuestro espíritu, y de este modo lo resucita de la muerte. Ahora el Señor Jesús afirma que «lo que nace del Espíritu es espíritu» (Juan. 3:6). En este momento la vida de Dios, que es el Espíritu, entra en nuestro espíritu humano y lo restaura a su posición original. El Espíritu Santo se instala en el espíritu humano y de esta manera el hombre es transferido al mundo espiritual. Nuestro espíritu es avivado y vuelve a prevalecer. El «espíritu nuevo» mencionado en Ezequiel 36:26 es la vida nueva que recibimos en la regeneración.

El hombre no es regenerado por hacer algo especial sino por creer en el Señor Jesús como su Salvador: «a todos los que le recibieron, a los que creyeron en su nombre, les dio poder de ser hechos hijos de Dios; los que nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios» (Juan. 1:12,13). Los que creen en el Señor Jesucristo como su Salvador nacen de Dios y como consecuencia son hijos suyos.

La regeneración es un mínimo en la vida espiritual. Es la base sobre la que posteriormente se edificará. Nadie puede hablar de vida espiritual ni esperar crecer espiritualmente si no es regenerado, puesto que no tiene vida en su espíritu. De la misma manera que nadie puede construir un castillo en el aire, tampoco podemos edificar a los que no están regenerados. Si intentamos enseñarle a un no regenerado a que haga el bien y adore a Dios, estaremos enseñando a un muerto. Al tratar de reformar la carne estamos intentando hacer lo que Dios no puede hacer. Es vital que cada creyente sepa sin lugar a dudas que ya ha sido regenerado y que ha recibido una vida nueva. Debe ver claro que el nuevo nacimiento no es intentar ponerle remiendos a la vieja carne o transformarla en vida espiritual. Al contrario, es recibir una vida que nunca antes ha tenido. Quien no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios. No puede percibir los misterios espirituales ni saborear la dulzura celestial del reino de Dios. Su destino sólo es el de esperar la muerte y el juicio. Para él no hay nada más.

¿Cómo puede saber una persona que ha sido regenerada? Juan nos dice que el hombre nace de nuevo al creer en el nombre del Hijo de Dios y al recibirle (1:12). El Hijo de Dios se llama «Jesús», que significa «salvará al pueblo de sus pecados» (Mat. 1:21). Así pues, creer en el nombre del Hijo de Dios equivale a creer en Él como Salvador, creer que murió en la cruz por nuestros pecados para librarnos del castigo y del poder del pecado. Creer eso es recibirle como Salvador. Si alguien desea saber si está regenerado o no, sólo tiene que hacerse una pregunta: ¿He ido a la cruz como un pecador desvalido y he recibido al Señor Jesús como Salvador? Si responde afirmativamente está regenerado. Todo el que cree en el Señor Jesús nace de nuevo.

El conflicto entre lo nuevo y lo viejo

Para una persona regenerada es esencial que comprenda lo que ha obtenido con el nuevo nacimiento y lo que persiste de sus dotes naturales. Este conocimiento le ayudará en su peregrinaje espiritual. En este punto puede resultar útil explicar todo lo que hay comprendido en la carne del hombre y también la manera en que el Señor Jesús en su redención trata con los componentes de esa carne. En otras palabras, ¿qué hereda un creyente en la regeneración?

Una lectura de varios versículos de Romanos 7 puede dejar claro que los componentes de la carne son principalmente «el pecado» y «el yo»: «el pecado que vive en mí..., es decir, en mi carne» (vers. 14,

17,18). El «pecado», aquí, es el poder del pecado, y el «mí» es lo que reconocemos normalmente como «el yo». Si un creyente quiere comprender la vida espiritual no debe estar desorientado acerca de estos dos elementos de la carne.

Sabemos que el Señor Jesús ha tratado con el pecado de nuestra carne en su cruz. Y la Palabra nos informa que «nuestro viejo hombre fue crucificado con Él» (Rom. 6:6). En ninguna parte de la Biblia se nos dice que hemos de ser crucificados, puesto que esto ya lo ha sufrido Cristo de una manera perfecta. En lo referente al asunto del pecado, al hombre no se le exige que haga nada. Sólo tiene que considerar esto como un hecho consumado (Rom. 6:11) y cosechará la eficacia de la muerte de Jesús siendo totalmente liberado del poder del pecado (Rom. 6:14).

En la Biblia jamás se nos dice que hemos de ser crucificados por el pecado, es verdad. Sin embargo, sí que nos *exhorta* a que llevemos la cruz para negar al yo. El Señor Jesús en muchas ocasiones nos manda que nos neguemos a nosotros mismos y llevemos la cruz y le sigamos. La explicación de esto es que la forma en que el Señor Jesús trata nuestros pecados y nos trata a nosotros mismos es muy distinta. Para conquistar el pecado por completo el creyente sólo necesita un momento. Para negar al yo necesita toda la vida. Jesús sólo *llevó* nuestros pecados en la cruz, pero *se negó* a sí mismo durante toda su vida. Nosotros debemos hacer igual.

La carta de Pablo a los Gálatas describe la relación entre la carne y el creyente. Por un lado nos dice que «los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (5:24). El mismo día que una persona se identifica con el Señor Jesús su carne también es crucificada. Ahora bien, alguien podría pensar, sin la instrucción del Espíritu Santo, que su carne ya no existe, porque ¿acaso no ha sido crucificada? Pero, por otro lado, la carta nos dice «andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque los deseos de la carne se oponen al Espíritu, y los deseos del Espíritu se oponen a la carne» (5:16,17). Aquí se nos dice claramente que el que pertenece a Cristo Jesús y que ya tiene al Espíritu Santo viviendo en él aún tiene la carne en él. Y no sólo es que la carne exista; también se nos dice que es singularmente poderosa.

¿Qué podemos decir? ¿Son contradictorios estos dos textos bíblicos? No. El versículo 24 pone énfasis en el pecado de la carne, mientras que el versículo 17 lo pone en el yo de la carne. La cruz de Cristo trata con el pecado, y el Espíritu Santo trata con el yo por medio de la cruz. Cristo libera por completo al creyente del poder del pecado por medio de la cruz para que el pecado no vuelva a reinar, pero Cristo, por medio del Espíritu Santo que vive en el creyente, le capacita para vencer al yo día tras día y para que le obedezca a Él por completo. La liberación del pecado es un hecho consumado. La negación del yo tiene que ser una experiencia diaria.

Si un creyente pudiese comprender toda la trascendencia de la cruz al nacer de nuevo se libraría totalmente del pecado y tendría una vida nueva. Es realmente lamentable que muchos obreros cristianos no presentan esta salvación completa a los pecadores, con lo cual éstos sólo creen en la mitad de la salvación de Dios. Esto los deja como si dijéramos medio salvados: sus pecados están perdonados, pero les falta la fuerza para dejar de pecar. Por otra parte, incluso en las ocasiones en que se presenta la salvación en su totalidad, los pecadores sólo desean que sus pecados les sean perdonados porque no esperan sinceramente ser librados del poder del pecado. Esto también les deja medio salvados.

Si una persona cree y recibe una salvación plena desde el principio, tendrá menos fracasos luchando con el pecado y más éxito luchando con el yo. Es raro encontrar esa clase de creyentes. La mayoría sólo tienen la mitad de su salvación. Por eso la mayoría de sus conflictos son con el pecado. Y algunos ni siquiera saben lo que es el yo. En cuanto a esto, la condición personal del creyente juega una parte antes de la regeneración. Muchos tienden a hacer el bien incluso antes de creer. Por supuesto que no poseen el poder para hacer el bien ni tampoco pueden ser buenos. Pero su conciencia parece estar relativamente iluminada, aunque aun así su fuerza para hacer el bien es débil. Tienen lo que se acostumbra llamar el conflicto entre la razón y las pasiones. Cuando se enteran de la salvación

completa de Dios aceptan anhelantes la gracia para la liberación del pecado en el mismo momento en que reciben la gracia para el perdón del pecado. Otros, sin embargo, antes de creer, tienen la conciencia negra, pecan terriblemente y jamás intentan hacer el bien. Al conocer la salvación completa de Dios se aferran a la gracia del perdón y descuidan (no rechazan) la gracia para la liberación del pecado. En lo futuro afrontarán muchas luchas con el pecado de la carne.

¿Y por qué será así? Porque un hombre así nacido de nuevo posee una vida nueva que le exige que venza el dominio de la carne y la obedezca a ella en su lugar. La vida de Dios es absoluta. Tiene que lograr el dominio total sobre el hombre. En cuanto esta vida entra en el espíritu humano exige al hombre que abandone a su antiguo amo, el pecado, y se someta por completo al Espíritu Santo. Aun así, al pecado está muy arraigado en este hombre en particular. Aunque su voluntad sea renovada en parte a través de la vida regenerada, aún está atado al pecado y al yo. En muchas ocasiones se inclina al pecado. Inevitablemente surgirá un gran conflicto entre la vida nueva y la carne. Puesto que son muchísimas las personas que se encuentran en esta situación, les prestaremos una atención especial. Sin embargo, permitidme que recuerde a mis lectores lo innecesario que es tener luchas y fracasos continuos con el pecado (no con el yo, pues esto es diferente).

La carne exige soberanía absoluta, lo mismo que la vida espiritual. La carne desea tener al hombre sujeto para siempre a ella misma, mientras que la vida espiritual quiere tener al hombre completamente sujeto al Espíritu Santo. La carne y la vida espiritual difieren por completo. La naturaleza de la carne es la del primer Adán, mientras que la naturaleza de la vida espiritual pertenece al último Adán. El móvil de la primera es terrenal, pero el de la segunda es celestial. La carne centra todas las cosas en el yo; la vida espiritual lo centra todo en Cristo. La carne desea llevar al hombre al pecado, pero la vida espiritual anhela llevarle a la justicia. Puesto que estas dos son tan esencialmente opuestas, ¿cómo puede evitar una persona chocar continuamente con la carne? El creyente estará en constante lucha si no comprende toda la salvación de Cristo.

Cuando los creyentes jóvenes entran en estos conflictos se quedan estupefactos. Algunos se desesperan por crecer espiritualmente, pensando que son demasiado malos. Otros empiezan a dudar de si están realmente regenerados, sin ver que la regeneración misma conlleva esta confrontación. Antes, cuando gobernaba la carne sin interferencias (porque el espíritu estaba muerto), podían pecar terriblemente sin tener ningún sentimiento de culpabilidad. Ahora ha surgido la nueva vida, y con ella la naturaleza, el deseo, la luz y el pensamiento celestiales. Cuando esta nueva luz penetra en el hombre pone al descubierto de inmediato la corrupción que hay dentro. El nuevo creyente no quiere permanecer en un estado semejante y anhela seguir la voluntad de Dios. La carne empieza a luchar con la vida espiritual. Esta batalla le da la impresión al creyente de que en su interior hay dos personas. Cada una tiene su propia idea y fuerza. Cada una busca la victoria. Cuando domina la vida espiritual el creyente se siente muy feliz, pero cuando empieza a dominar la carne se entristece. Las experiencias de esta clase confirman que estas personas han sido regeneradas.

El propósito de Dios no es ni será jamás reformar la carne sino destruirla. El yo en la carne debe ser destruido con la vida de Dios que el creyente recibe en la regeneración. Desde luego, la vida que Dios transmite al hombre es poderosísima, pero la persona regenerada aún es un niño recién nacido y muy débil. La carne ha llevado las riendas durante mucho tiempo y su poder es tremendo. Además, el regenerado aún no ha aprendido a recibir por fe la completa salvación de Dios. Aunque esté salvado, aún está en la carne durante este período. Ser carnal significa estar gobernado por la carne. Lo más lamentable es que un creyente, iluminado por la luz celestial para conocer la maldad de la carne y para desear con todo el corazón vencerla, se encuentre demasiado débil para lograrlo. Es cuando derrama muchas lágrimas de tristeza. ¿Cómo no va a estar enojado consigo mismo si, aunque abriga un nuevo deseo de destruir al pecado y agradar a Dios, su voluntad no es bastante firme para dominar al cuerpo de pecado? Pocas son las victorias, y muchas las derrotas.

En Romanos 7 Pablo expresa la angustia de este conflicto:

«No comprendo mis propias acciones. Porque no hago lo que quiero, sino precisamente lo que odio... Porque sé que no hay nada bueno dentro de mí, es decir, en mi carne. Puedo querer lo que es justo, pero no puedo hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino que es el mal que no quiero lo que hago. Ahora bien, si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que vive en mí. Así pues, veo que es una ley según la cual, cuando quiero hacer lo recto, el mal está cerca, Porque me deleito en la ley de Dios en mi yo más íntimo, pero veo en mis miembros otra ley que está en guerra con la ley de mi mente y que me hace cautivo de la ley del pecado que vive en mis miembros» (vers. 15-23).

Muchos se identificarán con su grito de casi total desespero: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?» (v. 24).

¿Cuál es el significado de esta confrontación? Es una de las maneras en que el Espíritu Santo nos disciplina. Dios ha proporcionado una salvación total para el hombre. El que no sabe que la tiene no podrá disfrutar de ella, ni tampoco podrá experimentarla si no la desea. Dios sólo puede dar algo a los que creen, reciben y piden. Por eso cuando el hombre pide el perdón y la regeneración Dios se lo concede sin dudar. Y Dios usará el conflicto para llevar al creyente a buscar y a conseguir el triunfo total en Cristo. El que antes era ignorante ahora deseará saber, y entonces el Espíritu Santo tendrá una oportunidad de revelarle lo que Cristo ha hecho con su viejo hombre en la cruz para que ahora pueda creer y poseer este triunfo. Y el que no poseía porque no buscaba, descubrirá por medio de esta lucha que toda la verdad que él tenía sólo era mental y, por consiguiente, inútil. Esto le hará desear experimentar la verdad que sólo había conocido mentalmente.

Las luchas aumentan día a día. Si los creyentes se mantienen fieles sin desesperar, pasarán por conflictos más duros hasta el momento en que sean liberados.

CAPITULO 2

El creyente carnal

Como Pablo, todos los creyentes podrían ser llenados con el Espíritu Santo en el momento de creer y en el bautismo (comparar Hechos 9:17,18). Por desgracia, muchos aún están controlados por la carne como si no hubieran muerto y resucitado. Éstos no han creído de verdad en el hecho consumado de la muerte y la resurrección de Cristo por ellos, ni han obrado sinceramente según el llamamiento del Espíritu Santo a seguir el principio de la muerte y la resurrección. Según la obra consumada de Cristo ya han muerto y han sido resucitados, y según su responsabilidad como creyentes deberían morir al yo y vivir para Dios, pero en la práctica no lo hacen. Estos creyentes pueden ser considerados anormales. Sin embargo, no debemos pensar que esta anomalía es exclusiva de nuestro tiempo. Hace muchísimo tiempo el apóstol Pablo se había encontrado con una situación semejante entre creyentes. Los cristianos de Corinto eran un ejemplo. Oíd lo que les dijo:

«Pero yo, hermanos, no podía dirigirme a vosotros como a hombres espirituales, sino como a hombres de la carne, como a niños en Cristo. Os alimenté con leche, no con comida sólida; porque no estabais preparados para eso; e incluso aún no estáis preparados, porque aún sois de la carne. Porque mientras haya celos y disputas entre vosotros, ¿no sois acaso de la carne y os comportáis como hombres corrientes?» (1ª Cor. 3:1-3).

Aquí el apóstol divide a todos los cristianos en dos clases: los espirituales y los carnales. Los cristianos espirituales no tienen nada de extraordinario: son simplemente normales. Son los carnales los que se

salen de lo normal, los que son anormales. Los de Corinto eran cristianos de veras, pero eran carnales, no espirituales. En este capítulo Pablo afirma tres veces que eran hombres carnales. Por la sabiduría recibida del Espíritu Santo el apóstol comprendía que tenía que identificarlos antes de poder ofrecerles el mensaje que necesitaban.

La regeneración bíblica es un nacimiento por el que la parte más íntima del ser del hombre, el espíritu, profundamente oculto, es renovada y habitada por el Espíritu de Dios. Tiene que pasar un tiempo hasta que el poder de esta vida nueva alcance el exterior: es decir, hasta que se extienda desde el centro hasta la circunferencia. Por eso no podemos esperar encontrarla fuerza de «los jóvenes» ni la experiencia de «los padres» manifestadas en la vida de un niño en Cristo. Aunque un creyente recién nacido pueda comportarse fielmente, amando al Señor y distinguiéndose con su celo, aún necesita tiempo para tener ocasión de saber más de la maldad del pecado y del yo y para saber más de la voluntad de Dios y de los caminos del Espíritu. Por mucho que pueda amar al Señor o amar a la verdad, este nuevo creyente aún anda en el mundo de los sentimientos y los pensamientos y aún no ha sido probado ni refinado con fuego. Un cristiano recién nacido no puede evitar ser carnal. Aunque esté lleno del Espíritu Santo, aun así no conoce a la carne. ¿Cómo puede alguien ser liberado de las obras de la carne si no reconoce que esas obras nacen de la carne? Por eso, considerando su auténtica condición, los cristianos que son niños recién nacidos son en general de la carne.

La Biblia no espera que los nuevos cristianos sean espirituales instantáneamente, pero si después de muchos años siguen siendo niños, entonces su situación es verdaderamente muy lamentable. Pablo mismo les dice a los corintios que los había tratado como hombres de la carne al principio porque eran niños recién nacidos en Cristo y que ahora ô cuando les escribíaô deberían ser ya adultos. En lugar de eso habían malgastado sus vidas, seguían siendo niños y por eso aún eran carnales.

Para ser transformado de carnal a espiritual no se necesita tanto tiempo como pensamos actualmente. Los creyentes de Corinto procedían de un ambiente pagano categóricamente pecaminoso. Al cabo de sólo unos pocos años el apóstol ya veía que habían sido niños demasiado tiempo. Habían estado demasiado tiempo en la carne, porque para entonces ya tenían que ser espirituales. El propósito de la redención de Cristo es eliminar todo lo que obstaculice el control del Espíritu Santo sobre toda la persona para que de ese modo pueda ser espiritual. Esta redención no puede fallar jamás porque el poder del Espíritu Santo es sobreabundante. De la misma manera que un pecador carnal puede convertirse en un creyente regenerado, un creyente regenerado pero carnal puede ser transformado en un hombre espiritual. ¡Qué lamentable es encontrar a cristianos que no han realizado ningún progreso en su vida espiritual al cabo de varios años y hasta incluso décadas! Y estos mismos se asombran cuando encuentran a alguien que, al cabo de unos años, emprende una vida del espíritu. Lo consideran algo rarísimo y no ven que se trata simplemente de algo normal, del normal crecimiento de la vida.

¿Cuánto hace que creéis en el Señor? ¿Sois espirituales? No debemos volvernos niños viejos, entristeciendo al Espíritu Santo y perjudicándonos a nosotros mismos. Todos los regenerados deberían ambicionar un desarrollo espiritual, permitiendo que el Espíritu Santo gobierne sobre todo, para que en un período de tiempo relativamente corto pueda llevarnos a lo que Dios ha dispuesto para nosotros. No debemos perder el tiempo sin hacer progresos.

Entonces, ¿cuáles son las razones para no crecer? Quizás hay dos. Por un lado puede ser debido a la negligencia de los que, teniendo a su cargo las almas de los creyentes jóvenes, quizá sólo les hablan de la gracia de Dios y de su posición en Cristo, pero se olvidan de animarles a buscar experiencias espirituales. (Mejor dicho, quizá los que tienen a otros a su cargo desconocen la vida en el Espíritu. ¿Cómo pueden semejantes personas guiar a otros a una vida más abundante?) Por otro lado, puede ser porque a los creyentes mismos no les interesan los asuntos espirituales. Suponen que basta con estar salvado, o no tienen apetito espiritual o simplemente no están dispuestos a pagar el precio para poder avanzar. Como consecuencia deplorable de esto la iglesia está repleta de niños mayores.

¿Cuáles son las características de los carnales? La más destacada es que siguen siendo niños mucho tiempo. La duración de la niñez no debería pasar de unos pocos años. Cuando una persona nace de nuevo al creer que el Hijo de Dios expió sus pecados en la cruz, simultáneamente debería creer que ha sido crucificado con Cristo, para que así el Espíritu Santo pueda liberarle del poder que en nosotros ejerce la carne. Naturalmente, si desconoce este hecho permanecerá en la carne durante muchos años. La segunda característica de los carnales es que son incapaces de asimilar la enseñanza espiritual. «Os alimenté con leche, no con comida sólida; porque no estabais preparados.» Los corintios se enorgullecían enormemente de su conocimiento y su sabiduría. De todas las iglesias de ese período, la de Corinto era probablemente la más instruida. Pablo, en su carta, da gracias a Dios por su gran conocimiento (1:5). Si Pablo les predicaba un sermón espiritual podían comprender cada palabra. Sin embargo, toda su comprensión estaba en la mente. Aunque lo sabían todo, estos corintios no tenían el poder de expresar en la vida lo que sabían. Muy probablemente hoy en día hay muchos creyentes que saben tanto y tan bien que incluso pueden predicar a otros, pero que aún no son espirituales. El auténtico conocimiento espiritual no se encuentra en pensamientos maravillosos y misteriosos sino en la experiencia espiritual real a través de la unión de la vida del creyente con la verdad. Aquí la inteligencia no sirve, y el ansia por la verdad también es insuficiente. Lo indispensable es un camino de total obediencia al Espíritu Santo, que es el único que nos enseña de verdad. Todo lo demás es la simple transmisión de conocimiento de una mente a otra. Estos datos no vuelven espiritual a uno que sea carnal. Al contrario, en realidad su carnalidad transformará en carnal todo su conocimiento «espiritual». Lo que necesita no es más enseñanza espiritual, sino un corazón obediente que esté dispuesto a ceder su vida al Espíritu Santo y que ande por el camino de la cruz según el mandato del Espíritu. Una mayor enseñanza espiritual sólo reforzará su carnalidad y servirá para que se engañe y se considere espiritual. Porque ¿acaso no se dice a sí mismo: «¿De qué manera podría saber tantas cosas espirituales si no fuera espiritual?» En tanto que la auténtica piedra de toque debería ser: « ¿Cuánto sabes de veras de la vida, y cuánto de lo que sabes es un producto de la mente?» Que Dios tenga clemencia de nosotros.

Pablo escribió sobre otra evidencia más de la carnalidad, les dijo: « Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? » El pecado de los celos y de la rivalidad es una prueba eminente de carnalidad. En la iglesia de Corinto abundaban las disensiones, cosa que queda confirmada con afirmaciones tales como «yo pertenezco a Pablo», «yo pertenezco a Apolo», «yo pertenezco a Apolos, «yo pertenezco a Cristo» (1ª Cor. 1:12). Incluso los que se decían de Cristo diciendo «soy de Cristo» también eran carnales porque el espíritu de la carne siempre y en todas partes es celoso y contencioso. Éstos eran indefectiblemente carnales al declararse cristianos con esa actitud de espíritu. Por muy bonita que suene la palabra, cualquier jactancia sectaria no es más que el balbuceo de un bebé. Las divisiones en la iglesia son debidas exclusivamente a la falta de amor y a la carnalidad.

Esas personas que al parecer contienden por la verdad no hacen otra cosa que camuflar a la auténtica persona. Los pecadores del mundo son hombres de la carne. Como tales, no están regenerados, y en consecuencia están bajo el dominio de su alma y de su cuerpo. Para un creyente, ser carnal significa que también se comporta como un hombre corriente. Ahora bien, es perfectamente natural que los mundanos sean carnales, e incluso es comprensible que los creyentes recién nacidos sean carnales, pero si por los años que uno lleva creyendo en el Señor ya debería ser espiritual, entonces ¿cómo puede seguir comportándose como una persona corriente?

Es evidente que una persona pertenece a la carne si se comporta como un hombre corriente y peca con frecuencia. No importa cuánta doctrina espiritual sepa, o cuántas experiencias espirituales pretenda haber tenido, o cuántos servicios eficaces haya prestado. Nada de todo eso le hace menos carnal si sigue sin librarse de su peculiar temperamento, su mal genio, su egoísmo, su vanagloria y su falta de perdón y de amor.

Ser carnal significa comportarse «como hombres corrientes». Deberíamos preguntarnos si nuestra conducta difiere radicalmente o no de la de los hombres corrientes. Si tenéis agregadas a vuestra vida muchas costumbres mundanas, entonces aun sois, sin duda alguna, de la carne. No discutamos sobre si nos llamamos espirituales o carnales. Si no estamos gobernados por el Espíritu Santo, ¿qué provecho sacaremos de la simple calificación de espirituales? Al fin y al cabo esto es un asunto de vida, no de títulos.

Los pecados de la carne

Lo que el apóstol estaba experimentando en Romanos 7 era una guerra contra el pecado que habita en el cuerpo. «El pecado, encontrando la oportunidad en el mandamiento, me engañó, era el pecado produciendo muerte en mí... vendido al pecado... sino el pecado que vive en mí» (vers. 11, 13, 14,17, 20). Mientras permanezca en la carne, un creyente es vencido frecuentemente por el pecado que hay dentro de él. Son muchas las batallas y muchos los pecados cometidos. Se pueden clasificar las necesidades del cuerpo humano en tres categorías: **nutrición, reproducción y defensa**. Antes de la caída del hombre éstas eran necesidades legítimas, ajenas al pecado. Sólo después que el hombre cayó en el pecado se convirtieron en instrumentos del pecado.

En el caso de **la nutrición**, el mundo utiliza la comida para seducirnos. La primera tentación del hombre está en este campo de la comida. De la misma manera que la fruta del conocimiento del bien y del mal tentó a Eva, hoy en día el beber y los banquetes se han convertido en un pecado de la carne. No tratemos con ligereza este asunto de la comida, porque muchos cristianos carnales han tropezado en ese punto. Los creyentes carnales de Corinto hacían tropezar a sus hermanos precisamente en este asunto de la comida. Por eso a todos los que tenían que ser ancianos y diáconos en aquel entonces se les exigía que hubiesen superado este punto (1 Tim. 3:3, 8). Sólo la persona espiritual comprende la inutilidad de dedicarse a comer y a beber. «Así pues, si coméis o bebéis, o sea lo que sea lo que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1ª Cor. 10:31).

Segundo, **la reproducción**. Después de la caída del hombre la reproducción se convirtió en deseo carnal o concupiscencia. La Biblia relaciona de una manera especial la concupiscencia con la carne. Incluso en el jardín del Edén el pecado de la gula provocó de inmediato concupiscencia y vergüenza. Pablo pone juntas estas dos cosas en su primera carta a los Corintios (6:13,15) y relaciona claramente la embriaguez con la maldad (vs. 9,10).

Ahora, **la defensa**. Cuando el pecado ha conseguido el **control**, el cuerpo manifiesta su fuerza en la defensa propia. Se resiste a todo lo que pueda interferir en su bienestar y su placer. Esa defensa comúnmente se llama mal genio, y algunos de sus frutos **como** el enojo y la rivalidad, proceden de la carne y en consecuencia son pecados de la carne. Como el pecado es la infracción que hay detrás de la defensa propia, de ahí han surgido directa o indirectamente muchas transgresiones. ¡Cuántos de los pecados más oscuros de este mundo surgen del amor **propio**, de la vanidad y de todo lo demás que sale del yo!

Un análisis de todos los pecados del mundo mostrará que cada uno de ellos está relacionado con estas tres categorías. Un cristiano carnal es aquel que está dominado por uno, dos o los tres puntos en cuestión. Así como no sorprende a nadie que una persona del mundo esté dominada por el pecado de su cuerpo, debería considerarse como algo muy anormal que un cristiano nacido de nuevo permanezca mucho tiempo en la carne, fracase en someter el poder del pecado y viva una vida de altibajos. Un creyente debería permitir al Espíritu Santo que examinase su corazón y que le instruyese sobre lo que está prohibido por la ley, y sobre lo que le impide adquirir templanza y autocontrol y sobre lo que le domina y le **priva** de libertad en su espíritu para servir a Dios libremente. No esperamos emprender una plena vida espiritual mientras esos pecados no sean eliminados.

Las cosas de la carne

La carne tiene muchas salidas. Hemos aprendido que es hostil a Dios y no puede agradarle de ningún modo. Sin embargo, ni el creyente ni el pecador pueden valorar genuinamente la absoluta inutilidad, perversidad y contaminación de la carne de la manera que lo ve Dios, si no se lo muestra el Espíritu Santo. Sólo cuando Dios por su Espíritu ha revelado al hombre la verdadera condición de la carne tal como Dios la ve podrá el hombre enfrentarse con su carne.

Las manifestaciones de la carne son bien conocidas. Si un hombre es riguroso consigo mismo y se niega a seguir, como acostumbraba, «los deseos del cuerpo y de la mente» (Ef. 2:3), se dará cuenta con facilidad de lo sucias que son estas manifestaciones. La carta de Pablo a los Gálatas da una lista de estos pecados de la carne para que nadie se pueda confundir: «Ahora bien, las obras de la carne son evidentes: inmoralidad, impureza, libertinaje, idolatría, brujería, enemistad, pugnas, celos, ira, egoísmo, disensión, espíritu de partido (literalmente, "secta"), envidia, embriaguez, orgías y cosas así» (5:19-21). En esta enumeración el apóstol afirma que «las obras de la carne son evidentes». Todo aquel que esté dispuesto a comprenderlo las reconocerá sin dudar. Para descubrir si es de la carne sólo tiene que preguntarse si está haciendo alguna de estas obras de la carne. Claro está que no hay que hacer todas las de la lista para ser carnal. Simplemente con que haga alguna de ellas basta para afirmar sin lugar a dudas que es carnal, porque ¿cómo podría hacer alguna de ellas si la carne ya hubiese renunciado a su dominio? La presencia de una obra de la carne demuestra la existencia de la carne.

Se pueden dividir estas obras de la carne en cinco grupos: 1) pecados que manchan el cuerpo, tales como la inmoralidad, la impureza, el libertinaje; 2) comunicaciones sobrenaturales pecaminosas con las fuerzas satánicas, tales como la idolatría, la brujería; 3) temperamento pecaminoso y sus peculiaridades, tales como enemistad, contiendas, celos, ira; 4) sectas y bandos religiosos, tales como el egoísmo, las disensiones, el espíritu partidista, la envidia; y 5) lascivia, tales como la embriaguez y las orgías. Cada una de éstas es fácilmente observable. Los que las hacen son de la carne.

En estos cinco grupos distinguimos algunos pecados que son menos pecaminosos y otros que ensucian más, pero a pesar de que podamos considerarlos más repugnantes o más refinados, Dios revela que todos tienen la misma procedencia: la carne. Aquellos que cometen con frecuencia los pecados más envilecedores saben que son de la carne; sin embargo, ¡qué difícil es para los que triunfan sobre estos pecados, relativamente más envilecedores, reconocer que son carnales! Acostumbran a considerarse superiores a los demás y como si no viviesen según la carne. No comprenden que por muy civilizada que pueda resultar la apariencia, la carne sigue siendo la carne. «Pugnas, disensiones, espíritu partidista, envidia», dan una apariencia más limpia que «inmoralidad, impureza, libertinaje, orgías». Aun así, todos son frutos del mismo árbol. Hemos de orar sobre estos tres versículos hasta que se nos abran los ojos y nos veamos á nosotros mismos. Que nos humillemos por medio de la oración. Oremos hasta llorar con muchas lágrimas y aflijámonos por nuestros pecados, hasta reconocer que sólo somos cristianos de nombre ô incluso cristianos «espirituales»ô , pero que nuestra vida sigue estando repleta de obras de la carne. ¡Ojalá que oremos hasta que nuestros corazones se inflamen, dispuestos a eliminar todo lo que sea carnal!

El primer paso en la obra del Espíritu Santo es convencernos y declararnos culpables de nuestros pecados. Así como sin la iluminación del Espíritu Santo un pecador nunca verá la maldad de su pecado y no huirá de la ira futura hacia la obediencia de Cristo, también un creyente necesita ver su pecado por segunda vez. Un cristiano debería reprocharse a sí mismo su pecado. Como podrá jamás ser espiritual si no se da cuenta de todo lo perversa y despreciable que es su carne y no se detesta a sí mismo? ¡Oh, sea como sea que pequemos, seguimos perteneciendo a la carne! Ahora es el momento de postrarnos humildemente ante Dios, dispuestos a que el Espíritu Santo nos redarguya de nuevo de nuestros pecados.

La necesidad de la muerte

En el grado en que un creyente sea iluminado por el Espíritu Santo para percibir algo de la lamentable condición de ser carnal, en ese grado se intensificará su lucha con la carne, y sus fracasos se harán evidentes más a menudo. En la derrota se dará cuenta del pecado y la debilidad de la carne, para que se despierte en él una creciente indignación hacia sí mismo y una ardiente determinación de luchar con el pecado de su carne. Semejante reacción en cadena se puede extender bastante tiempo hasta que al fin, al experimentar la profunda obra de la cruz, sea liberado. El que el Espíritu Santo nos guíe de esta manera es algo intencional. Antes de que la cruz pueda realizar una obra profunda tiene que haber una preparación adecuada. La lucha y el fracaso nos la proporcionan.

En cuanto a la experiencia del creyente, aunque mentalmente pueda estar de acuerdo con la valoración que Dios hace que la carne está corrompida por completo y es irredimible, aun así puede carecer de la clara percepción espiritual que valora con precisión la corrupción y la contaminación de la carne. Quizás acepta que lo que dice Dios es cierto. Pero aunque el creyente lo diga, aún intenta ponerle remiendos a su carne.

Muchos creyentes, ignorantes de la salvación de Dios, intentan conquistar a la carne peleando con ella. Creen que la victoria depende de la fuerza que poseen. Por consiguiente, cuentan seriamente con que Dios les concederá un gran poder espiritual para que puedan dominar a su carne. Normalmente esta batalla se extiende un largo período de tiempo, con más derrotas que victorias, hasta que finalmente se ve que una victoria total sobre la carne es irrealizable.

Durante este tiempo el creyente sigue por una parte guerreando y por la otra intentando mejorar o disciplinar su carne. Ora, escudriña la Biblia, establece muchas reglas («no hagas, no pruebes, no toques»), en la vana esperanza de dominar y domar a la carne. Inconscientemente cae en la trampa de tratar el mal de la carne como un resultado de la falta de reglas, educación y civilidad. Cree que si pudiese darle a su carne alguna preparación espiritual se libraría de su problema. No ve que semejante tratamiento es inútil (Col. 2:21-23).

A causa de la confusión en que se halla el cristiano, deseando, en apariencia, la destrucción de la carne, pero al mismo tiempo procurando mejorarla, el Espíritu Santo debe permitirle que luche, que sea derrotado y que sufra bajo sus propias acusaciones. Sólo después de haber pasado por esta experiencia repetidamente comprenderá el cristiano que la carne es irredimible y que su método es vano. Entonces buscará otra clase de salvación. De este modo ha conocido por experiencia lo que antes sólo conocía mentalmente.

Si un hijo de Dios cree en Dios fiel y sinceramente y suplica de veras al Espíritu Santo que le revele la santidad de Dios para poder conocer a su carne bajo esta luz, el Espíritu lo hará sin lugar a dudas. En adelante quizá se ahorrará muchos sufrimientos. Pero creyentes así hay pocos. La mayoría confían en su propio método, pretendiendo que no son tan malos después de todo. Para corregir esta presunción errónea, el Espíritu lleva pacientemente a los creyentes a que comprueben poco a poco la inutilidad de sus propios métodos.

Hemos dicho que no podemos ceder ante la carne, ni tampoco podemos enmendarla ni educarla, puesto que ninguno de nuestros métodos puede llegar jamás a modificar en lo más mínimo la naturaleza de la carne. ¿Qué podemos hacer, pues? La carne debe morir. Es el método de Dios. El único camino es la muerte, y no hay más. Preferiríamos domar la carne con nuestro esfuerzo, con nuestra voluntad o con otros innumerables medios, pero la prescripción de Dios es la muerte. Si la carne muere, ¿no quedan resueltos todos los problemas de manera automática? No hay que conquistar la carne: tiene que morir. Es muy razonable si consideramos la manera en que pasamos a ser carne ya al principio: «lo que nace de la carne es carne». Llegamos a ser carne al nacer de ella. Ahora bien, la salida simplemente sigue a la entrada. La manera de poseer es la manera de perder. Como nos hicimos carne al nacer de la carne, se desprende fácilmente que nos liberaremos de ella si muere. La crucifixión es el único camino.

«Porque el que ha muerto está libre de pecado» (Rom. 6:7). Todo lo que se quede corto de la muerte es insuficiente. La muerte es la única salvación.

La carne está muy maleada (2ª Ped. 2:10-22), y por esta razón Dios no intenta cambiarla. El único método de liberación es darle muerte. Ni siquiera la preciosa sangre del Señor Jesús puede limpiar las impurezas de la carne. Vemos en la Biblia que la sangre lava nuestro pecado, pero nunca lava nuestra carne. Debe ser crucificada (Gál. 5:24). El Espíritu Santo no puede reformar la carne, y por eso no vivirá en medio de carne pecaminosa. No habita en el creyente con el propósito de mejorar la carne, sino para luchar contra ella (Gál. 5:17). «No será derramado el aceite de la santa unción (que es un tipo del Espíritu Santo) sobre los cuerpos de hombres corrientes» Ex. 30:32). Si es así, ¡qué absurdo es que oremos al Señor con frecuencia para que nos haga buenos y amorosos para poder servirle! ¡Qué vana es la esperanza del que aspira a una posición santa algún día, cuando podamos estar diariamente con el Señor y podamos glorificarle en todo! De veras, no debemos intentar jamás enmendar la carne para hacerla colaborar con el Espíritu de Dios. La carne debe morir. Sólo enviando la carne a la cruz podemos librarnos de seguir esclavizados indefinidamente por ella.

CAPÍTULO 3

La cruz y el Espíritu Santo

Muchos creyentes, si no la mayoría de ellos, no fueron llenos del Espíritu Santo en el momento en que creyeron en el Señor. Y lo que es aún peor, al cabo de muchos años de creer siguen en las redes del pecado y aún son cristianos carnales. En las páginas que siguen, todo lo que intentamos explicar sobre cómo se puede liberar un cristiano de su carne está basado en la experiencia de los creyentes de Corinto y también en la de muchos creyentes parecidos de todas partes. Además, no deseamos dar a entender que un cristiano debe primero creer en la obra sustitutiva de la cruz y luego ulteriormente creer en su obra identificativa. ¿No es verdad, sin embargo, que muchos al principio no tienen una revelación clara respecto a la cruz? Lo que han recibido es sólo la mitad de toda la verdad, y por eso tienen que recibir la otra mitad en un período posterior. Ahora bien, si el lector ya ha aceptado la obra completa de la cruz, lo que va a encontrar aquí no le interesará mucho. Pero si, como la mayoría de creyentes, también ha creído únicamente la mitad de toda la verdad, entonces le es indispensable el resto. Aun así, queremos de veras que nuestros lectores sepan que no es necesario aceptar las dos caras de la obra de la cruz por separado; la segunda aceptación sólo es necesaria a causa de lo incompleto de la primera.

La liberación de la cruz

En su carta a los Gálatas, después de enumerar muchos actos de la carne, el apóstol Pablo advierte que «los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gál. 5:24). He aquí la liberación. ¿No es extraño que lo que interesa al creyente difiera mucho de lo que interesa a Dios? El creyente está interesado en las «obras de la carne» (Gál. 5:19), es decir, en los pecados variados de la carne. Está ocupado con el enojo de hoy, los celos de mañana o la disputa de pasado mañana. El creyente se lamenta por un pecado en particular y anhela conseguir la victoria sobre él. Sin embargo, todos estos pecados sólo son frutos del mismo árbol. Mientras se coge una fruta (en realidad no se puede coger ninguna) aparece otra. Crecen una tras otra y no dan ninguna posibilidad de victoria. Por otro lado, Dios no está interesado en las *obras* de la carne sino en «la carne» misma (Gál. 5:24). Si hubiesen arrancado el árbol ¿habría alguna necesidad de temer que diese fruto? El creyente trabaja activamente haciendo planes para manejar los pecados que son las frutas, mientras se olvida de tratar la carne misma ô que es la raízô . No es extraño que antes de que pueda resolver un solo pecado ya ha surgido otro. Por eso hoy debemos tratar el origen del pecado.

Los recién nacidos en Cristo necesitan apropiarse el profundo significado de la cruz porque aún son carnales. El objetivo de Dios es crucificar junto con Cristo al viejo hombre del creyente, con el resultado de que los que pertenecen a Cristo «han crucificado la carne con sus pasiones y deseos». Tened presente que lo que ha sido crucificado es la carne junto con sus poderosas pasiones y deseos. Puesto que el pecador fue regenerado y reprimido de sus pecados por medio de la cruz, ahora el niño carnal en Cristo debe ser liberado del dominio de la carne por la misma cruz para que pueda andar según el espíritu y ya no según la carne. Después de esto no pasará mucho tiempo antes de que sea un cristiano espiritual.

Aquí encontramos el contraste entre la caída del hombre y la acción de la cruz. La salvación que proporciona ésta es justamente el remedio para aquélla. ¡Qué adecuación tan perfecta entre las dos!

Primero Cristo murió en la cruz por el pecador para perdonar su pecado. Por tanto, el Dios santo podía perdonarle con justicia. Pero a continuación está el hecho de que el pecador también murió en la cruz con Cristo para que no pueda ser controlado ya más por su carne. Sólo esto puede hacer que el espíritu del hombre recupere su propio dominio, que el cuerpo sea su servidor externo y que el alma sea su intermediario. De esta forma, el espíritu, el alma y el cuerpo son restaurados a su posición original anterior a la caída. Si ignoramos el significado de la muerte que hemos descrito no seremos liberados. ¡Qué el Espíritu Santo sea nuestro Revelador!

«Los que pertenecen a Cristo Jesús» se refiere a todo creyente en el Señor. Todos los que han creído en Él y han nacido de nuevo le pertenecen. El factor decisivo es si se ha estado unido a Él en la vida, no si se es espiritual o si se trabaja para el Señor, ni si se ha conseguido liberación del pecado, se han vencido las pasiones y deseos de la carne y ahora se es plenamente santificado. En otras palabras, la pregunta sólo puede ser: ¿Se ha sido regenerado, o no? ¿Se ha creído en el Señor Jesús como Salvador, o no? Si es sí, no importa el estado espiritual actual ô en victoria o en derrotaô , se «ha crucificado la carne».

El asunto que tenemos delante no es moral, ni es cosa de vida, conocimiento u obra espirituales. Simplemente es si se es del Señor. Si es así, entonces ya se ha crucificado la carne en la cruz. Está claro que esto significa, no que uno va a crucificar, ni que está en el proceso de crucifixión, sino que ha crucificado.

Conviene ser más explícito aquí. Hemos señalado que la crucifixión de la carne no depende de las experiencias, por muy diferentes que puedan ser, sino que depende del hecho de la obra terminada de Dios. «Los que pertenecen a Cristo Jesús» ô tanto los débiles como los fuertesô «han crucificado la carne con sus pasiones y deseos». Vosotros decís que aún pecáis, pero Dios dice que habéis sido crucificados en la cruz. Decís que vuestro mal genio persiste, pero la respuesta de Dios es que habéis sido crucificados. Decís que vuestras pasiones siguen siendo muy potentes, pero de nuevo Dios replica que vuestra carne ha sido crucificada en la cruz. De momento, haced el favor de dejar de mirar vuestras experiencias y oíd lo que Dios os dice. Si no escucháis su Palabra y en lugar de eso observáis continuamente vuestra situación, jamás viviréis la realidad de que vuestra carne ha sido crucificada en la cruz. No hagáis caso de vuestros sentimientos y vuestra experiencia. Dios declara crucificada vuestra carne, y en consecuencia *ha* sido crucificada. Responded simplemente a la Palabra de Dios y tendréis experiencia. Cuando Dios os dice que «vuestra carne ha sido crucificada», debéis responder: «Amén, es verdad que mi carne ha sido crucificada.» Actuando de esta manera, según su Palabra, comprobaréis que vuestra carne está muerta de veras.

Los creyentes de Corinto se habían permitido cometer los pecados de fornicación, celos, disputas, espíritu partidista, pleitos y muchos otros. Eran claramente carnales. Es cierto que eran «niños en Cristo», pero aun así eran de Cristo. ¿Se puede decir realmente que estos creyentes carnales habían tenido su carne crucificada en la cruz? La respuesta es indudablemente que sí. Incluso éstos habían tenido crucificada su carne. ¿Cómo es eso? Debemos comprender que la Biblia jamás nos dice que nos

crucifiquemos. Sólo nos informa que «fuimos crucificados». Debemos comprender que no tenemos que ser crucificados individualmente, sino que hemos sido crucificados junto con Cristo (Gál. 2:20; Rom. 6:6). Si es una crucifixión conjunta, entonces cuando el Señor Jesús fue crucificado, en ese momento también fue crucificada nuestra carne. Además, la crucifixión junto con la suya no la sufrimos personalmente, puesto que fue el Señor Jesús quien nos llevó a la cruz en su crucifixión. En consecuencia, Dios considera nuestra carne ya crucificada. Para Él es un hecho consumado. Sean las que sean nuestras experiencias personales, Dios declara que «los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne». Para poseer esta muerte no debemos dedicar demasiada atención a investigar u observar nuestras experiencias. En lugar de eso debemos creer la Palabra de Dios. «Dios dice que mi carne ha sido crucificada y por eso creo que está crucificada. Reconozco que lo que dice Dios es verdad.» Respondiendo de esta manera pronto nos encontraremos con la realidad de esto. Si primero miramos el acto de Dios, nuestra experiencia llegará a continuación.

Desde la perspectiva de Dios estos corintios ya tenían crucificada su carne en la cruz con el Señor Jesús, pero desde su punto de vista es evidente que no tenían semejante experiencia. Quizás esto se debía a su desconocimiento del hecho de Dios. De aquí que el primer paso hacia la liberación es tratar la carne según el punto de vista de Dios. ¿Y qué es eso? No es intentar crucificar la carne, sino reconocer que ha sido crucificada; no es andar según nuestra vista, sino según nuestra fe en la Palabra de Dios. Si estamos bien asentados en este punto de reconocer que la carne ya está crucificada, entonces podremos tratar con la carne en nuestra experiencia. Si titubeamos en cuanto a este hecho perderemos la posibilidad de poseerlo definitivamente. Para experimentar la crucifixión junto con Jesús primero debemos dejar de lado nuestra situación actual y simplemente confiar en la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo y la experiencia

«Mientras estábamos viviendo en la carne, nuestras pasiones pecaminosas... obraban en nuestros miembros para dar fruto de muerte. Pero ahora estamos... muertos...» (Rom. 7:5, 6). A consecuencia de esto la carne ya no tiene ningún poder sobre nosotros.

Hemos creído y reconocido que nuestra carne ha sido crucificada en la cruz. Ahora ô antes noô podemos fijar nuestra atención en el tema de la experiencia. Aunque ahora destacamos la experiencia, aun así nos aferramos firmemente al hecho de nuestra crucifixión con Cristo. Lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que experimentamos de la obra acabada de Dios, aunque son dos cosas distinguibles, son inseparables.

Dios ha hecho lo que podía hacer. La pregunta inmediata es: ¿Qué actitud adoptamos hacia su obra terminada? Él ha crucificado nuestra carne en la cruz, y no de nombre, sino de hecho. Si creemos y ejercemos nuestra voluntad para escoger lo que Dios ha hecho por nosotros, esto será nuestra experiencia para siempre. No se nos pide que hagamos nada, porque Dios lo ha hecho todo. No se nos exige que crucifiquemos nuestra carne, porque Dios la ha crucificado en la cruz. ¿Creéis que es cierto? ¿Deseáis poseerlo en vuestra vida? Si creemos y deseamos, entonces colaboraremos con el Espíritu Santo para conseguir una rica experiencia. Colosenses 3:5 nos exhorta: «Haced morir, pues, lo que es terrenal en vosotros.» Éste es el camino hacia la experiencia. El «pues» indica la consecuencia de lo dicho en el versículo 3, es decir, «habéis muerto». El «habéis muerto» es lo que Dios ha logrado para nosotros. Puesto que «habéis muerto», pues, «haced morir lo que es terrenal en vosotros». Aquí, la primera mención de la muerte es nuestra posición de hecho en Cristo; la segunda es nuestra experiencia real. El fracaso de los creyentes de hoy puede hallarse en el fracaso en ver la relación entre estas dos muertes. Algunos han intentado anular su carne porque han hecho hincapié exclusivamente en la experiencia de la muerte. ¡Por eso su carne crece más fuerte con cada intento! Otros han reconocido la verdad de que su carne de hecho fue crucificada con Cristo en la cruz, pero no buscan la realidad práctica de ello. Ninguno de éstos puede jamás apropiarse en su experiencia la crucifixión de la carne.

Si deseamos hacer morir nuestros miembros debemos primero tener una base para semejante acción, pues de lo contrario simplemente confiaríamos en nuestras fuerzas. Ningún grado de entusiasmo puede

traernos jamás la experiencia deseada. Además, si únicamente sabemos que nuestra carne ha sido crucificada con Cristo, pero no nos preocupamos de que su obra acabada trabaje en nosotros, nuestro conocimiento también será inútil. Para hacer morir nuestros miembros debemos primero pasar por la identificación de su muerte. Conociendo nuestra identificación, debemos entonces proceder a hacer morir nuestros miembros. Estos dos pasos deben ir juntos. Nos engañamos a nosotros mismos si nos conformamos simplemente con entender el hecho de la identificación pensando que ahora somos espirituales puesto que la carne ha sido destruida. Por otra parte, también nos engañamos si al hacer morir las malas acciones de la carne *ponemos* en ello demasiado énfasis y fallamos en tomar la actitud de que la carne ha muerto. Si olvidamos que la carne está muerta, nunca podremos desprendernos de nada, enterrar nada. El «haced morir» depende del «habéis muerto». Aquí, el hacer morir significa llevar la muerte del Señor Jesús a todas las acciones de la carne. La crucifixión del Señor tiene mucha autoridad porque hace morir aquello con que se enfrenta. Como estamos unidos a Él en su crucifixión, podemos aplicar su muerte a cualquier miembro que sea tentado por las pasiones y hacerlo morir inmediatamente.

Nuestra unión con Cristo en su muerte significa que es un hecho en nuestros espíritus. Lo que debe hacer un creyente ahora es sacar esta muerte de su espíritu y aplicarla a sus miembros cada vez que sus pasiones se despierten. Esta muerte espiritual no es cosa de una vez y se acabó. Si el creyente no se mantiene vigilante o pierde la fe, es indudable que la carne entrará en un frenesí de actividad. El que desee ser conformado totalmente a la muerte del Señor, debe hacer morir sin cesar las acciones de sus miembros para que lo que es real en el espíritu se realice en el cuerpo.

Pero ¿de dónde viene el poder para aplicar la crucifixión del Señor a nuestros miembros? Pablo insiste en que es «por el Espíritu que hacéis morir las acciones del cuerpo» (Rom. 8:13). Para hacer morir estas acciones el creyente debe confiar en el Espíritu Santo para convertir su crucifixión conjunta con Cristo en una experiencia personal. Debe creer que el Espíritu Santo aplicará la muerte de la cruz a todo lo que tenga que morir. En vista del hecho de que la carne del creyente fue crucificada con Cristo en la cruz, no tiene que ser crucificada de nuevo. Todo lo que se necesita es aplicar, por medio del Espíritu Santo, la muerte consumada del Señor Jesús en favor de él sobre la cruz a cualquier acción mala del cuerpo que intente alzarse. El poder de la muerte del Señor la quitará de en medio. Las obras malas de la carne pueden surgir en cualquier momento y en cualquier lugar. Como consecuencia, si el hijo de Dios no hace valer constantemente por el Espíritu Santo el poder de la santa muerte de nuestro Señor Jesús, no podrá triunfar. Pero si entierra las acciones del cuerpo de este modo, el Espíritu Santo que habita en él realizará finalmente el propósito de Dios de dejar sin trabajo al cuerpo de pecado (Rom. 6:6). Apropiándose de la cruz de este modo, el niño en Cristo será liberado del poder de la carne y será unido al Señor Jesús en la vida de resurrección.

En adelante el cristiano debería «andar por el espíritu, y no satisfacer los deseos de la carne» (Gál. 5:16). Deberíamos recordar siempre que por muy profundamente que penetre en nuestras vidas la cruz del Señor, no podemos esperar evitar más perturbaciones de las malas acciones de nuestros miembros sin una constante vigilancia por nuestra parte. Siempre que un hijo de Dios fracasa en seguir al Espíritu Santo, esto tiene como consecuencia inmediata seguir a la carne. Dios nos descubre la realidad de nuestra carne por medio del perfil que hace su apóstol Pablo del yo del cristiano en Romanos 7 a partir del versículo 5. En el momento en que el cristiano deja de fijar su atención en el Espíritu Santo, instantáneamente encaja en el modelo de vida carnal que hemos descrito. Algunos dan por sentado que, puesto que Romanos 7 está entre los capítulos 6 y 8, la actividad de la carne será cosa del pasado en cuanto el creyente la haya pasado y haya entrado en la vida del Espíritu en Romanos 8. En realidad los capítulos 7 y 8 son paralelos. Si un creyente no anda por el Espíritu según Romanos 8, queda sumergido de inmediato en la experiencia de Romanos 7. «Así pues, por mí mismo sirvo a la ley de Dios con mi mente, pero con mi carne sirvo a la ley del pecado» (7:25). Observad que Pablo concluye la descripción de su experiencia, explicada antes de este versículo 25, usando la frase «así pues». Se encuentra una continua derrota en todo el versículo 24. Sólo en el versículo 25 halla la victoria: «Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor» (v. 25a). En el momento de conseguir la

victoria después de derrotas constantes leemos que Pablo dice: «Yo por mí mismo sirvo a la ley de Dios con mi mente.» Aquí nos está diciendo que su vida nueva desea lo que Dios desea. Sin embargo, ésa no es toda la historia, porque inmediatamente Pablo declara: «*pero* con mi carne sirvo a la ley del pecado». Y nos encontramos con que esto lo dice *exactamente después* de su victoria del versículo 25a. La conclusión obvia es que no importa nada lo mucho que su mente interior pueda servir a la ley de Dios. Por mucho que se vea libre de la carne, ésta permanece invariable y sigue sirviendo a la ley del pecado. Por eso, si deseamos ser guiados por el Espíritu Santo (Rom. 8:14) y ser liberados de la opresión de la carne, debemos hacer morir las malas acciones del cuerpo y andar conforme al Espíritu Santo.

La existencia de la carne

Fijémonos con atención en que, aunque podamos hacer morir a la carne para que quede «inútil» (el significado real de «destruir» en Rom. 6:6), la carne sigue resistiendo a pesar de todo. Es un tremendo error pensar que ya hemos eliminado a la carne y deducir que la naturaleza del pecado está completamente aniquilada. Esta falsa enseñanza engaña a la gente. La vida regenerada no modifica a la carne. La crucifixión conjunta en Cristo no suprime a la carne. El que el Espíritu Santo habite en una persona no la imposibilita para andar según la carne. La carne, con su naturaleza carnal, vive perpetuamente en el creyente. En cuanto tenga una oportunidad pasará a la acción de modo inmediato.

Hemos visto anteriormente lo estrechamente relacionados que están el cuerpo humano y la carne. Hasta que no llegue el momento de liberarnos físicamente de este cuerpo no podremos estar lo suficientemente liberados de la carne como para que ésta no tenga ninguna oportunidad de actuar. Todo lo que nace de la carne es carne. No hay manera posible de eliminarla hasta que este cuerpo corrompido de Adán no sea transformado. Nuestro cuerpo aún no está redimido (Rom. 8:23); espera el regreso del Señor Jesús para su redención (1ª Cor. 15:22, 23,42-44,51-56; 1 Tes. 4:14-18; Fil. 3:20,21). Así pues, mientras estemos en el cuerpo debemos mantenernos alerta día a día para que la carne no entre en ejercicio con sus malas acciones.

Nuestra vida en la tierra se puede comparar, en el mejor de los casos, con la de Pablo, que decía que «aunque andamos en la carne no luchamos según la carne» (2 Cor. 10:3). Como aún posee un cuerpo, anda en la carne. Sin embargo, como la naturaleza de la carne es tan corrupta no lucha según la carne. Anda en la carne, sí, pero no anda por la carne (Rom. 8:4). Hasta que un creyente no es liberado del cuerpo físico no está totalmente libre de la carne. Físicamente hablando, debe vivir en la carne (Gál. 2:20); espiritualmente hablando, no le es necesario y no debe luchar según la carne. Ahora bien, si Pablo, según la conclusión evidente de 2ª Corintios 10:3, estando en el cuerpo, es susceptible de luchar según la carne (aunque deducimos del v. 4 que no lucha en ese sentido), entonces ¿quién se atreve a decir que ya no tiene una carne potencialmente activa? La obra terminada de la cruz y su continua aplicación por parte del Espíritu Santo son, por consiguiente, inseparables.

Debemos prestar una atención especial a este punto porque presenta serias consecuencias. Si un creyente llega a creer que está totalmente santificado y que ya no tiene carne vivirá una vida de hacer ver, falsa, o bien una vida indolente y relajada. Aquí hay que subrayar un hecho. Los hijos nacidos de padres regenerados y santificados aún son de la carne y necesitan nacer de nuevo como los demás niños. Nadie puede decir que no son de la carne y que no necesitan nacer de nuevo. El Señor Jesús afirmó que «lo que nace de la carne es carne» (Jn. 3:6). Si lo que nace es carne, esto muestra que lo que da a luz también debe ser carne, porque sólo la carne puede engendrar carne. El hecho de que los hijos son carnales atestigua de manera concreta que los padres no están totalmente liberados de la carne. Los santos transmiten a sus hijos su naturaleza caída únicamente porque era la suya originariamente. No pueden transmitir la naturaleza divina recibida en la regeneración, ya que esa naturaleza no es la suya original, sino la recibida individualmente como un don gratuito de Dios. El hecho de que los creyentes comuniquen su naturaleza pecadora a sus hijos indica que siempre está presente en ellos.

Considerada desde esta perspectiva, vemos que una nueva criatura en Cristo nunca recupera en *esta* vida la posición que Adán tenía antes de la caída, puesto que por lo menos el cuerpo aún está esperando la redención (Rom. 8:23). Una persona que es una nueva creación sigue conservando la naturaleza pecaminosa en su interior. Aún está en la carne. Sus sentimientos y sus deseos son imperfectos a veces y son menos nobles que los de Adán antes de la caída. Si no elimina la carne humana de su interior no puede tener sentimientos, deseos o amor perfectos. El hombre jamás puede llegar a la posición de estar por encima de toda posibilidad de pecar puesto que la carne persiste. Si un creyente no sigue al Espíritu Santo sino que en lugar de eso cede ante la carne, estará, desde luego, bajo el dominio de la carne. Sin embargo, a pesar de estas realidades, no debemos empobrecer la salvación realizada por Cristo. La Biblia nos dice en muchos sitios que todo lo que ha sido engendrado de Dios y ha sido llenado con Dios no tiene ninguna inclinación hacia el pecado. No obstante, esto no significa que de una manera terminante no haya posibilidad de tener un deseo pecaminoso. Ilustrémoslo. Decimos que los flotadores de madera no tienen tendencia a sumergirse, pero por supuesto que no son insubmersibles. Si se pone la madera en remojo el tiempo suficiente se sumergirá por sí sola. Aun así la naturaleza de un trozo de madera es claramente no sumergirse. Análogamente, Dios nos ha salvado hasta el punto de que no tenemos inclinación a pecar, pero no nos ha salvado hasta el punto de ser incapaces de pecar. Si un creyente permanece totalmente inclinado a pecar, esto muestra que es la carne y que aun no se ha apropiado una salvación total. El Señor Jesús puede desviarnos del pecado, pero además debemos estar alerta. Bajo la influencia del mundo y la tentación de Satanás, la posibilidad de pecar se mantiene.

Naturalmente, un creyente debe comprender que en Cristo es una nueva creación. Como tal el Espíritu Santo vive en su espíritu; y esto, junto con la muerte de Jesús trabajando activamente en su cuerpo, puede equipar al creyente para vivir una vida santa. Esto sólo es posible porque el Espíritu Santo aplica la cruz en la carne del creyente, haciendo morir las acciones de sus miembros. Y entonces queda inactiva. Sin embargo, esto no implica que ya no exista la carne. Porque un creyente sigue poseyendo una carne pecaminosa y es consciente de su presencia y de su contaminación. El hecho mismo de que la naturaleza pecaminosa sea transmitida a los hijos deja establecido fuera de toda duda que lo que ahora poseemos no es la perfección natural del Adán sin pecado.

Un creyente debe confesar que incluso en sus horas más santas puede haber momentos de debilidad: pueden introducirse malos pensamientos en su mente inconscientemente; pueden escapársele palabras impropias sin querer; su voluntad puede en ocasiones encontrar difícil ceder ante el Señor; y secretamente puede incluso aprobar la idea de la autosuficiencia. Todo esto no es más que la obra de la carne. Por eso los creyentes deben saber que la carne puede volver a ejercer su poder en cualquier momento. No ha sido eliminada del cuerpo. Pero la presencia de la carne tampoco significa que la santificación sea imposible para un creyente. Sólo cuando entregamos nuestro cuerpo al Señor (Rom. 6:13) nos es posible librarnos del dominio de la carne y estar bajo el dominio del Señor. Si seguimos al Espíritu Santo y mantenemos una actitud de no dejar que el pecado reine sobre el cuerpo (Rom. 6:12), entonces nuestros pies quedan libres de tropezar y experimentamos una victoria constante. Habiendo sido liberado, nuestro cuerpo se convierte en templo del Espíritu Santo y es libre para hacer la obra de Dios. Ahora bien, la manera de *preservar* nuestra libertad de la carne tiene que ser exactamente la manera en que se obtuvo esta libertad al principio, en aquella coyuntura entre la vida y la muerte, cuando el creyente dice «sí» a Dios y «no» a la carne. Lejos de ser un hecho único, una vez para siempre, el creyente debe mantener toda su vida una actitud afirmativa ante Dios y una respuesta negativa hacia el pecado. Ningún creyente puede llegar al punto de estar por encima de la tentación.

¡Cuán necesario es vigilar y orar, e incluso ayunar, para poder saber cómo andar según el Espíritu Santo! A pesar de todo, el creyente no debería diluir ni el propósito de Dios ni su propia esperanza. Tiene la posibilidad de pecar, pero no debe pecar. El Señor Jesús ha muerto por nosotros y ha crucificado nuestra carne con Él en la cruz. El Espíritu Santo vive en nosotros para hacer real para nosotros lo que el Señor Jesús ha hecho. Tenemos la absoluta posibilidad de no ser gobernados por la carne. La presencia de la carne no es una llamada a la rendición sino un llamamiento a vigilar. La cruz ha crucificado por completo a la carne. Si estamos dispuestos a anular las malas obras del cuerpo en el

poder del Espíritu Santo experimentaremos de veras la obra terminada de la cruz. «Así pues, hermanos, somos deudores, no a la carne para vivir según la carne, porque si vivís según la carne moriréis, pero si por el Espíritu hacéis morir las acciones del cuerpo viviréis» (Rom. 8:12, 13). Puesto que Dios ha concedido semejante gracia y salvación, la culpa será del todo nuestra si continuamos siguiendo la carne. Ya no le somos deudores como lo éramos antes de conocer esta salvación. Si ahora persistimos en vivir por la carne es porque queremos vivir así, no porque debemos vivir así. Muchos santos maduros han experimentado una victoria sostenida sobre la carne. Aunque la carne permanece, su poder está reducido prácticamente a cero. Su vida, junto con su naturaleza y sus actividades, ha sido puesta en suspenso de manera tan contundente por la cruz del Señor en el poder del Espíritu Santo que ha sido relegada a un estado de existencia como si no estuviera presente. Debido a la profunda y persistente obra de la cruz y a la fidelidad de los santos en seguir al Espíritu Santo, la carne, aunque existe, pierde toda su existencia. Incluso su poder para estimular a los creyentes parece estar anulado. Todos los creyentes pueden lograr este triunfo total sobre la carne. «Si por el Espíritu hacéis morir las acciones del cuerpo viviréis.» Toda la relación expresada en este versículo se basa en esa palabra «si». Dios ha hecho todo lo necesario. No puede hacer nada más. Es cosa nuestra decidir. Si descuidamos esta perfecta salvación ¿cómo escaparemos? «Si vivís según la carne moriréis»: esto es una advertencia. Aunque estáis regenerados, aun así perderéis vuestra experiencia espiritual, como si no estuvierais vivos. Si vivís «por el Espíritu» también moriréis, pero moriréis en la muerte de Cristo. Esta muerte es muy auténtica porque anulará todas las acciones de la carne. De uno u otro modo moriréis. ¿Qué muerte elegís: la que procede de una carne viva o la que surge de un espíritu activo? Si la carne está viva el Espíritu Santo no puede vivir con fuerza. ¿Qué vida preferís: la de la carne o la del espíritu? La provisión de Dios para vosotros es que vuestra carne y todo su poder y sus actividades queden bajo el poder de la muerte de Cristo en la cruz. Lo que nos falta no es otra cosa que muerte. Dejemos esto bien claro antes de hablar de vida, porque no puede haber resurrección si antes no hay muerte. ¿Estamos dispuestos a obedecer la voluntad de Dios? ¿Dejaremos que la cruz de Cristo se manifieste de una manera práctica en nuestras vidas? Si es así, debemos hacer morir con el Espíritu Santo todas las acciones malas del cuerpo.

CAPITULO 4

La jactancia de la carne

El otro lado de la carne

¿Incluyen sólo las obras de la carne lo que hemos mencionado hasta ahora, o hay otras obras carnales? Los pecados de la carne que hemos hecho notar hasta aquí son las pasiones del cuerpo humano. Pero ahora debemos fijar nuestra atención en otro aspecto de la carne. Recordaréis que anteriormente hemos afirmado que la carne consiste en las obras del alma así como las pasiones del cuerpo. Hasta ahora sólo hemos tocado la parte del cuerpo, dejando casi sin tocar la parte del alma. Es totalmente cierto que el creyente debe desprenderse de los pecados del cuerpo, pero también tiene que oponerse a las obras de su alma, porque a los ojos de Dios son tan corruptas como los pecados del cuerpo.

Según la Biblia las obras de la «carne» son de dos clases (aunque ambas son de la carne): las malas y las hipócritas. La carne no solamente puede producir pecados repelentes sino también conductas loables; no sólo lo bajo y lo ruin sino también lo elevado y lo noble; no sólo las pasiones pecaminosas sino también la buena intención. Es a esta segunda parte a la que vamos a dedicarnos ahora.

La Biblia emplea la palabra «carne» para describir la vida o la naturaleza corrupta del hombre, que abarca el alma y el cuerpo. En el acto creador de Dios el alma queda colocada entre el espíritu y el cuerpo, es decir, entre lo que es celestial o espiritual y lo que es terrenal o físico. Su deber es mezclarlos de acuerdo a su lugar adecuado, pero manteniéndolos intercomunicados, para que por medio

de esta perfecta armonía el hombre pueda finalmente alcanzar la plena espiritualidad. Por desgracia el alma cedió a la tentación que surgió de los órganos físicos, escapándose así de la autoridad del espíritu y aceptando el control del cuerpo. En consecuencia, el alma y el cuerpo quedaron unidos para ser la carne. La carne no sólo está «libre del espíritu», sino que es totalmente contraria al espíritu. Por eso la Biblia afirma que «la carne lucha contra el espíritu» (Gál. 5:17).

La oposición de la carne contra el espíritu y contra el Espíritu Santo es doble:

- 1) Pecando: se rebela contra Dios e infringe la ley de Dios, y
- 2) haciendo el bien: obedece a Dios y sigue la voluntad de Dios.

Naturalmente, el elemento corporal de la carne, lleno de pecado y de pasiones, no puede hacer otra cosa que expresarse en muchos pecados, contristando al Espíritu Santo. La parte del alma de la carne, no obstante, no está tan contaminada como el cuerpo. El alma es el principio de vida del hombre; es su mismo yo, y consta de las facultades de la voluntad, la mente y la emoción. Desde el punto de vista humano, las obras del alma no pueden ser todas malas. Simplemente se centran en el pensamiento, la idea, el sentimiento y las preferencias y aversiones de la persona. Aunque todos éstos se centran en el yo, no son necesariamente pecados contaminantes. La característica básica de las obras del alma es la independencia o autodependencia: Aunque la parte del alma no está tan contaminada como la parte corporal, aun así es contraria al Espíritu Santo. La carne pone al yo en el centro y eleva la voluntad propia por encima de la voluntad de Dios. Puede servir a Dios, pero siempre según su idea, no según la idea de Dios. Hará lo que sea bueno a sus ojos. El yo es el principio que hay detrás de cada acto. Puede que no cometa lo que el hombre considera pecado; puede, incluso, que intente cumplir los mandamientos de Dios con todas sus fuerzas; sin embargo, el «yo» nunca deja de estar en el corazón de la actividad. ¿Quién puede desentrañar la falsedad y la vitalidad de este yo? La carne no sólo se opone al espíritu pecando contra Dios sino también intentando servirle y complacerle. Se opone al Espíritu Santo y lo apaga apoyándose en su propia fuerza en lugar de confiar por completo en la gracia de Dios y dejarse llevar por el Espíritu.

Podemos encontrar muchos creyentes a nuestro alrededor que por naturaleza son buenos, pacientes y afectuosos. Ahora bien, lo que el creyente odia es el pecado; en consecuencia, si puede librarse de él y de las obras de la carne descritas en Gálatas 5, versículos 19 al 21, entonces se siente satisfecho. Pero lo que *admira* el creyente es la justicia; en consecuencia, se esforzará en actuar correctamente, anhelando poseer los frutos de Gálatas 5, versículos 22 y 23. Sin embargo, el peligro se encuentra aquí. Porque el cristiano no ha llegado a aprender a aborrecer a su carne en *su totalidad*. Desea simplemente librarse de los pecados que surgen de ella. Sabe cómo resistir un poco a las acciones de la carne, pero no ve que la carne misma en su totalidad debe ser destruida. Lo que le engaña es que la carne no solamente puede producir pecado sino que también puede hacer el bien. Si aún hace el bien es evidente que aún está viva. Si la carne hubiese muerto definitivamente la capacidad del creyente de hacer el bien y de hacer el mal habría muerto con ella. Una capacidad para llevar a cabo cosas buenas muestra que la carne aún no ha muerto.

Sabemos que los hombres originariamente pertenecen a la carne: La Biblia enseña claramente que no hay nadie en el mundo que no sea de la carne, puesto que todo pecador ha nacido de la carne. Pero, además, reconocemos que muchos, antes de nacer de nuevo, e incluso muchos que en toda su vida nunca han creído en el Señor, han hecho y siguen haciendo muchas cosas loables. Algunos parecen haber nacido con el don de la amabilidad, la paciencia o la bondad. Observad lo que el Señor le dice a Nicodemo (Jn. 3:6); a pesar de que ese hombre es tan bueno por naturaleza, aun así se le considera de la carne. Esto confirma que la carne puede de veras hacer el bien.

En la carta de Pablo a los Gálatas vemos una vez más que la carne puede hacer el bien. «Habiendo empezado con el Espíritu, ¿estáis terminando con la carne?» (3:3). Los hijos de Dios de Galacia habían caído en el error de hacer el bien con la carne. Habían empezado en el Espíritu Santo; no continuaron

así para ser hechos perfectos. En lugar de eso quisieron perfeccionarse por medio de su justicia, de la justicia según la ley. Por eso el apóstol les hizo semejante pregunta. Si la carne de los creyentes gálatas sólo hubiera podido hacer el mal, Pablo no habría tenido que hacer una pregunta así, puesto que ellos mismos habrían sabido de sobra que los pecados de la carne no podían perfeccionar en modo alguno lo que se había empezado con el Espíritu Santo. El que desearan perfeccionar con su carne lo que había iniciado el Espíritu Santo muestra que para alcanzar una posición perfecta dependían de la capacidad de hacer el bien de su carne. Realmente habían intentado hacer el bien con grandes esfuerzos, pero el apóstol nos muestra aquí que las buenas acciones de la carne y las obras del Espíritu Santo son dos mundos distintos. Lo que una persona hace con la carne lo hace ella. Jamás se puede perfeccionar lo que ha empezado el Espíritu Santo.

En el capítulo anterior podemos encontrar al apóstol diciendo otra cosa importante sobre el mismo tema: «Pero si vuelvo a construir las cosas que yo había derribado, entonces demuestro que soy un transgresor» (2:18). Señalaba a los que, habiendo sido salvados y habiendo recibido el Espíritu Santo, aún insistían en conseguir la justicia según la ley (ver. 16, 17,21) por medio de su propia carne. Hemos sido salvados por medio de la fe en el Señor y no por medio de nuestras obras: esto es a lo que se refería Pablo con las cosas derribadas. Sabemos que siempre había echado por los suelos las obras de los pecadores, considerando a estas acciones sin ningún valor en absoluto en la salvación de una persona. Si haciendo el bien intentamos «volver a construir esas cosas» que habíamos destruido, entonces, según Pablo, «demostramos que somos transgresores». El apóstol nos está diciendo que de la misma manera que un pecador no puede salvarse por sus propios esfuerzos, asimismo los que hemos sido regenerados no podemos ser perfeccionados por medio de ninguna buena acción de nuestra carne. ¡Qué inútiles siguen siendo estas acciones!

Romanos 8 sostiene que «los que están en la carne no pueden agradar a Dios» (v. 8). Esto implica que los carnales han intentado agradar a Dios, aunque sin éxito. Desde luego, esto se refiere específicamente a las buenas acciones de la carne que fracasan por completo en agradar a Dios. Ahora vamos a informarnos en profundidad, precisamente, de lo que la carne puede hacer: es capaz de llevar a cabo buenas acciones, y de hacerlas expertamente. Frecuentemente concebimos la carne bajo el aspecto de sus pasiones y concupiscencias, y por consiguiente la consideramos categóricamente contaminada, sin ver que comprende más que el aspecto de las pasiones. Pero las actividades de las variadas facultades del alma no tienen por qué ser tan contaminadas como las pasiones. Además, la palabra «pasión», tal como en ocasiones es utilizada en la Biblia, no tiene ningún sentido de contaminación, como, por ejemplo, en «la carne lucha (con pasión) contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne» en Gálatas 5:17. Vemos que el Espíritu también tiene pasión ô contra la carneô . En este ejemplo, pasión, simplemente transmite la idea de un deseo intenso.

Todo lo que una persona es capaz de hacer antes de la regeneración simplemente es el resultado de los esfuerzos de la carne. Por eso puede hacer el bien, como también puede hacer el mal. El error del creyente radica precisamente aquí, en que sólo sabe que lo malo de la carne debe ser destruido, pero ignora que tiene que pasar lo mismo con lo bueno de la carne. Desconoce que la virtud de la carne es de la carne tanto como su maldad. La carne sigue siendo carne, sea buena o sea mala. Lo que pone en peligro a un cristiano es su ignorancia o su rechazo a enfrentarse a la necesidad de desprenderse del todo de la carne, incluso lo que es bueno. Debe reconocer categóricamente que lo bueno de la carne no es en nada mejor que lo malo, puesto que ambas cosas pertenecen a la carne. Si no se enfrenta con la carne buena, un cristiano no puede esperar ser libre del dominio de la carne jamás. Porque si deja que su carne haga el bien, pronto la encontrará obrando el mal. Si no destruimos su virtud, sin duda alguna tendremos que enfrentarnos con su maldad.

La naturaleza de las buenas obras de la carne

Dios se opone a la carne enérgicamente porque conoce por completo su condición auténtica. Desea que sus hijos se liberen por completo de la vieja creación y experimenten plenamente la nueva. Sea buena o mala, la carne todavía es carne. La diferencia entre lo bueno que proviene de la carne y lo bueno que

surge de la vida nueva es que la carne siempre tiene al yo en el centro. Es mi yo el que puede hacer ô y haceô el bien, sin necesidad de confiar en el Espíritu Santo, sin necesidad de ser humilde, de esperar en Dios, de orar a Dios. Puesto que soy yo el que quiero, pienso y hago sin necesidad de Dios, y que, en consecuencia, considero cuánto he mejorado, lo alto a que he llegado con mi propio esfuerzo, ¿no es algo inevitable que me atribuya la gloria? Es evidente que estos actos no llevan a la gente a Dios; en lugar de eso hinchán el yo. Dios quiere que todos vengan a Él en un espíritu de absoluta dependencia, totalmente sumisos a su Espíritu Santo y esperando humildemente en Él. Cualquier cosa buena de la carne que gire en torno al yo es una abominación a los ojos de Dios, porque no procede del Espíritu de la vida del Señor Jesús, sino del yo, y glorifica al yo. El apóstol afirma solemnemente en su carta a los Filipenses que él «no pone su confianza en la carne» (3:3). La carne tiende a estar segura de sí misma. Como son tan capaces, los carnales no necesitan confiar en el Espíritu Santo. Cristo crucificado es la sabiduría de Dios, pero ¡cuánto confía un creyente en su propia sabiduría! Puede leer y predicar la Biblia, puede escuchar y creer la Palabra, pero todo lo hace con el poder de su mente, sin la más mínima necesidad de depender totalmente de la instrucción del Espíritu Santo. En consecuencia, muchos creen poseer toda la verdad, cuando lo que tienen simplemente lo han conseguido escuchando a otros o estudiando la Biblia. Lo que es del hombre sobrepasa con mucho lo que es de Dios. No tienen un corazón para recibir su instrucción o para esperar en el Señor que Él les revele su verdad en su luz.

Cristo crucificado también es el poder de Dios. Pero ¡cuánta confianza en uno mismo hay en el servicio cristiano! Se realizan más esfuerzos en planear y en preparar que en esperar en el Señor. Se dedica el doble de tiempo a preparar la exposición y la conclusión de un sermón que a recibir el poder de lo alto. Pero todas estas obras son muertas a los ojos de Dios, no por el hecho de que no se proclame la verdad, o no se confiese a la persona y la obra de Cristo, o no se busque la gloria de Dios, sino por la confianza que hay en la carne. ¡Cuánto énfasis ponemos en la sabiduría humana y nos esforzamos por hallar argumentos satisfactorios en nuestros mensajes, y cómo buscamos ilustraciones apropiadas y otros medios variados para conmover, y empleamos sabias exhortaciones para inducir a los hombres a que hagan decisiones! Pero ¿dónde están los resultados prácticos? ¿Hasta qué punto confiamos en el Espíritu Santo y hasta qué punto confiamos en la carne? ¿Hay de veras algún poder en la vieja creación que pueda capacitar a las personas para heredar algo en la nueva creación?

Como ya hemos dicho, la seguridad y la confianza en uno mismo son los rasgos importantes de las buenas obras de la carne. A la carne le resulta imposible descansar en Dios. Es demasiado impaciente para tolerar cualquier demora. Mientras se considere fuerte nunca confiará en Dios. Incluso en momentos de desesperación la carne sigue haciendo planes y buscando una salida. Nunca tiene la sensación de dependencia absoluta. Esto puede ser una prueba por la que un creyente puede saber si una obra es o no es de la carne. Todo lo que no resulta de esperar en Dios, de confiar en el Espíritu Santo, es de la carne sin duda alguna. Todo lo que una persona decide según su criterio en lugar de buscar la voluntad de Dios, surge de la carne. Siempre que hay ausencia de una confianza absoluta, esto es obra de la carne. Ahora bien, las cosas que se hagan pueden no ser malas o equivocadas. De hecho pueden ser buenas y piadosas (como leer la Biblia, orar, adorar, predicar), pero si no se hacen en un espíritu de total confianza en el Espíritu Santo, entonces todo es obra de la carne. La vieja creación está dispuesta a hacer cualquier cosa ô incluso someterse a Diosô ¡con tal que se le permita vivir y permanecer activa! Por muy buenas que puedan parecer las acciones de la carne, el «yo», oculto o visible, siempre aparece en el horizonte. La carne jamás admite su debilidad ni reconoce su inutilidad; incluso aunque se evidencia su fracaso hasta el ridículo, la carne sigue creyendo firmemente en su capacidad.

«Habiendo empezado con el Espíritu, ¿terminaréis con la carne?» Esto pone a la vista una gran verdad. Una "persona puede empezar bien, en el Espíritu, y aun así no seguir por ese camino. Nuestra experiencia confirma el hecho de la relativa facilidad con que una cosa puede empezar en el Espíritu pero terminar en la carne. A menudo ocurre que el Espíritu comunica una verdad y que, a pesar de eso, al poco tiempo esta verdad se ha convertido en una jactancia de la carne. Los judíos cometieron este mismo error. Con qué frecuencia, cuando se trata de obedecer al Señor, de negar de nuevo al yo, de

recibir poder para salvar almas, una persona puede confiar de veras en el Espíritu Santo al principio; pero al poco tiempo esta misma persona convierte la gracia de Dios en su propia gloria, considerando lo que es de Dios como si fuera suyo.

Ocurre lo mismo con nuestra conducta. Por medio de la obra del Espíritu Santo hay, al principio, una poderosa transformación en la vida de una persona que hace que ame lo que antes odiaba y que odie lo que antes amaba. Sin embargo, poco a poco el «yo» empieza a introducirse solapadamente. La persona interpreta cada vez más estos cambios como éxitos propios y llega a admirarse; o se vuelve indiferente y gradualmente actúa según el yo en lugar de confiar en el Espíritu Santo. Hay miles de cosas en la experiencia del creyente que empiezan bien en el Espíritu pero que desgraciadamente terminan en la carne. ¿Por qué muchos hijos queridos de Dios buscan deseosos una consagración absoluta y anhelan impacientes más vida abundante y a pesar de eso fracasan? A menudo, al escuchar los mensajes, al conversar con personas, al leer libros espirituales o al orar en privado, el Señor les da a conocer que es perfectamente posible tener una vida de plenitud en el Señor. Les hace percibir la sencillez y la belleza de una vida semejante y no ven ningún obstáculo en su camino que les impida conseguirla.

Verdaderamente experimentan una bendición con poder y gloria como nunca antes. ¡Oh, qué maravilloso! Pero ¡ay! qué pronto se desvanece. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Es debido a que su fe no es perfecta? ¿O su consagración no es absoluta? Por supuesto que su fe y su consagración al Señor son plenas. Entonces, ¿por qué semejante fracaso? ¿Por qué razón se pierde la experiencia y cómo se puede recuperar? La respuesta es simple y precisa. Confían en la carne e intentan perfeccionar por medio de la carne lo que empezó el Espíritu. Sustituyen el Espíritu por el yo. El yo desea ir al frente y al mismo tiempo espera que el Espíritu esté a su lado para ayudarlo. La posición y la obra del Espíritu han sido sustituidas por las de la carne. Hay ausencia de una dependencia total en la dirección del Espíritu. También hay ausencia de una espera en el Señor. Intentar seguirle sin negar el yo es la raíz de todos los fracasos.

Los pecados resultantes

Si un creyente está tan seguro de sí mismo que se atreve a completar la tarea del Espíritu Santo con la energía de la carne, jamás alcanzará una madurez espiritual completa. En lugar de eso llegará un momento en que los pecados que antes había superado volverán a aparecer en él con fuerza. No os sorprendáis por lo que estáis leyendo. Es cosa bien conocida en lo espiritual decir que siempre y dondequiera que la carne sirve a Dios, allí y en aquel momento el poder del pecado se refuerza. ¿Por qué los orgullosos fariseos se hicieron esclavos del pecado? ¿Acaso no fue porque estaban demasiado convencidos de su justicia y servían a Dios con demasiado celo? ¿Por qué el apóstol reprendió a los gálatas? ¿Por qué manifestaban las acciones de la carne? ¿No era porque deseaban establecer su propia justicia por las obras y para perfeccionar por la carne la obra que había empezado el Espíritu Santo? El riesgo que corren los creyentes jóvenes es quedarse cortos de hacer morir el poder que tiene la carne para hacer el bien, a causa de reconocer solamente lo que hace la cruz con la parte pecaminosa de la carne. El mayor descuido que cometen los cristianos en la victoria sobre el pecado se encuentra en el hecho de no usar el medio adecuado para prolongarla. En vez de eso intentan perpetuar la victoria con sus obras, su decisión y su tesón. Pueden tener éxito de momento. Sin embargo, no pasará mucho tiempo sin que vean que vuelven a sus pecados de antes, que quizá difieran en la forma, pero no en la esencia. Entonces se hunden en el abatimiento al sacar la conclusión de que el triunfo persistente es imposible de alcanzar, o bien tratan de ocultar sus pecados sin confesar sinceramente que han pecado. Ahora bien, ¿qué es lo que causa este fracaso? De la misma manera que la carne os da fuerza para obrar correctamente, también os da el poder para pecar. Sean buenos o malos, todos sus actos son expresiones de la misma carne. Si a la carne no le damos oportunidad de pecar está dispuesta a hacer el bien, y aunque se le dé ocasión de hacer el bien, pronto volverá a pecar.

Aquí Satanás engaña a los hijos de Dios. Si los creyentes mantuvieran normalmente la actitud de tener crucificada la carne, Satanás no tendría ninguna oportunidad, porque «la carne es el obrador o taller de Satanás». Si toda la carne, no sólo una parte, está de veras bajo el poder de la muerte del Señor, Satanás

se encontrará por completo sin trabajo. Por eso está dispuesto a permitir que llevemos a la muerte la parte pecaminosa de nuestra carne, si puede engañarnos para que retengamos la parte buena. Satanás sabe perfectamente que si la parte buena permanece intacta, la vida de la carne quedará preservada. Aún tiene una cabeza de puente desde la cual proseguir su campaña para recuperar el territorio que ha perdido. Sabe muy bien que la carne podría ganar y recobrar su victoria en el reino del pecado si la carne consiguiera excluir al Espíritu Santo en lo que afecta al servicio a Dios. Esto explica el porqué muchos cristianos vuelven a servir al pecado después de haber sido liberados. Si el espíritu no mantiene de veras un control total y constante en cuestión de la adoración, no podrá mantener el dominio en la vida diaria. Si yo no me he negado por completo ante Dios, no puedo negarme ante los hombres, y a causa de esto no puedo vencer mi odio, mal genio y egoísmo. Estas dos cosas son inseparables.

A causa de su ignorancia de esta verdad, los creyentes de Galacia llegaron a «morderse y devorarse unos a otros» (Gál. 5:15). Intentaron perfeccionar por la carne lo que había empezado el Espíritu Santo, porque deseaban «hacer un buen papel en la carne», para «poder gloriarse en su carne» (6:12,13). Evidentemente, sus éxitos en conseguir hacer el bien con la carne eran muy escasos, mientras que sus fracasos en vencer al mal eran numerosos. No se daban cuenta de que mientras sirviesen a Dios con sus fuerzas y sus ideas, indudablemente servirían al pecado en la carne. Si no le prohibían a la carne que hiciese el bien, no podían impedirle que hiciese el mal. La mejor manera de no pecar es no hacer el bien con el yo. Al desconocer la absoluta corrupción de la carne, los creyentes gálatas, en su necedad, deseaban usarla sin reconocer que hay la misma corrupción en la carne al jactarse de hacer el bien que al seguir las malas pasiones. No podían hacer lo que Dios quería que hiciesen porque por un lado intentaban realizar lo que el Espíritu Santo había empezado, y por el otro intentaban vanamente librarse de las pasiones de la carne.

CAPÍTULO 5

La actitud definitiva del creyente con la carne

La opinión de Dios sobre la carne

Los cristianos necesitamos que se nos recuerde una vez más el juicio de Dios sobre la carne. El Señor Jesús dice que «la carne no sirve de nada» (Jn. 6:63). Tanto si es el pecado de la carne o la bondad de la carne, todo es vano. Lo que nace de la carne, sea lo que sea, es carne y jamás puede ser «descarnada». Tanto si es la carne en el pulpito, la carne en el auditorio, la carne en las oraciones, la carne en la consagración, la carne en la lectura de la Biblia, la carne en el canto de himnos o la carne en la práctica del bien, Dios afirma que nada de eso sirve. Por mucho que los creyentes puedan trabajar ardentemente en la carne, a los ojos de Dios todo es inútil; porque la carne ni beneficia a la vida espiritual ni puede llevar a cabo la justicia de Dios. Vamos a hacer resaltar unas cuantas observaciones sobre la carne que el Señor hace por medio del apóstol Pablo en la carta a los Romanos.

1) «Poner el pensamiento en la carne es la muerte» (8:6). Según Dios hay muerte espiritual en la carne. La única salida es llevar la carne a la cruz. A pesar de lo capaz que es para hacer el bien o planear y maquinarse para conseguir la aprobación de los hombres, Dios ha pronunciado contra la carne simplemente una sentencia: la muerte.

2) «Los designios de la carne son contrarios a Dios» (8:7). La carne se opone a Dios. No existe la más mínima posibilidad de una coexistencia pacífica. Esto no sólo ocurre con los pecados que surgen de la carne sino también con sus pensamientos y acciones más nobles. Es obvio que los pecados contaminantes son contrarios a Dios, pero tengamos presente que también se pueden hacer buenas acciones independientemente de Dios.

3) «No se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede» (8:7). Cuanto mejor trabaja la carne más se aleja de Dios. ¿Cuántas personas «buenas» están dispuestas a creer en el Señor Jesús? La justicia propia no es justicia en absoluto; en realidad es injusticia. Nadie puede jamás obedecer todas las doctrinas de la Santa Biblia. Tanto si una persona es buena como mala, una cosa es cierta: no se somete a la ley de Dios. Si es mala infringe la ley; si es buena establece otra justicia fuera de Cristo y de este modo pasa por alto el propósito de la ley («por la ley viene el conocimiento del pecado» [3:20]).

4) «Los que están en la carne no pueden agradar a Dios» (8:8). Éste es el veredicto final. A pesar de lo bueno que un hombre pueda ser, si lo que hace sale de él no puede agradar a Dios. Dios sólo se complace con su Hijo. Aparte de Él y de su obra nadie puede agradar a Dios. Lo que se hace con la carne puede parecer perfectamente bueno, pero como viene del yo y se hace con la fuerza natural no puede satisfacer a Dios. El hombre puede planear muchas formas de hacer el bien, de mejorar y de avanzar, pero eso es carnal y no puede agradarle. Esto no sólo ocurre con los no regenerados; también es lo mismo con los regenerados. Por muy loable y efectivo que sea lo que haga el creyente con sus propias fuerzas no conseguirá la aprobación de Dios. Complacer o desagradar a Dios no depende del principio de lo bueno y lo malo. Al contrario, Dios busca el origen de todas las cosas. Una acción puede ser totalmente correcta, pero sin embargo Dios pregunta: «¿Cuál es su origen?»

Por estas referencias bíblicas podemos empezar a comprender lo vanos e inútiles que son los esfuerzos de la carne. Un creyente que ve claramente la evaluación de Dios en esta cuestión difícilmente tropezará. Como seres humanos distinguimos entre buenas obras y malas obras. Dios va más allá y hace una distinción basada en el origen de cada obra. La mejor de las acciones de la carne desagrada a Dios tanto como la obra más malvada, porque las dos son de la carne. Del mismo modo que Dios aborrece la injusticia, también aborrece la justicia propia. Las buenas acciones que se hacen de un modo natural, sin regeneración o unión con Cristo o dependencia del Espíritu Santo no son menos carnales para Dios de lo que lo son la inmoralidad, la impureza, el libertinaje, etc. Por muy hermosas que puedan ser las actividades del hombre, si no surgen de una absoluta confianza en el Espíritu Santo son carnales y, por consiguiente, Dios las rechaza. Dios odia y rechaza todo lo que pertenece a la carne, sin tener en cuenta las apariencias externas, tanto si se trata de un pecador como de un santo. Su veredicto es: la carne debe morir. La experiencia del creyente.

Pero ¿cómo puede ver un creyente lo que ha visto Dios? Dios es inflexible con la carne y todas sus actividades, pero el creyente parece que sólo rechaza sus aspectos malos y se mantiene afectuosamente abrazado a la carne misma. No la rechaza terminantemente en su totalidad; en lugar de eso sigue haciendo muchas cosas en la carne: toma una actitud segura y orgullosa como si ahora fuese rico con la gracia de Dios y capacitado para actuar correctamente. Literalmente el creyente se sirve de la carne. A causa de este autoengaño el Espíritu de Dios debe llevarle por la senda más vergonzosa para que conozca su carne y alcance la perspectiva de Dios. Dios permite que esa carne caiga, se debilite, e incluso peque, para que pueda comprender si hay o no algo de bueno en la carne. Esto acostumbra a ocurrirle al que piensa que está progresando espiritualmente. El Señor le pone a prueba para que se conozca a sí mismo. A menudo el Señor revela su santidad de tal modo que el creyente no puede hacer más que considerar contaminada su carne. En ocasiones, el Señor consiente que Satanás le ataque para que a través del sufrimiento se dé cuenta de su condición. Es una lección difícil en extremo y no se aprende de la noche a la mañana. Sólo después de muchos años uno llega gradualmente a comprender lo poco de fiar que es su carne. Hay impureza incluso en el mejor de sus esfuerzos.

En consecuencia, Dios le deja experimentar Romanos 7 hasta que está dispuesto a reconocer con Pablo: «Porque yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien» (v. 18). ¡Qué difícil es aprender a decir esto de modo genuino! Si no fuera por las innumerables experiencias de derrota penosa el creyente seguiría confiando en sí mismo y considerándose capaz. Los centenares y millares de derrotas le llevan a admitir que es imposible fiarse de la justicia propia y considerarse uno mismo capaz. Este trato enérgico, sin embargo, no termina aquí. El juicio de uno mismo debe continuar. Porque cuando un cristiano cesa de juzgarse a sí mismo y falla en tratar a la carne como inútil y detestable en extremo, y

asume, en cambio, una actitud levemente vana y halagadora para sí mismo, entonces Dios se ve obligado a hacerle pasar por el fuego a fin de consumir la escoria. ¡Qué pocos son los que se humillan y reconocen su inmundicia! A menos que uno se dé cuenta de este estado, Dios no va a retirar sus toques de atención. Como un creyente no puede librarse de la influencia de la carne ni un momento, nunca debería dejar de ejercitar el corazón a que se juzgue a sí mismo; de otra manera pronto va a empezar de nuevo en las jactancias de la carne.

Muchos suponen que el que el Espíritu Santo redarguya de pecado lo necesitan sólo las personas del mundo, puesto que ¿no les redarguye de sus pecados para que crean en el Señor Jesús? Pero los cristianos deben saber que una operación así del Espíritu Santo es tan importante en los santos como en los pecadores. Por necesidad el Espíritu debe redarguir a los santos de sus pecados, no meramente una vez o dos, sino cada día e incesantemente. ¡Ojalá que experimentáramos más y más la convicción de pecado producida por el Espíritu Santo, para que nuestra carne pudiera ser puesta bajo juicio de modo incesante y nunca se le permitiera reinar! Que no perdamos, ni aun un momento, la idea verdadera de lo que es nuestra carne y de la evaluación que hace Dios de ella. Que nunca creamos en nosotros mismos, y nunca confiemos en nuestra carne otra vez, como si esto pudiera jamás agradar a Dios. Confiemos siempre en el Espíritu Santo, y en ningún momento cedamos el menor lugar al yo.

Si hubo alguien jamás en el mundo que pudiera jactarse de su carne, esta persona tenía que ser Pablo, porque en cuanto a la justicia que es por ley era irreprochable. Y si alguno podía jactarse de su carne después de la regeneración, ciertamente tenía que ser también Pablo, porque había pasado a ser un apóstol, había visto con sus propios ojos al Señor resucitado, y era usado en gran manera por el Señor. Su experiencia de Romanos 7 le capacita para comprender plenamente quién es. Dios ha abierto sus ojos para que vea, por la experiencia, que en su carne no mora el bien, sólo el pecado. La justicia propia de la que se había enorgullecido en el pasado ahora sabe que es sólo basura y pecado. Ha aprendido esta lección, y la ha aprendido bien; de ahí que no se atreva a confiar más en la carne. Pero con esto Pablo no termina en modo alguno. No. Pablo sigue aprendiendo. Y, así, el apóstol declara que no «puede poner confianza en la carne. Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más» (Fil. 3:3,4). A pesar de las muchas razones que puede enumerar para confiar en su carne (ver. 5,6), Pablo se da cuenta de cómo la ve Dios y entiende muy bien que es indigna de confianza y que no puede fiarse de ella en absoluto. Si seguimos leyendo Filipenses 3 vamos a descubrir qué humilde es Pablo con respecto a confiar en sí mismo. «No teniendo mi propia justicia» (v. 9); «por si de algún modo consigo llegar a la resurrección de entre los muertos» (v. 11); «no que lo haya alcanzado ya, ni que ya haya conseguido la perfección total; sino que prosigo, por ver si logro darle alcance, puesto que yo también fui alcanzado por Cristo Jesús» (v. 12). Si un creyente aspira a alcanzar la madurez espiritual, debe preservar siempre esta actitud que el apóstol Pablo presenta a lo largo del camino espiritual; a saber: «no que lo haya ya alcanzado». El cristiano no ha de atreverse a tener la menor confianza en sí mismo, satisfacción y gozo en sí mismo, pensando que puede confiar en su carne.

Si los hijos de Dios se esfuerzan sinceramente por alcanzar la vida más abundante y están dispuestos a aceptar la evaluación que hace Dios de la carne, no se tendrán a sí mismos en mayor estima que a los demás, por extenso que sea su progreso espiritual. No van a decir palabras como: «Naturalmente, yo soy distinto de los demás.» Si estos creyentes están dispuestos a permitir que el Espíritu Santo les revele la santidad de Dios y su corrupción y no temen que se les exponga demasiado claramente, entonces hay que esperar que llegarán a percibir, por el Espíritu, su corrupción de un tiempo previo, quizá con una disminución posterior en las experiencias penosas de derrota. ¡Qué lamentable es, sin embargo, que incluso cuando la intención de uno puede que no sea confiar en la carne, asome por debajo de la superficie alguna pequeña impureza porque esta persona cree todavía que tiene alguna fuerza. En vista de esto, Dios ha de permitirle encontrarse con varias derrotas, a fin de eliminar incluso la más leve confianza en sí mismo.

La cruz y la obra más profunda del Espíritu Santo

Como la carne es burdamente engañosa, el creyente requiere la cruz y el Espíritu Santo. Una vez ha discernido lo que Dios piensa de la carne, debe experimentar a cada momento la obra más profunda de la cruz por medio del Espíritu Santo. Tal como un cristiano debe ser librado del pecado de la carne por medio de la cruz, así debe ahora ser librado de la justicia de la carne por medio de la misma cruz. Y tal como andando en el Espíritu Santo el cristiano no va a seguir la carne hacia el pecado, así también andando en el Espíritu Santo no va a seguir la carne hacia la justicia propia.

Como un hecho que se halla fuera del creyente, la cruz ha sido consumada de modo perfecto y completo; el profundizar aquí es imposible. Pero, como un proceso dentro del creyente, la cruz es experimentada cada vez en forma más profunda; el Espíritu Santo va a enseñar y aplicar el principio de la cruz en un punto tras otro. Si uno es fiel y obediente va a ser guiado continuamente a experiencias más profundas de lo que la cruz ha realizado ya en él. La cruz, objetivamente, es un hecho absoluto, al cual no se puede añadir nada; pero subjetivamente es una experiencia progresiva sin fin que puede ser realizada en una forma cada vez más penetrante.

El lector, a estas alturas, debería conocer algo más del carácter completamente abarcativo del hecho de haber sido crucificado con el Señor Jesús en la cruz; porque sólo sobre esta base puede obrar el Espíritu Santo. El Espíritu no tiene otro instrumento para obrar que la cruz. El creyente debe ahora ya tener una nueva comprensión de Gálatas 5:24. No se trata sólo de «sus pasiones y deseos» que han sido crucificados; la carne misma, incluyendo toda su justicia así como su poder de obrar justamente, ha sido crucificada en la cruz. La cruz es el lugar en que las pasiones y los deseos ô y el resorte que activa estas pasiones y deseosô son crucificados, por admirables que puedan parecer. Sólo en el caso que uno ve esto y está dispuesto a negar toda su carne, buena o mala, puede, de hecho, andar conforme al Espíritu Santo, agradar a Dios y vivir una vida espiritual genuina. Este estar dispuesto no debe faltar por su parte, porque aunque la cruz como un hecho realizado es completa en sí misma, su realización en la vida de una persona es medida por el conocimiento y preparación y fe de la misma. Supongamos que el hijo de Dios rehúsa negar lo que haya bueno de su carne. ¿Cuál será su experiencia? Su carne puede parecer en extremo sabia y poderosa en numerosas actividades y empresas. Pero, por buena y fuerte que sea, la carne no puede responder nunca a las demandas de Dios. De ahí que cuando Dios le llama realmente a prepararse para ir al Calvario y sufrir, el cristiano pronto descubre que su única respuesta es retraerse y quedarse más débil que el agua. ¿Por qué fallaron los discípulos de modo tan lamentable en el Jardín de Getsemaní? Porque «el espíritu en realidad estaba dispuesto, pero la carne era débil» (Mat. 26:41). La debilidad aquí causa fallos allí. La carne sólo puede desplegar su excelente poder, aparentemente, en cuestiones que se adaptan a sus gustos. Ésta es la razón por la que la carne se retrae ante la llamada de Dios. Su muerte, pues, es esencial, de otro modo nunca puede hacerse la voluntad de Dios. Todo lo que hacemos tiene por intención la ostentación propia, con miras a ser visto y admirado por otros que pertenecen a la carne. Hay bien natural así como mal natural en esta carne.

Juan 1:13 nos informa de «la voluntad de la carne». La carne puede querer y decidir y hacer planes para ejecutar actos buenos a fin de recibir el favor de Dios. Pero aún pertenece a la carne humana y por ello debe ir a la cruz. Colosenses 2:18 habla de «la mentalidad de su carne». La confianza de un cristiano en uno mismo no es nada más que confiar en su sabiduría, pensando que conoce cada una de las enseñanzas de las Escrituras y cómo servir a Dios. Y 2ª Corintios 1:12 menciona la «sabiduría» de la carne. Es altamente peligroso aceptar las verdades de la Biblia con sabiduría humana, porque éste es un método escondido y sutil que invariablemente hace que un creyente perfeccione con su carne la obra del Espíritu Santo. Una verdad preciosa puede ser atesorada de modo seguro en la memoria; sin embargo, ¡es meramente en la mente de la carne! Sólo el Espíritu puede vivificar; la carne no aprovecha nada. A menos que todas las verdades sean vivificadas continuamente por el Señor, no producen beneficio ni para nosotros ni para los demás. No estamos discutiendo el pecado aquí, sino la consecuencia inevitable de la vida natural en el hombre. Todo lo que es natural no es espiritual. No sólo hemos de negar nuestra justicia sino también nuestra sabiduría. Ésta debe ser clavada a la cruz también.

Colosenses 2:23 nos habla de una «devoción» o reputación de sabiduría de la carne. Esto es «adoración» o «culto» en nuestra opinión. Cada método que imaginamos para estimular, buscar o adquirir un sentido de devoción es culto en la carne. No es ni adoración según la enseñanza de las Escrituras, ni adoración bajo la guía del Espíritu Santo. De ahí que existe siempre la posibilidad de andar por la carne; tanto en la cuestión de la adoración, como en la obra cristiana, o en el conocimiento de la Biblia, o en el salvar almas.

La Biblia menciona con frecuencia la «vida» de la carne. A menos que sea rendida a la cruz, vive dentro del santo lo mismo que dentro del pecador. La única diferencia es que en el santo hay oposición espiritual a ella. Pero queda para él la posibilidad de tomar esta vida y sacar recursos, hacer uso de ella. La vida de la carne puede ayudar a servir a Dios, a meditar sobre la verdad, a consagrarse uno al Señor. Puede motivarle a ejecutar muchos actos buenos. Sí, el cristiano puede tomar su vida natural como verdadera vida, de tal manera que le da la impresión de que está sirviendo la voluntad de Dios.

Hemos de entender que dentro del hombre hay dos principios de vida diferentes. Son muchos los que viven una vida mixta, obedeciendo a uno de estos preceptos ahora, y luego al otro. Algunas veces dependemos totalmente de la energía del Espíritu; en otras ocasiones mezclamos nuestra propia fuerza. No hay nada que parezca estable y firme. « ¿Lo propongo según la carne, para que haya en mí Sí y No?» (2ª Cor. 1:17). Una característica de la carne es su volubilidad: alterna entre el Sí y el No, y viceversa. Pero la voluntad de Dios es: «Los que no andamos según la carne, sino conforme al Espíritu» (Rom. 8:4).

«En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo» (Col. 2:11). Deberíamos estar dispuestos a permitir a la cruz que, como un cuchillo en la circuncisión, cortara completamente todo lo que pertenece a la carne. Una incisión así debe ser profunda y tajante de modo que no quede nada de la carne escondido o a la vista. La cruz y la maldición son inextricables (Gál. 3:13). Cuando consignamos nuestra carne a la cruz la entregamos a la maldición, reconociendo que en la carne no hay nada bueno y que no merece nada sino la maldición de Dios. Sin esta actitud en el corazón es en extremos difícil que nosotros aceptemos la circuncisión de la carne. Todo afecto, deseo, pensamiento, conocimiento, intento, adoración y obra de la carne debe ir a parar a la cruz.

El ser crucificado con Cristo significa el aceptar la maldición que aceptó nuestro Señor. No fue un momento glorioso para Cristo ser crucificado en el Calvario (Hech. 12:2). Su cuerpo colgó en el madero, lo que significaba ser maldito de Dios (Deut. 21:23). Como consecuencia, el que la carne sea crucificada con el Señor implica simplemente el ser maldito por el Señor. Tal como hemos de recibir la obra consumada de Cristo en la cruz, así también hemos de entrar en la comunión de la cruz. El creyente debe reconocer que su carne no merece otra cosa que la maldición de la muerte. Su comunión práctica con la cruz empieza después que ve la carne tal como Dios la ve. Antes que el Espíritu Santo pueda hacerse cargo plenamente de una persona, tiene que haber una entrega completa de la carne a la cruz. Oremos para que podamos saber exactamente lo que es carne y cómo ha de ser crucificada.

Hermanos, ¿no somos bastante humildes para aceptar de buena gana la cruz de Cristo! Nos resistimos a admitir que somos impotentes, inútiles y totalmente corruptos hasta el punto que no merecemos nada sino la muerte. ¡Lo que falta hoy no es vivir mejor, sino morir mejor! Hemos de morir una buena muerte, una muerte a conciencia. Hemos hablado bastante sobre la vida, el poder, la santidad, la justicia; ¡demos ahora una mirada a la muerte! ¡Oh, que el Espíritu Santo penetre en nuestra carne profundamente por la cruz de Cristo, para que pueda llegar a ser una experiencia válida en nuestra vida! Si morimos correctamente viviremos correctamente. Si estamos unidos con El en una muerte como la suya, ciertamente estaremos unidos con El en una resurrección como la suya. Pidamos al Señor que abra nuestros ojos para que podamos ver el imperativo absoluto de la muerte. ¿Estás preparado para esto? ¿Estás dispuesto a permitir que el Señor te señale tus debilidades? ¿Estás dispuesto a ser

crucificado abiertamente fuera de la puerta? ¿Vas a dejar que el Espíritu de la cruz obre dentro de ti? ¡Oh, que sepamos más de su muerte! ¡Que podamos morir por completo!

Deberíamos tener bien clara la idea de que la muerte de la cruz es continua en su operación. No podemos entrar nunca en un estadio de resurrección que deje totalmente la muerte fuera, porque la experiencia de la resurrección se mide por la experiencia de la muerte. Un peligro que hay entre los que persiguen la vida de ascensión es que se olvidan de la necesidad categórica de reducir continuamente a nada a la carne. Abandonan la posición de la muerte y avanzan a la de resurrección. Esto da por resultado, o bien tratar a la ligera las obras de la carne como si no hubiera un riesgo serio para el crecimiento espiritual en ello, o bien en espiritualizarlas, esto es, asumir que las cosas de la carne son del espíritu. ¡Cuán esencial es que veamos que la muerte es el fundamento de todo! El reino llamado resucitado y ascendido será irreal si no se mantiene continuamente la muerte de la carne. No nos engañemos pensando que somos tan adelantados espiritualmente que la carne ya no tiene poder para seducirnos. Esto es meramente el intento del enemigo de apartarnos de la base de la cruz con miras a hacernos carnales interiormente y espirituales por fuera. Muchas oraciones del tipo de «Te doy gracias, Señor, porque ya no soy esto o aquello, sino esto otro ahora», son simplemente ecos de la oración inaceptable que se registra en Lucas 18:11,12. Somos susceptibles al engaño por parte de la carne cuando estamos al borde de ser librados de ella. Hemos de permanecer constantemente en la muerte del Señor.

Nuestra seguridad se halla en el Espíritu Santo. El camino seguro está en nuestra buena disposición a ser enseñados, temerosos de que de lo contrario cedamos terreno a la carne. Hemos de someternos alegremente a Cristo y confiar en el Espíritu Santo para que nos aplique la muerte de Jesús, para que pueda ser ostentada en nosotros la vida de Jesús. Tal como antes estábamos llenos de la carne, ahora seremos llenos del Espíritu Santo. Cuando Él tenga control completo, vamos a derrocar el poder de la carne y manifestar a Cristo como nuestra vida. Podremos entonces decir que «la vida que ahora vivo en la carne, no la vivo yo, sino Cristo que vive en mí». Sin embargo, el fundamento de esta vida es y ha sido siempre el que «he sido crucificado con Cristo» (Gál. 2:20). Si vivimos por fe y obediencia podemos esperar que el Espíritu haga una obra santa y maravillosa en extremo en nosotros. «Si vivimos por el Espíritu» ô ésta es nuestra fe, porque creemos que el Espíritu Santo habita en nosotrosô , entonces «avancemos también por el Espíritu» ô ésta es nuestra obedienciaô (Gál. 5:25). Deberíamos simple y reposadamente creer que nuestro Señor nos ha dado su Espíritu y que ahora habita en nosotros. Creamos en su don y confiemos que el Espíritu Santo habita en nosotros. Tengamos esto como el secreto de la vida de Cristo en nosotros: su Espíritu reside en lo más profundo de nuestro espíritu. ¡Meditemos en ello, creamos en ello, y recordémoslo hasta que esta verdad gloriosa produzca en nosotros un temor y asombro santos de que el Espíritu Santo habita realmente en nosotros! Ahora aprendamos a seguir su guía. Esta guía no surge de la mente o de los pensamientos; es algo de la vida. Hemos de ceder ante Dios y dejar que su Espíritu lo gobierne todo. El va a manifestar al Señor Jesús en nuestra vida, porque ésta es su misión y tarea.

Palabras de exhortación

Si permitimos al Espíritu de Dios que haga una obra más profunda por medio de la cruz, nuestra circuncisión va a ser cada vez más real. «Nosotros somos la verdadera circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne» (Fil. 3:3). Esta confianza en la carne ha sido abandonada por medio de la circuncisión ejecutada sin mano. El apóstol hace del gloriarse en Cristo Jesús el centro de todo. Nos explica que hay peligro por un lado, pero seguridad en el otro. El poner confianza en la carne tiende a destruir el gloriarse en Cristo Jesús, pero el adorar en espíritu nos da el gozo bienaventurado de la vida y la verdad. El Espíritu Santo eleva al Señor Jesús, pero humilla a la carne. Si de modo genuino deseamos gloriarnos en Cristo y permitirle que asegure su gloria en nosotros, hemos de recibir la circuncisión de la cruz y aprender a adorar en el Espíritu Santo. No seamos impacientes, porque la impaciencia es de la carne. No probéis métodos diferentes, porque sólo son útiles para ayudar a la carne. Hemos de desconfiar de la carne enteramente, por buena y capaz que sea. Hemos de confiar, en cambio, en el Espíritu Santo y someternos sólo a Él.

Con una confianza y obediencia así, la carne será conservada en humildad en su lugar propio de maldición y, en consecuencia, perderá todo su poder. Que Dios sea misericordioso con nosotros para que no pongamos nuestra confianza en la carne; sí, que podamos mirar hacia nosotros mismos y reconocer cuan poco de confianza y cuan inútil y estéril es nuestra carne. Esto es una muerte muy real. Sin ella no puede haber vida «No uséis la libertad como pretexto para la carne» (Gál. 5:13). Hemos obtenido libertad en el Señor; no demos, pues, ninguna oportunidad a la carne, porque su lugar propio es la muerte. No concibamos de modo inconsciente la actividad del Espíritu Santo como si fuera nuestra propia, sino estemos siempre en guardia para que la carne no pueda revivir. No usurpemos la gloria de un triunfo y con ello proporcionemos a la carne una oportunidad para volver a emprender sus operaciones. No nos volvamos confiados en exceso como resultado de nuestras pocas victorias; si lo hacemos, nuestra caída será de más altura. Cuando hayas aprendido a vencer a la carne y ésta haya ya perdido su poder, no te imagines nunca que a partir de entonces ya has triunfado definitivamente sobre ella. Si no dependes del Espíritu Santo, pronto vas a encontrarte sumido una vez más en experiencias penosas. Con santa diligencia debes cultivar una actitud de dependencia, pues de otro modo vas a ser el blanco de los ataques de la carne. Cuanto menos orgullo ostentes, menos oportunidades tendrá la carne. No temas la posibilidad de que puedas quedar mal delante de los demás. El apóstol, inmediatamente después de dar su enseñanza sobre la crucifixión de la carne y el andar en el Espíritu, dice: «No seamos vanagloriosos» (Gál. 5:26). Si reconoces humildemente lo inútil que eres delante de Dios, no vas a intentar envanecerte delante de los hombres. Supongamos que disimulas la debilidad de tu carne delante de los hombres a fin de recibir gloria. ¿No estás, sin darte cuenta, dando ocasión a la carne para su actividad? El Espíritu Santo puede ayudarnos y fortalecernos, pero Él mismo no va a suplantarnos en la realización de aquello que es nuestra responsabilidad. Por tanto, para cumplir esta responsabilidad, nosotros, por un lado, hemos de mantener una actitud que no dé ocasión alguna a la carne; pero por otro lado hemos de poner esta actitud en la práctica real cuando seamos llamados a negar a la carne en todas las realidades de nuestro quehacer diario.

«No hagáis provisión para la carne», exhorta Pablo (Rom. 13:14). Para que la carne pueda operar necesita una oportunidad u ocasión. Es por esto que no deberíamos proporcionársela. Si la carne ha de ser mantenida en el lugar de maldición, tenemos que estar siempre alerta. Hemos de examinar nuestros pensamientos continuamente para ver si albergamos engreimiento o no, porque, ciertamente, una actitud así dará una gran oportunidad a la carne. Nuestros pensamientos son muy importantes aquí, porque lo que aparece en el secreto de nuestra vida intelectual va a irrumpir al exterior abiertamente en palabras y hechos. La carne no debe tener ninguna oportunidad ni base. Incluso cuando conversamos con otros, tenemos que estar alerta para que en las muchas palabras la carne no halle oportunidad para ejecutar su obra. Es posible que nos guste decir muchas cosas, pero si estas cosas no son dichas en el Espíritu Santo es mejor no decirlas. Lo mismo se aplica a nuestros actos. La carne puede elaborar muchos planes y métodos y estar llena de expectativas. Tiene opiniones, poder y habilidad. A los otros, e incluso a nosotros mismos, todas ellas pueden aparecer como dignas de elogio y aceptables. Pero seamos bastante osados para destruirlas, incluso las mejores de ellas, por temor de infringir el mandamiento del Señor. Lo mejor que la carne tiene para ofrecer debe ser entregado de modo inexorable a la muerte, por la simple razón de que pertenece a la carne. La justicia de la carne es tan aborrecible como el pecado. Sus actos buenos deberían ser objeto de arrepentimiento por nuestra parte con la misma humildad que si fueran actos pecaminosos. Siempre hemos de tener en cuenta el punto de vista que tiene Dios de la carne.

En caso que fallemos, hemos de examinarnos a nosotros mismos.

TERCERA PARTE EL ALMA

1. La liberación del pecado y la vida del alma
2. La experiencia de los creyentes anímicos
3. Los peligros de la vida anímica
4. La cruz y el alma
5. Los creyentes espirituales y el alma

CAPITULO 1

La liberación del pecado y la vida del alma

El modo de la liberación

Romanos 6 establece el fundamento de la liberación del pecado para el cristiano. Esta liberación Dios la proporciona a todo creyente; todos pueden entrar en ella. Además, debe quedar perfectamente claro que esta liberación del poder del pecado puede ser experimentada en el mismo momento que un pecador acepta al Señor Jesús como Salvador y nace de nuevo. No tiene que esperar a ser un creyente de años y haber sufrido multitud de derrotas antes que pueda recibir este evangelio. La demora en aceptar el evangelio según Romanos 6 es debida, o bien a haber oído un evangelio incompleto, o a la mala voluntad de aceptarlo por completo y rendirse a él de modo total. En realidad esta bendición debería ser la posesión común de todos los cristianos nacidos de nuevo.

El capítulo 6 empieza con una llamada a recordar, no a anticipar. Dirige nuestra atención al pasado, a lo que ya es nuestro. «Conocedores de esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo de pecado sea reducido a la impotencia, a fin de que no sirvamos más al pecado» (vs. 6).

En este versículo hallamos tres elementos principales:

- 1) «pecado» (singular en número);
- 2) «viejo hombre»; y
- 3) «cuerpo» (el cuerpo del pecado).

Estos tres son muy diferentes en naturaleza y juegan papeles únicos en el acto de pecar. El pecado, aquí, es lo que comúnmente es llamado la raíz del pecado. La Biblia nos informa que antes éramos esclavos del pecado. El pecado era nuestro amo. Primero, pues, hemos de reconocer que el pecado posee poder, porque nos hace esclavos. Emite este poder de modo incesante para arrastrarnos a obedecer a su viejo hombre, de modo que podamos pecar. El viejo hombre representa la suma total de todo lo que heredamos de Adán. Podemos reconocer al viejo hombre sabiendo lo que es el nuevo hombre, porque todo lo que no es del nuevo hombre debe pertenecer al viejo. Nuestro nuevo hombre abarca todo lo que fluye como nuevo del Señor cuando tiene lugar nuestra regeneración. De ahí que el viejo hombre da evidencia de todo lo que en nuestra personalidad está fuera de la nueva personalidad, o sea, todo lo que pertenece a la vieja naturaleza. Pecamos porque este viejo hombre ama el pecado y está bajo su poder.

En cuanto al cuerpo del pecado, se refiere a éste nuestro cuerpo. Esta parte corporal del nombre ha pasado a ser un actor o títere de todo nuestro pecar. Es llamado el cuerpo del pecado porque está sometido asimismo al poder del pecado, cargado plenamente con los deseos carnales y de pecado. Y es por medio de este cuerpo que el pecado consigue expresarse, pues de otro modo sería un poder invisible.

Para recapitular, pues, el pecado es el poder que nos arrastra a pecar. El viejo hombre es la parte no corporal que heredamos de Adán. El cuerpo de pecado es el elemento corporal que heredamos de Adán.

El proceso de pecar sigue este orden: primero, el pecado; luego, el viejo hombre; finalmente, el cuerpo. El pecado exuda su poder para atraer al hombre e inducirle a pecar. Como el viejo hombre se deleita en el pecado, condona el pecado y se amolda a él, instiga al cuerpo a pecar. Por lo cual el cuerpo sirve como el títere y en realidad practica el pecado. Es por medio de esta empresa conjunta de estos tres elementos que se comete el pecado. Presentes en todo momento tenemos la compulsión del poder del pecado, la inclinación del viejo hombre, y la práctica del cuerpo.

Ahora bien, ¿cómo puede el hombre ser librado del pecado? Algunos teorizan que como el pecado es la primera causa debe ser aniquilado a fin de obtener la victoria; en consecuencia abogan por la «extirpación del pecado». Una vez ha sido arrancada la raíz del pecado ô creen éstosô , nunca más vamos a pecar y, evidentemente, seremos santificados. Otros dicen que debemos someter el cuerpo si deseamos vencer al pecado, porque ¿no es nuestro cuerpo ô dicenô el que practica el pecado? Así, surge en la Cristiandad un grupo de personas que fomentan el ascetismo. Usan muchas técnicas para suprimirse a sí mismos, porque consideran que una vez hayan vencido las demandas de su cuerpo serán santos. El método de Dios no es ni lo uno ni lo otro. Romanos 6:6 es transparente en cuanto a su método. Él, ni arranca de cuajo la raíz del pecado dentro, ni suprime el cuerpo fuera. Sino que Dios trata con el viejo hombre que está en medio.

El hecho de Dios

El Señor Jesús, al ir a la cruz, llevó sobre sí no sólo nuestros pecados sino nuestros seres. Pablo enunció este hecho al proclamar «que nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él». El verbo «crucificado», en el original, está en tiempo aoristo, lo cual denota que nuestro viejo hombre fue una vez y para siempre crucificado con Él. Como la cruz de Cristo es un hecho consumado, así también nuestro ser crucificado con Él es asimismo un hecho consumado. ¿Quién pone en duda la realidad de la crucifixión de Cristo? ¿Por qué, pues, deberíamos dudar de la realidad de la crucifixión de nuestro viejo hombre?

Muchos santos, al oír la verdad de la muerte con Él, inmediatamente asumen que han de morir, así que hacen todo lo posible para crucificarse ellos mismos. O bien carecen de la revelación de Dios, o la falta de fe es lo que explica esta actitud. No sólo hacen esto ellos mismos; enseñan a otros a hacerlo también. Los resultados son demasiado evidentes: no tienen poder para ser librados del pecado y su viejo hombre, según ellos mismos se dan cuenta, no va a morir. Esto es un grave error de juicio. La Biblia nunca nos instruye a que nos crucifiquemos a nosotros mismos. Precisamente nos dice lo opuesto. Se nos enseña que cuando Cristo fue al Calvario nos llevó a nosotros y allí nos crucificó. No se nos instruye a empezar a crucificarnos a nosotros mismos ahora; en vez de ello las Escrituras nos aseguran que nuestro viejo hombre fue tratado en el momento que Cristo fue a la cruz. Romanos 6:6, solo, basta para probarlo. No hay la más remota idea transmitida allí del deseo de que nos crucifiquemos a nosotros mismos, ni la Palabra de Dios, en el sentido más remoto, implica que nuestra crucifixión haya de ser realizada. El versículo en Romanos 6 no deja lugar a duda cuando proclama categóricamente que fuimos crucificados con Cristo, un hecho que ya se ha realizado. Este es verdaderamente el efecto de la frase más preciosa de toda la Biblia: «en Cristo». Es por el hecho de que estamos en Él y unidos a Él que podemos decir que cuando Cristo fue a la cruz nosotros estábamos con Él, que cuando Cristo fue crucificado nosotros también fuimos crucificados con Él.

¡Qué maravillosa realidad que estemos en Cristo! La mera asimilación mental de estas verdades no posibilita para resistir la tentación, sin embargo. La revelación de Dios es positivamente esencial. El Espíritu de Dios debe revelar cómo estamos en Cristo y cómo estamos unidos con Él en uno. Él ha de mostrarnos también de modo claro cómo fue crucificado nuestro viejo hombre con Cristo por la simple razón de que estamos en Cristo. Esto no puede ser objeto simplemente de comprensión mental; tiene que ser una revelación del Espíritu Santo. Cuando Dios muestra una verdad, de modo natural pasa a estar en poder del hombre, que entonces se ve capacitado para creer. La fe viene por revelación. Sin la última, la primera es imposible. Esto explica por qué muchos no tienen fe, porque aunque mentalmente entienden, no tienen la revelación de Dios. Por tanto, hermanos, orad hasta que Dios os conceda

revelación, de modo que, «sabiendo esto» en nuestro espíritu, podamos confesar verdaderamente que «nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él».

¿Cuál es la consecuencia de la crucifixión de nuestro viejo hombre? De nuevo la respuesta nos viene de modo inequívoco: «para que el cuerpo de pecado pueda ser reducido a la impotencia». Otra traducción es «marchito», o bien «sin ocupación». Anteriormente, cuando el pecado estimulaba, nuestro viejo hombre respondía y, por consiguiente, el cuerpo cometía pecado. Con la crucifixión del viejo hombre y su sustitución por el nuevo hombre el pecado puede todavía hurgar dentro e intentar hacer presión, pero falla en hallar el consentimiento del viejo hombre para que se le conduzca al pecado. El pecado ya no puede tentar al creyente porque es un nuevo hombre; el viejo ha muerto. La ocupación del cuerpo era antiguamente la de pecar, pero este cuerpo de pecado ahora está sin ocupación, puesto que el viejo hombre ha sido puesto de lado. Ya no es capaz de pecar y por ello se le niega su ocupación. Alabado sea el Señor, esto es lo que Él nos ha proporcionado. ¿Por qué crucifica Dios a nuestro viejo hombre con Cristo y deja a nuestro cuerpo sin ocupación? Su propósito es que «ya no sirvamos más al pecado».

Lo que Dios ha hecho en este sentido hace posible que nosotros no cedamos, a partir de entonces, a la presión del pecado ni estemos atados por su poder. El pecado no va a ejercer dominio sobre nosotros. ¡Aleluya! Hemos de alabar a Dios por esta liberación. Los dos puntos esenciales ¿Cómo vamos a entrar en esta bendición? Hay dos elementos indispensables. Primero: «Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6:11). Éste es el punto esencial de la fe. Cuando Dios declara que nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, creemos su palabra y «nos consideramos muertos». ¿Cómo morimos, pues? «Nos consideramos muertos para el pecado.» Cuando Dios afirma que nosotros hemos resucitado con Cristo de nuevo, confiamos en su palabra y «nos consideramos vivos». ¿Cómo, pues, vivimos? «Nos consideramos vivos para Dios.» Este considerar no es otro que el creer a Dios según su Palabra. Cuando Dios dice que nuestro viejo hombre fue crucificado, nos consideramos muertos; cuando Él insiste en que estamos vivos, nos consideramos vivos. El fallo de muchos se halla en el deseo de sentir, de ver y de experimentar esta crucifixión y resurrección antes de confiar en la Palabra de Dios. Éstos no se dan cuenta que Dios ya la ha hecho en Cristo, y que con tal que ellos creyeran su palabra, considerando que lo que Él dice lo ha hecho de verdad, el Espíritu Santo les daría la experiencia. Su Espíritu les comunicaría lo que es en Cristo.

Segundo: «ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (Rom. 6:13). Éste es el punto esencial de la consagración. Si persistimos aferrados a algo que Dios quiere que soltemos, el pecado tendrá dominio sobre nosotros y nuestras consideraciones serán inútiles. Si fallamos en ceder nuestros miembros como instrumentos piadosos de justicia, para decir y hacer lo que Él desea e ir allí donde nos dirige, no tenemos por qué sorprendernos si no somos librados del pecado todavía. Siempre que nos negamos a renunciar a algo u ofrecemos resistencia a Dios, el pecado va a volver a su antiguo dominio. Bajo estas circunstancias, naturalmente, perdemos el poder de contar con la Palabra de Dios, esto es, de creer en ella. En nuestro cese de ejercitar la fe y el considerar, ¿podemos decir aún que nuestra posición sigue todavía en Cristo? Sí, pero ya no vivimos en Él en conformidad con el sentido del «permaneced en Mí» de Juan 15. Por tanto, no estamos calificados para experimentar lo que es un hecho en Cristo, a saber, nuestra crucifixión.

Ahora bien, podemos inferir de cualquier derrota que suframos que es debida o bien a la falta de fe o al fallo en obedecer. No hay otra razón que pueda ser suficiente. Podemos concebir una derrota que fluyera de cada una de estas razones; si no de las dos, por lo menos de una de ellas. Deberíamos aprender a vivir en Cristo por la fe, nunca considerándonos fuera de El. Aprendamos a creer diariamente que estamos en Cristo y que todo lo que es verdad de Él es verdad de nosotros. De la misma manera, por medio del poder de Dios debemos aprender diariamente a mantener nuestra consagración inmaculada. Contemos todas las cosas como basura, porque no hay nada en el mundo a lo que podamos renunciar por el Señor y nada que queramos conservar para nosotros mismos. Estemos dispuestos a responder de modo positivo a las demandas de Dios, por difíciles o contrarias a la carne

que puedan ser. Para Dios ningún coste es demasiado alto. Todo puede ser sacrificado con tal que le agrademos. Aprendamos a ser hijos obedientes cada día.

Si hubiéramos contado con eso y cedido de esta manera, ahora estaríamos disfrutando lo que la Palabra de Dios ha declarado de modo manifiesto: «El pecado no se enseñoreará más de vosotros.»

La relación entre el pecado y el cuerpo

El cristiano entra en un período de su vida decididamente arriesgado al llegar a conocer la verdad de la muerte conjunta con Cristo y experimentar algo de libertad del pecado. Si en esta coyuntura recibe buenas instrucciones y permite al Espíritu Santo que le aplique la cruz en una forma profunda, al final llegará a la madurez espiritual. Pero si el creyente se contenta con ver su experiencia de vida victoriosa sobre el pecado como el apogeo de sus logros e impide que la cruz contravenga la vida de su alma, entonces va a habitar en un reino anímico, y confundirá la experiencia anímica por una experiencia espiritual. A pesar del hecho de que su viejo hombre fue ya eliminado, la vida del alma del creyente permanece sin tocar por la cruz. La voluntad, la mente y la emoción, por tanto, van a continuar funcionando sin ningún freno; y como resultado: su experiencia quedará confinada al reino del alma.

Lo que necesitamos saber es hasta qué punto esta liberación del pecado ha afectado en realidad nuestro ser o qué es lo que ha tocado, pero también qué es lo que no ha tocado y debería haberlo hecho. De modo más especial hemos de entender que este pecado tiene una relación muy particular con nuestro cuerpo. Al revés de muchos filósofos, no consideramos el cuerpo intrínsecamente malo, pero confesamos que el cuerpo es la provincia de la dominación del pecado. En Romanos 6:6 hallamos el Espíritu Santo describiendo nuestro cuerpo como «el cuerpo del pecado», porque no es nada más que esto antes que experimentemos el tratamiento de la cruz y cedamos nuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado se ha apoderado de nuestro cuerpo y le ha forzado a la servidumbre. Pasa a ser la fortaleza del pecado, su instrumento y guarnición. Por tanto, no hay designación más apropiada que la de «cuerpo del pecado».

Una lectura cuidadosa de Romanos 6 al 8, que nos habla de la liberación del pecado, va a revelarnos no sólo cuál es la relación del cuerpo al pecado, sino también que es la perfecta salvación de Dios, al liberar por completo a nuestro cuerpo de servir al pecado para que le sirva a El.

En Romanos 6 el apóstol hace estas afirmaciones:

«Para que el cuerpo del pecado sea reducido a la impotencia» (vs. 6)

«No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias» (vs. 12)

«Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad» (vs. 13)

«presentad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia» (vs. 13)

En Romanos 7 Dios usa a Pablo para hablar del cuerpo en los siguientes términos:

«Actuaban en vuestros miembros» (vs. 5)

«Veo en mis miembros otra ley» (vs. 23)

«Haciéndome cautivo de la ley del pecado que está en mis miembros» (vs. 23)

«¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (vs. 24)

En Romanos 8 las declaraciones del Espíritu Santo a través de Pablo son muy claras:

«Vuestro cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado» (vs. 10)

«Vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros» vs. 11

«Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (vs. 13)

«La redención de nuestro cuerpo» (vs. 23)

Por medio de estos pasajes podemos empezar a discernir el interés particular de Dios con referencia a nuestro cuerpo. Dios sabe bien que el cuerpo es la esfera especial de la operación del pecado. El

hombre ha pasado a ser esclavo del pecado porque su cuerpo es un títere del pecado. Pero en el momento en que su cuerpo queda sin ocupación para el pecado, la persona deja de ser su esclavo. Un hombre que ha sido liberado de esta manera, en realidad experimenta la liberación en su cuerpo de su poder y de su influencia.

El propósito de crucificar al viejo hombre es dejar en libertad al cuerpo del dominio del pecado. Habiendo sido crucificado él con el viejo hombre, como el socio del pecado, y con el nuevo hombre ocupando su lugar, el poder del pecado sobre el cuerpo está quebrantado, porque sin la cooperación del viejo hombre el pecado no puede usar directamente al cuerpo.

Hay que poner énfasis en que el ser librado del poder del pecado significa meramente que «nuestro cuerpo» ha sido liberado. (Naturalmente, nuestra redención perfecta, que también incluye la liberación de la presencia del pecado, se halla todavía en el futuro.) La vida del alma, sobre la cual nos apoyamos, no ha sido tratada todavía. Nosotros aceptamos el «reducir a la impotencia» o «el marchitar» del cuerpo como la vida suprema, sin darnos cuenta del hecho de que por encima del cuerpo del pecado se halla el alma natural, que requiere ser tratada lo mismo que el cuerpo. La odisea espiritual del creyente tiene que ir a parar a un escollo o un bajío si sólo sabe que el cuerpo está desocupado (por más que esto sea maravilloso) pero falla en experimentar la negación de la vida del alma.

Se hizo mención antes al yo o alma activa ocupada en la obra de Dios. El cuerpo puede estar «marchito», pero el alma sigue en actividad plena. Puede expresarse en muchas maneras diferentes, pero, de modo invariable, se centra en el yo. Los creyentes que viven en el alma se inclinan o bien hacia la voluntad o la mente o la emoción. Pueden incluso cambiar en sus inclinaciones. Pero aunque las apariencias externas puedan diferir, el adherirse interno al alma los caracteriza a todos. Los que están dispuestos hacia la voluntad van a andar conforme a su propio deleite y rehusarán hacer la voluntad de Dios. Los que son propensos hacia el intelecto o mente van a ordenar su camino en conformidad con su sabiduría y prescindirán de recibir con quietud la guía del Espíritu Santo en su intuición. En tanto que los que por disposición natural se inclinan a la emoción van a buscar placeres en sus sentimientos. Cualquiera que sea la inclinación de uno, cada uno verá su tendencia como la vida suprema. No importa la dirección de la inclinación, una cosa hay en común en todas estas personas: todas viven en sí mismas, en lo que de modo natural poseían antes de creer en el Señor: sea talento, destreza, elocuencia, sagacidad, atractivo, celo o lo que sea. En principio, la vida del alma es fuerza natural; en manifestación, su expresión es o bien una rigidez obstinada o un engreimiento y una búsqueda de placer. Por tanto, si un creyente vive por medio de su alma, va a sacar fuerzas, naturalmente, de su depósito, y exhibirá una fuerza particular en una de estas formas o más de una. A menos que el creyente ofrezca su vida del alma a la muerte, cultivará su vida, incurrirá en el desagrado de Dios y perderá el fruto del Espíritu Santo.

El alma como vida

Cuando decimos que el alma es la vida natural del hombre, queremos decir que es el poder que nos preserva vivos en la carne. Nuestra alma es nuestra vida. La palabra original empleada en Génesis 1:31, 24 para indicar «criatura viva» es «alma», porque esta alma es la vida que los seres humanos y otras criaturas vivas comparten en común. Éste es el poder que poseemos de modo natural y por el cual vivimos antes de nuestra regeneración; es la vida que tiene todo hombre. El léxico griego da el significado original *depsyche* como «vida animal»; así que la vida del alma es lo que hace al hombre una criatura viva. Pertenece a lo natural. Aunque la vida del alma no tiene que ser mala por necesidad o puesto que muchos pecados ya han sido vencidos por los creyentes por medio del haber crucificado a su hombre viejo con Cristo, con todo, sigue siendo natural. Es la vida del hombre; de ahí que sea muy humana. Hace al hombre un ser humano perfectamente. Quizás es buena, amable y humilde. Sin embargo no es más que humana.

Esta vida es enteramente distinta de la nueva vida que el Espíritu Santo nos da con ocasión del nuevo nacimiento. Lo que imparte el Espíritu Santo es la vida increada de Dios; esta otra es sólo la vida

creada del hombre. El Espíritu Santo nos concede un poder sobrenatural; la otra es meramente la natural. El Espíritu Santo da la *zoe*; la otra es la *psyche*. La vida es el poder dentro del hombre que anima cada miembro de su cuerpo. De ahí que este poder interior anímico halla expresión mediante la actividad física externa. La actividad externa es sólo el efecto del poder interior. Por tanto, lo que queda invisible detrás de la actividad es la substancia de la vida. Esta es nuestra vida del alma.

El alma y el pecado

La vida del alma proporciona la energía para ejecutar todo lo que se manda. Si rige el espíritu, el alma será dirigida por el espíritu a ejercer sus actos de voluntad, o decidir, u obrar en conformidad con el deseo del espíritu; sin embargo, si reina el pecado en el cuerpo, el alma se verá arrastrada por el pecado a usar su volición para decidir o hacer lo que el pecado desea. El alma obra según su amo, porque su función es la ejecución de órdenes. Antes de la caída del hombre, se ponía a disposición del espíritu para que dirigiera; pero después de la caída, respondió completamente a la coerción del pecado. Como el hombre se volvió un ser carnal, este pecado, que después reinó en el cuerpo, pasó a ser la naturaleza del hombre, esclavizando al alma y la vida del hombre y obligándoles a andar tras el pecado. De esta forma el pecado pasó a ser la naturaleza del hombre, en tanto que el alma pasó a ser la vida del hombre.

Con frecuencia tratamos la vida y la naturaleza como sinónimos y con significado equivalente. Hablando de modo estricto, son diferentes. La vida parece ser más amplia en su naturaleza. Cada vida posee su naturaleza especial que, siendo el principio natural de la existencia, incluye la disposición y el deseo de la vida. En tanto que somos todavía pecadores, nuestra vida es nuestra alma y nuestra naturaleza es pecado. Por medio del alma vivimos y la disposición y deseo de nuestra vida están en conformidad con el pecado. Podemos decirlo de otra manera: lo que decide nuestro andar es el pecado, pero lo que proporciona la fuerza para andar de esta manera (en pecado) es el alma. La naturaleza del pecado inicia, en tanto que la vida del alma da la energía. El pecado origina, el alma ejecuta. Ésta es la condición del no creyente.

Cuando un creyente acepta la gracia de nuestro señor Jesús como su sustituto en la cruz, aunque puede permanecer, por desgracia, ignorante de que es crucificado con Cristo, se le da la vida de Dios, a pesar de todo, y su espíritu es avivado. Esta nueva vida impartida lleva consigo una nueva naturaleza también. De ahí que haya ahora dos vidas y dos naturalezas en el creyente: la vida del alma y la vida del espíritu, por un lado, y la naturaleza del pecado y la naturaleza de Dios por el otro.

Estas dos naturalezas ô la vieja y la nueva, pecaminosa y piadosaô son de modo fundamental dispares, irreconciliables e imposibles de mezclar. Lo nuevo y lo viejo pugnan diariamente por la autoridad sobre el hombre en conjunto. Durante este estadio inicial el cristiano es un niño pequeño en Cristo porque todavía es carnal. Sus experiencias son muy variables y penosas, puntuadas tanto por éxitos como por fracasos. Más tarde llega a conocer la liberación de la cruz y aprende a ejercitar la fe al considerar al viejo hombre como crucificado con Cristo. Está, por tanto, libre de este pecado que ha paralizado su cuerpo. Con su viejo hombre crucificado, el creyente está capacitado para vencer y goza de la promesa de que «el pecado no se enseñoreará más sobre vosotros».

Con el pecado a sus pies y las concupiscencias y pasiones de la carne a su espalda, el creyente entra ahora en un nuevo reino. Puede verse a sí mismo como totalmente espiritual. Cuando vuelve la mirada a los otros que siguen en las redes del pecado, no puede por menos que sentirse aliviado y maravillarse de cómo ha podido alcanzar la cumbre de la vida espiritual. Poco se da cuenta de que, lejos de ser completamente espiritual, todavía sigue siendo parcialmente carnal; todavía es

Un cristiano anímico o carnal

¿Por qué? Porque vemos que la vida del alma continúa aunque la cruz haya tratado la naturaleza pecaminosa del creyente. Es verdad que cada pecado irrumpe de esta naturaleza pecaminosa, con el alma siendo simplemente un siervo dispuesto; sin embargo, el alma como heredada de Adán no puede por menos que estar infectada con la caída de Adán. Puede que no esté enteramente contaminada; sin

embargo, es natural y del todo desemejante de la vida de Dios. El viejo hombre corrupto en el creyente ha muerto, pero su alma permanece como poder tras de su conducta externa. Por un lado la naturaleza pecaminosa ha sido radicalmente tocada, pero por otra parte la vida del yo todavía persiste y por tanto no puede escapar de ser anímica. Aunque el viejo hombre puede cesar de dirigir el alma, ésta continúa dando la energía para la vida corriente diaria del hombre. Como la naturaleza de Dios ha reemplazado su naturaleza pecaminosa, todas las inclinaciones y deseos del hombre son naturalmente buenos, algo muy distinto de su estado impuro anterior. No puede pasarse por alto, sin embargo, que lo que ejecuta estos nuevos deseos sigue siendo el antiguo poder del alma.

El depender de la vida del alma para realizar el deseo del espíritu es usar fuerza natural (o humana) para realizar bondad sobrenatural (o divina). Éste es simplemente intentar cumplir las exigencias de Dios con las fuerzas propias. En una condición así el creyente es todavía débil en hacer el bien de modo positivo, aunque negativamente haya vencido al pecado. Son pocos los que sinceramente están dispuestos a reconocer su incapacidad y debilidad y a apoyarse totalmente en Dios. ¿Quién va a confesar su inutilidad si no ha sido humillado por la gracia de Dios? El hombre se enorgullece de sus proezas. Por esta razón le es prácticamente imposible albergar la idea de confiar en el Espíritu Santo para obrar bien, pero con toda seguridad va a corregir y mejorar su antiguo comportamiento por medio del poder de su alma. El peligro para él se halla en intentar agradar a Dios con su propio poder en vez de aprender a ser fuerte con potencia en la vida del espíritu procedente del Espíritu Santo, de modo que puede seguir los dictados de su nueva naturaleza. En realidad su vida espiritual está todavía en su infancia, no habiendo llegado aún a la madurez, en que pueda manifestar cada una de las virtudes de la naturaleza de Dios. Si el creyente falla en esperar humildemente y en confiar enteramente en Dios, de modo inevitable emplea su vitalidad natural anímica para cubrir los requerimientos que Dios hace a sus hijos. No se da cuenta de que, por buenos que sean sus esfuerzos ante la perspectiva humana, nunca pueden agradar a Dios. Debido al hecho de que, obrando de esta manera, mezcla lo que es de Dios y lo que es del hombre y expresa deseo celestial mediante poder de la tierra. ¿Y la consecuencia? Falla miserablemente en ser espiritual y continúa radicado en el alma.

El hombre no sabe lo que es la vida del alma. Puesto de modo simple, es lo que acostumbramos a llamar vida propia. Es una equivocación seria el no distinguir entre el pecado y el yo. La mayoría en el pueblo del Señor ve a estos dos como una misma entidad. Lo que no reconocen es que los dos, tanto en enseñanza bíblica como en experiencia espiritual, son distintos. El pecado es lo que contamina, es contra Dios y es totalmente malo; el yo no tiene por qué ser por necesidad malo. Al contrario, puede a veces ser muy respetable, útil y amable. Pongamos por ejemplo: el alma en relación con la lectura de la Biblia, ciertamente una actividad muy digna de elogio. El intentar comprender la Santa Biblia con el talento o capacidad natural de uno es considerado pecaminoso; con todo, el acercarse a la Biblia de esta manera es indudablemente una obra del yo. El ganar almas también, si va acompañado por métodos que están en conformidad meramente con las ideas de uno, estará lleno del yo. Y con qué frecuencia el esfuerzo para el crecimiento espiritual se origina solamente en el yo natural, quizá porque no podemos tolerar la idea de quedarnos atrás o porque buscamos algún bien personal. Diciéndolo de modo franco, el hacer bien no es pecado, pero la manera, métodos o motivo en este hacer bien pueden estar saturados de nuestro yo. Su fuente es la bondad *natural* del hombre, no la clase de bondad sobrenatural que da el Espíritu Santo a través de la regeneración. Muchos son de modo innato compasivos, pacientes y tiernos. Ahora bien, para éstos el mostrar compasión o paciencia o ternura no es cometer un pecado; pero debido a que estos rasgos «buenos» pertenecen a la vida natural y son la obra del yo no pueden ser aceptados por Dios como algo espiritual. Estos actos no son ejecutados con una dependencia total en el Espíritu de Dios, sino confiando en la fuerza propia.

Estos pocos ejemplos ilustran cómo el pecado y el yo difieren el uno del otro. A medida que vayamos avanzando en nuestro camino espiritual descubriremos muchos más ejemplos de la forma en que el pecado puede estar ausente, pero el yo plenamente presente. Casi parece inevitable que el yo se introduzca en la obra más santa y en el camino espiritual más noble.

Habiendo estado amarrado por el pecado, el hijo de Dios fácilmente interpreta que el verse libre de su poder es la vida por excelencia. Precisamente aquí acecha el mayor peligro en los días venideros para esta persona que ahora llega a la conclusión de que todos los elementos perniciosos dentro de él han sido arrancados de cuajo. No se da cuenta que incluso habiendo el viejo hombre muerto al pecado, y estando «marchito», el pecado, sin embargo, no ha muerto. Ha pasado a ser meramente un soberano destronado que si consigue la oportunidad va a hacer todo esfuerzo posible para recobrar el trono. La experiencia del creyente de ser librado del pecado puede incluso continuar, pero no por ello va a ser hecho perfecto. No ha tratado todavía inexorablemente con su «yo». ¡Qué deplorable es que los cristianos se consideren completamente santificados cuando, habiendo buscado la santificación, han experimentado la liberación! No se dan cuenta que esta liberación del pecado es sólo el primer paso en la vida victoriosa. No es sino la victoria inicial dada por Dios como una seguridad para ellos de las muchas victorias que van a seguir. El triunfo sobre el pecado es como una puerta: se da un paso, y ya se está dentro; el triunfo sobre el yo es como un sendero: se anda por él, y se sigue andando el resto de tus días. Una vez derrotado el pecado, se nos llama luego a vencernos a nosotros mismos o incluso la mejor parte de nosotros, el yo lleno de celo y religioso, y esto cada día. Si uno conoce solamente la emancipación del pecado, pero no tiene experiencia del negarse a sí mismo o de haberse desprendido de la vida del alma, se coloca de modo inevitable en la posición de recurrir a su fuerza natural anímica para realizar la voluntad de Dios en su vida. No se da cuenta de que, aparte del pecado, hay otros dos poderes que residen en él: el poder del espíritu y el poder del alma. El poder del espíritu es el poder de Dios recibido espiritualmente en la regeneración, en tanto que el poder del alma es el que le fue concedido de modo natural cuando nació.

El que uno haya de ser un hombre espiritual o no, depende en gran parte de cómo maneja estas dos fuerzas que hay dentro de él. El creyente entra en las filas de los espirituales al sacar los recursos del poder espiritual, excluyendo el de su alma. Si usa el poder de su alma, o incluso una combinación de los dos, el resultado inevitable será un cristiano anímico o carnal. El camino de Dios es claro. Hemos de negar todo lo que se origina en nosotros o lo que somos, lo que tenemos, lo que podemos hacer y ser movidos enteramente por El, captando diariamente la vida de Cristo a través del Espíritu Santo. El fallo en entender o en obedecer esto no nos deja otra alternativa que el vivir según el poder del alma. Un cristiano espiritual, por tanto, es aquel cuyo espíritu es guiado por el Espíritu de Dios. Saca el poder para su camino diario de la vida dada por el Santo Espíritu que reside en su espíritu. No permanece en la tierra procurando hacer su propia voluntad, sino la voluntad de Dios. No confía en su sagacidad para planear y ejecutar su servicio a Dios. La regla de su conducta es permanecer quieto en el espíritu, sin ser influido o controlado más por el hombre exterior.

El cristiano anímico es diferente en alto grado. Aunque está en posesión de un poder del espíritu no saca recursos del mismo para su vida. En su experiencia diaria persiste haciendo del alma su vida y continúa apoyándose en su propio poder. Sigue los dictados de su placer y deleite porque ha fallado en aprender a obedecer a Dios. Aporta a la obra de Dios su sabiduría natural, ingeniándose toda clase de arreglos, que pueden ser muy sagaces. Su existencia cotidiana es gobernada y afectada por el hombre exterior.

Para recapitular lo que se ha venido diciendo, el problema de las dos naturalezas ha sido contestado, pero el problema de las dos vidas sigue sin resolver. La vida del espíritu y la vida del alma coexisten dentro de nosotros. En tanto que la primera es en sí fuerte en extremo, la segunda consigue controlar todo el ser, porque se halla profundamente arraigada en el hombre. A menos que uno esté dispuesto a negar su vida del alma y permita que la vida de su espíritu eche mano de las riendas, esta última tiene pocas probabilidades de desarrollarse. Esto es aborrecible al Padre, porque el hijo de Dios se priva a sí mismo de crecimiento espiritual. Tiene que ser enseñado a vencer el pecado. Hay que hacerle comprender que el vencer el pecado, por más que sea bendito, es sólo un mínimo absoluto de la experiencia del creyente. No hay nada asombroso en ello. El no vencerlo es lo que debería dejarnos asombrados. No pregunta legítimamente la Escritura: «Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Rom. 6:2). Porque el creer que el Señor Jesús murió por nosotros como nuestro

sustituto es inseparable de creer que nosotros hemos muerto con Él (Rom. 6:6). De lo que hemos de asombrarnos, pues, no es del cese en el pecar por parte de los que han muerto al pecado, sino de la continuación de este fenómeno en ellos, como si aún estuviera vivo. La primera condición es completamente normal; la segunda, totalmente anormal.

El ser librado del pecado no es una tarea difícil cuando se mira a la luz de la salvación de Dios consumada, perfecta y completa. El creyente debe seguir aprendiendo las lecciones más avanzadas y quizá más formidables y profundas del aborrecer su vida. No sólo hemos de aborrecer la naturaleza del pecado que viene de Adán, sino también la vitalidad natural de la cual nos fiamos para nuestro vivir ahora. Hemos de estar dispuestos a negar el bien que es producido por la carne, así como el mal de la carne. No meramente abandonar todos los pecados; además, a entregar esta vida de pecado a la muerte. El andar por el Espíritu Santo no es sólo no cometer pecado sino también no permitir que continúe el yo. El Espíritu Santo puede manifestar su poder solamente en aquellos que viven por Él. El que anda con su fuerza natural no puede esperar dar testimonio de las potentes realidades del Espíritu Santo.

Necesitamos ser librados de todo lo natural lo mismo que de todo lo pecaminoso. Si insistimos en andar en conformidad con el hombre, no ya el pecaminoso, sino el hombre natural completo, rechazamos la regla del Espíritu Santo en nuestras vidas. ¿Cómo puede Él exhibir su poder si nosotros somos librados del pecado y, no obstante, seguimos pensando como los «hombres» piensan, como los «hombres» desean, viven y trabajan, como los «hombres» hacen? No nos apoyamos enteramente en el Espíritu Santo de Dios para que obre en nosotros. Si de modo genuino deseamos su plenitud, primero hemos de quebrantar la influencia dominadora y avasalladora del alma.

La experiencia de una mezcla de alma y espíritu

No queremos implicar que los creyentes anímicos no experimentan otra cosa que lo que pertenece al alma; aunque hay un número abundante de santos de este tipo. Los que son anímicos disfrutan de algunas experiencias espirituales. Estas son más bien mixtas, sin embargo, con la mezcla de lo anímico con lo espiritual. Estos creyentes están familiarizados con el perfil de un andar espiritual, porque el Espíritu Santo les ha guiado para hacerlo. Pero, debido a los muchos obstáculos, con frecuencia revierten a la energía natural para que les proporcione la fuerza para su vida, esperando cumplir los santos requerimientos de Dios por medio de su carne. Éstos siguen sus deseos e ideas y buscan el placer de los sentidos y la sabiduría mental. Aunque pueden ser espirituales en conocimiento, en cuanto a la realidad de los hechos son anímicos. El Espíritu Santo reside de modo genuino en su espíritu y les ha concedido la experiencia de vencer al pecado por medio de la operación de la cruz. Pero no ha recibido de ellos el permiso para dirigir sus vidas. En tanto que algunos pueden desconocer la ley del Espíritu, muchos otros es posible que amen demasiado su vida del alma para renunciar a ella.

Ahora bien, el espíritu y el alma se distinguen fácilmente en la experiencia. La vida espiritual es mantenida simplemente por hacer caso de la dirección de la intuición del espíritu. Si un creyente anda en conformidad con el Espíritu de Dios, no va a originar o regir nada; en vez de ello va a esperar quietamente la voz del Espíritu Santo, que oír en su espíritu intuitivamente, y asumirá por su parte una posición subordinada. Al oír la voz interior se levantará a trabajar, obedeciendo la dirección de su intuición. Al andar así el creyente será un seguidor firme. El Espíritu Santo sólo es el originador. Además no depende de sí mismo. No emplea su fuerza e ingenio para ejecutar la voluntad de Dios. Siempre que se requiere acción el creyente se acerca a Dios con un propósito ferviente ô plenamente consciente de su debilidadô y le pide a Dios que le dé una promesa. Una vez ha recibida la promesa de Dios, luego obra, contando con el poder del Espíritu Santo como suyo propio. En una actitud así, Dios, sin duda, le concederá poder según su Palabra.

La vida anímica obra de modo exactamente opuesto. El yo es aquí el centro. Cuando se dice que un cristiano es anímico, es que anda en conformidad con el yo. Todo se origina dentro de él. Es gobernado, no por la voz del Espíritu Santo en el hombre interior, sino más bien por los pensamientos, decisiones y deseos de su hombre exterior. Incluso su sentimiento de gozo procede de haber satisfecho

sus propios deseos. Se recordará que se ha dicho que el cuerpo es la cascara del alma, la cual, a su vez, forma la cobertura del espíritu. Como el Lugar Santo está fuera del Lugar Santísimo, así también el alma está fuera del espíritu. En una proximidad tan íntima, ¡qué fácil es que el espíritu sea influido por el alma! El alma ha sido realmente librada de la tiranía del cuerpo; ya no es controlada por los deseos y concupiscencias de la carne; pero no ha tenido lugar todavía en el cristiano anímico una separación similar del espíritu del control del alma. Antes que el cristiano hubiera vencido sus deseos carnales, su alma había sido participante y colaboradora con el cuerpo. Los dos juntos constituían una vida enorme, la otra naturaleza. Tal como era entre el alma y el cuerpo, es hoy entre el espíritu y el alma. El espíritu está fundido con el alma. El primero proporciona el poder, en tanto que el último da la idea, con el resultado de que su espíritu es también afectado con frecuencia por su alma.

Debido a que está rodeado por él alma (incluso sepultado en ella), el espíritu es estimulado fácilmente por la mente. Una persona nacida de nuevo debería poseer una paz inefable en el espíritu. Por desgracia, esta tranquilidad es perturbada por los deseos carnales estimulantes del alma, con sus numerosos deseos y pensamientos independientes. Algunas veces el gozo que inunda el alma rebosa en el espíritu, induciendo al creyente a pensar que es la persona más feliz del mundo; en otras, la tristeza prevalece y pasa a ser la persona más desgraciada. Un cristiano anímico con frecuencia pasa por estas experiencias. Esto es porque el espíritu y el alma permanecen indivisos. Es necesario separarlos.

Cuando estos creyentes oyen alguna enseñanza sobre la división del espíritu y el alma, quisieran saber dónde se halla su espíritu. Pueden buscar con diligencia, pero son incapaces de sentir la presencia de su espíritu. Sin ninguna experiencia real en él, se encuentran perdidos para distinguir su espíritu de su alma. Como los dos se hallan íntimamente unidos, es común que traten las experiencias anímicas (tales como el gozo, la visión, el amor, etc.) como espirituales en grado superlativo.

Antes de que un santo llegue al estadio de la espiritualidad es seguro que va a vivir en una condición mixta. No contento con una quietud en el espíritu, va a buscar un sentimiento jubiloso.

En su vida diaria el creyente a menudo seguirá la dirección del conocimiento intuitivo, y algunas veces su pensamiento, sensación o deseo. Una mezcla así de espíritu y alma revela que hay dos fuentes antitéticas en el creyente: la una pertenece a Dios, la otra al hombre; la una es del Espíritu, la otra de él mismo; la una es intuitiva, la otra racional; la una es sobrenatural, la otra natural; la una pertenece al espíritu, la otra al alma. Si el hijo de Dios se examina cuidadosamente bajo el rayo de la luz de Dios, va a percibir dos clases de poder dentro de él. Asimismo va a reconocer que algunas veces vive por una vida de ellas, y en otras por la otra. Por un lado sabe que debe andar por fe confiando en el Espíritu Santo; por otro, revierte a andar conforme a sí mismo a base de lo que él llama sentimientos espirituales. Vive mucho más en el alma que en el espíritu. El grado de lo anímico varía según:

- 1) Su comprensión de la vida del espíritu con su principio de cooperar con Dios, y
- 2) el punto hasta el que ha cedido a la vida del alma.

Puede vivir enteramente en un mundo emocional, idealista o activista, o puede incluso vivir alternativamente según su alma y según su espíritu. A menos que haya sido instruido por Dios por medio de la revelación del Santo Espíritu en su espíritu, será incapaz de detestar la vida anímica y amar la vida del espíritu. La clase de vida que escoge determina el camino que va a seguir.

CAPITULO 2

La experiencia de los creyentes anímicos

La vida de los creyentes anímicos

El alma varía inevitablemente de una persona a otra persona. No puede ser estereotipada. Cada uno de nosotros tiene una individualidad particular, algo único que se extenderá por toda la eternidad. No es destruido cuando tiene lugar la regeneración. De otro modo, ¿en la eternidad la vida sería completamente monótona! Ahora bien, como hay variación en las almas de los hombres, se sigue de modo natural que la vida de los cristianos anímicos igualmente variará de persona a persona. En consecuencia, podemos hablar aquí sólo de términos generales, y presentaremos meramente los rasgos más prominentes con los cuales, como fondo, los hijos de Dios pueden comparar sus propias experiencias.

Los cristianos anímicos son excepcionalmente curiosos. Por ejemplo, por el mero deseo de conocer lo que les reserva el futuro, tratan de satisfacer su curiosidad y estudian a conciencia las profecías de la Biblia. Los cristianos carnales tienen tendencia a mostrar sus diferencias y superioridades en el vestido, su modo de hablar y sus actos. Desean causar impresión en las personas para que reconozcan todas sus empresas. Naturalmente, una tendencia así puede ya haber existido en ellos antes de la conversión; pero encuentran muy difícil después el vencer esta propensión natural.

Al revés de los cristianos espirituales, que buscan no tanto la explicación como la experiencia de ser uno con Dios, estos creyentes buscan diligentemente una comprensión en la mente. Les gusta discutir y razonar. El fracaso de que su experiencia en la vida se empareje con su ideal no es lo que les preocupa; ¡es su incapacidad para *comprender* esta falta de experiencia espiritual lo que les perturba! Asumen que conocer mentalmente es poseer en la experiencia. Esto es un gran engaño.

Muchos creyentes anímicos adoptan una actitud de justicia propia, aunque con frecuencia es difícil de captar. Se aferran tenazmente a las más pequeñas opiniones. Es, sin duda, correcto el mantener las doctrinas básicas y esenciales de la Biblia, pero ciertamente podemos permitirnos conceder cierto margen de latitud en los puntos pequeños. Podemos tener la convicción de que lo que creemos es verdad de modo absoluto; con todo, el que tratemos de tragar el camello pero intentemos colar el mosquito no es agradable a Dios en absoluto. Deberíamos poner a un lado las diferencias pequeñas y proseguir hacia el objetivo común.

En ocasiones la mente de los cristianos anímicos es asaltada por el espíritu maligno; de donde su pensamiento se vuelve confuso, mezclado y, a veces, contaminado. En sus conversaciones frecuentemente contestan lo que no se les pregunta; su mente se desboca; cambian el tópico de la discusión con frecuencia, demostrando lo dispersos que son sus pensamientos. Aun cuando oran y leen la Biblia, su mente se pierde en la lejanía. Aunque estos cristianos generalmente actúan de forma que raramente ponen en orden su pensamiento sobre ello con anticipación, pueden decir a los otros que siempre obran sobre principios y que consideran cuidadosamente cada acción, incluso citando algunos incidentes de sus vidas para corroborar sus pretensiones. Aunque parezca raro, de vez en cuando piensan tres y hasta diez veces antes de ejecutar un acto. Sus acciones son verdaderamente impredecibles.

Los creyentes carnales son fácilmente cambiantes. Hay ocasiones en que están en extremo entusiasmados y contentos; en otras, abatidos y tristes. En los momentos de felicidad pueden juzgar que el mundo es demasiado pequeño para contenerlos, por lo que se elevan por los aires, en alas del viento, hacia los cielos; pero en los momentos de tristeza llegan a la conclusión de que el mundo ya está harto de ellos y de buena gana se desembarazarían de su persona. Hay ocasiones de entusiasmo en que sus corazones son agitados como si fuera por un fuego ardiendo dentro, o hubieran hallado súbitamente un tesoro. Igualmente hay horas de depresión en que su corazón no puede ser estimulado, sino que ceden a

un sentimiento de pérdida que les deja sumamente deprimidos. Su gozo y su pena igualmente dependen principalmente del sentimiento. Sus vidas son susceptibles de cambios constantes, porque son gobernados por sus emociones.

La hipersensibilidad es otro rasgo que generalmente marca a los anímicos. Es muy difícil vivir con ellos porque interpretan todo movimiento que tiene lugar a su alrededor como dirigido hacia ellos. Cuando se les descuida se enojan. Cuando sospechan que los otros cambian su actitud respecto a ellos se consideran lastimados. Fácilmente intiman con la gente, porque literalmente se crecen en el afecto. Exhiben el sentimiento de la inseparabilidad. Un cambio leve en tal relación produce a su alma dolor indecible. Y así estas personas se engañan pensando que sufren por el Señor.

Dios conoce las debilidades de los anímicos cuando hacen de su yo el centro, y se consideran especiales cuando consiguen un pequeño progreso en el reino espiritual. Dios les concede dones especiales y experiencias sobrenaturales que les posibilitan gozar momentos de bienaventuranza inefable, así como momentos de mucha intimidad con el Señor, como si le hubieran visto y tocado. Pero El usa estas gracias especiales para humillarlos y traerles al Dios de toda gracia. Por desgracia, estos creyentes no siguen los propósitos de Dios. En vez de glorificar a Dios y acercarse más a El, se apoderan de la gracia de Dios para su propia jactancia. Ahora se consideran más fuertes que los demás; porque se imaginan, en secreto, que son más espirituales que aquellos que no han tenido estos encuentros. Además, los creyentes anímicos tienen numerosas experiencias sentimentales que les inducen a considerarse más espirituales, sin darse cuenta que no son más que evidencias de que son carnales. El que es espiritual no vive por el sentimiento, sino por la fe.

Con frecuencia el cristiano carnal es turbado por las cosas de fuera. Las personas o los asuntos o las cosas en el mundo que les rodea fácilmente invaden su hombre interior y perturban la paz de su espíritu. Si colocan a un cristiano anímico en un ambiente gozoso se sentirá gozoso. Ponle en un ambiente de pena y se sentirá apenado. Carece de poder creador. En vez de poseerlo, adopta la complexión peculiar de aquellos con los cuales está en contacto. Los que son anímicos generalmente prosperan en la sensación. El Señor les concede el sentido de su presencia antes de alcanzar la espiritualidad. Tratan esta sensación como un gozo supremo. Cuando se les concede un sentimiento así, se imaginan que hacen grandes progresos hacia la cumbre de la madurez espiritual. Con todo, el Señor alternativamente les concede y retira estos toques, para poder entrenarlos gradualmente a prescindir de la sensación y andar por fe. Éstos no entienden el método del Señor, sin embargo, y llegan a la conclusión de que su condición espiritual es más elevada cuando sienten la presencia del Señor y más baja cuando dejan de sentirla. Los cristianos carnales tienen una marca común: la verbosidad. Sus palabras deberían ser pocas, lo saben muy bien, pero se ven impulsados a discusiones interminables, con la emoción más entusiasta. Carecen de control de sí mismos en el habla; una vez han abierto la boca, la mente parece no tener riendas para frenarla. Las palabras caen como en una avalancha. Ahora bien, el cristiano anímico se da cuenta que no debería hablar sin parar, pero por alguna razón le es imposible inhibirse una vez la conversación está lanzada. Entonces hay pensamientos de todas clases que rápidamente invaden la conversación, precipitándose en un continuo cambio de tópico y un relleno infalible de palabras. Y «cuando las palabras son muchas, no falta la transgresión», dice Proverbios 10:19. Porque el resultado será o bien una pérdida del control debida al mucho hablar, la pérdida de la paz a causa de las discusiones, o incluso la pérdida de amor a causa de las críticas, porque de modo secreto e hipócrita enjuician a los demás diciendo que son locuaces y consideran que no deberían serlo. Se dan cuenta que esta volubilidad no corresponde al santo; la persona carnal no puede por menos que hablar frívolamente, y prosigue hablando y escuchando bromas pobres. O bien puede haber conversaciones alegres y vivaces, que cree que no se puede perder, cueste lo que cueste. Aunque a veces aborrece este hablar sin provecho e impío, no es durante mucho tiempo; cuando la emoción es de nuevo estimulada, de modo automático vuelve a su pasatiempo favorito.

Los cristianos anímicos se permiten también el «deseo de los ojos». Lo que con frecuencia gobierna sus actitudes es el punto de vista particular, artístico o estético, que prevalece momentáneamente en el mundo corriente. No han asumido todavía la actitud de muerte en cuanto a los conceptos artísticos humanos. En vez de ello se enorgullecen en poseer la visión penetrante del artista. En el caso que no sean admiradores ardientes del arte, pueden saltar al otro extremo y ser totalmente indiferentes a la belleza. Éstos van a vestir en harapos como muestra de lo que sufren por el Señor.

Los intelectuales entre los que viven según el alma tienden a verse a sí mismos como «bohemitos». En una mañana ventosa, o una noche de luna, por ejemplo, es probable hallarlos derramando sus almas en canciones sentimentales. Con frecuencia lamentan sus vidas, vertiendo muchas lágrimas de compasión propia. A estos individuos les encanta la literatura, están hambrientos de ella y devoran su hermosura. También recitan poemas líricos, porque esto les da un sentimiento trascendental. Van a ver las montañas, los lagos y las corrientes, puesto que esto les lleva más cerca de la naturaleza. Al ver que el curso del mundo declina empiezan a pensar en vivir una existencia aislada de los demás. ¡Qué elevados y qué puros son! No como los otros creyentes, que les parecen a ellos materialistas, pedestres, metidos en mil asuntos. Estos cristianos se consideran muy espirituales, no reconociendo lo increíblemente anímicos que son en realidad. Una carnalidad así presenta el mayor de los obstáculos para que puedan entrar en un reino totalmente espiritual, porque son gobernados por completo por su emoción. Lo que constituye el mayor riesgo para ellos es que no se dan la menor cuenta de su posición peligrosa y de su total contentamiento propio.

Los creyentes carnales pueden abundar en conocimiento llamado espiritual, pero se quedan cortos en la experiencia. De ahí que condenan a otros pero no se corrigen a sí mismos. Cuando oyen la enseñanza de dividir el alma y el espíritu, su mente natural lo asimila rápidamente y sin dificultad. Pero ¿qué sucede entonces? Se ponen a discernir y ordenar los pensamientos y actos anímicos, no de sus vidas, sino de las de los demás. Su adquisición de conocimiento meramente les ha impulsado a enjuiciar a otros pero no a ayudarse a sí mismos. Esta propensión a criticar es una práctica común entre los anímicos. Tienen la capacidad del alma de recibir el conocimiento, pero carecen de la capacidad espiritual para ser humildes. En asociación con las personas dejan a uno la impresión de ser fríos y duros. Sus tratos con los demás poseen cierta rigidez. Al revés de los creyentes espirituales, su hombre exterior no ha sido quebrantado y por tanto no es fácil acercarse a ellos o acompañarles.

Los cristianos que prosperan en la vida del alma son muy orgullosos. Esto es debido a que hacen del yo su centro. Por mucho que traten de dar la gloria a Dios y reconocer todo mérito como la gracia de Dios, los creyentes carnales tienen la mente puesta en sí mismos. Tanto si consideran sus vidas buenas como malas, sus pensamientos giran alrededor de sí mismos. No se han perdido todavía en Dios. Se tienen por muy lastimados si son puestos a un lado, sea en la obra o en el juicio de los otros. No pueden tolerar los malentendidos o las críticas porque ô al revés de sus hermanos más espiritualesô todavía no han aprendido a aceptar alegremente las disposiciones de Dios, tanto si dan por resultado una elevación o un rechazo. Se resisten a aparecer inferiores, a ser despreciados. Incluso después que han recibido la gracia de conocer el estado real de su vida natural como muy corrupta, y aun después de haberse humillado delante de Dios ô considerando que sus vidas son las peores del mundoô , estas personas, a pesar de ello e irónicamente, terminan considerándose más humildes que los demás. ¡Se envanecen de su humildad! El orgullo está incrustado en ellos hasta la medula de los huesos.

Las obras de los creyentes anímicos

Los anímicos no ceden a nadie en cuestión de obras. Son los más activos, celosos y dispuestos. Pero no laboran porque hayan recibido la orden de Dios; laboran, en cambio, porque tienen el celo y la capacidad de hacerlo. Creen que hacer la obra de Dios es muy bueno, sin darse cuenta que sólo el hacer la obra que Dios ha ordenado es verdaderamente elogioso. Estos individuos ni tienen el ánimo para confiar ni el tiempo para esperar. Nunca buscan sinceramente hacer la voluntad de Dios. Al contrario, obran conforme a sus ideas, con la mente hecha un enjambre de planes y esquemas. Debido a que trabajan con diligencia, estos cristianos caen en el error de verse como más adelantados que otros

hermanos suyos que van más pausadamente. ¿Quién puede negar, no obstante, que con la gracia de Dios estos últimos pueden ser fácilmente más espirituales que los primeros?

La labor de los creyentes anímicos depende principalmente de los sentimientos. Se ponen a trabajar sólo cuando les acomoda; y si estos sentimientos apropiados cesan mientras están trabajando, dejan de hacerlo al punto. Pueden dar testimonio a otros durante horas sin cesar y sin cansancio si experimentan en sus corazones un deseo ardiente y un sentimiento gozoso inexpresable. Pero si han de soportar un desaire o un desabrimiento apenas van a hablar, o no hablarán en absoluto, incluso frente a la mayor necesidad, ni aun ante una situación en el lecho de muerte. Con calor estimulante pueden correr miles de millas; sin él no van a dar un paso. No pueden prescindir de sus sentimientos hasta el punto de hablar con el estómago vacío a una mujer samaritana o con los ojos soñolientos a un Nicodemo.

Los cristianos carnales trabajan con gusto; con todo, entre las muchas labores son incapaces de mantener la calma de su espíritu. No pueden cumplir las órdenes de Dios quietamente como sus hermanos espirituales. El mucho trabajo les trastorna. La confusión exterior les causa una inquietud interna. Sus corazones son gobernados por cuestiones externas. «Las muchas cosas les acongojan» (Lucas. 10:40-41). Esto es lo característico de la obra del cristiano anímico.

Los cristianos carnales se desaniman fácilmente a causa de sus esfuerzos. Les falta la tranquila confianza que se apoya en Dios para hacer la obra. Estando regulados por sus sensaciones internas y el ambiente externo, no pueden apreciar la «ley de la fe». Ante el sentimiento de que han fallado, por más que no tenga que ser verdad, están dispuestos a renunciar a seguir. Desmayan cuando el ambiente se nubla y se hace desabrido. No han entrado todavía en el reposo de Dios.

Como les falta poder ver a lo lejos, estos creyentes que confían en el alma se desaniman fácilmente. Sólo pueden ver lo que tienen inmediatamente delante. Las victorias momentáneas les inyectan gozo; las derrotas temporales les entristecen. No han descubierto la manera de ver el fin de la obra a través de los ojos de la fe. Anhelan un éxito inmediato como consuelo y solaz para su corazón; el fallo en conseguirlo les hace incapaces de seguir adelante, impertérritos, y confiar en Dios en medio de las tinieblas circundantes.

Los creyentes anímicos son expertos en descubrir faltas, aunque ellos no sean por necesidad fuertes. Son prontos a criticar y lentos a perdonar. Cuando investigan y corrigen las deficiencias de los demás exudan una especie de autosuficiencia y una actitud de superioridad. Su manera de ayudar a la gente es correcta y legal, pero su motivación no siempre es recta.

La tendencia a apresurarse marca con frecuencia a los que marchan al paso de su alma. No esperan a Dios. Todo lo que hacen es precipitado, impetuoso, con prisas. Obran, más bien, por impulso que por principios. Incluso en la obra de Dios estos cristianos son impulsados por su celo y pasión, hasta el punto que no pueden esperar a que Dios deje clara su voluntad y su camino.

La mente del carnal está ocupada por completo en sus empresas. Consideran y planean, hacen esquemas y predicen. Algunas veces presagian un futuro espléndido, por lo que están fuera de sí de gozo; otras veces captan sólo vistazos de tinieblas e inmediatamente son presa de un estado de miseria indecible. ¿Piensan de esta forma en su Señor? No, piensan más en sus labores. Para ellos, el hacer la obra del Señor es de importancia suprema, pero con frecuencia se olvidan de que el Señor es el que da la obra. La *obra* del Señor ocupa el centro, pero el *Señor* de la obra retrocede al fondo.

Las personas anímicas carecen de penetración espiritual, por lo que son guiadas por pensamientos súbitos que, como destellos, cruzan raudos su mente; sus palabras y obras, por tanto, son con frecuencia inapropiadas. Hablan, en primer lugar, no porque se sienten llamados a hacerlo, sino simplemente porque suponen que es necesario hacerlo. Y, entonces, pueden hacer reproches, cuando deberían mostrar simpatía o consolación. Todo esto es debido a su deficiencia en discernimiento espiritual. Se

fían demasiado en sus pensamientos limitados y limitantes. Y aun después que se ha visto que sus palabras son improcedentes, se niegan a aceptar el veredicto de los hechos. Debido a que poseen océanos de planes y montañas de opiniones es muy penoso trabajar con los cristianos carnales. Todo lo que les parece bueno a ellos debe ser aceptado como bueno por los otros. La condición esencial para obrar con ellos es estar perfectamente de acuerdo con sus ideas o interpretaciones. El matiz de interpretación más pequeño es igualado a una profunda implicación en lo que consideran que ha de ser la fe una vez entregada a los santos. Toda opinión diferente que alguien pueda manifestar, no pueden tolerarla en lo más mínimo. Aunque el creyente anímico sabe que no debería aferrarse a opiniones, se asegura de que siempre que hay que descartar una opinión ¡no sea la suya! El sectarismo ò admite ò no es escritural; pero nunca es su secta particular la que debe desaparecer. Todo lo que él no acepta lo considera como una herejía. (No es de extrañar que otros cristianos ò anímicos como él ò le paguen con la misma moneda, negando autenticidad a su fe.) Siente gran apego a su obra. Ama a su pequeño círculo, digamos íntimo, y es por ello incapaz de laborar conjuntamente con otros hijos de Dios. E insiste en denominar solamente hijos de Dios a los que son de su propia filiación. Cuando llegamos a la predicación, el anímico no puede depender enteramente en Dios. O bien pone su confianza en algunas historias ilustrativas buenas, o en palabras ingeniosas o en su personalidad. Hay algunos predicadores notables que quizá dependan completamente de sí mismos: ¡como yo lo he dicho, la gente tiene que escuchar! Pueden depender de Dios, pero también, al mismo tiempo, dependen de ellos mismos. De ahí su cuidadosa preparación. Pasan más tiempo analizando y recogiendo los materiales, y pensando con ahínco, que orando y buscando la mentalidad de Dios y esperando poder desde arriba. Memorizan sus mensajes y luego los predicán literalmente. Sus pensamientos ocupan un lugar primario en esta obra. Con un enfoque así estos creyentes, naturalmente, van a poner más confianza en el mensaje que en el Señor. En vez de confiar en el Espíritu Santo para que les revele la necesidad del hombre, y la provisión de Dios para sus oyentes, dependen de modo exclusivo de las palabras que pronuncian para conmover a los corazones de los hombres. Aquello en que hacen hincapié estos creyentes carnales y en lo que confían es sólo en sus palabras. Quizá sus mensajes transmiten la verdad, pero sin ser avivada por el Espíritu Santo, incluso la verdad es una ventaja pequeña. Habrá muy poco fruto espiritual si uno se apoya en las palabras más que en el Espíritu Santo. Por mucho que estas peroraciones sean aclamadas, sólo hacen impacto en la mente de los oyentes, no en sus corazones.

Los creyentes anímicos disfrutan empleando palabras altisonantes y frases alambicadas. Por lo menos en este respecto están tratando de imitar al que es genuinamente espiritual, que, habiendo recibido mucha experiencia, es capaz de enseñar con precisión, superior a la de todos sus predecesores. El carnal considera esto altamente atractivo, por lo que se deleita en emplear maravillosa imaginación en la predicación. Siempre que se le ocurre una idea que cree superior ò sea andando, conversando, comiendo o durmiendo ò la anota para su uso futuro. Nunca se preguntan si esta idea les fue revelada por el Espíritu Santo o es meramente un pensamiento que ha irrumpido en su mente.

Algunos cristianos que son verdaderamente anímicos hallan un deleite especial en ayudar a otros. Como ellos no han alcanzado la madurez, no saben cómo dar alimento a su sazón. Esto no significa que no tengan conocimiento; en realidad tienen demasiado. Al descubrir algún elemento impropio o cuando les hablan de alguna dificultad, inmediatamente adoptan la actitud del creyente veterano, ávido de ayudar con la visión limitada que tienen. Derrochan enseñanzas escriturales y prodigan en abundancia las experiencias de santos. Se inclinan a decir todo lo que saben, es decir, más de lo que saben, llegando con ello al reino de la suposición. Estos creyentes «veteranos» exhiben una tras otra todas las verdades que se han almacenado en sus mentes, sin inquirir en lo más mínimo si aquellos a los que hablan tienen realmente la necesidad de ellas o pueden absorber tanta enseñanza en una sesión. Son como Ezequías, que abrió las puertas de la tesorería y exhibió todos sus tesoros. Algunas veces sin ningún estímulo externo, sino simplemente porque han sido movidos por una emoción interna, derraman enseñanzas espirituales sobre los demás, muchas de las cuales son meramente teorías. Desean, además, desplegar su conocimiento.

Sin embargo, no todas las peculiaridades antes mencionadas existen en cada uno de los hijos de Dios de carácter anímico. Varía con las diferentes personalidades. Algunos se quedan quietos, sin decir casi una sílaba. Aun en medio de una necesidad desesperada, cuando tendrían que hablar, mantienen la boca cerrada. No han alcanzado todavía la libertad de la timidez y el temor natural. Pueden estar sentados junto a aquellos creyentes parlanchines y criticar con ellos en el corazón, pero su silencio no les hace menos anímicos.

Debido a que no están enraizados en Dios y, por tanto, no han aprendido a esconderse en Él, las personas carnales anhelan ser vistas. Buscan posiciones prominentes en la obra espiritual. Si asisten a reuniones esperan que se les escuche, aunque ellos no escuchen a los demás. Experimentan un gozo indecible cuando se les reconoce, respeta y se les da homenaje.

El anímico ama usar fraseología espiritual. Aprenden de memoria un copioso vocabulario espiritual que emplean invariablemente en cualquier oportunidad conveniente. Lo usan tanto al predicar como al orar, pero no de corazón.

Los que viven en el reino del alma poseen una voraz ambición. Su deseo es con frecuencia el primer lugar. Se vanaglorian de la obra del Señor. Aspiran a ser obreros poderosos, usados en gran manera por el Señor. ¿Por qué? Para que puedan obtener un lugar, conseguir algo de gloria. Les gusta compararse a sí mismos con otros: probablemente no tanto con aquellos a quienes ellos no conocen como con aquellos con quienes colaboran. Este contender y pugnar en la oscuridad puede ser muy intenso. Desprecian a los que están detrás de ellos espiritualmente, considerándolos como haraganes; a los que son espiritualmente grandes los rebajan, visualizándolos como casi sus iguales. Su tesón se aplica a ser grandes, a estar a la cabeza. Esperan que su obra prosperará, con miras a que se hable de ellos. Estos deseos, naturalmente, están profundamente escondidos en sus corazones y pueden ser apenas perceptibles a los demás. Aunque estos anhelos pueden estar muy bien escondidos y mezclados con motivos más puros distintos, la presencia de estos deseos inferiores es un hecho irrefutable.

Los creyentes anímicos están muy satisfechos de sí mismos. Si el Señor los usa para salvar un alma estallan en júbilo y se consideran espiritualmente un éxito. Se enorgullecen si triunfan alguna vez. Un poco de conocimiento, un poco de experiencia, un pequeño éxito fácilmente les hace sentir como si hubieran conseguido mucho. Este rasgo común entre los cristianos anímicos puede ser comparado al vaso pequeño que se llena fácilmente. No observan lo vasto y profundo que es el océano de agua que queda. En tanto que su balde esté rebosando ya están satisfechos. No se han perdido en Dios, pues de otro modo habrían tomado todas estas cosas como si nada. Sus ojos están siempre enfocados en su yo insignificante y por ello se sienten muy afectados por una simple y pequeña ganancia o pérdida. Esta capacidad limitada es la razón por la que Dios no puede usarlos más. Si esta jactancia resulta de ganar sólo diez almas para el Señor, ¿qué sucedería si hubieran ganado mil?

Después de haber experimentado algún éxito en la predicación, hay una idea que permanece en estos creyentes anímicos: ¡fueron verdaderamente magníficos! Derivan gran gozo del insistir en su superioridad. ¡Qué distintos son de otros, incluso «mayores que el mayor de los apóstoles»! Ahora bien, algunas veces se sienten lastimados en su corazón si los otros no les estiman según creen merecer. Lamentan la ceguera de los que no reconocen que un profeta puede proceder de Nazaret y que está allí presente. A veces, cuando estos creyentes anímicos piensan que sus mensajes contienen pensamientos que nadie ha descubierto antes, sienten aprensión de que su audiencia no pueda apreciar la maravilla de los mismos. Después de cada éxito van a pasar horas, si no días, felicitándose a sí mismos. Bajo este engaño, no es de extrañar que con frecuencia lleguen a asumir que la iglesia de Dios pronto debería ver cuán gran evangelista o predicador de avivamientos o escritor hay en ellos. ¡Qué desazón si la gente no se da cuenta!

Los creyentes carnales carecen de principios fijos. Sus palabras y hechos no siguen máximas determinadas. Viven en conformidad con su emoción y su mente. Obran según sienten o piensan, algunas veces de modo distinto y aun opuesto a su pauta usual. Este cambio puede verse de modo muy vivido después de la predicación. Cambian según lo que han predicado recientemente. Si, por ejemplo, hablan de paciencia, durante los dos días siguientes se muestran en extremo pacientes. Si exhortan a alabar a Dios, empiezan a alabar sin cesar. Esto no va a durar, sin embargo. Como obran según lo que sienten, sus propias palabras van a activar sus emociones y así se comportarán de una manera determinada. Pero una vez ha pasado la emoción, todo ha terminado y vuelven a lo de antes.

Otro punto especial con referencia a los cristianos anímicos es que suelen estar dotados fuera de lo común. Los creyentes enzarzados en el pecado no muestran tantos talentos; ni tampoco los que son espirituales. Parece que Dios les concede dones abundantes a los anímicos a fin de que puedan entregar sus dones a morir voluntariamente y luego reclamarlos una vez renovados y glorificados en la resurrección. Con todo, estos santos de Dios son reacios a consignar estos dones a la muerte, y en vez de ello los usan al máximo. Las habilidades concedidas por Dios deberían ser usadas por Dios y para su gloria, pero los creyentes carnales, con frecuencia las consideran como suyas propias. En tanto que sirvan a Dios en este estado mental van a continuar usándolas en conformidad con sus ideas sin permitir que el Espíritu Santo los guíe. Y cuando tienen éxito se atribuyen toda la gloria a ellos mismos. Naturalmente, una auto glorificación y auto admiración así son muy veladas; sin embargo, por mucho que traten de parecer humildes y ofrecer la gloria a Dios, no pueden evitar el ser centrados en sí mismos. ¡La gloria puede ser de Dios, sí; pero es para Dios y para mí!

Por el hecho de que los carnales tengan muchos talentos ô activos en el pensamiento y ricos en la emoción, fácilmente estimulan el interés de la gente y conmueven sus corazones. En consecuencia, los cristianos anímicos suelen poseer personalidades magnéticas. Pueden rápidamente ganar la aclamación del pueblo común. Con todo, persiste el hecho de que en realidad carecen de poder espiritual. No contienen el flujo vivo del poder del Espíritu Santo. Lo que tienen es suyo propio. Las personas se dan cuenta de que poseen algo, pero este algo no imparte vitalidad espiritual a los demás. Se les ve muy ricos; pero en realidad son muy pobres.

En conclusión. Un creyente puede tener alguna o todas de las experiencias ya mencionadas, antes de ser librado enteramente del yugo del pecado. La Biblia y la experiencia real juntas dan prueba del hecho de que muchos creyentes son controlados simultáneamente, por un lado, por su cuerpo para incurrir en pecado, e influenciados, por otro, por su alma para vivir conforme a sí mismos. En la Biblia los dos son etiquetados como «de la carne». Algunas veces en sus vidas los cristianos siguen el pecado del cuerpo y otras la voluntad propia del alma. Ahora bien, si un creyente puede encontrar muchos de los deleites del alma permitiéndose no menor indulgencia en los deseos del cuerpo, ¿no es igualmente posible tener muchas sensaciones del alma en asociación con muchas experiencias del espíritu? (Naturalmente, no debe pasarse por alto que hay algunos que concluyen una fase antes de entrar en las otras fases.) La experiencia de un cristiano, por consiguiente, es una cosa más bien compleja. Es imperativo que determinemos por nosotros mismos si hemos sido librados de lo bajo e innoble. El tener experiencias espirituales no nos hace espirituales. Sólo después de haber sido librados del pecado y del yo podemos ser considerados espirituales.

CAPITULO 3

Los peligros de la vida anímica

Las manifestaciones de la vida del alma

Las manifestaciones de la vida del alma se pueden separar generalmente en cuatro divisiones: fuerza natural; engreimiento, dureza e inflexibilidad hacia Dios; sabiduría-estilo propio con muchas opiniones y planes; y buscar sensaciones emocionales en experiencias espirituales. Estas manifestaciones son debidas al hecho de que la vida del alma es el yo, que a su vez es fuerza natural, y que las facultades del alma son la voluntad, la mente y la emoción. Debido a que hay estas diversas facultades en el alma, las experiencias de muchos cristianos anímicos van a ser en extremo distintas. Algunos se inclinan más a la mente, mientras que otros a la emoción o a la voluntad. Aunque las vidas, por tanto, sean altamente diferentes, todas ellas son, no obstante, vidas anímicas. Los que tienden a la mente pueden discernir la carnalidad en aquellos que caen bajo la emoción, y viceversa. Ambos, sin embargo, pertenecen al alma. Lo que es absolutamente vital para los creyentes es ver que han de conseguir que su verdadera condición sea expuesta por la luz de Dios para que ellos mismos puedan ser liberados por la verdad en vez de medir ellos a otros con nuevo conocimiento. Si los hijos de Dios hubieran querido usar su luz para la iluminación de sí mismos, su estado espiritual no sería tan bajo hoy.

La indicación más prominente de ser anímico es una búsqueda, aceptación y propagación mental de la verdad. Para los cristianos de este tipo, la experiencia espiritual más elevada y la verdad más profunda sirven sólo para cultivar su mente. Esto no significa por necesidad que el andar espiritual del creyente no esté en manera alguna afectado en una forma positiva; pero sí denota, ciertamente, que el motivo primario es la gratificación de la mente. Mientras los creyentes que son dominados por la facultad mental verdaderamente tienen un gran apetito por las cosas espirituales, con todo, para la satisfacción de esta hambre dependen más de sus pensamientos que de la revelación de Dios. Gastan más tiempo y energía calculando que orando.

La emoción es lo que los creyentes confunden más con la espiritualidad. Los cristianos carnales, cuya tendencia es emocional en carácter, habitualmente anhelan sensaciones en sus vidas. Desean sentir la presencia de Dios en sus corazones y sus órganos sensoriales; desean sentir el fuego ardiente del amor. Quieren sentirse elevados en su vida espiritual, ser prósperos en la obra. Es verdad que los creyentes espirituales a veces tienen estas sensaciones, pero su progreso y gozo no es contingente de ellas. Los anímicos son muy diferentes a este respecto; con tales sensaciones pueden servir al Señor; sin ellas, apenas pueden dar un paso.

Una expresión muy común del andar anímico se manifiesta en la voluntad: el poder de la autoafirmación. Por medio de él los creyentes que viven en el alma hacen del yo el centro de todo pensamiento, palabra y acción. Quieren conocer para su satisfacción, sentir para su deleite, trabajar en conformidad a su plan. El eje de su vida es el yo, y el objetivo último y definitivo es glorificarse a sí mismos.

Previamente hemos visto que el término «alma» en la Biblia es traducido también por «criatura viviente» o «animal». Simplemente connota «vida animal». Esto debería ayudarnos a ver cómo se expresa el poder del alma. La frase más apropiada que podríamos seleccionar para describir la vida y obra de los creyentes anímicos es «actividades animales» o «viveza animal»: muchos planes, muchas actividades, pensamiento confuso y emociones mezcladas; todo el ser, tanto por dentro como por fuera, es agitación y tumulto. Cuando la emoción es activada el resto del ser sigue de modo natural. Pero si la emoción está deprimida o la sensación se ha enfriado algo, la mente permanece agitada o estimulada por su propia cuenta. El andar del cristiano carnal se caracteriza por el movimiento perpetuo, si no de actividad física, por lo menos de viveza mental o emocional. Un modo de andar así rezuma «viveza animal»; está muy lejos de comunicar la vida del espíritu.

Podemos resumirlo diciendo que la tendencia del alma caída es a hacer andar a los creyentes según su poder natural, servir a Dios con su fuerza y conforme a sus ideas, desear sensaciones físicas en el conocimiento del Señor o experimentar la presencia del Señor, y comprender la Palabra de Dios con el poder de su mente.

A menos que un cristiano haya recibido de Dios una visión clara de su yo natural, indudablemente va a servir a Dios con la energía de su vida creada. Esto inflige gran daño a su vida espiritual y resulta en el dar poco fruto que sea verdaderamente espiritual. Los creyentes han de ver, por medio del Espíritu Santo, lo ignominioso de efectuar trabajo espiritual con el poder de la criatura. De la misma manera que consideramos reprochable que un hijo ambicioso se halague a sí mismo, de modo similar Dios considera nuestra «actividad animal» en el servicio espiritual como una desvergüenza. Que podamos ser ricos en la experiencia de arrepentimos hasta el polvo en vez de esforzarnos por obtener el primer lugar ante los hombres.

La locura de los creyentes

Innumerables santos son ciegos al daño inherente en la experiencia anímica. Consideran que está bien el resistir y rechazar los actos evidentemente pecaminosos de la carne porque contaminan el espíritu, pero, al mismo tiempo, ¿no están justificados en andar por la energía del alma que comparten con todos los hombres y animales? ¿Qué mal hay en que nosotros los hombres vivamos según nuestras potencias naturales, con tal que no pequemos? En tanto que las enseñanzas de la Biblia con respecto a la vida del alma no toquen sus corazones, serán incapaces de ver alguna razón para negar esta vida. Si, por ejemplo, cometen una gran transgresión contra la ley de Dios y le ofenden, saben de modo definido que está mal; pero si estos mismos creyentes hacen todo lo que pueden para ser buenos y para inspirar su virtud innata, ¿cómo ô se preguntanô puede haber objeción a ello? Al ejecutar la obra de Dios no pueden hacerlo celosamente ni depender de su fuerza, pero ¡por lo menos ô dicenô lo que hacen es la obra de Dios! Quizá muchos de estos esfuerzos no sean designados por Dios; sin embargo, ¡estas actividades no son pecaminosas ô insisten estos creyentesô , sino que son, por lo general, excelentes! ¿Qué ofensa puede haber en esta clase de trabajo? Como Dios ha concedido dones y talentos en abundancia, ¿por qué no podemos nosotros trabajar con ellos? ¿No hemos de emplear nuestros talentos? Si no tenemos talentos no podemos hacer nada; si tenemos talentos, ¿no debemos emplearlos en cada oportunidad que tengamos para hacerlo?

Su razonamiento sigue en otra vena: nosotros, naturalmente, haríamos mal si descuidáramos la Palabra de Dios, pero ¿puede ser ahora equivocado que nosotros escudriñemos diligentemente con nuestra mente el significado de las Escrituras? ¿Puede haber algún pecado en leer la Biblia? Hay muchas virtudes que nosotros al presente desconocemos; ¡qué irrazonable sería que tuviéramos que aguardar a entenderlas si no usáramos nuestro entendimiento! ¿No es nuestra mente una creación de Dios para que la usemos? Como estamos haciéndolo para Dios y no con fines pecaminosos, ¿por qué no podemos usar nuestro entendimiento para planear y organizar la obra de Dios?

Van todavía un paso más adelante. Insisten en que el que procuren conseguir el ser conscientes de la presencia de Dios procede de un corazón sincero y franco. Cuando nos sentimos secos y bajos en nuestra vida y trabajo, ¿no es verdad que Dios con frecuencia nos levanta haciéndonos dar cuenta del amor del Señor Jesús, como si Él encandilara una hoguera en nuestros corazones, y nos da tal gozo y tal sentido de su presencia que es casi como si le estuviéramos tocando? ¿Puede alguien negar que esto sea la cumbre de la espiritualidad? ¿Por qué, pues, considerar equivocado el que nosotros sinceramente procuremos y oremos en favor de una restauración de un sentimiento así después de haberlo perdido y nuestras vidas han pasado a ser frías y comunes?

Estas consideraciones resumen, simplemente, lo que numerosos santos van dando vueltas dentro de su corazón. No distinguen la forma espiritual de la anímica. No han recibido todavía la revelación personal del Espíritu Santo que les muestra el mal de su andar de modo natural. Tienen que estar dispuestos a esperar la instrucción de Dios, pidiendo al Espíritu Santo revelación respecto a los males

variados de su buena vida natural. Esto debe hacerse en sinceridad y humildad, acompañado de buena voluntad para abandonar todo lo que el Espíritu Santo pueda descubrir. En el momento apropiado Él va a indicarles la corrupción suma de su vida natural.

El Espíritu Santo les capacitará para que comprendan que toda su obra y progreso están centrados en el yo y no en el Señor. Sus buenas obras son hechas no sólo por medio de sus propios esfuerzos sino, de modo primario, para su propia gloria también. No han buscado la voluntad de Dios en sus esfuerzos. No se han puesto a disposición de obedecer a Dios, ni de emprenderlo todo según su guía y por medio de su fuerza. Simplemente hacen lo que les viene a gusto hacer. Todas sus oraciones y sus esfuerzos respecto a la voluntad de Dios son puramente ostentación externa; son totalmente falsos. Aunque estos creyentes usan los talentos concedidos por Dios, sin embargo piensan sólo en las grandes dotes que poseen, olvidándose enteramente del Dador de estos dones. Con afán admiran la Palabra de Dios, pero buscan conocimiento solamente para satisfacer la aspiración de su mente; son reacios a esperar que Dios les dé su revelación a su debido tiempo. Su búsqueda de la presencia de Dios, el ser conscientes de su misericordia y proximidad, no es por amor a Dios sino para su propia felicidad. Al hacer esto no están amando al Señor, sino más bien aman el sentimiento que les renueva y les permite la gloria del tercer cielo. Toda su vida y su labor eleva al yo como su centro. Lo que quieren es gozar de sí mismos.

Los hijos de Dios están alerta y despiertos a la locura de aferrarse a la vida del alma sólo después de haber sido iluminados por el Espíritu Santo respecto al carácter aborrecible de esta vida. Esta iluminación no llega de súbito; progresa gradualmente, no de una vez por todas, sino en muchas ocasiones. Cuando los creyentes son iluminados por el Espíritu por primera vez, se arrepienten bajo la Luz y voluntariamente entregan su vida del yo a la muerte. Pero los corazones humanos son altamente engañosos. Al cabo de un tiempo, quizás unos días más tarde, la confianza propia, el amor al yo y el placer personal son reinstaurados. A partir de entonces la iluminación periódica debe continuar para que los creyentes puedan estar dispuestos a negar su vida natural. Lo que es lamentable es hallar pocos creyentes tan poseídos de la mentalidad del Señor que estén dispuestos a ceder voluntariamente a Él en estas cosas. Las derrotas multiplicadas y el verse sometidos a la vergüenza son requisitos siempre necesarios para hacer que estos creyentes estén dispuestos a abandonar sus propensiones naturales. ¡Qué imperfecta es nuestra voluntad y qué voluble es nuestra condición!

Los cristianos deberían eliminar esta locura. Deberían adoptar el punto de vista de Dios de la absoluta imposibilidad de que su andar natural pueda agradarle a Él. Tienen que atreverse a permitir al Espíritu Santo que les indique toda corrupción de la vida del alma. Tienen que ejercitar la fe en creer a esta evaluación de Dios de su vida natural, y han de esperar pacientemente que el Espíritu Santo les revele lo que la Biblia dice de ellos. Sólo de esta manera van a ser guiados al camino de la liberación.

Los peligros de ser anímico

Los creyentes que son reacios o fallan en alcanzar aquello que Dios ha ordenado, están sometidos a ciertos riesgos. La intención de Dios es que sus hijos anden en el espíritu, no en el alma o el cuerpo. El fallo en vivir en el espíritu da lugar a pérdidas. Sus peligros son por lo menos tres.

1. El peligro de que el espíritu quede suprimido.

El orden perfecto y completo de la operación de Dios es, primero, poner en movimiento el espíritu del hombre, luego iluminar la mente del alma, y finalmente ejecutar por medio del cuerpo. Este orden es de vital significado.

Habiendo ya nacido de nuevo al Espíritu Santo, los creyentes deberían ahora vivir según su espíritu. Sólo así pueden estar calificados para discernir la voluntad de Dios y cooperar con su Espíritu para vencer todas las estratagemas del enemigo. El espíritu del creyente debería estar del todo alerta y vivo al movimiento del Santo Espíritu, con miras a no apagar sus movimientos, sino seguirlo a fin de ejecutar el propósito del mismo por medio del espíritu humano. El Espíritu de Dios necesita la cooperación del espíritu humano para llevar a los creyentes en triunfo en su andar diario y prepararlos para las obras designadas por Dios. (Tocaremos sobre este punto del espíritu más adelante.)

Muchos hijos de Dios, sin embargo, no se dan cuenta del movimiento del Espíritu Santo. No pueden distinguir entre lo espiritual y lo anímico. Con frecuencia interpretan lo anímico como si fuera espiritual, y viceversa, y como resultado sacan mucha energía del alma para su andar diario y su obra, en detrimento y supresión del espíritu. Asumen que están andando conforme al espíritu, en tanto que lo cierto es que están andando conforme al alma. Una insensatez así amortigua el que el espíritu pueda cooperar con el Espíritu de Dios y con ello interrumpe lo que El desea hacer en sus vidas.

En tanto que los cristianos permanezcan en el alma se mueven según los pensamientos, imaginaciones, planes y visiones de la mente. Ambicionan poseer sensaciones gozosas y son dominados por sus sentimientos. Cuando tienen experiencias sensoriales se hallan entusiasmados, pero cuando se ven privados de ellas apenas pueden levantar un dedo. Por tanto, son impotentes para vivir en el reino del espíritu. Sus sentimientos impulsan su vida, y cuando sus sentimientos cambian, cambian ellos también. Esto da por resultado nada más que un andar según las sensaciones externas del alma y del cuerpo, en vez de vivir a partir del centro de su ser que es el espíritu. La sensibilidad espiritual, abrumada por el cuerpo y el alma, queda estancada. Estos creyentes sólo pueden sentir las cosas del alma o del cuerpo; han perdido su sentido espiritual. Su espíritu está incapacitado para cooperar con Dios y su crecimiento espiritual queda detenido. Ya no son capaces de adquirir poder y guía en el Espíritu para la campaña de guerra que han de proseguir y para la adoración. Si una persona niega a su espíritu la dependencia completa sobre su ser o falla en sacar y utilizar su poder en la vida, nunca va a madurar. El sentido espiritual es profundamente delicado. No es fácil reconocerlo, incluso para los que han aprendido a conocerlo y seguirlo. ¡Cuánto más difícil será discernir la vivencia espiritual si está sometida a perturbaciones constantes de la sensación burda anímica que procede del exterior! No sólo puede confundir esta sensación anímica, sino que también puede suprimir al sentido espiritual.

2. El peligro de retroceder al reino del cuerpo.

Muchas obras de la carne, según se enumeran en Gálatas 5, tienen su origen de modo natural en las concupiscencias del cuerpo humano, pero muchas otras, indicadas allí también, en las actividades del alma. «El egoísmo, la disensión, el espíritu de bandos» fluyen, de modo claro, del hombre interior o de la personalidad. Son la consecuencia de los numerosos pensamientos y opiniones diversas sostenidas entre los santos. Lo que es importante notar aquí es el hecho de que estos esfuerzos del alma son enumerados junto con pecados del cuerpo como «inmoralidad, impureza, libertinaje, embriaguez, orgías». Esto debe recordarnos lo íntimamente entrelazados que están el alma y el cuerpo. Estos dos son, en realidad, inseparables, porque el cuerpo en que estamos ahora es un «cuerpo anímico» (1ª Cor. 15:44) o «cuerpo natural». Si un creyente, por tanto, se limita a subyugar su naturaleza pecaminosa y no su vida natural también, se hallará, después de un corto período de experimentar victoria sobre el pecado, una vez más dando tumbos por el reino del cuerpo de pecado. Aunque no tiene por qué regresar a aquellas formas groseras de pecado de antes, sin embargo permanecerá amarrado por el pecado.

Deberíamos entender que la cruz es el punto en que Dios trata a la «vieja creación». No hay tratos parciales con la vieja creación en la cruz, porque esta última la trata en su totalidad. De donde no podemos acercarnos a la cruz y reclamar sólo la salvación por la sustitución, sin al mismo tiempo aceptar la liberación por medio de la identificación. Una vez hemos recibido por la fe en el Señor al Salvador personal, seremos guiados por el Espíritu Santo que nos reviste a desear la experiencia de la muerte conjuntamente con Cristo, prescindiendo de lo mucho o lo poco que comprendamos la identificación. Aunque no vamos a perder nuestra nueva vida, fallaremos en gozar de las bendiciones de la misma, incluso el gozo de la salvación, si de modo persistente resistimos el deseo interno de la nueva vida. La cruz nunca se limita a su obra exterior. Va a operar más y más profundamente en nosotros hasta que la vieja creación sea crucificada por completo en la experiencia. Su objetivo es dejar por completo a un lado todo lo que pertenece a Adán.

Ahora bien, si los hijos de Dios, al experimentar la victoria sobre el pecado, descuidan el proseguir adelante para vencer la vida natural, al continuar morando en el reino del alma, van a descubrir que el

alma y el cuerpo vuelven a reunirse de modo natural y les llevan otra vez a los antiguos pecados que habían sido abandonados ya. Esto puede compararse a navegar contra la corriente: la falta de avance significa un seguro retroceso. Todo lo que se ha hecho, pronto quedará anulado si la cruz no lleva a cabo su obra de modo completo en nosotros. Esto puede explicar por qué muchos vuelven a recaer en su antiguo estado después de haber experimentado triunfo sobre el pecado durante un período. Si a la vida de la vieja creación (la del alma) se le permite que continúe, esta vida rápidamente se reunirá de nuevo con la naturaleza de la antigua creación (pecado).

3. El peligro de que el poder de las tinieblas saque ventaja

La carta de Santiago, escrita a los creyentes, delinea de modo claro la relación entre la vida del alma y la obra satánica:

¿Quién es sabio y entendido entre nosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y rivalidad en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, natural (literalmente anímica), diabólica (Stg. 3:13-15).

Hay una sabiduría que viene de Satanás y es la misma que puede surgir a veces del alma humana. La «carne» es el obrador o taller del diablo; su operación en la parte anímica de la carne es tan activa como en la parte corporal. Estos versículos explican en qué forma brotan los celos amargos de buscar la sabiduría anímica. Es por medio de la actividad del diablo en el alma humana. Los cristianos deben darse cuenta que el adversario puede seducir a la gente al pecado, pero no comprenden en el mismo grado que puede inyectar pensamientos en la mente del hombre. La caída del hombre fue debida al amor al conocimiento y a la sabiduría. Satanás está empleando la misma táctica hoy para retener el alma del creyente en su centro operativo.

El plan de Satanás es preservar para sí tanto como pueda de nuestra antigua creación. Si falla en hacer caer en sus redes de pecado a los creyentes, va a intentar inducirlos a conservar su vida natural, sacando ventaja de que desconocen sus estratagemas y artimañas, o del hecho de que se resisten a ceder totalmente al Espíritu. Porque si no tiene éxito, todos sus ejércitos del infierno van a quedarse sin ocupación. Cuanto más los creyentes se unan al Señor en espíritu, más va a fluir la vida del Espíritu Santo en su espíritu y más va la cruz a obrar en ellos cada día. Como resultado van a ser liberados de modo progresivo de la vieja creación y van a ceder menos terreno a Satanás para que pueda operar. Hemos de saber que todos los esfuerzos de Satanás, sea por medio de seducción o por ataque, son perpetrados en nuestra vieja creación. No se atreve a malgastar su energía en nuestra «nueva creación», la vida propia de Dios. Esta es la razón por la que intenta de modo incesante persuadir a los hijos de Dios a que retengan algo de la vieja creación ô sea pecado o una hermosa vida naturalô de modo que pueda continuar operando. Como conspira contra los creyentes y los confunde para que amen su propia vida, a pesar del hecho de que aborrecen el pecado.

Cuando los cristianos éramos aún pecadores, «nos movíamos en otro tiempo al impulso de los deseos de nuestra carne (refiriéndose a los pecados relacionados de modo particular con el cuerpo), satisfaciendo los deseos de la carne y mente (refiriéndose a la vida anímica)» (Ef. 2:3). El versículo precedente nos informa que los dos son ahora trabajados por el espíritu maligno. Nuestro objetivo al discutir esto es ayudar a los hijos de Dios a comprender que el cuerpo no es la única esfera de operaciones perniciosas de Satanás, sino que el alma es también campo de operaciones del adversario. Deseamos reiterar que los creyentes deben ser liberados no sólo del pecado, sino también de su reino natural. Que el Espíritu Santo abra nuestros ojos para ver la importancia de un paso así. Si los santos fueran liberados paso a paso de la vida del alma así como del poder del pecado, Satanás sería derrotado por todas partes una y otra vez.

Debido a que los creyentes, siendo carnales, no saben cómo preservar su mente, los espíritus malignos pueden fácilmente utilizar la sabiduría natural del hombre con miras a la realización de sus planes. Con suavidad y sutileza introduce malentendidos y prejuicios en la mente del hombre, a fin de hacer surgir

preguntas referentes a la verdad de Dios y dudas sobre la veracidad de los demás. Es imposible explicar y hacer ver lo extenso de la obstrucción causada en la obra del Espíritu Santo en el hombre por mentalidades obsesionadas. Aunque uno puede tener una buena intención, su voluntad es traicionada por una mente obsesionada. Los ideales hermosos también obstaculizan la obra del Espíritu Santo, tal como lo hace la insensatez humana, los espíritus malignos pueden incluso impartir visiones. Mírenlos elevando a los creyentes, seduciéndolos, y que, como son visiones sobrenaturales, tienen que obedecerlas. Y así los santos se deslizan en un engaño más profundo. Antes que la vida del yo sea librada a la muerte, la mente del creyente tiende a ser curiosa, desea averiguar, conocer, poseer: todo lo cual provee oportunidad para los espíritus que no son de Dios

La vida emocional del alma también puede ser despertada por el adversario. Como muchos creyentes anhelan sentirse gozosos y sensaciones de tener el Espíritu Santo, incluso la presencia del Señor Jesús y la presencia de Dios, los espíritus malignos van a proporcionarles a sus sentidos muchas experiencias extrañas. Esto es con miras a que sus capacidades naturales puedan ser estimuladas y que sea suprimida la voz suave y sosegada del Espíritu Santo, que se pueda seguir sólo por medio de la delicada facultad intuitiva de su espíritu. Si Dios lo permite vamos a discutir estos problemas en detalle.

Los cristianos van a incurrir en grandes pérdidas en la guerra espiritual si no han sido tratados en cuanto a su yo. Apocalipsis 12:11 presenta una de las condiciones para vencer al diablo, a saber: el pueblo de Dios no debe amar su vida del alma hasta el punto de rehuir la muerte. A menos que el amor al yo o el compadecerse de uno mismo sea llevado a la cruz, van a ser derrotados con toda seguridad por el adversario.

Los soldados de Cristo que aman sus vidas van a perder la batalla. El adversario va a vencer a todo aquel cuyo corazón esté apegado a su yo. Todo apego a las cosas revela debilidad al enemigo. La sola posibilidad de vencerle es ceder la vida natural a la muerte. Satanás puede operar por medio de las almas indisciplinadas; también puede atacar directamente a aquellos que no saben nada de la cruz. Nuestra vida del alma constituye la quinta columna del adversario dentro de nosotros. Da pie al enemigo. Al margen de lo que sepamos de la verdad y de lo sinceramente que luchemos por ella, el alma sigue siendo nuestro punto vulnerable. ¡Lo que es penoso tener que reconocer es el hecho de que en el grado en que los creyentes se vuelven espirituales, hasta este grado resulta difícil desenmascarar la vida del alma! Cuanto menor es el elemento anímico, más difícil es tratarlo. Es posible que sólo la más leve mota de carnalidad se mezcle con la vida espiritual, pero esto precisamente es lo que hace en extremo difícil, en este caso, el distinguir entre lo que es anímico y lo que es espiritual. A menos que los cristianos estén en extremo alerta resistiendo al diablo, van a encontrar grandes derrotas a causa de su vida del yo.

El que la vida del alma del cristiano pueda ser engañada y usada por el diablo es realmente algo que cabe esperar comúnmente. Hay que hacer sonar la alarma, pues. El deseo de Dios es que neguemos todo lo que hemos heredado de Adán, incluso nuestra vida y naturaleza. El desobedecer a Dios implica peligro de modo invariable.

CAPÍTULO 4

La cruz y el alma

La llamada de la cruz

En cuatro ocasiones separadas, por lo menos, y registradas en los evangelios, el Señor Jesús llama a sus discípulos a no salvar su vida del alma, sino a entregarla a la muerte, y luego seguirle. El Señor reconoce plenamente que esto es el camino de todo creyente que desea seguirle y ser perfecto en servir

a los hombres y obedecer a Dios. El Señor menciona la vida del alma en todas estas llamadas, si bien con un énfasis diferente en cada una. Como la vida del alma puede expresarse en varias formas, el Señor da un énfasis diferente cada vez. Todo aquel que quiera ser un discípulo del Señor debe prestar atención a lo que Él dice. Está llamando a los hombres a que entreguen su vida natural a la muerte de la cruz y los afectos anímicos, si alguno no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí, el que halla su vida la perderá; y el que pierde su vida por mí, la hallará» (Mat. 10:38, 39). Al decir «vida» se refiere a la vida del alma.

Estos versículos nos llaman a renunciar a la vida del alma entregarla a la cruz por amor del Señor. El Señor Jesús explica cómo los enemigos del hombre serán los de su misma casa; cómo el hijo, por amor del Señor, se enfrentará contra su padre, la hija contra su madre, la nuera contra la suegra. Esto constituye una cruz y la cruz denota ser crucificado. Nuestra inclinación natural es querer a nuestros amados y deleitarnos con ellos. Somos felices al escucharlos y estamos ansiosos de responder a sus llamadas. Pero el Señor Jesús nos llama a no rebelarnos contra Dios a causa de nuestros amados.

Cuando el deseo de Dios y el deseo del hombre están en conflicto, hemos de tomar nuestra cruz, por amor al Señor, y entregar nuestros afectos anímicos a la muerte, aunque la persona que amamos sea entrañable para nosotros y aunque bajo circunstancias ordinarias nos resistiríamos a perderla. El Señor Jesús nos llama de esta forma a que seamos purificados de nuestro amor natural. Es por esta razón que Él declara que «el que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (Mat. 10: 37). «Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Le. 14:26,27). Ahora bien, Mateo nos muestra en la cuestión del afecto que los creyentes deberían escoger el amar al Señor primero, más bien que a la propia familia, en tanto que Lucas significa qué actitud debe ser mantenida hacia el amor que surge de nuestra vida anímica: deberíamos aborrecerlo. Hablando de modo estricto, no podemos amar simplemente porque los objetos de nuestro afecto son aquellos a quienes amamos con amor natural. Por cercanos y amados que sean nuestros padres, hermanos, hermanas, esposas e hijos, son puestos en la lista como prohibidos. Este amor humano fluye de la vida del alma que se adhiere a los deseos del corazón y reclama amor en correspondencia. El Señor sostiene que esta vida del alma debe ser entregada a la muerte. Aunque nosotros ahora no le vemos a Él, Él quiere que nosotros le amemos. Él quiere que neguemos nuestro amor natural. Él quiere que nos desprendamos de nuestro amor natural hacia otros a fin de que nosotros no amemos con nuestro propio amor. Naturalmente, Él quiere que amemos a los otros, pero no con nuestro afecto natural anímico. Si amamos, que sea por amor al Señor y no por amor a ellos. Nos llega una nueva relación en el Señor. Nosotros hemos de recibir de Él su amor a fin de poder amar a los demás. En una palabra, nuestro amor debe ser gobernado por el Señor. Si Él quiere que lo hagamos, debemos amar incluso a nuestros enemigos; si Él no nos pide que lo hagamos, no podemos amar ni aun a nuestros queridos en la casa. Él no quiere que nuestro corazón esté apegado a nada, porque quiere que le sirvamos a Él libremente.

Siendo esta nueva relación de amor la que se impone, la vida del alma debe ser negada. Esto es una cruz. Al obedecer así a Cristo, llegando a prescindir de nuestro afecto natural, el amor natural del creyente sufre intensamente. Una pena y un dolor así pasan a ser prácticamente una cruz para él. Las heridas del corazón son profundas y muchas las lágrimas que son derramadas cuando uno ha de abandonar al que ama. Esto inflige intenso sufrimiento a nuestras vidas. ¡Cuán repelente para el alma es renunciar a los propios amados por amor al Señor! Pero por medio de este mismo acto el alma es librada a la muerte; sí, incluso llega a desear morir; y así el creyente es liberado del poder del alma. Al perder su afecto natural en la cruz, el alma cede el terreno al Espíritu Santo para que pueda derramar en el corazón del creyente el amor de Dios y capacitarle para amar en Dios y con el amor de Dios.

Observemos que, hablando humanamente, esta expresión del alma es completamente legítima, porque es completamente natural y no es contaminada, como el pecado. ¿No es el amor que hemos mencionado compartido por todos los hombres? ¿Qué hay de ilegítimo en amar a los de la propia

familia? Por ello sabemos que nuestro Señor nos está llamando a vencer aquello a que tenemos derecho de modo natural, e incluso legal... por amor a Dios. Dios quiere que le amemos más que a nuestro Isaac. Es verdad que esta vida del alma es dada por el Creador; sin embargo, Él desea que nosotros no seamos gobernados por este principio de vida. La gente del mundo no puede comprender por qué; sólo el creyente que está perdiéndose gradualmente en la vida de Dios puede comprender su significado. ¿Quién puede hacerse cargo de que Dios pidiera a Abraham que sacrificara a Isaac, cuando Dios mismo se lo había dado? Los que captan el corazón de Dios no intentan adherirse a los dones impartidos por Dios; más bien desean descansar en Dios, el Dador de todos los dones. Dios quiere que no nos sintamos apegados a nada excepto a Él, tanto si es hombre o cosa o algo que nos sea conferido por Él mismo.

Muchos cristianos están bien dispuestos a abandonar Ur de los Caldeos, pero son pocos los que pueden ver la necesidad de sacrificar en el monte Moria lo que Dios les ha dado. Esta es una de las lecciones penetrantes de la fe y se refiere a nuestro estar unidos con Dios. Él requiere de sus hijos que lo abandonen todo para que puedan ser totalmente suyos. Sus hijos tienen que desprenderse no sólo de lo que saben que es perjudicial, sino también entregar a la cruz todo lo que es humanamente legítimo o como el afecto, a fin de que podamos estar enteramente bajo la autoridad del Espíritu Santo. La exigencia de nuestro Señor es en extremo significativa, porque ¿no es verdad que el afecto humano es tremendamente incontrolable? Si no lo consignamos a la cruz y lo perdemos, el afecto puede pasar a ser un obstáculo formidable para la vida espiritual. Los sentimientos humanos cambian como cambia el mundo, son fácilmente estimulados, por lo que pueden dar ocasión a que un santo pierda su equilibrio espiritual. Su presión constante puede afectar a la paz del espíritu del creyente, ¿No resultan penas, gemidos, suspiros y lágrimas de continuo lastimados? Si el Señor no está en lugar preeminente en nuestros afectos, difícilmente puede estarlo en otras áreas, la cruz es una prueba de la espiritualidad y la medida de su grado. Hemos, pues, de aborrecer nuestra vida del alma y rehusar sus afectos para vernos libres de toda rienda. La demanda del Señor difiere completamente de nuestro deseo natural. Lo que era amado previamente debe ser ahora aborrecido; y aun el órgano que genera el amor, la vida del alma, debe ser aborrecido también. Éste es el camino espiritual. Si verdaderamente llevamos la cruz no seremos controlados ni influidos por los afectos anímicos, sino que seremos aptos para amar en el poder del Espíritu Santo. Fue así que el Señor Jesús amó a su familia cuando estuvo en la tierra. La cruz y el yo «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame, porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mat. 16:24, 25). Una vez más nuestro Señor está llamando a sus discípulos a que tomen la cruz, presentando su vida del alma a la muerte. En tanto que en Mateo 10 el énfasis era en el afecto del alma, aquí en Mateo 16 es el yo del alma el que es puesto a la vista. Por los versículos precedentes vemos que el Señor Jesús estaba en aquellos momentos desvelando ante sus discípulos el hecho de su cita con la cruz. Arrancando de su intenso amor al Señor, Pedro balbuceó: «Señor, ten compasión de ti mismo.» Pedro pensaba en el hombre, instando a su Maestro a que se evitara el dolor de la cruz en la carne. Pedro no había llegado a comprender que el hombre debe centrarse en las cosas de Dios incluso en una cuestión como la muerte en una cruz. Falló en comprender que el interés por hacer la voluntad de Dios debe exceder con mucho en interés en uno mismo. Su actitud era más o menos así: «Aunque al morir en la cruz uno obedece la voluntad de Dios y cumple el propósito de Dios, sin embargo, ¿no es necesario pensar en uno mismo? ¿No tiene el Señor en cuenta el dolor que tendrá que sufrir? ¡Señor, compadécete de ti mismo!»

¿Cuál fue la respuesta del Señor a Pedro? Le reprendió severamente y declaró que una idea tal como el compadecerse de uno mismo sólo podía haberse originado en Satanás. Luego siguió diciendo a sus discípulos: «No soy yo sólo el que irá a la cruz, sino que todos vosotros los que queréis seguirme y ser mis discípulos tendréis que ir a ella también. Vuestro camino será igual al mío. No os imaginéis erróneamente que soy yo sólo el que he de hacer la voluntad de Dios; todos vosotros haréis su voluntad. De esta manera, tal como yo no pienso en mí mismo y obedezco a Dios de modo incondicional, incluso hasta la muerte en la cruz, así vosotros negaréis vuestra vida del yo y estaréis dispuestos a perderla para obedecer a Dios.» Pedro le dijo al Señor: «¡Ten compasión de ti mismo!» El Señor le contestó: «Tenéis que *negaros a vosotros mismos*.»

Hay que pagar un precio para seguir la voluntad de Dios. La carne tiembla ante una perspectiva semejante. En tanto que la vida del alma reina suprema dentro de nosotros somos incapaces de aceptar las órdenes de Dios, porque quiere seguir su voluntad y no la de Dios. Cuando El nos llama a que nos neguemos a nosotros mismos por medio de la cruz y que renunciemos a todo por amor a El, nuestra vida natural responde de modo instintivo con la compasión de uno mismo. Esto nos hace poco dispuestos a pagar cualquier coste para Dios. De ahí que siempre que escogemos el camino estrecho de la cruz y sufrimos por amor a Cristo nuestra vida del alma sufrirá pérdida. Es así que perdemos esta vida. Sólo de esta manera puede la vida espiritual de Cristo ser entronizada pura y suprema, emprendiendo dentro de nosotros todo lo que es agradable a Dios y beneficioso para los hombres.

Ahora bien, si tomamos nota de este incidente entre Pedro y el Señor podemos percibir fácilmente el mal que puede haber en el modo de funcionar de esa vida del alma. Pedro pronunció aquellas palabras carnales *inmediatamente* después de haber recibido la revelación de Dios para que entendiera el misterio hasta entonces desconocido por los hombres: que aquel Jesús solitario a quien ellos estaban siguiendo era verdaderamente el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Inmediatamente después de esta revelación tan portentosa, Pedro fue hecho prisionero de su vida del alma, intentando persuadir a su Maestro de que se compadeciera de sí mismo. ¡Qué impresión debería hacer en nosotros sobre el hecho de que no hay revelación espiritual, por intensa y elevada que sea, ni conocimiento que pueda garantizarnos la libertad del dominio del alma! Al contrario, cuanto más elevado nuestro conocimiento y más profunda nuestra experiencia, más escondida será nuestra vida del alma y más difícil, en consecuencia, el descubrirla y expulsarla. A menos que el reino natural sea tratado de modo radical por la cruz, seguirá preservado dentro del hombre.

Otra lección que podemos aprender de este ejemplo de Pedro es lo inútil de la vida natural. En esta ocasión particular la vida del alma de Pedro es activada no en favor de sí mismo, sino del Señor Jesús. El ama al Señor; tiene compasión de Él; desea que el Señor sea feliz; se resiste a que el Señor sufra estas cosas. Su corazón es recto y su intención es buena, pero está fundada en la consideración humana derivada de la vida del alma. Todas estas consideraciones el Señor tiene que rechazarlas. Incluso el desear en favor del Señor no debe permitírsele si se hace conforme a la carne. ¿No demuestra esto, más allá de toda duda, que podemos ser anímicos al servir al Señor y desearle? Si el Señor Jesús mismo niega su misma vida del alma al servicio de Dios, ciertamente no quiere que nosotros le sirvamos con esta vida del alma. Él llama a los creyentes a entregar su yo natural a la muerte, no simplemente porque ama al mundo, sino también porque puede incluso desear en favor del Señor. Nuestro Señor nunca nos pide cuánto hacemos; Él sólo inquiere de dónde procede lo hecho.

Al mismo tiempo que Pedro expresa su afecto hacia el Señor, está inconscientemente revelando su actitud hacia sí mismo. Estima el cuerpo físico del Señor en más que la voluntad de Dios. Trata de persuadir al Señor Jesús de que sea cuidadoso consigo mismo. La personalidad de Pedro, por tanto, es plenamente desvelada. Cuan verdad es que el yo siempre opera de modo independiente de la voluntad de Dios, porque quiere servirle según a él mismo le parece bien. El seguir los deseos de Dios significa despojarse de la propia alma. Siempre que se obedece su mentalidad, la idea del alma queda aplastada.

Debido a que Pedro en esta ocasión de Mateo 16 dejó hablar a su alma, el Señor Jesús llamó a sus discípulos a que abandonaran su vida natural. Pero el Señor indica, además, que lo que Pedro ha dicho procede de Satanás. Por ello podemos comprender hasta qué punto Satanás puede emplear la vida del yo del hombre. En tanto que ésta no es entregada a la muerte, Satanás posee un instrumento operativo. Pedro habla porque quiere al Señor; con todo, es manipulado por Satanás. Pedro ruega al Señor que se tenga consideración, no sabiendo que esta petición es inspirada por el enemigo. Satanás insta a las personas a que amen al Señor, incluso les enseña a orar. Satanás no tiene aprensión a que la gente ore o ame al Señor; lo que le hace temblar es que al amar al Señor u orar a Él no lo haga con su energía natural. En tanto que continúa la vida del alma, su negocio prospera. Que Dios nos muestre lo peligrosa que es esta vida, porque los creyentes pueden llegar demasiado rápidamente a la conclusión de que son espirituales meramente porque aman al Señor o admiran las cosas celestiales. El propósito de Dios no

puede ser realizado en tanto que Satanás continúa hallando oportunidad para trabajar por medio de la vida del alma que se mantiene sin haber sido entregada a la muerte de la cruz.

El compadecerse de uno mismo, el amor a uno mismo, el temor del sufrimiento, el retraerse de la cruz, son todas ellas manifestaciones de la vida del alma, porque su motivación primaria es la preservación del yo. Se resiste en extremo a sufrir ninguna pérdida. Es por esto precisamente que el Señor nos llama a que neguemos al yo y tomemos nuestra cruz a fin de aplastar nuestra vida natural. Cada cruz que se nos presenta delante de nosotros nos llama a que abandonemos nuestro yo. No deberíamos albergar amor al yo, sino deponer nuestras vidas por el poder de Dios. El Señor nos dice que esta cruz es nuestra, porque cada uno recibe de Dios su cruz particular. Ésta es la que hemos de llevar. Aunque es nuestra cruz, sin embargo está íntimamente relacionada con la cruz del Señor. Si en la disposición que Cristo mostró en relación a su cruz estamos dispuestos a tomar la nuestra, entonces hallaremos que el poder de su cruz permanece en nosotros y nos capacita para perder nuestra vida natural. Cada vez que tomamos la cruz, cada vez sufre pérdida la vida del alma. Cada vez que nos escabullimos de la cruz, cada vez es alimentada y preservada la vida del alma.

El Señor Jesús no implica que el tratar nuestras inclinaciones naturales sea una cuestión hecha de una vez y terminada. Hallamos en Lucas la palabra «diariamente» añadida al llamamiento de nuestro Señor a que tomemos la cruz. El llevar la cruz es continuo. La cruz que condenó al pecado a la muerte es un hecho consumado: todo lo que resta para nosotros es que la reconozcamos y la percibamos. Pero la cruz por medio de la cual nos desprendemos de nuestra vida del alma es diferente. El negarse a uno mismo no es una cuestión ya hecha y completamente terminada; esto hemos de experimentarlo diariamente. Ahora bien, esto no significa que la vida del alma no llegara a perderse nunca, o que sólo se perderá lentamente. Simplemente habla del hecho de que la cruz que trata de la vida del alma opera de modo diferente que la que trata del pecado. Y ¿cuál es la razón? Es que la muerte hacia el pecado es realizada en favor nuestro por Cristo; cuando Él murió, nosotros morimos con Él. Pero el negar la vida del alma no es una cosa ya consumada. Se nos requiere a que tomemos nuestra cruz diariamente por medio del poder de la cruz de Cristo y decidamos diariamente negarnos a nosotros mismos hasta que sea eliminada.

La renuncia a nuestra vida natural no es algo que se haga de una vez para siempre. En cuanto al pecado, sólo tenemos que tomar la base de la cruz (Rom. 6:6) e inmediatamente somos librados de su poder y de nuestra servidumbre al mismo. Esto es experimentado en un momento con una victoria plena y perfecta. Pero la vida del yo tiene que ser vencida paso a paso, cuanto más profundamente penetra la palabra de Dios, más profundamente obra la cruz y más intensamente completa el Espíritu Santo la unión de la vida de nuestro espíritu con el Señor Jesús. ¿Cómo pueden los creyentes negar al yo cuando hasta aquí les es desconocido? Sólo pueden negar aquella parte de la vida del yo que reconocen. La Palabra de Dios tiene que ir poniendo al descubierto más y más de nuestra vida natural de modo que la obra de la cruz pueda investigar más y más profundo. Es por esto que la cruz debe ser llevada diariamente. El conocer más de la buena voluntad de Dios y el conocer más del yo proporciona a la cruz más terreno en que operar.

La cruz y el amor anímico del mundo

Una vez más habla nuestro Señor: «Acordaos de la mujer de Lot. Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la conservará» (Luc. 17:32,33). Aunque estas palabras son ya familiares al lector, hemos de notar aquí que el Señor pone énfasis en la negación de uno mismo en relación con las cosas del mundo. ¡Qué desagradable es para algunos creyentes el desapegar sus corazones de las posesiones terrenales! Nos es necesario seguir la admonición de nuestro Señor a recordar a la esposa de Lot, porque ella no pudo olvidar sus posesiones ni aun en el momento de máximo peligro. No fue culpable de retroceder un solo paso hacia Sodoma. Todo lo que hizo fue mirar hacia atrás. Pero ¡cuánto quedó revelado en esta mirada hacia atrás! ¿No habla como un libro abierto respecto a la condición de su corazón? Es posible que un creyente exteriormente abandone el mundo y lo deje todo detrás y, con todo, interiormente siga apegado a aquellos mismos elementos que ha

abandonado por amor a su Señor. No se requiere que una persona consagrada regrese al mundo o vuelva a recobrar lo que ha abandonado en el mundo, para indicar que la vida del alma es activa todavía. Basta con que eche una mirada anhelante para revelarnos que no acaba de entender del todo en qué relación se halla el mundo con la cruz.

Cuando la vida del alma es aplastada de modo genuino no hay nada de ese mundo que pueda conmover de nuevo el corazón del creyente. La vida del alma es mundana; de ahí que esté apegada a las cosas del mundo. Sólo después que uno está realmente dispuesto a ofrecer su vida del alma a la muerte será apto para seguir el «Sermón del Monte» sin vacilar ni amedrentarse. Aunque en este «sermón» no hallamos que el Señor menciona la obra de la cruz, sin embargo sabemos seguro que, a menos que uno experimente identificación con Cristo en la muerte o no meramente habiendo muerto al pecado, sino habiendo muerto a la vida del yo también, en vano se esfuerza por guardar las enseñanzas proclamadas en el Sermón del Monte. Puede parecer que sigue estas instrucciones, pero su corazón no va con la apariencia. Sólo un cristiano que ha cedido su vida del alma puede de modo espontáneo y sin alharacas ceder el manto también cuando le demandan la túnica. Aquel cuya vida del alma ha sido sacrificada a la muerte puede desprenderse de todas las cosas del mundo.

El ganar la vida espiritual es condicional a sufrir pérdidas. No podemos medir nuestras vidas en términos de «ganancia»; tienen que ser medidas en términos de «pérdida». Nuestra capacidad real no consiste en cuánto retenemos, sino en cuánto hemos vertido fuera. Los que pueden permitirse perder más son aquellos que tienen más para dar. El poder del amor es atestiguado por el sacrificio del amor. Si nuestros corazones no están separados del amor al mundo, nuestra vida del alma tiene que pasar todavía por la cruz.

«Y sufristeis con gozo el despojo de vuestros bienes» (Heb. 10:34). Los creyentes a que se refiere este pasaje no sufrieron simplemente, sino que aceptaron jubilosamente el que les despojara de sus propiedades. Esta es la obra de la cruz. La actitud de los santos hacia sus posesiones demuestra con toda claridad y certeza si siguen preservando su vida del yo o si la han consignado a la muerte.

Si deseamos andar por un camino puramente espiritual, hemos de permitir a Dios que opere en nosotros de modo que nuestros corazones sean apartados de todo lo perteneciente al mundo y ser totalmente purgados del intento de la mujer de Lot. Este es el requisito para experimentar la vida perfecta en Cristo. Sólo podemos despreciar todas las cosas del mundo después de que el Espíritu Santo ha mostrado la realidad del cielo y su vida perfecta. Las cosas de abajo y las de arriba no pueden compararse. La experiencia del apóstol en Filipenses 3 empieza estimándolo todo como pérdida y sigue hasta la aceptación de la pérdida de todas las cosas. En ello el apóstol llega a conocer a Cristo y el poder de su resurrección. Esta es la vía perfecta. Con frecuencia no somos conscientes de lo poderoso que es nuestro yo hasta que lo ponemos a prueba en relación con las cosas materiales. ¡A veces parece que se requiere más gracia para perder nuestra riqueza que para perder la vida! Las cosas terrenales representan verdaderamente una prueba decisiva para la vida del alma.

Los hijos de Dios que se permiten comer y beber y holgar requieren una porción mayor de la cruz para librar su espíritu de la esclavitud e influencia del alma y llegar a vivir libremente en Dios. Todo el que suspira por las cosas del mundo todavía ha de aprender a perder su vida del alma por medio de una penetración más profunda de la cruz.

La cruz y el poder del alma

En el Evangelio de Juan el Señor Jesús hace referencia una vez más a la vida del alma: «De cierto, de cierto os digo, que si él grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para vida eterna» (Jn. 12:24, 25). A continuación da la explicación de estas palabras: «Y yo, si soy levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (v. 32). Juan 12 registra el momento más próspero de la vida de nuestro Señor. Lázaro ha sido levantado de los muertos y muchos judíos creyeron en Él. Entró

triunfalmente en Jerusalén y fue aclamado por el populacho. Incluso los gentiles le buscaban para verle. Desde el punto de vista humano el Calvario parecía ahora innecesario por completo, porque ¿no podía El atraer fácilmente a los hombres a sí sin necesidad de ir a la cruz? Pero Él sabía las cosas mejor.

Aunque su obra parecía próspera, se daba cuenta que no podía conceder vida a los hombres sin ir a la muerte. El Calvario era sólo un camino de salvación. Si El moría, iba a atraer a todos los hombres a sí y podría verdaderamente darles vida a todos.

En Juan 12 el Señor explícitamente describe la operación de la cruz. Se compara a un grano de trigo. Si no cae en la tierra y muere permanece *solo*. Pero si Él es crucificado y muere, El impartirá vida a muchos. La condición es la muerte. Sin muerte no hay fruto. No hay otro camino aquí para llevar fruto que a través de la muerte.

Nuestro propósito, sin embargo, no es simplemente aprender sobre el Señor Jesús. Deseamos llamar la atención de modo particular más allá, a su relación con nuestra vida del alma. El Señor se aplica la imagen del grano de trigo a sí mismo en el versículo 24, pero en el versículo 25 implica que cada uno de sus discípulos ha de seguir sus pisadas. Presenta al grano como representación de su vida del yo. Tal como un grano es incapaz de llevar fruto a menos que muera así también no puede haber fruto espiritual hasta que la vida natural haya sido quebrantada por medio de la muerte. Aquí pone énfasis en la cuestión del dar fruto. Aunque la vida del alma posee un poder tremendo, a pesar de ello no puede realizar la obra de dar fruto. Todas las energías generadas en el alma, incluido el talento, los dones, el conocimiento y la sabiduría, no pueden capacitar a los creyentes para llevar fruto espiritual. Si el Señor Jesús ha de morir para dar fruto, también hemos de morir nosotros sus discípulos para poder producirlo. El Señor considera el poder anímico como inútil para Dios en su obra de dar fruto.

El mayor peligro para nosotros en el servicio cristiano es apoyarnos en nosotros mismos y sacar los recursos de nuestro poder del alma: de nuestro talento, dones, conocimiento, magnetismo, elocuencia o sagacidad. La experiencia de innumerables creyentes espirituales confirma que a menos que nuestra calidad de creyentes anímicos sea entregada definitivamente a la muerte y su vida inhibida en todo tiempo para que no pueda operar, se mostrará muy activa en el servicio. Si esto es verdad de ellos, ¿cómo van a poder prevenir la intrusión de esta vida del alma aquellos que no están dispuestos a renunciar a ella o descuidan negarla? Todo lo que pertenece a nuestra vida natural debe ser entregado a la muerte para que en modo alguno podamos depender de ello, sino que estemos dispuestos, en cambio, a ser guiados a través de la oscuridad de una muerte en que carecemos de punto de apoyo, sin tener sensación, careciendo de vista, sin disponer de comprensión y confiando silenciosamente en el obrar de Dios mismo, hasta que emerjamos en el otro lado de la resurrección para poseer una vida más gloriosa. «El que aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna.» Nuestra alma no es aniquilada, sino que al pasar por la muerte proporciona a Dios la oportunidad de comunicarnos su vida a nosotros. El no perder la vida del alma en la muerte significa una gran pérdida para el creyente; pero el perderla significará guardarla para la eternidad.

No comprendamos mal este versículo como si significara la inactividad de nuestra mente y talento. El Señor claramente afirma que al perder nuestra vida la guardamos para la vida eterna. Tal como el que «el cuerpo pecaminoso debe ser destruido» (Rom. 6:6) no significa la destrucción de las manos, los pies, los oídos y los ojos del cuerpo humano, así tampoco la entrega de la vida del alma a la muerte no debe entenderse la negación o destrucción de ninguna de sus funciones. Aun cuando el cuerpo de pecado haya sido destruido, todavía hemos de ceder nuestros «miembros a Dios como instrumentos de justicia» (Rom. 6:13); igualmente, cuando la vida natural sea sacrificada a la muerte, hallaremos renovación, avivamiento y restricción del Espíritu Santo en todas las facultades de nuestra alma. No puede, por tanto, implicar que a partir de entonces vamos a ser de madera o de piedra, sin sentimiento, pensamiento o voluntad, y que no podremos usar ninguna de las partes del alma. Cada parte del cuerpo, así como cada órgano del alma, existen todavía y hemos de emplearlas plenamente; sólo que ahora han sido renovadas, avivadas y moderadas por el Espíritu Santo. El punto en cuestión es si las facultades

del alma han de ser reguladas por nuestra vida natural o por la vida sobrenatural que reviste nuestro espíritu. Estas facultades persisten como de costumbre. Lo que es excepcional ahora es que el poder que las activaba antiguamente ha sido puesto a la muerte; el Espíritu Santo ha hecho del poder sobrenatural de Dios su vida.

Amplifiquemos este punto un poco más. Los distintos órganos de nuestra alma siguen después que nuestra vida natural ha sido cedida a la muerte. El clavar la vida del alma a la cruz no implica en absoluto que después vayamos a carecer totalmente de pensamiento, emoción y voluntad. De modo claro leemos en la Biblia sobre el pensamiento, intento, deseo, satisfacción, amor y gozo de Dios. Además, las Escrituras con frecuencia registran que nuestro Señor Jesús «amó», «se regocijó», «estaba triste»; incluso se dice que «Jesús lloró», y que «ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» en el Jardín de Getsemaní. ¿Habían sido aniquiladas estas facultades del alma? Y ¿pasamos nosotros a ser personas frías y muertas? El alma del hombre es el hombre, mismo. Es el punto en que reside su personalidad y desde donde se expresa. Si el alma no acepta el poder de la vida del espíritu, entonces va a sacar su poder para vivir de su vida natural o anímica. El alma como un compuesto de órganos continúa, pero el alma como un principio de vida es negado. Este poder ha de ser consignado a la muerte para que el poder del Espíritu Santo únicamente pueda poner en movimiento todas las partes del alma, sin interferencia de la vida natural.

Es aquí que vemos la vida de resurrección. Sin la vida sobrenatural de Dios no puede haber resurrección después de la muerte. El Señor Jesús pudo pasar por la muerte y, con todo, fue resucitado porque residía en Él la vida increada de Dios. Ésta vida no puede ser destruida; al contrario, siempre resurgirá en la plenitud y gloria de la resurrección. Jesús derramó su alma hasta la muerte y entregó su espíritu (en el cual había la vida de Dios) de nuevo a las manos de Dios. Su muerte le dejó libre de la vida del alma, y dejó libre la vida espiritual de Dios para un mayor esplendor.

Es difícil verdaderamente entender por qué Dios, al transmitirnos su vida, requiere después que experimentemos la muerte conjuntamente con Cristo a fin de que su vida pueda ser resucitada en nosotros. Ésta es, sin embargo, la ley de la vida de Dios. Y una vez en posesión de la vida de Dios, estamos capacitados para pasar periódicamente por la muerte y continuar saliendo vivos. Al ir perdiendo continuamente nuestra vida del alma en la muerte, podemos continuamente ganar de modo más abundante y glorioso la vida de Dios en la resurrección.

El propósito de Dios es hacer pasar nuestra vida del alma por la muerte en compañía de la suya propia en nosotros; siempre que su vida en nosotros es resucitada en nuestra experiencia diaria, nuestra alma también es levantada con Él y produce fruto para la eternidad. Ésta es una de las lecciones más profundas en la vida espiritual. El Espíritu Santo únicamente puede revelarnos la necesidad de la muerte así como la de la resurrección. Que el Espíritu de la revelación nos haga entender cuánto va a sufrir nuestra experiencia espiritual si no aborrecemos nuestra vida natural y la entregamos a la muerte. Sólo cuando nuestra vida, acompañada por la vida de Dios que nos reviste, pasa por la muerte y la resurrección podemos llevar fruto espiritual y guardarla para la vida eterna.

CAPÍTULO 5

Los creyentes espirituales y el alma

La división de espíritu y alma

Nuestra prolongada discusión sobre la diferencia entre espíritu y alma y sus respectivas operaciones ha servido para llevarnos al punto presente. El elemento que debe temer el creyente que se esfuerza en su contacto con Dios, es la actividad establecida por Dios. El alma ha estado en ascendiente durante tan

largo tiempo, que en la cuestión de la consagración incluso se atreve a emprender por su cuenta la tarea de realizar este acto a la satisfacción de Dios. Muchos cristianos no llegan a darse cuenta de la forma radical en que la cruz ha de obrar para que en último término su poder natural para vivir le sea negado. No conocen la realidad del Espíritu Santo que reviste, ni que su autoridad debe extenderse, hasta poner bajo su control los pensamientos, deseos y sentimientos de todo el ser. A menos que se den cuenta interiormente de esto, el Espíritu Santo es incapaz de realizar todo lo que desea hacer. La mayor tentación para un santo sincero y celoso es emprender con su propia fuerza el servicio de Dios en vez de esperar humildemente que el Espíritu Santo decida y ejecute.

La llamada de la cruz del Señor Jesús es para que aborrezcamos nuestra vida natural, que busquemos la oportunidad de perderla, no de guardarla. Nuestro Señor quiere que nos sacrifiquemos al yo y lo entreguemos totalmente a la obra de su Espíritu. Si hemos de experimentar de modo directo su nueva vida en el poder y guía del Espíritu Santo, hemos de estar dispuestos a presentar a la muerte cada opinión, labor y pensamiento de la vida del alma. El Señor, de modo adicional, hace referencia a la cuestión de nuestro aborrecer o amar nuestra vida del yo. El alma se ama invariablemente a sí misma. A menos que de la misma profundidad de nuestro corazón aborrezcamos nuestra vida natural, no podremos andar de modo genuino por el Espíritu Santo. ¿No nos damos cuenta de que la condición básica para el andar espiritual es el que temamos a nuestro yo y su sabiduría y confiemos de modo absoluto en el Espíritu?

Esta guerra entre el alma y el espíritu se hace de modo secreto, pero interminable, en el interior de los hijos de Dios. El alma procura retener su autoridad y obrar independientemente, en tanto que el espíritu se esfuerza por poseer y dominarlo todo para el mantenimiento de la voluntad de Dios. Antes que el espíritu haya conseguido su ascendencia, el alma ha procurado llevar la dirección en todos los aspectos. Si un creyente permite al yo que sea el amo en tanto que espera que el Espíritu Santo le ayude o le bendiga en su obra, indudablemente va a fallar en producir fruto espiritual. Los cristianos no pueden esperar andar y obrar agrandando a Dios si no han aplastado su vida del alma mediante una persistente negación de su autoridad y la han puesto incondicionalmente en el polvo. A menos que todo poder, impaciencia y actividad de la vida natural sea uno tras otro y con toda intención entregado a la cruz y se mantenga una vigilia incesante, esta vida va a aprovechar toda oportunidad para revivir. La razón de tantas derrotas en el reino espiritual es que este sector del alma no ha sido tratado de modo radical. Si la vida del alma no es despojada por medio de la muerte, sino que se le permite mezclarse con el espíritu, los creyentes van a seguir en derrota. Si nuestro andar no expresa de modo exclusivo el poder de Dios, pronto será vencido por la sabiduría y opinión del hombre.

Nuestra vida natural es un obstáculo formidable a la vida espiritual. Nunca satisfecho con Dios solamente, de modo invariable añade algo extra a Dios. De ahí que nunca esté en paz. Antes que sea tocado el yo, los hijos de Dios viven bajo estímulos y sensaciones muy mudables. Es por esto que exhiben una existencia en vaivén, en altibajos. Debido a que permiten que sus energías anímicas se mezclen con las experiencias espirituales su modo de andar es muy inestable. En consecuencia, no están calificados para guiar a otros. El poder del alma, al que no han renunciado, continuamente los desvía de permitir que el espíritu sea central. En el alborozo de la emoción anímica, el espíritu sufre grandes pérdidas en la libertad y la sensación. El gozo y la pena pueden poner en peligro el dominio propio del creyente y dejar a la consciencia del yo sin freno, por su cuenta. La mente, si está en actividad excesiva, puede afectar y perturbar la quietud del espíritu. Es bueno admirar el conocimiento espiritual, pero si excede los límites espirituales, el resultado será meramente letra, no espíritu. Esto explica por qué muchos obreros, aunque predicán la verdad más excelente, son tan fríos y muertos. Muchos santos que buscan un modo de andar espiritual comparten una experiencia común: una experiencia de gemidos porque su alma y espíritu no son una sola cosa. El pensamiento, la voluntad y la emoción de su alma con frecuencia se rebelan contra el espíritu, rehusando ser dirigidos por el espíritu y recurren a acciones independientes que contradicen al espíritu. La vida de su espíritu ha de acabar sufriendo en una situación así.

Ahora bien, dada una condición como ésta en el creyente, la enseñanza de Hebreos 4:12 adquiere un significado especial. Porque el Espíritu Santo nos enseña allí a dividir el espíritu y el alma experimentalmente. La división de estos dos no es una mera doctrina; es de modo preeminente una vida, una necesidad para el andar del creyente. Pero ¿cuál es su significado esencial? Significa, en primer lugar, que, por medio de su Palabra y por medio de su Espíritu que nos reviste, Dios capacita al cristiano para diferenciar en experiencia las operaciones y expresiones del espíritu como distintas de las del alma. Así puede percibir lo que es del espíritu y lo que es del alma.

La división de estos dos elementos denota adicionalmente que a través de la cooperación voluntaria del hijo de Dios podemos seguir un camino espiritual puro no impedido por el alma. El Espíritu Santo presenta en Hebreos 4 el ministerio de Sumo Sacerdote del Señor Jesús y también explica su relación con nosotros. El versículo 12 declara que «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón». Y el versículo 13 sigue informándonos que «no hay cosa creada que esté oculta de su vista; antes bien todas las cosas están desnudas y descubiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta». Estos versículos, pues, nos dicen hasta qué punto el Señor Jesús cumple su obra como Sumo Sacerdote con respecto a nuestro espíritu y alma. El Espíritu Santo compara al creyente a un sacrificio sobre el altar. Durante el período del Antiguo Testamento, cuando la gente presentaba una ofrenda, ataban este su sacrificio al altar. El sacerdote venía luego y la mataba con un cuchillo afilado, partiéndola en dos y separando hasta la división de las coyunturas y de los tuétanos, poniendo así a la vista todo lo que antes había estado escondido de la vista humana. Después era quemada con fuego como una ofrenda a Dios. El Espíritu Santo usa este acto para ilustrar la obra del Señor Jesús hacia los creyentes y la experiencia de los creyentes en el Señor. Tal como el sacrificio antiguo era cortado en dos por el cuchillo de modo que las coyunturas y los tuétanos queden expuestos y separados, también el creyente hoy ve su alma y su espíritu separados por la Palabra de Dios, como ocurrió con nuestro Sumo Sacerdote el Señor Jesús. Esto es para que el alma no pueda afectar al espíritu y el espíritu no deba estar bajo la autoridad del alma; más bien cada uno hallará su lugar de descanso, sin que haya confusión o mezcla.

Como al principio la Palabra de Dios había operado sobre la creación, separando la luz de las tinieblas, así también ahora obra dentro de nosotros como la espada del Espíritu, penetrando hasta la separación del espíritu y el alma. De ahí que la más noble habitación de Dios ô nuestro espírituô esté totalmente separado de los deseos bajos de nuestras almas. Por lo tanto, venimos a apreciar en qué forma nuestro espíritu es el lugar en que reside Dios y el Espíritu Santo, y que nuestra alma, con toda su energía, hará verdaderamente la voluntad de Dios, según es revelada al espíritu humano por el Espíritu Santo. No puede haber lugar, pues, para ninguna acción independiente.

Como el sacerdote antiguo dividía en dos el sacrificio, así también nuestro Sumo Sacerdote hoy divide nuestra alma y espíritu. Como el cuchillo sacerdotal era tan agudo que el sacrificio quedaba partido en dos, penetrando hasta la separación de las coyunturas y los tuétanos, así también la Palabra de Dios, que el Señor Jesús usa corrientemente, es más viva que una espada de dos filos, y es capaz de partir limpiamente el espíritu y el alma más íntimamente relacionados.

La Palabra de Dios es «viva» porque tiene poder vivo; «activa», porque sabe cómo trabajar; «más aguda que una espada de dos filos», puesto que puede penetrar hasta el alma: alcanza a lo más íntimo del espíritu. La Palabra de Dios guía a su pueblo a un reino más profundo que el de la mera sensación: los lleva al reino del espíritu eterno. Los que quieren ser establecidos en Dios deben conocer el significado de esta penetración en el espíritu. Sólo el Espíritu Santo puede enseñarnos lo que es la vida del alma y lo que es la vida del espíritu. Sólo después de haber aprendido a diferenciar en la experiencia estas dos clases de vida y llegar a captar sus valores respectivos somos librados de un modo de andar superficial, suelto y espiritual. Sólo entonces llegamos al descanso. La vida del alma nunca puede proporcionarnos descanso. Pero notemos que esto tiene que ser conocido *por la experiencia*; el simple comprender en la mente nos hará meramente más anímicos.

Tenemos que prestar atención especial a este penetrar y dividir. La Palabra de Dios penetra dentro del alma así como dentro del espíritu a fin de efectuar la división de los dos. Las manos y los pies del Señor Jesús y su costado fueron atravesados en su crucifixión. ¿Estamos dispuestos a dejar que la cruz obre en nuestra alma y nuestro espíritu? Una espada penetró el alma de María (Luc. 2:35). Aunque su «Hijo» fue dado por Dios, se requería que ella se desprendiera de Él y renunciara a toda su autoridad y exigencias sobre Él. Y aun cuando su alma anhelaba adherirse tenazmente a Él, María tuvo que negar su afecto natural.

El separar el alma y el espíritu no sólo significa separación sino también el abrir bien la misma alma. Como el espíritu está envuelto por el alma, no puede ser alcanzado por la Palabra de vida, excepto a través de una envoltura rajada. La Palabra de la cruz se hunde y se abre paso a través del alma, de modo que la vida de Dios puede alcanzar al espíritu dentro y liberarlo de la servidumbre de su cascara anímica. Habiendo recibido la marca de la cruz, el alma ahora puede asumir su posición propia de sujeción al espíritu. Pero si el alma falla en pasar a ser la «avenida» al espíritu, entonces el primero, sin duda, pasará a ser su cadena. Estos dos nunca están de acuerdo en nada. Antes que el espíritu consiga su lugar correcto de preeminencia es desafiado de modo persistente por el alma. En tanto que el espíritu se esfuerza por ganar sabiduría y dominio, el fuerte poder del alma ejerce su fuerza máxima para suprimir al espíritu. Sólo después que la cruz ha hecho su obra sobre la vida anímica es liberado el espíritu. Si seguimos ignorando el daño que esta discordia entre el espíritu y el alma puede causar, o seguimos mal dispuestos para abandonar el placer de un modo de andar por los sentidos, raramente haremos algún progreso espiritual. En tanto que el sitio puesto por el alma al espíritu no es levantado, el espíritu no puede ser liberado.

Al estudiar cuidadosamente la enseñanza de este fragmento de la Escritura, podemos llegar a la conclusión de que el dividir el espíritu y el alma depende de dos factores: la cruz y la Palabra de Dios. Antes que el sacerdote pueda usar su cuchillo la víctima ha de ser colocada sobre el altar. El altar en el Antiguo Testamento habla de la cruz en el Nuevo Testamento. Los creyentes no pueden esperar que su Sumo Sacerdote empuñe la espada aguda de Dios, su Palabra, que penetra hasta la separación del alma y del espíritu, a menos que primero estén dispuestos a acudir a la cruz y aceptar su muerte. El estar echado sobre el altar precede siempre la penetración de la espada. De ahí que todo el que desee experimentar la partición del alma y el espíritu debe contestar la llamada del Señor al Calvario y presentarse sin reservas ante el altar, confiando que el Sumo Sacerdote opere con su espada aguda para dividir su espíritu de su alma. El que nosotros estemos colocados sobre el altar es nuestra ofrenda voluntaria agradable a Dios; el usar la espada para dividir es la obra del sacerdote. Debemos cumplir nuestra parte con toda fidelidad y encomendar el resto a nuestro Sumo Sacerdote misericordioso y fiel. Y en el momento apropiado El nos guiará a su completa experiencia espiritual.

Tenemos que seguir las pisadas de nuestro Señor. Cuando estaba muriendo," Jesús derramó su alma hasta la muerte (Isa. 53:12), pero entregó su espíritu a Dios (Luc. 23:46). Nosotros hemos de hacer lo que El hizo antes. Si verdaderamente derramamos la vida del alma y entregamos nuestro espíritu a Dios, también conoceremos el poder de la resurrección y gozaremos de un camino espiritual perfecto en la gloria de la resurrección.

La práctica

Acabamos de ver en qué forma opera el Sumo Sacerdote si aceptamos la cruz. Consideremos ahora el lado práctico; esto es, cómo llegamos a la experiencia de que el Señor Jesús divide nuestra alma y espíritu.

1) Conocer la necesidad de que se nos divida el alma y el espíritu. Sin este conocimiento no se hará la petición. Los cristianos deben hacer la petición al Señor para que les muestre lo aborrecible de una vida en que se mezclen el espíritu y el alma, y también la realidad de un andar más profundo en Dios que es totalmente espíritu e ininterrumpido por el alma. Deben entender que una vida mixta es una vida de frustración.

2) Pedir la separación del alma y el espíritu. Después de conocer tiene que haber un deseo genuinamente sincero en el corazón, una petición de que esta mezcla de alma y espíritu sea separada. Precisamente la cuestión depende de la voluntad humana. Si los creyentes prefieren gozar de lo que ellos consideran la mejor vida y no desean que su alma y su espíritu sean divididos, Dios va a respetar sus derechos personales y no les forzará esta experiencia.

3) Ceder de modo específico. Si los creyentes de modo definido desean la experiencia de que su alma y espíritu sean separados, deben consignarse ellos mismos al altar de la cruz en una forma específica. Tienen que estar dispuestos a aceptar totalmente todas las consecuencias de la operación de la cruz y ser conformados a la muerte del Señor. Antes que encuentren la separación del alma y del espíritu los creyentes deben doblar su voluntad de modo continuo e incesante hacia Dios y escoger de modo activo el que se haga esta separación. Y cuando el Sumo Sacerdote realiza esta división en ellos la actitud de su corazón debe ser que Él no ha de detener su mano.

4) Permanecer en Romanos 6:11. Los hijos de Dios tienen que velar para que al buscar la experiencia de la separación del alma y el espíritu no caigan de nuevo en el pecado. Recordar que esta separación está basada en que hayan muerto al pecado. De ahí que deban mantener diariamente la actitud de Romanos 6:11, considerándose muertos al pecado verdaderamente. Además, deben basarse en Romanos 6:12 y no permitir al pecado que reine en sus cuerpos mortales. Esta actitud va a privar a su vida natural de toda oportunidad de pecar por medio del cuerpo.

5) Orar y estudiar la Biblia. Los cristianos deben escudriñar la Biblia con oración y meditación. Deben dejar que la Palabra de Dios penetre profundamente en sus almas a fin de permitir que su vida natural sea purificada. Si realmente hacen lo que Dios dice, su vida del alma no podrá continuar su libre actividad. Este es el significado de 1 Pedro 1:22: «Habiendo purificado vuestras almas con vuestra obediencia a la verdad.»

6) Llevar diariamente la cruz. Debido a que el Señor desea separar nuestro espíritu y alma, Él dispone cruces en nuestros asuntos diarios para que las llevemos. El tomar la cruz diariamente y el negarse a uno mismo en todo momento, el no hacer provisión para la carne ni aun un solo instante, y el que el Espíritu nos muestre constantemente cuáles son las actividades del alma en nuestras vidas: esto es vida espiritual. Mediante la obediencia fiel seremos llevados al encuentro de la división del alma y el espíritu de modo que podamos tener la experiencia de un andar puro espiritual.

7) Vivir en conformidad con el espíritu. Ésta es una condición no sólo para nuestra preservación sino también para una clara separación entre el espíritu y el alma. Hemos de procurar andar por el espíritu en todos los aspectos, distinguiendo lo que es del espíritu y lo que es del alma, y haciendo la resolución, también, de seguir lo primero y rechazar lo segundo. Aprender a reconocer la obra del espíritu y seguirla.

Éstas son las condiciones que por nuestra parte hemos de cumplir. El Espíritu Santo requiere nuestra cooperación. El Señor no podrá hacer su parte a menos que nosotros hagamos la nuestra. Pero si nosotros cumplimos nuestra responsabilidad, nuestro Sumo Sacerdote va a separar nuestro espíritu de nuestra alma con la espada aguda de su Espíritu en el poder de su cruz. Todo lo que pertenece a la emoción, la sensación, la mente y la energía natural será separado, una cosa tras otra, del espíritu a fin de no dejar rastro de fusión. El estar sobre el altar es lo que hemos de hacer nosotros, pero el dividir el alma del espíritu con el cuchillo aguzado es lo que hace el Sumo Sacerdote. Si nos encomendamos verdaderamente a la cruz de nuestro Sumo Sacerdote, Él no fallará en ejecutar su ministerio separando nuestro espíritu y alma. No tenemos por qué preocuparnos de su parte. Al ver que nosotros hemos cumplido los requisitos para poder obrar, Él va a separar más tarde nuestro espíritu y nuestra alma en el momento apropiado.

Los que se han dado cuenta del peligro de una mezcla de estos dos órganos no pueden por menos que buscar liberación. Aunque la ruta a la liberación está abierta, sin embargo no deja de presentar sus dificultades. Los creyentes han de perseverar en la oración para que puedan ver su propio estado lamentable y entender el revestimiento, obra y exigencias del Espíritu Santo. Deben conocer el misterio y realidad del Espíritu Santo que mora en ellos. Que honren su santa presencia y que no le contristen; que sepan que, aparte del pecado, lo que le contrista más, así como lo que les perjudica más profundamente a ellos es el andar y obrar en conformidad con su propia vida. El pecado primero y original del hombre fue buscar lo que era bueno, sabio e intelectual según su propia idea. Los hijos de Dios hoy hacen con frecuencia la misma equivocación. Deberían comprender que como han creído en el Señor y tienen el Espíritu Santo que les reviste, sería necesario dar al Espíritu autoridad completa sobre sus almas. ¿Pensamos que, como hemos orado y pedido al Espíritu Santo que revele su mentalidad y obre en nosotros, todo será hecho en conformidad a nuestros deseos? Esta suposición no es correcta; porque a menos que entreguemos a la muerte de modo específico y cada día nuestra vida natural, junto con su poder, sabiduría, yo y sensación, y a menos que igualmente deseemos sinceramente en nuestra mente y voluntad obedecer y confiar en el Espíritu Santo, no veremos que Él realice de veras la obra.

El pueblo del Señor debería entender que es la Palabra de Dios la que parte el alma y el espíritu. El Señor Jesús es Él mismo el Verbo o Palabra de Dios, de modo que Él mismo efectúa la división. ¿Estamos dispuestos a permitir que su vida y obra consumada separen nuestra alma y espíritu? ¿Estamos dispuestos a que su vida llene de tal modo nuestro espíritu que la vida del alma quede inmovilizada? La Biblia es la Palabra escrita de Dios. El Señor Jesús usa la enseñanza de la Biblia para separar nuestra alma del espíritu. ¿Estamos dispuestos a seguir esta verdad? ¿Estamos dispuestos a hacer lo que enseñan las Escrituras sin introducir nuestra opinión? ¿Consideramos la autoridad de la Biblia suficiente sin buscar ayuda humana en nuestra obediencia? Hemos de obedecer al Señor y todo lo que El nos enseña en su Palabra si queremos entrar en un camino verdaderamente espiritual. Ésta es la espada que opera en la separación de nuestra alma y espíritu.

El alma bajo el control del espíritu

En los comienzos de este volumen hicimos una comparación de todo nuestro ser ô espíritu, alma y cuerpo con el antiguo templo judío, la habitación de Dios. Dios moraba en el Lugar Santísimo. Un velo separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo. Este velo parecía encerrar la gloria y presencia de Dios dentro del Lugar Santísimo, excluyéndola del Lugar Santo. Los hombres de aquellos tiempos, pues, sólo podían conocer las cosas situadas fuera del velo en el Lugar Santo. Aparte de la fe, en su vida externa, no podían captar la presencia de Dios.

Este velo, sin embargo, sólo existía temporalmente. En el momento designado, cuando la carne de nuestro Señor Jesús (que es la realidad del velo, Heb. 10:20) fue crucificada en la cruz, el velo fue rasgado de arriba abajo. Lo que separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo fue eliminado. El intento de Dios no era de residir permanentemente solo en el Lugar Santísimo. Muy al contrario. Deseaba extender su presencia al Lugar Santo también. Estaba meramente esperando que la cruz completara su obra, porque fue sólo la cruz la que rasgó el velo y permitió que la gloria de Dios brillara fuera del Lugar Santísimo.

Hoy Dios quiere que los suyos gocen una experiencia como la del templo en su espíritu y alma: siempre y cuando se permita a la cruz que perfeccione su obra en ellos. Cuando los creyentes obedecen de buena gana al Santo Espíritu, la comunión entre lo Santo y lo Santísimo se va profundizando día tras día, hasta que experimentan un gran cambio. Es la cruz la que efectúa el desgarramiento del velo; esto es, la cruz funciona de tal forma en la vida del creyente que éste tiene una experiencia como la del velo rasgado entre su espíritu y su alma. Su vida natural renuncia a su independencia y espera la vida del espíritu para recibir dirección y aprovisionamiento.

El velo fue rasgado en dos, «de arriba abajo» (Mr. 15:38). Esto ha de ser obra de Dios, no del hombre. Cuando la obra de la cruz ha terminado, Dios rasga el velo. Esto no puede ser realizado ni por medio de nuestra labor, ni por nuestra fuerza, ni por nuestros ruegos. El momento en que la cruz ha cumplido su tarea es el momento en que se rasga el velo. Por tanto, renovemos nuestra consagración y ofrezcámonos nosotros mismos a Dios sin reservas. Estemos dispuestos a que nuestra vida, del alma sea entregada a morir a fin de que el Señor que mora en el Lugar Santísimo pueda terminar su obra. Si Él observa que la cruz ha realizado su obra completa en nosotros, el Señor, indudablemente, integrará lo Santísimo y lo Santo dentro de nosotros, del mismo modo que en siglos pasados rasgó el velo con su poder para que su Santo Espíritu pudiera fluir de su glorioso cuerpo.

Así la gloria, al abrigo del Altísimo, abrumará nuestra vida cotidiana de los sentidos. Todo nuestro andar y nuestro quehacer en el Lugar Santo serán santificados en la gloria del Santísimo. Tal como lo es nuestro espíritu, así también nuestra alma será revestida y regulada por el Espíritu Santo de Dios. Nuestra mente, emoción y voluntad serán llenas de El. Lo que hemos mantenido por la fe en el espíritu, ahora lo conocemos y experimentamos también en el alma, sin faltar nada y sin haber perdido nada. ¡Qué vida bienaventurada es ésta! «Y la gloria de Jehová llenó la casa. Y no podían entrar los sacerdotes en la casa de Jehová, porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová» (2 Cro. 7:1, 2). Por hermosas que hayan sido nuestras actividades en el servicio sacerdotal en el Lugar Santo, todas cesarán a la gloriosa luz de Dios. A partir de entonces su gloria lo regirá todo.

Esto nos lleva al otro aspecto, igualmente significativo, del dividir el espíritu y el alma. Por lo que a la influencia del alma y control del espíritu se refiere, la obra de la cruz es el efectuar la división de los dos; pero por lo que se refiere al lleno del espíritu y su régimen, la cruz obra hacia la entrega de la independencia del alma, de modo que pueda haber una reconciliación completa con el espíritu. Los creyentes deberían buscar la experiencia de la unidad del espíritu y el alma. Si permitiéramos a la cruz y al Espíritu Santo que operaran completamente en nosotros, descubriríamos que aquello a lo que el alma ha renunciado es apenas una fracción de lo que gana en último lugar: lo muerto ha dado ahora su fruto, lo perdido es ahora guardado para vida eterna. Cuando nuestra alma es puesta bajo las riendas del espíritu sufre un cambio inmenso. Antes parecía ser inútil y perdida para Dios, porque se empleaba para el yo y con frecuencia se movía independientemente; después Dios gana nuestra alma, aunque al hombre puede haberle parecido que era aplastada. Pasamos a ser como «los que tienen fe y guardan sus almas» (Heb. 10:39). Esto es mucho más profundo que lo que comúnmente llamamos con el término «salvado», porque señala especialmente a la vida. Como hemos aprendido a no andar por la sensación y la vista, ahora podemos guardar nuestra vida por la fe para servir y glorificar a Dios. «Recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas» (Stg. 1:21). Cuando la Palabra de Dios es implantada recibimos su nueva naturaleza en nosotros y de este modo somos capacitados para llevar fruto. Conseguimos la vida del Verbo por la Palabra de vida. Aunque los órganos del alma permanecen todavía, estos órganos ya no funcionan por medio de su poder; más bien operan por el poder de la Palabra de Dios. Ésta es «la salvación de vuestras almas» (1ª Pedro. 1:9).

Los nervios humanos son muy sensibles y son activados fácilmente por medio de estímulos exteriores. Las palabras, las formas, los ambientes y los sentimientos nos afectan en gran manera. Nuestra mente se ocupa en muchos pensamientos, planes y fantasías que son un mundo de confusión. Nuestra voluntad es activada para que haga ejecutar muchos actos según deleites diversos. Ninguno de los órganos de nuestra alma puede traernos paz. De modo singular o colectivo, perturban, confunden, alborotan. Pero cuando nuestra alma está en la mano del espíritu podemos ser librados de todos estos disturbios. El Señor Jesús nos implora: «Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; porque yo soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mat. 11:29). Si nos inclinamos favorablemente a ceder al Señor, a tomar nuestro yugo y a seguirle, nuestra alma no será estimulada desordenadamente. Si aprendemos de Él, viendo que cuando era despreciado por los hombres continuaba haciendo la voluntad de Dios y no la propia, nuestra alma recobrará la tranquilidad. La razón de nuestros sentimientos lastimados se halla en el hecho de que nos resistimos a que se nos trate como a nuestro Señor y nos repugna someternos a la voluntad y mandato de Dios. Si

entregáramos nuestras energías naturales a la muerte y capitularíamos enteramente ante el Señor, nuestra alma, aunque tan sensible en sus nervios, descansaría en el Señor y no la entendería mal.

El alma que se pone bajo la autoridad del Espíritu Santo es un alma en reposo. Antes estaba haciendo planes ajetreada, hoy está en calma confiando en el Señor. Antes estaba acongojada por toda clase de afanes, hoy es como un niño reposando en el regazo de su madre. Antes albergábamos innumerables pensamientos y ambiciones, hoy consideramos que la voluntad de Dios es lo mejor y descansamos en Él. Al obedecer al Señor totalmente, nos gozamos en el corazón plenamente. Con la consagración completa viene la paz perfecta. «Como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios» (Efe. 6:6). No confiamos en el alma para que ejecute la voluntad de Dios, sino que ejecutamos su voluntad desde el alma, esto es, con todo nuestro corazón. El alma que antes se rebelaba contra el deseo de Dios ahora está perfectamente entregada a Él por medio de la operación de la cruz. Lo que antes ejecutaba su propia voluntad, o trataba de hacer la voluntad de Dios según sus propias ideas, ahora es una en el corazón con Dios en todas las cosas.

Un alma bajo el gobierno del Espíritu Santo nunca se preocupa de sí misma. «No os acongojéis sobre vuestra vida (alma en el original)» (Mat. 6:25). Ahora buscamos primero el reino de Dios y su justicia porque creemos que Dios suplirá nuestras necesidades diarias. Una vez tocados por la cruz por medio del Espíritu Santo, el alma ya no puede acongojarse a causa de sí misma. Aunque el ser consciente de sí misma es la primera expresión del alma, los creyentes, en realidad, podríamos decir que se pierden a sí mismos en Dios; de ahí que pueden confiar en Dios por completo. Toda obra del alma, incluyendo el amor a uno mismo, el egocentrismo, el orgullo personal, ha sido eliminada de modo tan completo que los creyentes ya no son personas centradas en sí mismas.

Como la cruz ha hecho su tarea nosotros no hacemos ya planes activamente por nuestra cuenta. En vez de sufrir ansiedades podemos buscar sosegados el reino de Dios y su justicia. Sabemos, si tenemos interés en lo que importa a Dios, que El va hacerse cargo de nuestros cuidados y preocupaciones. Hubo un tiempo en que nos hacíamos preguntas acerca de los milagros; ahora vivimos de milagros hechos por Dios y conocemos por experiencia que Dios provee todas nuestras necesidades. Todo esto fluye de modo natural, puesto que el poder de Dios nos respalda. Los cuidados de esta vida aparecen como detalles minúsculos verdaderamente a lo largo del camino de nuestra vida.

«De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador» (1ª Pedro. 4:19). Muchas personas conocen a Dios como el Creador, pero no como Padre; los creyentes, sin embargo, deberían experimentar no sólo como Padre sino también como Creador. Como tal, Dios nos revela su poder. Por esto entenderemos y reconoceremos que todo el universo está en realidad en su mano. Antes nos era difícil creer la idea de que las cosas en el mundo no podían moverse contra su voluntad; pero ahora sabemos que cada elemento del universo ô sea humano, natural o sobrenaturalô está bajo su cuidadoso escrutinio y sabia ordenación. Reconocemos ahora que todas las cosas nos llegan, sea por orden suya o por su permiso. Un alma gobernada por el Espíritu Santo es un alma que confía.

Nuestra alma debería desear al Señor, así como confiar en Él. «Mi alma está apegada a ti» (Sal. 63:8). Ya no nos atrevemos a ser independientes de Dios ni a servir a Dios según la idea de nuestra alma. Más bien hoy le seguimos con temor y temblor, y le seguimos de cerca. Nuestra alma de veras está apegada al Señor. Ya no hay acciones independientes, sino que hay plena entrega a Él. Y esto no es por compulsión; lo hacemos alegremente. Lo que odiamos a partir de entonces fue nuestra vida; lo que amamos plenamente es el Señor.

Estas personas no pueden por menos que repetir la exclamación de María: «Engrandece mi alma al Señor» (Luc. 1:46). Ya no hay importancia propia, sea en público o en privado. Estos creyentes reconocen y admiten su incompetencia y sólo desean exaltar al Señor con humildad de corazón. No van

a robar a Dios su gloria ya más, sino que le engrandecerán en sus almas. Porque si el Señor no es magnificado en el alma, no lo es en ninguna otra parte.

Sólo éstos «no estiman su vida preciosa para sí mismos» (Hch. 20:24) y pueden ponerla por sus hermanos (1ª Jn. 3:16). A menos que uno deje de amarse a sí mismo, el creyente nunca podrá dejar de retraerse cuando en realidad se le llame a tomar su cruz por Cristo. El que vive la vida de un mártir y está dispuesto a ser clavado en su cruz, es capaz también de morir la muerte de mártir si llega el momento en que esto es necesario. Puede poner su vida por su hermano si la ocasión lo exige, porque en los días corrientes se ha negado a sí mismo continuamente y no ha buscado sus propios derechos o bienestar, sino que ha derramado su alma por los hermanos. El amor verdadero hacia el Señor y a los hermanos no surge del amor a uno mismo. El «me amó» y «se dio a sí mismo por mí» (Gál. 2:20). El amor fluye de la negación de la vida propia. El derramamiento de sangre es la fuente de bendición.

Una vida así es en realidad una vida de prosperidad, como está escrito: «tu alma prospera» (3ª Juan. 2). Esta prosperidad no se origina con lo que el yo ha ganado sino con lo que el yo se ha negado. Un alma perdida no es una vida perdida, porque el alma se pierde en Dios. La vida del alma es egoísta, y por tanto nos ata. Pero el alma que ha renunciado a sí misma, habitará en la infinitud de la vida de Dios. Esto es libertad, esto es prosperidad. Cuanto más perdemos más ganamos. Nuestras posesiones no se miden por cuánto recibimos sino por cuánto damos. ¡Qué fructífera es esta vida!

El abandonar la vida del alma, sin embargo, no es una liberación tan fácil como la del pecado. Como es *nuestra vida*, hemos de hacer cada día la decisión de no vivirla sino por medio de la vida de Dios. La cruz debe ser llevada fielmente y esto de modo progresivamente más fiel. Alcemos los ojos a nuestro Señor, el cual «sufrió la cruz, menospreciando el oprobio... Considerad, pues, a aquel... para que no desfallezcáis faltos de ánimo» (Heb. 12:2,3). La carrera que tenemos delante no es otra que la de su desprecio al oprobio y su sufrimiento en la cruz.

« ¡Bendice, alma mía, a Jehová, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre!» (Sal. 103:1).

FIN

Para cualquier observación sobre este trabajo, dirigirse a:

correo-e:

cursosbiblicos2000@gmail.com

Página web

<http://cursosbiblicos2000.jimdo.com/>